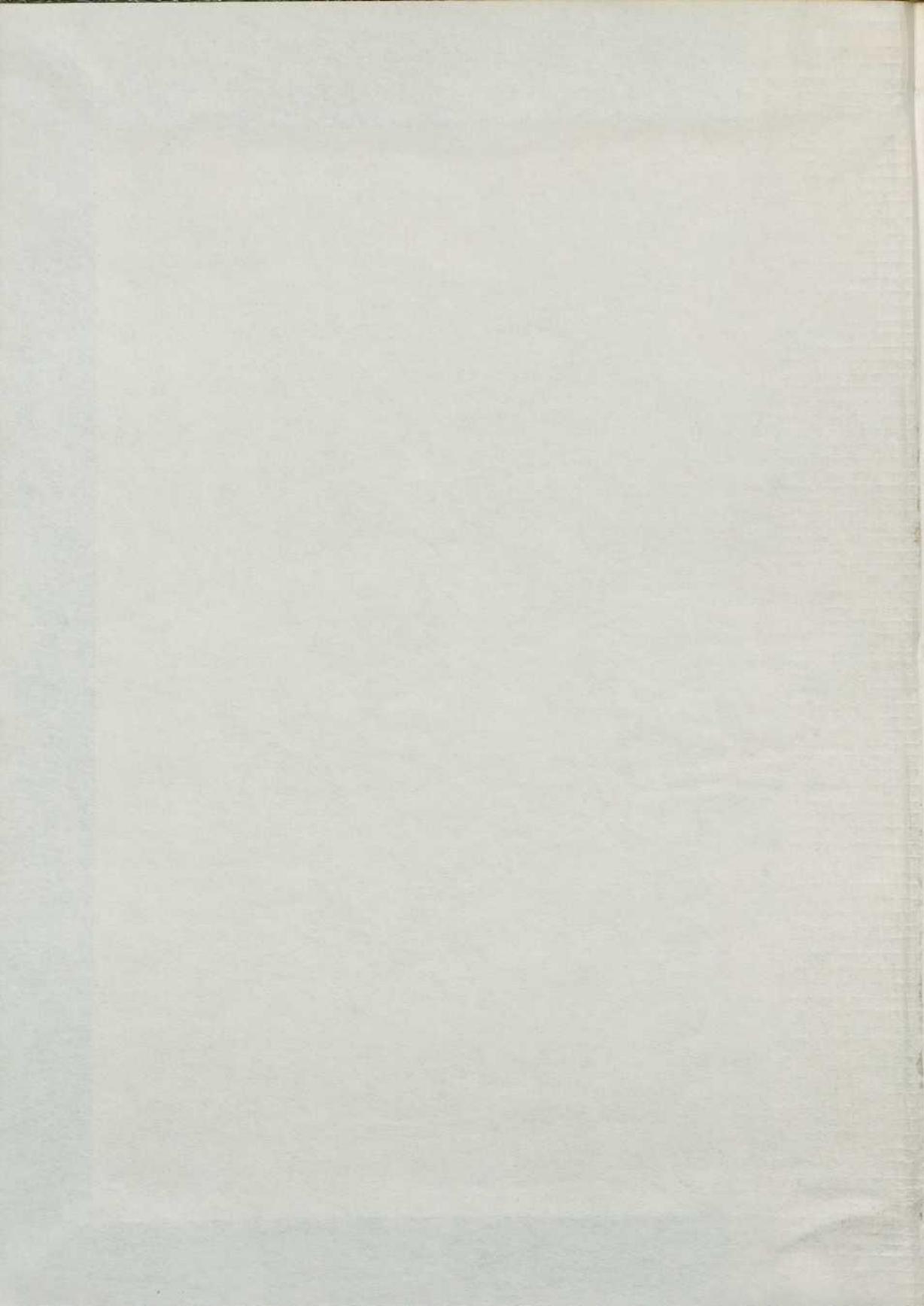


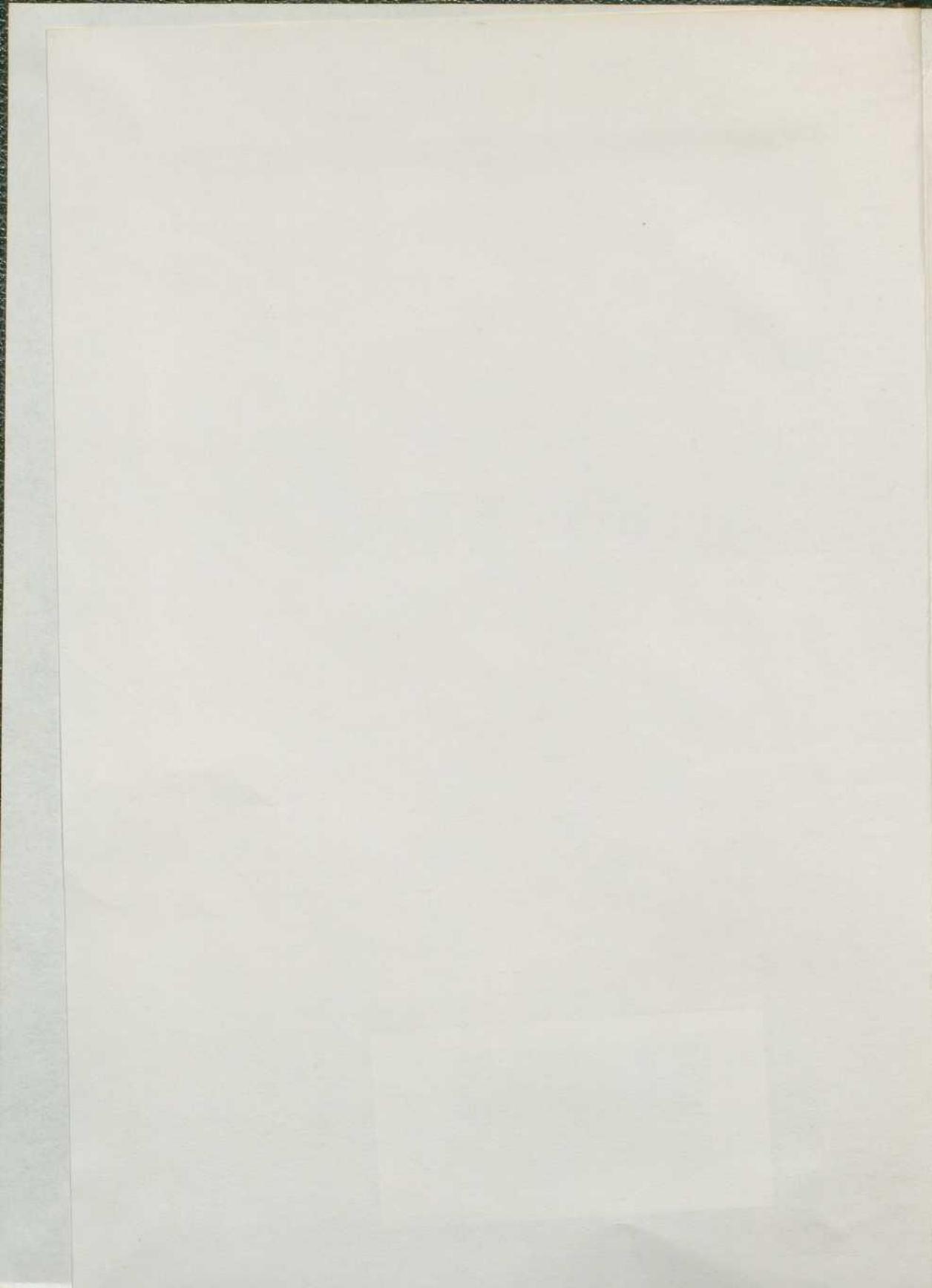
CIA





1361752

CIL-1



ANTONIO GILLESU ULLCIA

TRATTO

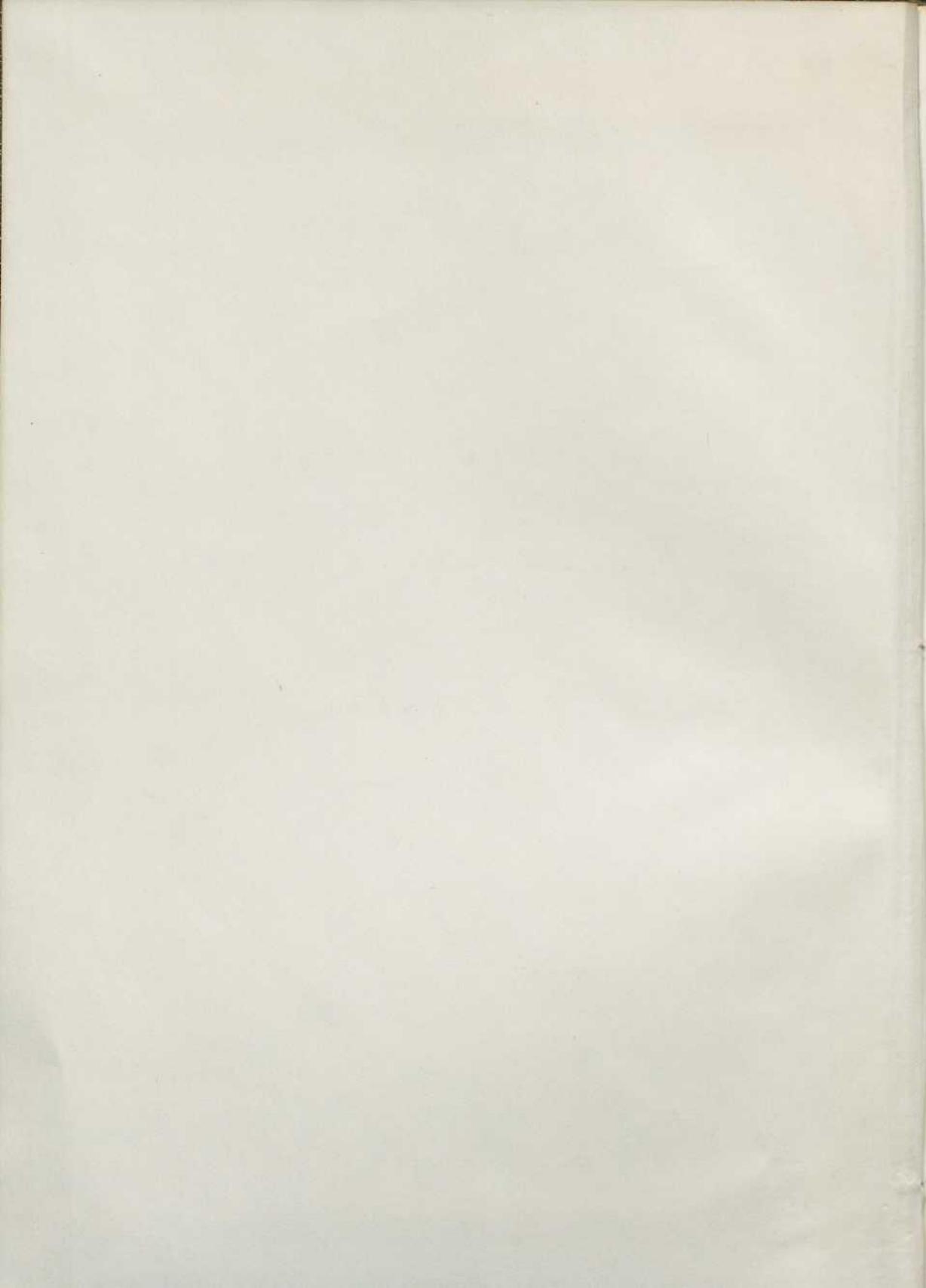
DEL SEVERISSIMO

SENTO DELLA RISSA

Y

MONTEFALCONE

1777



ANTONIO CILLERO ULECIA
ANTONIO CILLERO ULECIA

T E A T R O

D O N S E V E R I S I M O

U S T E D M A N D A M I S T E R

y

H O M E N A J E

.....

Sevillano (La Rioja)

Año 1944

ANTONIO CILIERO ULECIA

T E A T O

D O N S E V E R I S I M O

U S T E D W A N D A M I S T E R

V

H O M E N A J E

.....

ANTONIO CILLERO ULECIA

T E A T R O

D O N SEVERÍSIMO

Comedia en Tres Actos

...

Navarrete (La Rioja)

Año 1944

ANTONIO GILBERTO ULLER

TEATRO

DOÑE SEVERISIMO

Comedia en tres Actos

...

(La Hija)

Año 1944

CINEMA ALBENIZ

NAVARRETE

GRANDES FUNCIONES DE TEATRO

LOS DÍAS 20, 21, 22 Y 23 DE DICIEMBRE 1945

A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE

POR EL

CUADRO ARTÍSTICO DE ESTA LOCALIDAD

GRANDIOSO ESTRENO de la graciosísima comedia en tres actos

"DON SEVERISIMO"

de nuestro escritor ANTONIO CILLERO

REPARTO

Araceli, Maruja Salazar, **Jenara**, Blanquita Cereceda, **Lorenza**, Corina Arjona, **Neli**, Pilar Azofra, **Remedios**, Manuela Armendáriz, **Enriqueta**, Isabel Gandarias, **Sindulfo**, Angel Gandarias, **Carmelo**, José Ruiz, **Severísimo**, Luis Martínez, **Manuel**, Pedro Viguera, **Mariano**, José Salazar, **Marciano**, Luis Tofé, **Angel**, Luis Martínez.

Director artístico:
ANTONIO CILLERO

En la concha: **Antonio Azofra**
Maquinaria: **Angel Santamaría**

Decorado:
Propiedad del Cuadro Artístico

Vestuario: **C. L. A. Logroñesa**

Con el propósito de darle a la velada del día 20 el máximo esplendor, se prohíbe la entrada a los menores de 16 años. Esta función será presidida por las Autoridades locales y críticos de Logroño, invitados con motivo del estreno. El salón estará totalmente engalanado y se pondrá un Fin de Fiesta en el cual se dará a conocer a BLANQUITA CERECEDA como excelente vocalista.

Programas hechos "por ellos" en Logroño

TEATRO - CINE

66 EDUCACION Y DESCANSO 66

Baños núm. 9



Teléfono, 2078

Día 28 de Diciembre

1945

7'30 de la Tarde

FUNCION UNICA

a beneficio de la Cabalgata de Reyes Magos

GRANDIOSO ESTRENO

de la graciosísima comedia de enredo en tres actos y en prosa, titulada

"DON SEVERISIMO"

original del productor alfarero Antonio Cillero, que presenta el Cuadro Artístico de E. y D. de Navarrete con arreglo al siguiente

REPARTO

Araceli :	M. Salazar	Sindulfo :	A. Gandarias
Jenara :	B. Cereceda	Carmelo :	J. Ruiz
Lorenza :	C. Arjona	Severísimo :	L. Martínez
Neli :	P. Azofra	Manuel :	P. Viguera
Remedios :	M. Armendáriz	Mariano :	J. Salazar
Enriqueta :	I. Gandarias	Marciano :	L. Tofé
		Angel :	L. Martínez

Director Artístico : Antonio Cillero

Selecto Fin de Fiesta

a cargo de la tiple Blanquita Cereceda.

PRECIOS

BUTACA : Público, 4'00 ptas. Afiliados, 2'00 ptas.

NOTA.—Las localidades se podrán recoger en nuestras oficinas, Baños número 9 a partir del día 27.

Salón Gran Coliseo

FUENMAYOR

GRAN FUNCIÓN DE TEATRO

EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1945

A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE

POR EL

CUADRO ARTISTICO DE NAVARRETE

GRANDIOSO ESTRENO de la graciosísima comedia en tres actos

"Don Severísimo"

del escritor de Navarrete ANTONIO CILLERO

REPARTO. - Araceli, Maruja Salazar; Jenara, Blanquita Cereceda; Lorenza, Corina Arjona; Neli, Pilar Azofra; Remedios, Manuela Armendáriz; Enriqueta, Isabel Gandarias; Sindulfo, Angel Gandarias; Carmelo, José Ruiz; Severísimo, Luis Martínez; Manuel, Pedro Viguera; Mariano, José Salazar; Marciano, Luis Tofé; Angel, Luis Martínez

Director artístico:

ANTONIO CILLERO

En la concha: Antonio Azofra

Decorado:

Maquinaria: Angel Santamaría

Propiedad del Cuadro Artístico

Vestuario: C. L. A. Logroñesa

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

(Incluidos impuestos)

BUTACA 3'00 pesetas
ANFITEATRO 1'50 ▶

Escena de "Don Severísimo"



Navarrete año 1944

José Salazar - Luis Martínez - Pilar Azofra
"Don Severísimo"

=====

TEATRO

HOMBRES DE LEY

MARCIANO
DON SEVERISIMO

ANTIL
CARLOS

Comedia en Tres Actos.

Año 1944

TEATRO

DON SEVERINO

Comedia en tres Actos.

PERSONAJES

HOMBRES

MUJERES

MARCIANO

JENARA

MARIANO

ARACELI

ANGEL

LORENZA

CARMELO

NELI

SINDULFO

REMEDIOS

MANUEL

Acción: Epoca actual 1944

Primer acto: Madagascar.

Segundo "" Madrid.

"" ""

Personajes: Imaginados por el actor.

Este libro ha sido copiado directamente del original

que se emplea para ensayar la obra.

Esta obra fue estrenada en el Cine-Teatro Albéniz de Navarrete (La Rioja) el día 20 de diciembre de 1944, y se repitió el estreno durante tres días. En enero se llevó a Fuenmayor, con gran éxito, y más tarde, al estreno de un teatrillo en la calle Baños de Logroño.

PERSONAJES

M U J E R E S

LEONORA
 ANABEL
 LORENA
 LILIA
 RITA

H O M B R E S

MARCIANO
 MANUEL
 ANGELO
 CARMELO
 SINDRILLO
 MANUEL

Acción: Época actual 1944

Primer acto: Madagascar.

Segundo " " Madrid.

Personajes: Imaginados por el

autor.

Este libro ha sido copiado directamente, del original
 que se empleó para ensayar la obra.

Esta obra fue estrenada en el Cine-Teatro
 Albeniz de Navarrete (La Rioja) el día 20
 de diciembre de 1944, y se repitió el estreno
 durante tres días. En enero se llevó a Buenos-
 aires, con gran éxito, y más tarde al estreno de
 un teatro en la calle Baños de Logroño.

Nota:

Merece que dé a conocer la siguiente anécdota que me ocurrió en Buenos Aires, el año 1950.

Acuñí a ver una obra del gran cómico argentino José Ramírez, que era muy similar a nuestro Martínez Soria.

Me pareció una obra muy mala y tras de su terminación me presenté en el camarín de Ramírez para decirle:

- Acabo de ver su obra y usted merece un libro mejor que ese. Yo soy autor teatral español y tengo obras mucho mejor que esta que representa usted.

- ¡Oh; Los autores españoles... Siempre la misma cantinela...

- Si quiere, si le parece bien, léame alguna de ellas y luego hablamos...

- Pues sí señor. Traigame un par de ellas.

- ¿Cómo las quiere, muy divertidas o...

- Reideras. Que se divierta lo más posible el público.

- Mañana tiene Ud dos en sus manos.

Fui a casa loco de contento. Jamás me había ocurrido esto en España. Y le llevé "DON SEVERISIMO" y "QUIEN TE HA VISTO Y QUIEN TE VE."

- ¿Cual de ellas es más cómica?

- DON SEVERISIMO.

- Déjeme las dos.

Al día siguiente, por la noche, me llama por teléfono.

- Sí sí... Yo soy.

- Venga usted mañana por el teatro que quiero hablar con usted.

- ¡Ángeles; ¡Hijas; ¡Ya le ha gustado Don Severísimo a

Ramírez. ;Voy a estrenar y ganaremos muchos dinero;

En el camerino:

- Mire, señor Cillero. Me gusta mucho DON SEVERISIMO. Yo con esta obra voy a hacer reír al máximo al público, pero, hay un problema, que está muy castellana. Hay que adaptarla a nuestro argot porteño.

- Vaya lío...

- ¿No conoce usted a un autor argentino?

- Pues no señor. Haga usted el favor, señor Ramírez de ayudarme.

- Yo le escribo esta tarjeta para Julio Escobar. Vive en la Plaza del Congreso. Vaya allí de parte mía que el puede hacer esto muy fácil.

Y fui. Escobar me recibe y me dice que tiene muchísimo trabajo. Que por ahora no puede, imposible, pero me recomienda a un amigo suyo que lo puede hacer igual que el. Le llamaré por teléfono para ponernos en contac-

to. Ha leído la obra Carlos Foglia, autor teatral argentino y, en una confitería, donde nos reunimos, me dice:

- La obra está perfecta, yo apenas tengo que hacer nada, pero, no quiero que diga usted un día que, por lo poco que he hecho cobro derechos.

- No digo nada, Foglia, lo importante es ambientarla como quiere Ramírez.

- Yo lo haré lo mejor posible.

Mientras tanto, saca Perón y su Gobierno, una Ley en la que se dice que debe estrenarse siempre por toda compañía una obra de autor argentino. Que debe compensarse con obra nacional tantas representaciones como se haya hecho con obra extranjera, etc etc.

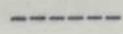
Foglia, le entregó la obra a Ramírez, y, aprovechando que Jesús P. Moreno hacía un viaje a Córdoba y me llevaba con él, fui a ver a José Ramírez, al que en aquella ciudad le habían hecho un gran homenaje.

En el vestíbulo estaba un gran diploma, placas, regalos, etc, etc.

- ¿Qué le ha parecido, señor Ramírez, la adaptación?
- ¡Que la ha destrozado! Esta obra ya no es lo que era... Foglia le ha quitado la gracia que tenía y así no la puedo estrenar. Pero ¿por qué no lo hizo Escobar?
- No podía... Estaba lleno de trabajo... Ya ve usted si lo sentí yo en el alma, pero...
- Además hay otros inconvenientes: No puedo presentarme en Buenos Aires con obra de autor extranjero, y tengo que compensar con obra nacional lo que se haga con obra de autor foráneo... En estas condiciones no podemos hacer estrenos. Lo siento pero... todo ha quedado destrozado por una y otras causas.

Con la cabeza gacha, pensando mil y mil razonamientos y acusándome siempre de mi mala suerte, que mucho me había de durar en mi vivir, salí del teatro casi casi cayéndoseme las lágrimas. ¿De qué servía valer como autor teatral si las circunstancias estaban todas en contra mía? Contra ellas era imposible luchar. Foglia le tituló: "CUANDO EL DIABLO TIRA DE LA MANTA." ¿...?

Hoy, paso a limpio aquel libro para que quien tenga curiosidad por leerlo, juzgue lo valioso y teatral que tenía aquella obra que escribí en Navarrete cuando tenía 27 años.



- ¿Qué le ha parecido, señor Ramírez, la adaptación?
 - ¡Que la ha destruido! Esta obra ya no es lo que
 era... Foglia le ha quitado la gracia que tenía y
 así no la puedo estrenar. Pero ¿por qué no lo hizo
 Escobar? - No podía... estaba lleno de trabajo... Ya ve usted
 al lo sentí yo en el alma, pero...
 - Además hay otros inconvenientes: No puedo presen-
 tarme en Buenos Aires con otra de autor extranjero,
 y tengo que compensar con otra nacional lo que se
 paga con otra de autor extranjero... En estas condicio-
 nes no podemos hacer estrenos. Lo siento pero...
 todo ha quedado destruido por una y otras causas.
 Con la cabeza gacha, pensando así y así re-
 zomamientos y acuchándose siempre de mi mala suerte,
 que mucho me habla de autor en mi vivir, así del
 teatro casi casi cayéndose las láminas. Que qué
 servía valer como autor teatral si las circunstan-
 cias estaban todas en contra mía? Contra ellas era
 imposible luchar. Foglia le dijo: CUANDO EL DIA-
 BLO TIRA DE LA MANTA. ¿...?
 Hoy, paso a limpio aquel libro para que
 quien tenga curiosidad por leerlo, juzgue lo valio-
 so y teatral que tenía aquella obra que escribí en
 Navarrete cuando tenía 27 años.

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece una habitación amueblada con estilo tropical. Sillas, mecedoras, tumbonas, etc totalmente blancas. Una mesa de centro y otra en el lateral derecha, pequeña, siempre blancas, de caña o mimbre. Sobre la mesa una máquina de escribir. En las paredes colgadas pieles de animales africanos. Derecha e izquierda las del actor. Al fondo una galería con arcos adornados de correderas, jardineras, etc. En los ángulos dos puertas.

ESCENA PRIMERA

Sindulfo - Carmelo.

SINDULFO. - (Pequeño, delgado, nervioso y un poco lido en razonamientos. Es un enfermo simpático pero, dominado por la neurastenia, y así, habla solo y vive en complicaciones con otra voz que le dicta su dualidad enfermiza)

Todos los días me deja don Carmelo ésta mesa. hecha una verdadera revolución... (Revolviendo papeles) ¿Dónde estarán las dos cartas que tengo que llevar...? (Es un vago, un vago... Tiene por trabajo hasta cerrarlas con lo fácil que es darles saliva por la solapa (Lo hace con la solapa de su chaquetilla)

Aquí veo una (Coge el sobre y lee) Señor don Federico Balcarce... ¡hum..... hum.... Madrid. (Lo pega) ¡Otra; Señor don José María Zugazagorregoitia. (Repite lo mismo en cuando a señas) Lemona. Vizcaya. (La pega) Pues sí que encuentro raro el escribir a Francia. Lemona, Lemona...Lemona... Sí sí, no cabe duda: es francés, ya que en español sería La Mona. Hasta creo que está junto a Endaya, porque pone Vizcaya, y claro...

(Se vuelve enérgico como si alguien le llamase)

¿Señor...? ¡Mande,,, mande usted...! ¡Nada; Hay que ver cómo tengo esta cabeza... ¡Oh; Y más aún desde que estamos en Madagascar... Vamos, es que estoy fatal, fatal.

Esta neurastenia me tiene dominado de las modo que me traga... En Madrid, la podía sobrellevar regular, pero aquí ésta debilidad estomacal, me produce unos trastornos encefaloceléfólicas que es el caos, ¡El caos; No tengo un momento de reposo. La noche ¡ay, la noche;... La paso en vela y ¡hay que vela lo que es una noche en vela;

(El mismo giro que antes) ¡Diga usted?... ¡Otra vez... otra vez y siempre puro ilusionismo; Ilusionismo y...y algo de miedo, porque vamos, el amo se gasta un geniecito..

¡Ojalá estuviese siempre como ahora, a cien leguas de esta casa; (Se vuelve) ¿Señor...? Mi eterna equivocación. Terminaré por no hacerle caso a mi voz interna y será lo más acertado, es que me vuelve loco, loco.

CARMELO.- (Desde dentro) ¡Sindulfo;

SINDULFO.- Ya me está avisando otra vez... ¡Si seré desgraciado con este padecimiento. Mi neurastenia crónica...

CARMELO.- (Desde la puerta) Viste de oscuro y lleva perilla)

¡Sindulfo;

SINDULFO.- (Ordenando los papeles) No te canses, amigo...

que no te voy a hacer caso...ya está bien...

CARMELO.- (Avanza hasta el con un coco en la mano izquierda. Le dá un golpe en un hombro con la mano derecha y le dice: ¡¡ Sindulfo¡¡

SINDULFO.- Señor... Señor... ¿Ve usted, yo creía...

CARMELO.- ¿Qué es ésto, negligencia, insubordinación...?

SINDULFO.- (Fijándose en el coco y tocándole) ¡ Hombre...

Hombre, don Carmelo... Yo diría que es un coco...

CARMELO.- ¡ Echado a perder; Llevas razón...

SINDULFO.- ¡ Tírele usted, don Carmelo, tírele usted...

CARMELO.- Toma. Déjalo por ahí, panolis... ¿Vino el señor?

SINDULFO.- No señor...

CARMELO.- Lleva esas dos cartas inmediatamente. ¿Les has confundido? Que de tí no me fío nada...nada.

SINDULFO.- No creo. Esta para Madrid y ésta para Francia.

CARMELO.- ¿Qué estás diciendo, zanahoria?... ¿Qué coime estás diciendo...?

SINDULFO.- Nada nada, don Carmelo, nada... Ilusiones mías.

Tengo esta cabeza hecha fosfatina. (Mutis)

CARMELO.- Cada día está peor este Sindulfo, y no me extraña, porque, el que aquí se mantiene con entereza como yo, es un genio. El aburrimiento, el calor y y las negras... ¡Ay, vaya negras que tiene Majunga; Estas sí que valen doble...y cómo les tiran los blancos... (Se sienta) Yo les hago una gracia con esta perilla que ¡ay; ¡ay;... Un día terminarán por rifarme. En fin, vamos a ver estos papeles cómo andan, que hoy llega el señor y tengo correspondencia atrasada desde hace diez días (Lee un telegrama) "Amigo Marciano. Te facturo el arroz y la munición de caza mayor. Mucha suerte en tus inves-

tigaciones y... (Lo rasga) Investigaciones... (Coge otro)
 Bejarati y Cía. Le rogamos su presentación en Madrid lo
 antes posible. Urge ponerse al frente de representación
 Nueva York." ;¡Hurrá!; ;¡HURRÁ!;; Ahora sí que ya
 puedo gritar a todos los vientos: ;¡Hurrá!;

ESCENA SEGUNDA

ARACELI.- (Joven dama, que entra por la izquierda. Muy ele-
gante y vestida de blanco)¿Qué pasa, Carmelo?...

CARMELO.- Nada, nada y todo. Lea usted esto. (Le da el
telegrama) ;Adiós Madagascar;

ARACELI.- Es una suerte. Volveremos otra vez a España.
 ;Ah, qué alegría, Carmelo;

CARMELO.- Siempre que el quiera, señorita...Ya sabe usted
 que los manuscritos y la cañería lo tiene loco. Vamos
 que, usted señorita... yo creo que sí usted se lo pro-
 pone ahora... En confianza: ¿no le parece a usted?...
 ¿No cree usted que el está... Yo diría...si, porque...

ARACELI.- Anda, dímelo sin temor, hombre.

CARMELO.- En confianza: No cree usted que el señor está
 un poco...vamos, por estas cosas, digo yo, que, por lo
 demás, nada de nada ¿eh?.

ARACELI.- ;Al fin lo has dicho; Está más que un poco, pero
 hay que dejarle... Son cosas de el y de sus manías.

CARMELO.- Ah, eso sí, hace muy bien pero ¿a quién se le ocu-
 rre dejar su buffete de abogado para venir a esta is-
 la, por averiguar los orígenes de la escritura africa-
 na? La paleografía árabe. Y nada menos que un año.

Dios ha querido -parece- adelantarnos el viaje, que si
 no... aquí encontramos la tumba todos.

15

ARACELI.- (Ríe) Es que sois poco consistentes ¿No me véis a mí? ¿Quién dice que estoy en país tropical?...

CARMELO.- El sol, señorita... el sol, que ya sabe sobre quién encajarse... A usted, lo que le hace son caricias -si mala no es la comparación- en cambio, a mí me parte ¿Y a Sindulfo...? Pobrecillo, mire que había que verle cuando vino de Mozambique.

ARACELI.- Completamente cambiado. Daba pena verle.

CARMELO.- Como que yo le tomé por un indígena y no le dejaba entrar en casa. Pero, lo peor fue la cabeza, señorita ¡Ay, madre mía qué cabeza traía...!

ARACELI.- ¿También eso? Pues no lo sabía yo.

CARMELO.- De miedo. Salía soñando a voz en grito todas las noches, diciendo: "¡Cuidado, don Carmelo, que le pica una boa; ¡Aparte usted que pasa un jaguar; ¡Retírese de ahí, quite el pié que avanza una araña venenosa;"

ARACELI.- (Ríe) Qué curioso ¿verdad? Y por otro lado: Pobre Sindulfo.

CARMELO.- Era verdaderamente de miedo el dormir en su habitación. A veces, salía mal dormido y llegaba yo hasta a creérmelo. La última vez, el reloj de pulsera, que era una alhaja, lo tiré contra la pared creyendo que fuese un reptil... Imagínese usted... es para creérselo estando en estas tierras.

ARACELI.- Tiene gracia. Bueno, ordena todo eso antes de que venga Marciano, ya sabes que hoy es el día que nos tiene anunciada su llegada. ¿No te dejé encargados unos registros sobre ruinas... o algo de eso...?

CARMELO.- ;Anda la leona, pues sí señorita... Lleva usted razón...

ARACELI.- Abrevia porque ya sabes su genio. (Mutis derecha)

CARMELO.- Su genio...? Eso no me lo diga usted a mí... No me lo diga usted a mí... (Se sienta) Saca papel lápiz etc)

Aquí está. Llamaré a Sindulfo para que me ayude, que él es quien mejor pueda darme datos. (Llama)

;Sindulfo;; ;Sindulfo;;

ESCENA TERCERA

Carmelo- Lorenza- Sindulfo.

LORENZA.- (Mujer fuerte, graciosa, madura en años. Criada)

; Señor...

CARMELO.- (Cree que es Sindulfo) Ven aquí y échame una mano.

LORENZA.- (Avanza extrañada y le pone la mano en el hombro)

¿Así...?

CARMELO.- (La mira) ;He dicho, Sindulfo, Sindulfo;

LORENZA.- Perdone el señor... me creí que era Lorenza. (Hace mutis y aparece Sindulfo en la otra puerta)

CARMELO.- ;Lorenza;...

SINDULFO.- ¿Será el eco...? El eco o él serrín que tengo yo aquí, porque yo oí Sindulfo.; Vamos es que...

CARMELO.- (Lo ve) ;Ven aquí, refuelle, que parece que estáis tontos todos;

SINDULFO.- ¿Qué desea el señor: Cigarrillos, papiro, banana.

CARMELO.- Pareces un vendedor negro. Anda, cállate, no me pongas... como tú. Lo que necesito es que me ayudes ;Tú sabes algo de historia?...

SINDULFO.- (Dándose importancia. Jactancioso) ;Hombre... Según de qué historia, don Carmelo. La que mejor domino

(Aparte); Chúpate esa...; Este se cree que soy un tonto o un sub-desarrollado. ¡Ja;

CARMELO.- Las tribus de Cacherkaf, sabrías sin querer -porque tú tienes que saberlo así-¿de dónde provenían?

SINDULFO.- Algo he oído yo de esto... Las tribus...las tribus... las butris... Cacherkaff... Butris... Yo, don Carmelo, diría que, sin son gitanos: del Albaicín.

(Aparte) ¡Pa que te enteres, gachó; ¡Toma ya...;

CARMELO.- Tú lo que no dices es nada; Nada; (Lee) Averíguame qué rasgos tenían (A el) Casi nada me pide don Mariano, casi nada. ¿Tú sabes algo de esto?..

SINDULFO.- ¡Hombre... según a qué rasgos se refiera... Se necesitaría saber si son donativos...rasgones de ropa o rasgos caritativos ¿entiende?... porque, la cosa ¿eh? no está muy clara.

CARMELO.- ¡Escritura; ¡Escritura, pedazo animal;

SINDULFO.- Entonces nada, para mí desconocida.

CARMELO.- Yo también estoy de acuerdo en eso. Sin embargo, él, me anota en este ángulo, que, la piedra, pertenece al año 3201 antes de Jesucristo.

SINDULFO.- ¡Qué exactitud; Ni uno más ni uno menos.?

CARMELO.-¿Tu crees posible esto?

SINDULFO.-,Hombre... ,Hombre... don Carmelo. Yo creo que, cuando él lo pone razón lleva. Es hombre que, por los agujeros de la polilla acierta el tiempo pasado, aunque sea en una tela metálica.

CARMELO.- (Examinando el pedazo de ladrillo);Dónde encontrasteis esto?

SINDULFO.- (Pretensioso) ¿Esto?... ¿Esto...? ¡¡Buff;

Fue horrible, pero, horrible de verdad. Ya sabe que

se proponía llegar a Salisburi surcando el río Zambeza, desde su desembocadura hasta... hasta donde fuese, que, lo que se le mete entre ceja y ceja es como si fuese entre rejas.

CARMELO.- Vaya si lo sé. Sigue.

SINDULFO.- (Con gran misterio) No quiero citarle, entre las muchas tragedias, nada más que una.

CARMELO.- Vamos con ella...

SINDULFO.- Era un poblado indígena donde nos cogieron a los dos prisioneros. Ataron la cabeza del uno a los pies del otro. Tuve la mala pata de tocarme a mi cabeza con sus pies, y a el con los míos -naturalmente-. Una hoguera en el centro para asarnos; los negros bailando, afilándose los dientes con una piedra... ¡Oh!... ¡Oh! Fue una suerte que llegara un tío negro, negrísimo, con unos colmillos de jabalí y, al ir a morderme un dedo del pie... notó cierto olorcillo que se echó para traás... Masculló algo que no entendí, pero, me figuro que les dijo a los seguidores de su tribu: "Mala suerte, amigos... estos hombres blancos...están muertos" Estábamos, ya se puede figurar usted, deseando que nos dejaran libres, y, así fue. Aparecieron unos aviones por el horizonte y se dieron los salvajes a la fuga, aprovechando nosotros la ocasión para escapar. Eso es todo, es decir, no, que estuvimos tres días selva través, y, en una caverna dio con esto y "¡Anda Sindulfo, llévatelo a Madagascar de vuelta"; Dígame usted si valía la pena hacer ese viajecito para traer este pedazo de barro cocido...

CARMELO.- Buena la hiciste con traerlo.

SINDULFO.- Y los que traerá el. Espere usted que venga.

CARMELO.- Pues los llevaré al Instituto de Investiga- 19
ciones Científicas. Don Carmelo no se vuelve loco con
(esto. Le da la mano al)

SINDULFO.- Ni yo tampoco. Estoy viendo que si seguimos
aquí, Tarzán de los micos, será al lado mío un bibelot.

CARMELO.- Puedes retirarte.

SINDULFO.- Está bien, señor. (Mutis por la derecha)

CARMELO.- Yo también voy a ver si estos aires asfixian-
tes me refrescan un poco el cerebro. (Recordando)
Las tribus de Cacherkaff... Las tribus de Cacherkaf..
(Mutis angulo derecho)

ESCENA I V

Jenara - Araceli - Angel.

JENARA.- (Señora de unos cincuenta años, guapa y coqueta.
(Entran por el ángulo izquierdo los tres)

.. Le insisto, don Angel: no me la deje del ala un
momento. Esos transtornos podían recrudescerse y
Dios sabe qué podía ocurrirle.

ANGEL.- (Joven médico, vestido de blanco) Puede estar
tranquila, doña Jenara, que, otra cosa podré descui-
dar pero, de Araceli, bien sabe usted que no, ni un mo-
mento: por la mañana, por la tarde, por la...

ARACELI.- Por la noche no, que serás capaz de...

ANGEL.- Araceli, que yo no...

JENARA.- No le importe a usted; la salud ante todo y en
estos climas con mayor razón.

ARACELI.- Mamá, no seas tan pesada que no tiene tanta im-
portancia.

JENARA.- Pero la puede tener. ¿Le ha tomado usted las pul-
saciones, doctor?

ANGEL.- Hace un momento, pero, se las tomaré de nuevo.
Trae la mano, Araceli.

ARACELI.- ¡Por Dios, mamá; (Le da la mano al médico)

JENARA.- Tu cállate y obedece. Yo bien sé lo que son estas impertinencias; impertinencias les llamamos, pero, son enfermedades en iniciativa.

ANGEL.- Igual que antes. ¡Setenta y dos;

JENARA.- ¡Setenta y dos; Dios mío, setenta y dos, cuando lo normal son cuarenta y tres.

ARACELI.- Mamá, que no sabes lo que dices...

ANGEL.- Sobre sesenta y cinco, aproximadamente, señora.

JENARA.- Es igual, tiene, tiene fiebre. Voy a preparar un cocktail... ¡Siéntese don Angel; Siéntese, y tú también hijita, que no debes estar de pie. ¡Oh; cuando lo sepa Marciano... Excesivas pulsaciones en su mujer y sin estar enterado... ignorante de todo. (Mutis izquierda)

ANGEL.- (Riendo) Sí que es prevenida tu mamá...

ARACELI.- Y el... ignorante de todo. (Rie) Tiene gracia.

ANGEL.- ¿Así, que, hoy es el día de su llegada?

ARACELI.- Lo esperamos, que no es lo mismo. Otras veces también lo hemos esperado y ha venido cuatro o seis días más tarde. Depende del cansancio... de las provisiones.. o ¿yo qué sé. Angel?...

ANGEL.- Y tú ¿Qué dices a estos viajes, qué beneficios le reportan?

ARACELI.- ¿Beneficios?... Tú no sabes el capital que derrama. Venir desde Madrid los cinco, exclusivamente para esto; comprar armas, instrumentos, pagar guías, escoltas y...

ANGEL.- Y no averiguar nada, porque hasta hoy no se le ve un detalle.

ARACELI.- Pues había que verle en Madrid. Desde que nos casamos estaba con la misma obsesión. (Imitándole)

"Tengo que ir a Madagascar por fuerza mayor"- "Mientras ... que no vaya allí no seré hombre de fama, reconocido investigador. Madagascar será el trampolín que me lanzará al Africa y allí descubriré sus escrituras antiquísimas" Este era su desayuno, su comida y su todo. Ni se acordaba que tenía mujer ni atendía a nada.

Mamá, por darle esa satisfacción accedió, y aquí llevamos seis meses como en un destierro.

ANGEL.- ¿Y él, tan contento?

ARACELI.- Ya lo creo. La primera vez nos trajo esas pieles de animales. Parecía que traía grandes trofeos, y no es lo suyo, precisamente, la caza, pero...

ANGEL.- Y tú, ¿no estás preocupada por lo que pueda pasarle? Es muy peligrosa esa misión.

ARACELI.- Desde luego, al fin es mi esposo.

ANGEL.- (Desilusionado) Llevas razón... es tu esposo.

ARACELI.- Exacto. Tienes que amarle.

ARACELI.- Eso no, Angel. Le quiero con un cariño tan distinto a otras que veo. Para mí es uno más de la familia; uno a quien por estas normas establecidas, pertenezco y con el que convivo. Los lazos matrimoniales me han unido y eso es todo, pero, amor... el verdadero amor, hacia el hombre que te unes...? (sonríe) ni lo he sentido ni lo sentiré nunca.

ANGEL.- Es extraño.

ARACELI.- Ni creo que el amor pueda existir... es mi opinión.

ANGEL.- No digas eso.

ARACELI.- Es mi criterio; nunca he creído esas estupide-

ces. Lo he leído, lo he visto en el cine, en el teatro, pero creo que no existe.

ANGEL.- Estás en un error, te podría citar mil casos obvios de amor, en casadas, en solteras, en viudas, en....

ARACELI.- No no no. Escucha y deduce. Hay jóvenes que figuran amor por vanidad, por coquetería, o por conveniencia.

ANGEL.- ¿Y las casadas y viudas?

ARACELI.- ¡Ay esas...! Cuando les trae el esposo el jornal de la semana o el sueldo del mes, ese día hay mucho amor en el hogar, hay alegría y parecen felices, pero ¿y si el esposo no gana el jornal por haberle despedido de su trabajo? ¿si el maestro queda destituido por lo que sea y el rico pierde su fortuna? Ya no hay amor, ya está la discordia, la enemistad, los disgustos diarios...

¿Ves cómo no hay amor?

ANGEL.- Filosofeas admirablemente, pero eso ¿quiere decir que tú y Marciano... es una conveniencia?

ARACELI.- Exacto. Eso es. Me lo propuso mamá y acepté, como si me hubiese propuesto a otro de buena clase social y buen ver. (Ríe)

ANGEL.- (Se le acerca) Eres extraordinaria.

ARACELI.- Acuérdate de mamá: "No olvide su misión, doctor, vigilancia constante" (Le da la mano para el pulso)

(ANGEL.- ¡Bah! Déjate de tonterías. ¿Entonces a tu marido no... no...)

ARACELI.- Te lo contaré todo. Marciano era, según él dice, un fracasado en las aulas. Casi siempre le cateaban.

ANGEL.- ¿Qué estudiaba?

ARACELI.- Ciencias Naturales y Etnología. Mamá y yo vivíamos en Madrid sin conocer a tal hombre ni de vi-

bio de vida por falta de dinero. Cierta día tuve la²³ ocurrencia más dispar que imaginarte puedas.

ANGEL.- ¿Alguna diablura?

ARACELI.- Casi casi. Tiene mamá un hermano en Haití que es millonario, y teníale ofrecida una dote magnífica para el día en que yo contrajese matrimonio, pero, con la condición especial de que mi consorte fue se fuese hombre de carrera: abogado, ingeniero, arquitecto...

ANGEL.- Y tú le anunciaste la boda...

ARACELI.- Se la anuncié y sin tener novio, diciéndole que, su sobrinito, era un abogado inteligentísimo. Mandó su dote, tan respetable como el, y de ella vivíamos, pero, un día llegó un telegrama anunciándonos su regreso a la patria.

ANGEL: / (Ríe) No estuvo mal...

ARACELI.- Piensa nuestro caso. Hacía falta ese hombre; había que buscarle como fuera por Madrid.

ANGEL.- Eres una loquilla.

ARAC ELI.- Mamá le buscó y con acierto, porque la familia de Marciano es adinerada. Esto nos alegró mucho. Fui al templo apenas sin conocerle. Al día siguiente, instaló su despacho de abogado y hasta se hizo popular, gracias a Carmelo, pues todo era de tapadilla. Nos dieron una representación de coches que era un verdadero negocio y...

ANGEL.- ¿Y el tío?... ¿Qué pasó con el tío?

ARAC ELI.- Nos la preparó buena. Al día siguiente de casarnos, otro telegrama anunciando su cambio de opinión y... hasta la fecha que no ha regresado.

ANGEL.- (Ríe) No estuvo mal del todo.

ARACELI.- Lo cierto es que vivo bien, no me faltan caprichos y, aunque me pasa diez años, es mi esclavo. A nadie obedece sino a mí. Te advierto que aquello que dice es terminante, tiene muy mal carácter.

ANGEL.- Le vi en cierta ocasión.

ARACELI.- Es cierto. ¿Recuerdas cómo te miraba? Pues fue por que alguien le dijo (Con picardía) que desconfiara de tu amistad

Angel.- Ahora comprendo esa falta de cariño.

ARACELI.- Te repito que, para mí es indiferente. No me siento atraída por nada.

ANGEL.- Es una lástima. Ojalá fuese yo el que...

ARACELI.- ¿Tú?...

ANGEL.- Yo.

ARACELI.- (Bromeando) Es una incorrección, caballero, lo que usted pretende insinuar...

ANGEL.- Araceli, tú también me tienes algo de... no me lo ocultes, ya sabes que pocas cosas se le pueden ocultar a un médico. Conocemos superficialmente a las personas y a sus sufrimientos con sólo mirarles a los ojos... Sé que... que me amas, aunque demuestres indiferencia.

Hay algo que nos aparta ¿verdad que sí?...

ARACELI.- Doctor... que no es esta su misión, tenga en cuenta que soy una señora

ANGEL.- (Le coge las manos) Araceli...

ARACELI.- Doctor...

ANGEL.- Escúchame, y no seas necia.

JENARA.- (Saliendo) Así así. Eso quiero yo, doctor. Vigilancia constante. Es una necia, lo he oído, don Angel una verdadera necia.

ARACELI.- Mamá... mamá...

ANGEL.- Le... le decía que no debe ser así... que, que el no hacer caso a mis consejos (es una locura.

ARACELI.- Mayor locura es obedecerle.

JENARA.- ¡Pero hija mía, tú estás loca!...

ANGEL.- Es una enferma insoportable. A nadie hubiese yo aguantado tanto (Le guiña el ojo a Araceli)

ARACELI.- Ya poco le queda a usted.

JENARA.- ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué piensas hacer?...

ARACELI.- Marchar a España. Lee, mamá. (Le da el telegrama)

JENARA.- ¡Andá... si es cierto; ¡Ay, don Angel qué suerte, qué alegría es esta doctor...!

ANGEL.- Para ustedes...

ARACELI.- Y para usted también. Así se queda libre de "una enferma insoportable" (Ríen los dos)

ANGEL.- No es cosa de risa. Es como una chiquilla.

JENARA.- ¡Exacto; Una chiquilla, doctor. Nadie diría que está casada.

ANGEL.- Pero muy traviesa...

ARACELI.- ¿Qué traes mamá?

JENARA.- Esto para que lo tomes. Vitamina.

ARACELI.- No quiero, mamá. No quiero ¿verdad doctor?

ANGEL.- Anda, tómalo que te hará bien.

ARACELI.- No quiero, doctor.

ANGEL.- No puedo aguantar más, señora. Tengo otros enfermos que verdaderamente necesitan de mí. Esto ha terminado (Intenta marcharse)

JENARA.- (Le detiene) ¡Oh, no, no, por favor... Perdónela usted, quizá sean esas pulsaciones que le sobran...
Quédese, doctor.

Angel.- Señora que...

JENARA.- Lo comprendo todo.

SINDULFO.- (Asonándose) ¿Llamó la señora?...?

ARACELI.- ¿Quién dice que es para tanto, mamá?

SINDULFO.- Me colé... Me colé porque yo no he dicho nada,

JENARA.- Tómeme otra vez el pulso, doctor, tiene que estar agitadaisima, y ya sabe usted, no la deje ni un momento.

(Mutis por el ángulo derecho) Adiós, doctor...

ANGEL.- Hasta luego, señora. ¿De qué te riés?

ARACELI.- De lo serio que te has puesto. ¿Vamos a dar un paseito hasta el muelle?

ANGEL.- ¿No sería mejor por otro lado?...

ARACELI.- ¿Quieres apartarme de él...? Es mi esposo.

ANGEL.- Es verdad. Te pertenece ir a esperarle...

ARACELI.- (Llamando) ¡Lorenza!

ESCENA V

LORENZA - ARACELI después Sindulfo

LORENZA.- (Saliendo) Señorita.

ARACELI.- Quita de ahí ése vaso y ordena todo, ya sabes que el señor está para llegar.

LORENZA.- Muy bien, señorita.

ARACELI.- En marcha, doctor, soy su enferma sumisa.

ANGEL.- ¿Para el muelle?

ARACELI.- Por donde quiera. (Mutis izquierda)

LORENZA.- ¿Con que por donde usted quiera eh?... El doctor será doctor, pero... de angel tiene muy poco... (Bebe lo que quedó en el vaso)

Ella le ha dicho que es su misa... Pues si ella es su misa...yo acabo con las "vinageras"... ¡AY, madre qué gentecita esta... (Bebe)

SINDULFO.- ¡Refautá;

LORENZA.- (Que se ha atragantado) ¡AY; ¡AY; ¡AY qué susto;

SINDULFO.- ¿Qué haces, Lorenza.?

LORENZA.- Ya ves... acabando los restos de la misa...

SINDULFO.- ¿Se han marchado ya los enamorados?

LORENZA.- Ahora mismo. (Al oído) Oye, pero esto ¿qué es?

SINDULFO.- No te guasees, Lorenza. (Apuntando al vaso)

¿Esto?...

LORENZA.- (Indicando con el vaso por donde se fueron) Esto sí.

SINDULFO.- ¿No lo has probado tú nunca?...

LORENZA.- ¡Que horror; Ni lo probaré.

SINDULFO.- (Aparte) Vaya una tía cínica. ¿Pero es que no te he visto yo tomártelo? ¡Era un cok-tail;

LORENZA.- (Ríe a carcajadas) Sindulfo, que me parto... Ay que me parto...'

SINDULFO.- Esto es el disloque, no acierto ni una. Ya no sé donde tengo el seso.

LORENZA.- Tiene gracia este Sindulfo.

SINDULFO.- Oye oye, a ver si cesa esa risita ¿eh?.

LORENZA.- Ya está, no te enfades. Oye Sindulfo, siempre estoy por preguntártelo ¿Qué es del marido de la señora? Nunca he sabido este misterio.

SINDULFO.- ¡Oh; ¡Oh;... ¡Bufff; Eso sí que tiene misterio, y busilis, y todo lo que le busques.

LORENZA.- Anda, cuéntamelo, cuéntamelo, cariño.

SINDULFO.- Que no me fío de las mujeres, Lorenza.

LORENZA.- ¿De mí tampoco, con lo discreta que soy?

SINDULFO.- Todas decís lo mismo y todo se sabe por vosotras

LORENZA.- A la que se quiere no se le debe ocultar nada.

SINDULFO.- Eso es verdad, llevas razón. Mira, doña Jenera, vivía con su marido, un hombre de bien, tan contentos. Pobres pero felices. Les llamó la fortuna a la puerta tocándoles unas miles de pesetas a la lotería y

allí vino el cambiazo. Don Domingo, que así se llamaba el marido, se hizo en realidad un día festivo permanente. No trabajaba y se volvió juergista, derrochista, futbolista... cabaretero, chiflotero, mujeriego (Da una vuelta como final de baile flamenco) ; Bendito sea su salero; ¿Ves?... ¿Ves?... Este ya no soy yo. Un día, se marchó de casa y no volvió más. (Con música de La Lirio) "Unos decían que sí... Otros decían que no" ; Maldición; Ya me voy por otro lado... (Con la misma música) "pero, la verdad del cuento, se fue con María de los Maadriles y la fuga de Tarzán". (Pausa) Recorrieron España y América "A la Habana, la Habana me voy..." ; Y se fue; Después, tierra encima y "Requiem cantin-pache": no se sabe si vive o si yace.

LORENZA.- ; Un tío canalla; Qué hombres hay...

SINDULFO.- Ella, ya la ves, vive como el pájaro en el agua, como el pez por el aire... ; Doña Jenara; Es: Doña Jenara de Sotomayor y Cifuentes.

LORENZA.- ; Y si se presentase algún día, Sindulfo?

SINDULFO.- Aquel ya no viene por más aquí, y hace bien, por no estar entre esta gentuza.

Carmelo.- (Se presenta en la puerta y escucha)

SINDULFO.- No te sorprenda: son una gentuza.

ESCENA VI

CARMELO- LORENZA- SINDULFO

CARMELO.- Perfectamente... Ya lo creo que sí...

LORENZA.- ; Dios mío; (Coge el vaso y plato)

SINDULFO.- ¿Has oído? Claro que tú no oyes, pero me lo dice. Me está diciendo: Perfectamente Ya lo creo que sí. Era para matarlo... Tengo éste yo que lo apuñalaba.

LORENZA.- Pero ¿qué dices Sindulfo?

SINDULFO.- Que esto no es vivir. Uno de los dos estorbamos, Lorenza.

CARMELO.- Caballero...

SINDULFO.- (Al verlo) Mande usted... mande usted, don Carmelo...!

LORENZA.- Allá ellos. (Mutis lateral izquierda)

CARMELO.- ¿Tienes pistola?

SINDULFO.- No señor, yo no puedo ni mirar las armas.

CARMELO.- ¡Pues yo no; Te daré una y nos batiremos.

SINDULFO.- Vaya, vaya, vaya... No sea usted bromista... (Le da un golpecito en el vientre); Pícaro... picarán...

CARMELO.- ¿Mas insultos? ¡Este hombre es un demente; Tú lo has dicho: uno de los dos estorbamos!

SINDULFO.- Y lo digo, señor. Usted no sabe cuánto sufro con el tío este dentro, siempre dictándome y apoderán dose de mi voluntad. Prefiero terminar de una vez aunque me toque a mí el morir.

CARMELO.- No esperaba tanto. ¡Sacaré mi revólver y te jamarás ocho tiros, ocho;

SINDULFO.- Pero ... ¿pero es de verdad? Oiga, don Carmelo, ¿no podíamos llegar a una inteligencia?

CARMELO.- ¡Ni uno menos, pedazo títtere; (Mutis)

SINDULFO.- Títtere... títtere...? ¡Eso es insultar; Bueno, bueno, prefiero un gran insulto a una violencia de armas... ¡Ay, Sindulfo de mi alma;

ESCENA VII

Jenara- Sindulfo. Después Carmelo.

JENARA.- (Entrando) ¡Sindulfo;

SINDULFO.- ¿Señora...? (Va hasta ella y se esconde tras de sus faldas, agachado)

JENARA.- ¿Qué te pasa, Sindulfo?

SINDULFO.- Nada, nada... No se mueva usted, no se mueva usted...

JENARA.- Esto es un abuso (Llamando) ;Carmelo;

SINDULFO.- ;No le llame usted; Por favor... no le llame usted... (Giran siempre escondido)

JENARA.- ;Carmelo;

SINDULFO.- (De rodillas) No le llame usted, doña Jenara.

CARMELO.- (Aparece en la puerta) Señora... (En ese momento se oye un disparo lejano, y Sindulfo se siente herido)

SINDULFO.- (Con grandes aspavientos) ;AY! ;AY! ;AY... Me ha matado, doña Jenara... Me ha matado... Pero no se estén ustedes así... ;Pronto; ;Pronto... Una pluma... quiero hacer testamento... ;Dense prisa... que me muero;

CARMELO.- (Mirándole tendido en el suelo) Pero ¿qué tiene este hombre...?

SINDULFO.- ¿Con que pero eh?... ;Me has matado, canalla;

JENARA.- ¿Qué tiene este hombre, Carmelo?

CARMELO.- No lo sé. Ya le ve usted...

SINDULFO: / ;Una bala; Una bala... ;Aquí estiro la pata; (Lo hace) ;Adiós Ma... Majunga... Allí nos veremos amigo... en el valle de Josafac nos veremos todos...

Jenara.- Pero si ha sido el cohete anunciador de la llegada de Marciano al puerto...

SINDULFO.- (Se levanta de un salto) ;Ha dicho usted su llegada?... (Se mira por todo el cuerpo)

CARMELO.- ;Si hombre sí, el cohete, el cohete;

SINDULFO.- Ya ve usted lo que son las cosas. Para mí fue espiritualmente, y físicamente... uno de los ocho anunciados por usted. Mejor así... ;Ji Ji Ji; Mejor, ya lo creo

JENARA.- ¿Tienes todo en condiciones?

SINDULFO.- Todo, sí señora.

JENARA.- Pues ¡al muelle a por equipajes; ¡Rápido;

SINDULFO.- Está bien, señora.. (Mutis ángulo derecho)

JENARA.- ¡Al fin, Carmelo, ha llegado el señor;

SINDULFO.- (Aparece nuevamente) No quisiera equivocarme,
porque vaya nombrecitos...

CARMELO.- ¡Al fin, señora;

SINDULFO.- Perdón...

LOS DOS.- ¿Qué pasa?...

SINDULFO.- Doña... doña... (Para el): Doña Enriqueta
y don Mariano...

JENARA.- ¡Vamos, habla, habla ya...;

SINDULFO.- Doña... doña Enmariano y don...don Mariaqueta
desean pasar.

CARMELO.- (Ríe a carcajadas) Es el colmo...

JENARA.- Pero ¿quién dices, quién has dicho?

SINDULFO.- Doña Enrique y don Maria...

JENARA.- Doña Enriqueta y don Mariano. Diles que pa-
sen.

SINDULFO.- No se ría usted, señor, que no tiene ni pizca
de gracia, ¡pedazo títere; (Mutis corriendo)

CARMELO.- Un día, éste hombre me las acaba pagando todas.

ESCENA VIII

JENARA- CARMELO- ENRIQUETA Y MARIANO

Enriqueta.- (Señora de edad, algo cursi) Buenos días, Je-
narín... (La besa)

MARIANO.- (Joven grandote y acobardado) Buenos días, Jena-
rín (La besa) Buenos días, don Carmelo.

CARMELO.- ¡Hola, hola... Aquí pueden sentarse.

ENRIQUETA.- Gracias, gracias...
 MARIANO.-

CARMELO.- Yo me retiro. (Mutis tras acercarle sillas)

ENRIQUETA.- Vamos a parar muy poco. Gracias.

JENARA.- ¿Por qué no, Enriqueta?

ENRIQUETA.- Venimos a despedirnos nada más.

JENARA.- ¿Cómo es eso tan pronto?

ENRIQUETA.- Pues, sencillamente, que ya hemos liquidado todo, Jenara.

JENARA.- ¿Os han pagado todo? ¿Todo?...

ENRIQUETA.- Hasta el último céntimo. Estas autoridades francesas son un primor, cómo se vé la clase. Los veinte mil duros de la herencia intactos. Así que, figúrate: ¿qué hacemos aquí?...

JENARA.- Ya sois ricos.

MARIANO.- Eso hacía falta, doña Jenara...

ENRIQUETA.- Con que adiós, Jenarín... hasta que nos veamos en Madrid.

JENARA.- Ahora, Mariano, a por una novia, ya sabes que a las madrileñas, los hombres de dinero las traen de cabeza.

MARIANO.- (Con timidez) ;Bah; Para mí como si no existieran, señora.

ENRIQUETA.- Ahí le tienes qué casto es mi chico.

JENARA.- Vaya, vaya... no digas tonterías. Bien está que seas un poco corto, pero, de eso a que no te gusten va un abismo.

MARIANO.- De veras; digo lo que siento.

ENRIQUETA.- ¿De quién crees tú que está algo enamorado...?

MARIANO.- ;Mamá... (Se oculta)

ENRIQUETA.- Me lo ha dicho hoy. Es algo inverosímil... Cosas

JENARA.-¿De alguna indígena...

ENRIQUETA.- De tu hija Araceli.

MARIANO.- (Vuelto de espalda) No lo crea usted...

JENARA.- Qué tiene de particular. No te pongas así, tan colorado, hombre. Es una pena -ya ves tú el estar casada- pero, si tuviera otra hija, era para tí.

ENRIQUETA.- Adiós, Jenarín. (La besa) Adiós.

MARIANO.- (Intenta besarla y se arrepiente) Adiós, Jenarín.

JENARA.- Mirad a ver si véis a Marciano. Viene ahora y os podéis despedir de él.

MARIANO.- Adiós.

JENARA.- (Acompañándoles) Adiós y buen viaje.

ESCENA IX

JENARA Y CARMELO

JENARA.- Estoy impacientísima. ¿Dónde estará Araceli? No quisiera que la viera Marciano con el doctor...

¡Carmelo!

CARMELO - (Saliendo) Mande la señora...

JENARA.- Es para decirte que, ahora que viene mi yerno, tenemos ¡hay que hacer lo posibles! para quitarle esas aberraciones de la cabeza, de lo contrario a otro año estaremos en Australia o en Canadá.

CARMELO.- Si fuese ahí poco miedo, señora. Lo que el ambiciona es ir a China: A Chin Chan Quin Fú, o yo ¿qué sé?

JENARA.- Pues, a eso tenemos que oponernos. Madrid nos sonríe. El tiene su despacho cerrado, y tú la representación -que es un filón- con las puertas cerradas.

CARMELO.- Aquello era una mina. Mi modus vivendi. Des-

de que cayó en nuestras manos salían coches en serie...
 ¿Y ganancias?... ¡Vaya ganancias! Yo, tenía mi tanto por
 ciento, pequeño era, pero usted compare: dieciocho mil pe-
 setas un coche, al día vendíamos un promedio de tres o cua-
 tro, que ya son (Šaca lápiz y hace cuentas) Setenta y dos
 mil... Setenta y dos mil para la compañía. De esas cobraba
 yo un octavo por ciento, que elevado al total de ventas
 resulta como siete es a noventa y nueve más los 0,20 de
 plus (Hace números) que viene a salir para la agencia y
 para mí a....

JENARA.- Otro Sindulfo... También a éste pronto acabará
 por hablarle la voz interna.

ESCENA X

ARACELI- JENARA- CARMELO- SINDULFO.

ARACELI.- ¡Mamá! ¿No ha llegado aún, mamá?

JENARA.- Esperándole estoy, hijita. ¿Te has encontrado a
 Mariano y a su madre?

ARACELI.- No.

JENARA.- Se van a España.

ARACELI.- Ya. Y el, tan tonto como siempre...

JENARA.- O más aún, pero déjate tu, tontos o no ya son ri-
 cos.

SINDULFO.- (ENTRA cargado de equipajes que no se le ve la
 cara) En la mano una carabina) ¡Mi madre... ¡Ay, mi
 madre, lo que pesa todo éste equipaje...

CARMELO.- (Que echaba cuentas) Total casi nada. Una burra-
 da...

ARACELI.- ¿Qué dice, Carmelo?

CARMELO.- Nada nada.

JENARA.- Vamos rápido, a quitarle peso de encima...

SINDULFO.- ¿He tardado mucho...?

CARMELO.- Bastante... Pero... (Le quitan equipajes)

ARACELI.- (Al verle) Nos hemos colado. Es Sindulfo...

JENARA.- Me alegro, ya no soy yo solo... Vengo deshecho.

¡Ufff! Todo el cuerpo me pica de sudor... (Se rasca)

¡Buff lo que pesa esto... ¿qué traerá el señor aquí?

ARACELI.- ¿Dónde ha quedado el?

SINDULFO.- Hablando con el doctor.

JENARA.- ¿Con el doctor...?

ARACELI.- ¿Viene solo?

SINDULFO.- No, señorita. Trae consigo a un matrimonio naufrago... mendicante, mendigoso... pero que se han salvado de un naufragio...

JENARA.- ¿Y, viene con ellos?

CARMELO.- No le hagan caso, apostaría a que son indígenas y este zanahoria los confunde.

VOZ DE MARCIANO.- ¡Atad ahí el camello;

JENARA.- ¿Pero es que trae también un camello?...?

SINDULFO.- Ya lo creo... y lleno de bultos. ¿Ve usted todos estos? Pues muchos más trae aquel encima, y eso que apenas lo he visto, pero cómo viene el animalito.

ESCENA XI

DICHOS ... Y MARCIANO...

MARCIANO.- (Aparece vestido de explorador. Ropa caqui y en la cabeza un salacof. Tiene bigote y es fuerte)

¡Araceli! (Se abrazan y besan)

ARACELI.- ¡Marciano!

JENARA.- Hijo mío (Lo besa) ¡Ya era hora...

CARMELO.- (Le da la mano) Bien venido. A sus órdenes señor*

MARCIANO.- Ya me tenéis de nuevo junto a vosotros.

ARACELI.- vienes cambiadísimo. Más negro... más delgado...

SINDULFO.- Y más alto, señorita.

JENARA.- Ya me creía que no volverías. Este será el último viaje ¿verdad que sí?...

CARMELO.- Es una temeridad, don Marciano, una temeridad.

MARCIANO.- Es una lección a la posteridad, Carmelo.

SINDULFO.- Lección de posteridad y temeridad que me lo digan a mí, que me lo digan a mí... que en buenas me las vi... No me lo digáis a mi... (Les hace reír a todos)

MARCIANO.- Sindulfo. ¡Ese equipaje a la galería; ¡La lona a don Miguel Garrastachu; los anteojos a Francisco Lamartine y, la carabina...

SINDULFO.-... Esta será la de Ambrosio... (Risas)

CARMELO.- Es ocurrente como nadie.

MARCIANO.- ¡La carabina al coronel! ¡Venga! ¿No me has oído? (Se comienza a cargar) Sindulfo.

SINDULFO.- Señor... (Se rasca como siempre)

MARCIANO.- Encárgate de darles leche, a unas cobras pequeñas que van por ahí.

SINDULFO.- (Con la boca abierta) Muy bien... ¿Cobras? Muy bien... Sí señor...

MARCIANO.- ¡Serpientes, para que entiendas; ¡Serpientes chiquitas, pero... serpientes...

CARMELO.- ¡Cobras, Sindulfo, cobras;

SINDULFO.- ¿Un paquetito pequeño...?

MARCIANO.- Sí.

CARMELO.- Este, ya las ha perdido o las ha tirado al mar.

SINDULFO.- ¡Ay; ¡Ay, madre... ¡Ay; ¡Ay madre mía... ¡Ay... ay ay ay ay....

LAS DOS MUJERES.- Pero ¿qué te pasa, Sindulfo?

SINDULFO.- ¡Ay señor qué buena la hice...? (Se toca todo el cuerpo)

MARCIANO.- ¿Se te han extraviado?...?

SINDULFO.- No, no señor... es que me las metí aquí (Por el pecho) y las debo tener por aquí... y por aquí...

¡AY! ¡AY! (Se tumba y se restriega espaldas y pecho)
Y yo que le echaba la culpa al sudor... ¡Ay, qué buena la ha hecho usted con traernos cobras... ¿Eran grandes?

MARCIANO.- No hombre... de unos ocho o diez centímetros. Cobras bebés...

SINDULFO.- Sí sí, pero eran cobras. Sindulfo, tú ya no cobras... (Mutis moviéndose como en locura)

MARCIANO.- Ya me tienes a tu lado, Araceli. ¿Has notado mucho mi ausencia?

ARACELI.- Bastante.

JENARA.- Ha sido excesiva.

CARMELO.- Verdaderamente.

MARCIANO.- Traigo algo asombroso, Carmelo. Ahora sí que puedo decir: "Veni Vidi. Vici!" ¡Llegué ví y vencí; (Por la cartera que trae colgada) Aquí traigo, Araceli un tesoro. Mi vida, mi fama... mi todo.

ARACELI.- Me alegro... Esa es tu mayor ilusión.

JENARA.- Vienes satisfechísimo, por lo que veo, es decir, por lo que no veo...

MARCIANO.- Como nunca. Haz pasar, Carmelo, a unos señores que esperan mis órdenes.

ARACELI.- ¿Son españoles?

MARCIANO.- Casualmente, ya ves tú, lo son.

JENARA.- ¿Qué piensas hacer con ellos?

MARCIANO.- Dejarlos a nuestro servicio. (Se sienta)

ARACELI.- Ha llegado éste telegrama, Mira lo que te dicen. (Se lo da)

MARCIANO.- (Lo lee). Muy bien. Está muy bien.

ARACELI.- ¿Iremos?

MARCIANO.- Mañana mismo.

JENARA.- (Besándole) Eres encantador, hijo mío.

ARACELI.- Por fin ha llegado ese día.

ESCENA XIII

DICHOS CON CARMELO, MANUEL Y REMEDIOS:

CARMELO.- Aquí están, señor.

MARCIANO.- Que pasen.

MANUEL.- (A Remedios) Tú, tras de mí... ¡Ellas aquí; ¡Mi mujer y mi hija aquí; ¿Quién esperaba esto...?

(Se coloca un gran bigote postizo)

MARCIANO.- Pero ¿no entran...?

MANUEL.- Vamos... vamos... No me conocerán... No deben conocerme nunca... (Pasan)

MARCIANO.- Pónganse ahí. (Se colocan juntitos)

JENARA.- Tengan cuidado de no ensuciarme nada, que vienen ustedes muy sucios...

MARCIANO.- Tómales los datos, Carmelo. (Se sientan)

MANUEL.- (A ella) Cámbiate el nombre y la profesión si te lo preguntan.

CARMELO.- ¿Su nombre, señor?

MANUEL.- Manuel Flores... Manuel Pérez, Pérez, Flores es el segundo.

MARCIANO.- Anótalo. ¿Y usted?

REMEDIOS.- (A Manuel) ¿Qué le digo?...?

MARCIANO.- Vamos, señora, sin vergüenza alguna

REMEDIOS.- Remedios Martínez.

ARACELI.- Bonito nombre.

JENARA.- Para cuando estemos enfermos, la única.

MANUEL.- (Aparte) Para darte una purga de petróleo.

MARCIANO.- ¿Profesión del señor?

MANUEL.- Conozco todas, desde mangante hasta artista culinario.

MARCIANO.- Anótalo, Carmelo.

REMEDIOS.- Yo... yo... yo era, fui, bailarina.

MANUEL.- (Le tapa la boca) Ella es...fregona, señor.

JENARA.- ¿Bailarina?... ¡Ay si fuese usted ella...Le cogía del... y le arrancaba los ojos... Pero no, que, la que yo digo se llamaba María y era otra cosa.

ARACELI.- Mamá, no te acerques a ellos ¿no ves cómo vienen?

MARCIANO.- ¿Tienen ustedes familia?

MANUEL.- ¿Familia... familia... o de la otra familia...?

CARMELO.- Sucesores.

REMEDIOS.- No señor.

MARCIANO.- Anótalo. ¿Procedencia?

MANUEL.- ¡Oh!

REMEDIOS.- De Buenos...

MANUEL.- ...¡De la Pampa; ¡De la sabana pampera; Anótalo Carmelo.

JENARA.- No sé por qué me parece que este hombre es un fresco, hija mía, un frescales.

MARCIANO.- Por ahora se quedan a nuestro servicio. Les he salvado la vida y debo darles trabajo. La señora atenderá de la ropa y la limpieza.

REMEDIOS.- Sí señor.

MARCIANO.- Usted, señor Manuel,, , estará al cargo de los animales y atenderá en los momentos libres de las visitas, es decir: notificará, tanto aquí como en Madrid.

MANUEL.- A sus órdenes, señor.

MARCIANO.- A las de don Carmelo.

MANUEL.- A las de usted, señor.

MARCIANO.- Llévatelos y ponles ropa. Antes, les das una mano buena de ducha y alcohol. A él, le pones el uniforme del pobre Nicanor y... y ¡usted; ese bigote hay que quitarlo, aquí no hay más bigotes que los del amo ¿entendido?

MANUEL.- ¿Y no podía haber una excepción, señor?... Por lo que más quiera, no me lo quite usted. Es el blasón de los Pérez. Catorce generaciones lo han paseado y yo no quisiera abandonarlo.

JENARA.- Parece al gato Félix.... Déjaselo por ahora.

ARACELI.- Déjaselo, Marciano, tiene mucha gracia con el.

MARCIANO.- También accedí con Nicanor; empezó con uno pequeño y terminó por ser exacto a ese, pero... basta que tú lo quieres, que se quede con el. ¡Pasen por ahí;

ARACELI.- Vamos, mamá, a sacarles la ropa.

JENARA.- Donde tú quieras, hijita. (Mutis, derecha)

REMEDIOS.- (A Manuel) Oye, ¿pero qué es esto un cuartel o una prisión?

MANUEL.- Lo que tú quieras, pero, ante todo no te descubras.

El es policía secreta... ¡Ah, le conozco bien... como a tí María... ¡Ojo con el;

MARCIANO.- ¿Qué hacen ustedes?

MANUEL.-

Nada nada...

MANUEL.- Vamos para dentro, que éste tío nos traga...

(Mutis con precauciones)

MARCIANO.- Traigo un tesoro Carmelo, un tesoro. (Saca de la cartera un pedazo de cerámica) ¿Qué escritura es esta?

CARMELO.- Esta esta... Esta... yo diría que es...

MARCIANO.- ¿No ves las cuñas, los trazos? Este a la izquier-
da... Este hacia arriba como flecha... Esto, en forma
de animal aquí... ¿No ves el animal?

CARMELO.- Soy un poco de ello, señor...

MARCIANO.- Aquí otra línea... puntos... ¿No la ves?

CARMELO.- Reconozca mis años y mi mala vista...

MARCIANO.- Es la cuneiforme. ¡La cuneiforme!

CARMELO.- Nadie lo diría, ya ve usted...

MARCIANO.- ¿Averiguaste las que trajo Sindulfo?

CARMELO.- Eso hacia falta. Veinte días llevo rompiéndome

los sesos por saber si son de asirios o libios, de
armenios o medos, pero, señor, me quedo sin dedos con
estos enredos y nada de nada.

MARCIANO.- Hay que averiguarlo cuanto antes. Ahora, vete
al consulado y prepara los pasaportes. ¡Vamos!

CARMELO.- Voy, señor, voy. ¡Bendita sea esta hora! (Mutis)

MARCIANO.- Qué contento se va porque vuelve a España y, a
mí qué poco me alegra el regreso. Volver a España...
yo allí me ahogo... No encuentro la libertad que quie-
ro ni tengo éstos orígenes de la vida humana. ¡Mi vida
es esta: civilizar, descubrir, investigar. ¡Ciencia y
sólo ciencia! Tan solo una parte me falta para sentir-
me orgulloso de este viaje: descubrir el islote de San-
ta Quiteria. ¡Ah, si lo viese sería feliz! pero, por
esta vez no hay que pensar en ello. O estas cartas
geográficas están mal o lo estoy yo.

ESCENA XIII

MARCIANO Y ARACELI

ARACELI.- Si lo viese, Marciano... te mueres de risa.

Vaya un tipo que tiene, es el propio Nicanor con esa
ropa y el bigote. ¡Exacto!

MARCIANO.- Y a mí ¿qué me importa eso? Déjame en paz por ahora, Araceli, déjame de lado esas tonterías.

ARACELI.- ¿Si eh? Déjame en paz... Esta es tu contestación después de cuarenta días sin verme. ¿Crees que se debe contestar así a una esposa? ¡Déjame en paz! En vez de estar contento de tenerme a tu lado, me plantas esa contestación. Te importa poco, muy poco todo lo mío... Tienes tus pensamientos puestos en los descubrimientos, en las escrituras... valdrán más que yo... acaso lleves razón, pero es que, además, soy una idiota en decirte nada. ¡Soy una idiota! (Finge que llora)

MARCIANO.- Araceli...

ARACELI.- Es que no te intereso, ya lo sé. A todos les importo mucho, pero no a tí. Te casaste como quien toma un refresco, y así sigues, tan fresco... Y no creas que es porque, el ponerme así es porque me dá rabia el poco caso que me haces, pero yo sé cómo debo proceder.

MARCIANO.- (Sonriendo) ¿Qué piensas hacer...?

ARACELI.- Divertirme todo lo que pueda.

MARCIANO.- ¡Vaya qué bien... ¿Con quién?...

ARACELI.- Con el doctor, que se muere por mí. Si ¡por mí! Ese es un hombre con corazón, y no como tú una cámara frigorífica.

MARCIANO.- ¿Aún sigues con el doctor?

ARACELI.- ¿Pero es que no te pica, no te pica? ¡Ojalá fuesen las cobras que llevaba Sindulfo encima, mis palabras! Es el colmo, no me has dado ni un beso; Ni uno; Pero ¿por qué te diré yo nada? ¡Me voy!

MARCIANO.- No seas loca, Araceli... ¿A dónde vas?

ARACELI.- ¿Vienes conmigo?

MARCIANO.- Vamos pero, ¿adónde?

ARACELI.- A pasear por la capital.

43

MARCIANO.- No me dejas un momento de reposo. En fin.

ARACELI.- Si te pena no vengas, tengo quien me acompañe.

MARCIANO.- (La lleva del brazo) ¿Vas contenta, nena?

ARACELI.- A medias... a medias.

MARCIANO.- Eres una niña, una chiquilla. (Mutis)

ESCENA XIV

SINDULFO después MANUEL

SINDULFO.- ¡Mi madre, qué soledad hay en esta casa...

Nadie por aquí... nadie por allí... esto es como un cementerio... No sé por qué tengo hasta miedo, acostumbrado al ajedrez... digo al ajetreo de ellos.

¿Dónde estará el señor...? ¡Vamos vamos y vamos...! Se necesita ¿eh?... Se necesita estar mal de autogiro para traer serpientes ¡cobritas; y tener que criarlas a biberón... ¡Hay que ver cómo está este hombre; El caso es que nos ha de volver a todos como el.

¡Ay qué soledad de casa; No sé por qué pero... me estoy temiendo un desenlace. Son pronósticos míos, pronósticos, pero, la última vez acerté, porque se murió el pobre Nicanor, que Dios le tenga en su seno. ¡Ay, ay qué bueno era, qué bueno, qué bueno... No somos nada.

(Se santigua)

MANUEL.- (Entrando vestido de uniforme) Señor... (Se detiene en la puerta como una estatua)

SINDULFO.- ¡El aquí; ¡Es el;... ¡Es Nicanor;... (Tiembla)

¡Ay; ¡Ay, Dios mío... Es su espíritu... su alma... su todo... Es el pobre Nicanor... ¡El difunto;

MANUEL.- Señor... (Avanza lento con los brazos abiertos)

SINDULFO.- El difunto Nicanor ante mí... ¡Ay qué situa-

ción ¿Qué hago yo con el...?

MANUEL.- Vengo a pedir justicia. (Por la ropa) Estas no son cosas de este mundo, señor... Véalas usted...son ropas del diablo. ¡Voy de diablo;¡

SINDULFO.- (Aparte) ¡Arrea; Por lo visto, allí también se usa ropa... ¿Y qué quieres, qué quieres, Nicanorcito?

MANUEL.- ¡Que no hay derecho a esto;

SINDULFO.- Llevas razón, llevas toda la razón. A propósito, mira, te voy a pagar los dos duros que te debía...Ya no pensaba pagártelos, la verdad he de decir, pero...ya que has venido...¡Toma; Lo que se debe hay que pagarlo un día u otro.

MANUEL.-¿Para mí?

SINDULFO.- Si hombre sí. ¿No te acuerdas? Se los pensaba poner a las ánimas benditas, pero, mejor es dártelos a tí. Así que, ya sabes, en paz eh, Nicanor, en paz de Dios.

MANUEL.- Bien... en paz.

SINDULFO.- Oye, oye... Y ¿qué tal por el otro mundo? ¿Se pasa bien? ¿Es aquello más justo que esto? ¿Hay mucha gente?

MANUEL.- Aquel sí que es otro mundo: el Nuevo Mundo. Aquello es Jauja, y, por lo pronto no se pasa hambre como por aquí.

SINDULFO.- Mira, eso es una garantía y una ganga. Eso no está mal, Nicanor. No habrá cárceles... todos libres...

MANUEL.- ¿Qué tal la señora Jenara, lleva buena vida o qué?

SINDULFO.- ¡Ufff; Ya lo creo, ya lo creo... desde que marchó el canalla del marido, pues vive como una reina. Tan coqueta como siempre, ya la conoces...

MANUEL.- (Aparte) Ha dicho que la conozco... ¿Me habrá conocido? ...¿Y la hija, vive bien con el esposo?

SINDULFO.- No vive mal. Tan risueña y alegre como siempre. Algo preocupadilla por Marciano, pero, se distrae lo que puede, y como es un poco pendón... pues yo creo que hace bien. Oye tú ¿de dónde vienes ahora?...

MANUEL.- He estado en La Pampa.

SINDULFO.- (Aparte) Qué raro...no me suena ese nombre...; Vete a saber qué estamentos habrá allí...;

MANUEL.- Así que, la señora, ¿no se acuerda de su esposo para nada?;

SINDULFO.- Hombres como era Domingo, los tendría yo en trabajos forzados toda la vida. Eso no se hace con una esposa como ella y con la hija!; Canalla; Granuja;

MANUEL.- Llevas razón. Llevas razón.

SINDULFO.- ¿No la voy a llevar? Ojalá me lo echase un día a la cara que, endeble como soy, le ponía el cuerpo negro. Ganchos, directos, indirectos...;

MANUEL.- A este pobre hombre le falta un sentido, está idiota perdido.

SINDULFO.- Oye, Nicanor, ¿llueve por allí o estáis siempre en sequía?;

MANUEL.- ¿Cómo Nicanor?; Manuel; Manuel;

SINDULFO.-; Atiza; Le han cambiado el nombre... (A el)
¿Te han cambiado el nombre...? Mira pues no lo sabía.

MANUEL.- Señor, que no está bien que el...

MANUEL.- Ya me ha conocido, ya me ha junao...;

SINDULFO.- Bueno, pues, Manuel. Quería preguntarte si se pasa mal, mal mal mal, al morir. El momento ese de alejarte de éste mundo debe ser trágico ¿eh?;

MANUEL.- Eso pregúntaselo al que la está espichando. ¿Qué te voy a decir yo?;

SINDULFO.- Este, el pobre, ni se acuerda. Hombre, si

lo pasaste mal cuando te despedías de mí diciéndome: Sindulfo, aquí te dejo cinco reales, cuídalos como si fuesen cinco perlas. Aún los tengo aquí, Nicanor... no creas que te olvidaba, que te quería mucho...

MANUEL.- Pero, vamos a ver. Tú ¿por quién me has tomado a mí, por quién?...

SINDULFO.- No te enfades, hombre. Yo, pues, porque vienes del otro mundo y te llamas...

MANUEL.- ¡Vengo de La Pampa y me llamo Manuel; Estoy vivo, vivo y coleando... ¡Tócame, anda, tócame; No tengas miedo.

SINDULFO.- ¡Oh; No no. No no no... ¡Jamás;

MANUEL.- Si me llamas Nicanor otra vez no sé que te hago. ¿Has oído? Un poco de seriedad, hombre.

SINDULFO.- Lo tendré en cuenta.

CARMELO.- (Entrando) Ya están los pasaportes para España.

¿Qué hacéis ahí Sindulfo?

SINDULFO.- Es un milagro, señor, un milagro.

CARMELO.- Prepara el equipaje, y usted...

SINDULFO.- No se meta con el don Carmelo. Es el alma del pobre Nicanor que Dios le tenga en... en nuestra casa...

CARMELO.- El alma te voy a romper yo, a tí. ¡En marcha los dos; ¡Vamos; ¡Rápidos;

SINDULFO.- Señor, que no está bien que el trabaje. Si usted supiera como yo las cosas...

MANUEL.- Este tipo está loco o es un imbécil.

SINDULFO.- Pase... pase usted, alma de Dios...

MANUEL.- Terminaré por romperle el cráneo (Mutis)

CARMELO.- Ha llegado la hora de recoger papeles, trastos y elevar anclas. ¡Mañana rumbo a España; ¡Adiós Madagascar;

ACTO SEGUNDO

Aparece una habitación lujosamente amueblada, con estilo moderno. Al fondo cocina de lujo, estilo antiguo. En el centro una mesa, sillones, sillas y demás adornos propios de la calidad de sus moradores y a gusto del director. Derecha e izquierda al interior de la casa. En un ángulo una biblioteca. Puerta del fondo, en el centro, conduce a la salida del piso.

ESCENA PRIMERA

ARACELI.- JENARA - CARMELO

CARMELO.- (Sentado junto a la mesa escribe, como recordando lo que le han dictado) Haz lo posible por venir a tu patria lo antes posible, hermano. Nosotros ya sabemos, como siempre, felices y contentos (A ellas) ¿Nada más?

ARACELI.- Para qué más. Ya está bien. (Araceli de luto)

CARMELO.- Cómo me despido, señorita: lánguido, monótono o con una despedida de esas que dejan huellas: besos abrazos...?

ARACELI.- Como tú quieras, Carmelo. Ponle lo que se te ocurra.

JENARA.- (También de luto.) No no no, Araceli. Tú no sabes lo que es el tío para las cartas. No les tiene que faltar un detalle. Ni comas, ni acentos... en fin, una letra mal trazada o que no la entienda es para el como un desprecio o desinterés. Que lo diga Carmelo que le conoce bien.

CARMELO.- Ya lo creo, señora, en la última precisamente, me preguntaba si era yo latino o era griego...

ARACELI.- ¿Por qué?

CARMELO.- Pues, porque estaba degenerando el alfabeto. Según él tanto estiro la i latina que la transformo en griega, ya ve usted qué insignificancia, pero, para eso el muy catedrático escribe "nalfabeto"... no sé si por picardía o ignorancia.

JENARA.- Escriba usted.

CARMELO.- Dígame, señora.

JENARA.- Sin otro particular, se despiden estas tus...

ARACELI.- que eso es muy cursi. No le pongas ridiculeces.

CARMELO.- Dígame usted entonces, señorita.

ARACELI.- Yo pondría algo moderno. Por ejemplo...mira ponle "guz-nai" y se acabó.

JENARA.- Muy moderno, hijita, pero no quisiera yo verle la cara que pondrá al leerlo.

CARMELO.- Lo pondré yo. (Escribe) No teniendo más detalles que darle... (Sigue escribiendo)

JENARA.- No sé cuándo va a venir aquel hermano.

ARACELI.- ¿Para qué, mamá?

JENARA.- Para solucionarnos esta crisis. (Al oído) Nos estamos quedando sin dinero. Es que no hay dinero que alcance.

ARACELI.- Pero ¿no has dicho mil veces que es insoportable y rarísimo? Pues, si viene ¿quién le aguanta?

JENARA.- Llevas razón, además no daba en ello. Si viene y ve que se nos ha ahogado Marciano, es capaz de no soltarnos ni un céntimo. Mejor que no venga y así está ignorante de todo, ¿pues no es raro que se diga;

ARACELI.- ¿Tanto?

JENARA.- Algún día me lo dirás si le conoces.

CARMELO.- Ya está, señora. (Cierra y pega el sobre)

JENARA.- ¿Cuánto dinero nos queda, Carmelo?

CARMELO.- En seguida. (Saca una libreta del cajón y lee)

En el Banco de España, tiene la señora treinta mil pesetas. En el Español de Crédito, diez mil, total cuarenta mil trescientas.

JENARA.- ¿Te das cuenta? En estos tiempos eso no es nada... ¿Nada; ¿Y los gastos?

CARMELO.- Los saqué ayer, precisamente. Aquí están: mil ochocientas mesetas mensuales.

ARACELI.- Qué barbaridad... Claro, luego está lo de la venta de coches...

JENARA.- Esto no puede ser, Carmelo.

CARMELO.- Lo tengo repasado varias veces, señora.

JENARA.- Te digo, que no puede ser el seguir manteniendo por más tiempo esa cifra. Hay que evitar gastos.

CARMELO.- Es un atrevimiento por mi parte, pero yo... yo despediría a esos dos naufragos que nos trajo su difunto esposo. Es decir, a él, porque ella se marchó ayer y no creo que vuelva.

ARACELI.- ¿Se ha marchado? ¿Sabes por qué?

CARMELO.- El me dijo que han partido peras... Habrá ido a venderlas ¿no le parece? (Risas de los tres)

JENARA.- Llámale para despedirlo.

ARACELI.- No le despidas, mamá. Bastante dolor tendrá el pobre con la riña de ^{su} esposa, para que tú se lo aumentes. Déjale a nuestro lado hasta el último día.

CARMELO.- Le voy a dar un consejo, Araceli, aunque me califique de imprudente y en vista de la situación económica.

ARACELI.- Tú dirás.

CARMELO.- ¿Por qué no le piden a la mamá de Marciano la parte de la herencia que de su difunto le corresponde?

JENARA.- Eso es absurdo no teniendo sucesores.

ARACELI.- ¿Y tú no sabes, mamá, que les voy a tener?

JENARA.- Llevas razón. Ni me acordaba, hija... Pobre angélico mío, venir al mundo sin conocer a su papá.

ARACELI.- No empecemos, mamá.

JENARA.- Aquel Madagascar, bien se me grabó en mi memoria.

Alguien viene.

CARMELO.- Será Sindulfo con la correspondencia.

ESCENA II

DICHOS Y SINDULFO.

SINDULFO.- ¡Señora, un telegrama!

JENARA.- ¿De dónde es?

SINDULFO.- No lo sé, señora.

CARMELO.- (Que lo ha cogido) De Dakar.

ARACELI.- (Extrañada) ¿De Dakar?...

JENARA.- Léelo, Carmelo, que estoy nerviosísima.

CARMELO.- "Salgo de Dakar en avión para España. Besos a vosotros y abrazos a Domingo y Marciano. Firma. Severo".

ARACELI.- ¡El el ¡EL!

JENARA.- ¡El el ¡EL!

CARMELO.- ¡El tío!

SINDULFO.- ¡El tío de Haití; ¡Ahí tío, con el tío...?

JENARA.- En peor hora no podía venir.

ARACELI.- Fíjate en la fecha que lleva.

CARMELO.- Día 12 a las 7 y 30.

JENARA.- ¿Y estamos?...

SINDULFO.- ¡A trece; ¡A trece; ¡Hoy viene; Esto no falla
Estamos a trece... (Mutis derecha)

JENARA.- Pero ¿a quién se le ocurre el venir ahora?...

Bueno, bueno bueno... De todos modos hay que tomar alguna determinación. ¡Vamos, hija... ¡Vamos, Carmelo...

Hay que pensar algo que nos saque de este apuro. El tío tiene que encontrar a la familia completa. Bueno es se nos daría media vuelta en seguida.

ARACELI.- Y ¿qué vas a pensar, mamá si esto no tiene remedio? Hemos cometido un error por no decirle toda la verdad. Ocultando ocultando y, ahora, ya ves que plan tenemos.

CARMELO.- De ahí viene el mal, señorita. El que un día tapa, al otro descubre...

JENARA.- (Pasea) Pero, si es para volverme loca. ¡Loca! Está ignorante, hasta de que Domingo no vive conmigo.

¡Ay; ¡Ay, si él se entera de todo... porque se tiene que enterar... Cuando sepa lo de Marciano, desaparecer en el viaje, no se sabe si por suicidio, por celos, o por caída... El día que alguien le entere de la vida de su cuñado, con lo castísimo que es el, vamos es que... ¿pero no se os ocurre nada, nada de nada?.

CARMELO.- ¡Ya está! ¡Ya está, señora!

JENARA.- Expíciate pronto.

CARMELO.- Usted, señorita Araceli, se casa como lo hizo la vez anterior: en breve. Y usted, la imita a su hija y ya está solucionado el conflicto.

ARACELI.- Por Dios, Carmelo... que hace cinco meses lo de Marciano... Que es reciente. No sé cómo has pensado ese disparate.

JENARA.- Sí, es una barbaridad.

CARMELO.- Perdóneme, señora, pero, yo creí que la solución podía ser esa, por ejemplo -sólo como ejemplo- que que usted... dijese que Sindulfo era su Domingo...

ARACELI.- Mamá, eso, mientras esté el tío aquí, no me parece tan mal. Es una opción... (Ríe)

JENARA.- Si... Pchiss... Sí. No está mal. Se puede hacer, pero ¿y tú Araceli? ¡Calla; ¡Ya lo tengo; Te casas con Mariano, ya sabes que te quiere con locura.

ARACELI.- ¿Estás loca, mamá?

CARMELO.- Esa era mi idea. Pero, si hasta el nombre se acomoda perfectamente: Mariano = Marciano. ¡Perfecto;

ARACELI.- ¡Que no; ¡He dicho que no; Ese hombre es un idiota, un imbécil.

CARMELO.- El será algo parado como usted dice, pero, el tío es millonario. Acuérdense, Araceli, lo que decía en una carta del mes pasado.

ARACELI.- Ya lo sé. Que tenía ganas de venir para dejar un testamento en condiciones.

JENARA.- Imagínate que se lo deja todo a un Hospicio por no hacer caso a lo que nos conviene.

ARACELI.- Si quieres, mamá, seré capaz de decirle que Mariano es mi esposo, pero, de casarme, nada de nada.

CARMELO.- Pero, señorita, si es que necesita convivir con usted; que su tío le vea sin ninguna duda. Tiene que poner su buffete de abogado...

JENARA.- Araceli, hija mía, piénsalo bien, es otra opción.

ARACELI.- ¡Que no, mamá;

CARMELO.- ¿Y el bigote, señora?...

JENARA.- ¡Buff; Se le pone postizo.

ARACELI.- No puede ser más descabellada esa idea. Es inaudito, inverosímil, una auténtica comedia de enredo.

JENARA.- Todo lo que tú quieras, pero es nuestra solución.

ARACELI.- Pero, mamá ¿tú sabes lo idiota que es Mariano?

JENARA.- ¿Y dónde me colocas al Sindulfo de mi alma...?

CARMELO.- Señorita, que no es para tanto. Además, el dinero, disimula tanto, tanto...

JENARA.- Debemos hacerlo, hija, y nada más. La situación lo exige.

ARACELI.- Pero, que tú no te casas, mamá...

JENARA.- Si es necesario, allí nos veremos... Además, que, tú ya sabes que no puedo casarme...

CARMELO.- No lo piense usted tanto, Araceli.

ARACELI.- Lo cierto es que he nacido para ser juguete de feria. Es inconcebible que me ocurra otra vez un caso semejante al primero. Dos bodas idénticas, no no, esta es mucho más suicida. ¿Usted sabe Carmelo, lo imbécil que es ese muchacho?

CARMELO.- Sí que lo sé, pero, también le digo que aquí espabilará, ya lo verá usted.

ARACELI.- ¡Curiosísimo! ¡Atrayente...! Es decir que tenéis que espabilarme a mi futuro esposo. ¡Muy bueno!...

JENARA.- Que tú no sabes cómo es ahora. El dinero hace prodigios y uno de ellos podía ser ese: reconstruirlo intelectualmente. ¿No te parece Carmelo?

CARMELO.- Eso es una realidad. Lo vemos frecuentemente en esta ciudad... Mariano alterna con gente educada y quién sabe lo que será hoy...

ARACELI.- Un premio Nobel. Un erudito. Acabaréis haciéndole un sabio.

JENARA.- Vamos, decídette porque, el tío puede estar quizá en tierras de Madrid.

ARACELI.- A tu disposición, mamá. Tú decidirás lo que quieras.

JENARA.- Carmelo, comunícaselo a la servidumbre de una forma que... tú ya me entiendes... Vamos, hija que tenemos que ir a casa de Mariano. No esperaba me-

nos de tí (La lleva del brazo)

ARACELI.- Así me llevabas la otra vez ¿te acuerdas?

JENARA.- Me acuerdo hija, me acuerdo. (Mutis)

CARMELO.- Pobre Araceli, te vamos quitando la alegría que tenías poco a poco. Lo cierto es que en buena hora desapareció don Marciano... El se ahogó, pero yo... con estas infelices me estoy poniendo a flote. Le he dicho quinientas pesetas menos en la cuenta y se han que dado tan tranquilas. Estas pasan a mi cuenta como ya es norma... (Se restriega las manos)

ESCENA III

CARMELO Y SINDULFO

SINDULFO.- ¿Llamaba usted...?

CARMELO.- Que yo sepa no, pero es igual. Acércate. ¿Sabes una noticia Sindulfo?

SINDULFO.- Sí señor...

CARMELO ¿Cuál, dímelas?

SINDULFO.- Que viene el tío de Haití.

CARMELO.- No, hombre no, el que viene es don Marciano.

SINDULFO.- ¿Don Marciano?... (Santiguándose) Pero ¿cómo?...

¿Viene en avión desde allí? ¡Arrea con los difuntos;

CARMELO.- ¡Ese del avión, es el tío; ¡El tío; JENARA

SINDULFO.- Ya, ya... pero don Marciano también ¿no?...

CARMELO.- ¿Lo esperabas tú? JENARA.- Vamos

SINDULFO.- Pues sí señor. Hay cosas que uno las espera porque sí, porque tienen que venir, y esta es una. No me cabía duda de que, un día u otro, ese hombre se presentaría en casa. Es lo que hizo Nicanor... y lo que haré yo cuando me muera: darme una vueltecita.

CARMELO.-(Riendo a carcajadas) Eres el único, el único, Sindulfo; el único para esto.

SINDULFO.-(Aparte) Este hombre es un ateo... (A el) Tuvo algo de misteriosa aquella desaparición... Esto era de esperar. ¿Pero, no se ría usted, hombre?

CARMELO.- Pues sí, va a venir. Otra noticia, Sindulfo. Esto en secreto ¿eh?, pero secreto de verdad.

[Redacted] Tú... tú, ya no vas a ser tú.

SINDULFO.- ¡Hombre; Y eso, don Carmelo ¿por qué?...

CARMELO.- Cosas de la vida... De hoy en adelante serás ... don Domingo. ¿Has entendido?

SINDULFO.- Pero ¿tiene usted poderes para eso...?

CARMELO.- Debe ser así y nada más. Vas a representar en esta casa el papel de don Domingo, por lo tanto, para el tío serás su cuñado, el esposo de doña Jenara.

¿Entiendes?

SINDULFO.- Sí señor... Yo claro, el...: entendido...

CARMELO.- Ante todo en secreto. Sigue con lo tuyo, que yo voy al banco. ¡Ojo con decir nada;

SINDULFO.- ¡Si señor; Ahora sí que voy a ser yo grande. ¡El amito de esta casa; Esto, también me lo había previsto yo hace mucho tiempo. Vaya...va-

ya... ya estoy solito otra vez. No puedo estar solo ni un momento, y él sigue negándome a pie juntillas que no es ese Nicanor que yo le digo. Ayer, precisamente, me dijo un espiritista -tras de contarle el caso- que, si se parece a él es él mismito en persona y espíritu, lo diga o no, y que ya tiene mucho que desear eso de aparecer los dos naufragos en alta mar, agarrados a una madera, creyendo que estaban en Madeira... Como que la tenían en la mano (Ríe)

SINDULFO Y LORENZA, después MANUEL.

LORENZA.- (Desde la puerta) ¡Sindulfo!

SINDULFO.- (Por la cabeza), Ya está... ya lo tengo despierto al gachó éste!...

LORENZA.- ¡Sindulfo! Te llama Manuel.

SINDULFO.- Dile a Manuel que lo llamo yo, que en algo de ha de conocer la veterinaria...la veteranía ¡coño; Oye, ¿sabes quién viene, Lorenza?...

LORENZA.- No.

SINDULFO.- Viene el tío...

LORENZA.- ¿El de Haití?...

SINDULFO.- El mismo. Y don Marciano también.... Sí sí... viene el difunto don Marciano.

LORENZA.- Anda, anda... tú siempre metiéndome en miedo.

SINDULFO.- Lo dicho, princesa y, bien prontito, sin que lo sepais nadie... yo no seré yo.

LORENZA.- ¿Pues quién vas a ser? Ya lo se: Un loco al que van a encerrar en un manicomio. (Mutis riendo)

SINDULFO.- ¡Mira, Lorenza, que te... Don Domingo... ahora tengo que estudiar mi papel; cambiar de carácter, rascarme las patillas; pellizcarme la barba... y un defecto que tenía siempre (Con las manos agarradas por los dedos hace como que se levanta el pantalón)

Cuántas veces, cuántas, le ha reprendido doña Jenera y él seguía con lo suyo. Bueno, supongamos que entra por ahí un señor que viene de malas maneras ante mí.

MANUEL.- ¡Pedazo de alcornoque!

SINDULFO.- Oye... no me insultes que, quizá luego te insulte yo a tí ¿entiendes? Porque yo ahora soy yo, pero... luego no seré yo, y tú serás tú, y tú y yo somos dos...

MANUEL.- Cómo estás, alma mía...

SINDULFO.- Alma mía...? ¿Pero tú sabes con quién estás

hablando? (Se rascan los dos las patillas) - Mira, mira qué coincidencia, éste también lo hace como yo.

MANUEL.- Es para desternillarse con el.

SINDULFO.- Manuel, soy un futuro esposo... El esposo de..

El amito de todo... ya está dicho. Sindulfo ya no es Sindulfo. ¿Has entendido?

MANUEL.- Pero ¿qué dices chalao...?

SINDULFO.- Lo dicho. Me pretenden y ¿no te lo crees verdad? Tampoco yo me creo que tú eres Manuel (Se levantan los dos a un tiempo los pantalones)

MANUEL.- ¿No empieces que te... (Le amenaza)

SINDULFO.- Me callo, Manuel, me callo. Manuelín,

¿Sabes quién viene?: Marciano.

MANUEL.- Por favor, cállate. Pobre Marciano ¿dónde estará?...

SINDULFO.- (Cantando) música de "Tristeza") "Sólo Dios lo sabrá".

MANUEL.- ¿Vas a empezar otra vez? Todo el día estás con el tanguito a vueltas.

SINDULFO.- ¿Y qué quieres que haga, Manuel? La vida es esto y nada más que esto: Tristeza...tristeza y melancomía. Amo eso, ya ves tú, además que, aquella desaparición en el mar o en el puerto...me llama a cantar.

MANUEL.- Tú le viste¿verdad, o te pareció verlo?

SINDULFO.- Claro que lo vi, pero, no me lo creen, no me lo creen.

MANUEL.- ¿Eres tú el que lo dice o es el otro?

SINDULFO.- El otro. Déjalo en paz. Oye y tú, Manuel,

¿Por qué estabas tan empeñado en no seguir con el barco?...

MANUEL.- Me interesaba mucho su vida, Sindulfo.

SINDULFO.- Te había salvado la tuya, claro... Querías pagarle en la misma moneda.

MANUEL.- Tú no sabes comprender esto mío. Hay cosas que se ocultan siempre. Un hombre tapa a otro hombre...

SINDULFO.- Ya comienza éste a descubrirse. (A el) Si lo digo yo. Tú eres el ¡El! Andas ocultándote, Manuel.

MANUEL.- ¿Me has conocido?...

SINDULFO.- Desde el primer día, lo que pasa es que uno...

MANUEL.- Pues ya que lo sabes cállalo. No se lo digas esto a nadie o correrá la sangre ¿entiendes?

SINDULFO.- Toma los dos duritos que me devolviste; son tuyos, tuyos. Toma Nicanor.

MANUEL.- ¿Otra vez me vuelves a lo mismo? ¿Pero, por quién me estás tomando otra vez?

SINDULFO.- Tú lo acabas de decir.

MANUEL.- Bueno, pues sí, sí. Soy otro; soy Nicanor, pa' que te empapes de una vez... Trae esos dos duros y así me dejan en paz.

SINDULFO.- Toma. ¿Cuándo te vas otra vez?

MANUEL.- Ahora... ¿no me ves? Ahora me voy volando con alitas como los ángeles... ¡Adiós... Adiós, Sindulfo...

(Inicia el mutis dando saltos)

SINDULFO.- Adiós... Adiós, y ya lo sabes en paz, Nicanor. ¡Pobre difunto; Apostaría a que ha hecho en broma eso de marcharse.

ESCENA V

CARMELO- SINDULFO, después MANUEL.

CARMELO.- ¿Qué estás haciendo, Sindulfo?

SINDULFO.- Ya lo ve usted... mis labores. (Limpia)

CARMELO.- Esas ya no son tus labores. Eres don Domingo.
 Acuérdate para siempre: don Domingo por el día y don
 Domingo por la noche. Esa bayeta dásela a Manuel y
 tú atento y a no meter la pata.

SINDULFO.- Perfectamente, señor.

CARMELO.- Esa neurastenia hay que tenerla oculta hasta
 que se arregle todo esto, no vayas a ser tú quien
 lo estropee y entonces si que...

SINDULFO.- Perfectamente, señor...

CARMELO.- El tío, es un tío muy suyo y si por tu culpa
 nos desmadeja la madeja, todos saldríamos perdiendo,
 pero tú...

SINDULFO.- Perfectamente, señor, yo perdería la pelleja.

CARMELO.- Es lo menos que podías perder tratando con el.
 Tienes que ser amable... atrayente... algo en fin... algo
 dulce. Con la señora no te quedes corto ni te
 propases, tienes que optar por una postura...

SINDULFO.- (Poniéndose con una postura cómica) ¿Así? Per-
 fectamente, señor. Eso está chupao.

CARMELO.- Un término medio. Ante todo cautela, mucha
 cautela. Ahora, vete a ponerte la ropa de Domingo y,
 con ella puesta se acabó Sindulfo ¿Estamos?

SINDULFO.- Sí señor, y que me estará como hecha a medida.
 (Mutis izquierda)

CARMELO.- Este hombre es a propósito para esto. Podía fa-
 llarle la cabeza y darse a conocer, pero, yo le controla-
 ré.

MANUEL.- Señor... Don Mariano desea pasar.

CARMELO.- ¿Don Mariano? ¿Viene solo...?

MANUEL.- No señor, con una rubia que se sale de sus ro-
 pas, algo exquisito.

CARMELO.- ¡Chisst! Diles que pasen. ¿Será su novia?

Vamos, esto si que sería lo que nos faltaba...

ESCENA VI

MARIANO- NELI- CARMELO, después MANUEL.

MARIANO.- Don Carmelo...

CARMELO.- ¡Mariano; ¿Qué es de tu vida, hombre...?

MARIANO.- Ya la ve usted, muy buena.

CARMELO.- (Mirando a Neli) Ya la veo ya... muy buena...ya la veo.

MARIANO.- (A Neli) Te presento, Neli, a don Carmelo, el encargado general de esta casa. El secretario... el todo.

NELI.- Encantada, señor. (Se dan la mano)

CARMELO.- Igualmente, señorita Neli. Siéntense un poquito

MARIANO.- Vamos, Neli.

NELI.- No perdamos tiempo, Ninín, ya sabes que tenemos pendiente la partida de hoy, no se pase el tiempo y nos cierran el club.

MARIANO.- No lo olvido, Nelita.

CARMELO.- ¿A qué juegan ustedes, aunque peque de curioso?

NELI.- Al tenis. Tenemos una afición loca. Le estoy enseñando a jugar a Ninín.

CARMELO.- ¿A quién?

NELI.- A este... A Ninín...

CARMELO.- ¡Arrea, qué nombrecito le ha puesto usted tan simpático...

MARIANO.- Ya ve usted, don Carmelo qué ocurrencia. Esta Neli es como una niña.

CARMELO.- Mira pues no está mal. (Aparte) Ese nombre nos conviene.

MARIANO.- ¿Dónde está doña Jenara?

CARMELO.- Ha salido con Araceli y me parece que han ido a tu casa.

MARIANO.- ¿A mi casa?...

CARMELO.- ¿Querías verlas?

MARIANO.- Si... Venía a... a presentarles a mi novia.

CARMELO.- ¿A tu novia?

NELI.- Ninín... que te clareas demasiado...

CARMELO.- ¡Nos has partido, ladrón!

MARIANO.- ¿Qué le parece don Carmelo, he tenido buen ojo en la elección eh?...

CARMELO.- Demasiado, demasiado...

NELI.- No sea usted adulator.

MARIANO.- Es muy simpático, Neli. Ojalá que le llegues a conocer como yo.

CARMELO.- (Aparte) Cómo la quitaré de su lado, para explicarle a el todo... Mirad, otra vez me pica la curiosidad. Soy así, excesivamente curioso.

MARIANO.- Déjese de cumplidos.

CARMELO.- Quería saber, Ninín, si os vais a casas prontito o es para largo el noviazgo.

NELI.- ¡Oh, qué disparate!...

MARIANO.- Yo, pues, lo que diga Neli, don Carmelo.

NELI.- Ninín, no te hagas el longui, que lo sabes como yo.

CARMELO.- Vaya vaya, me figuro que será pronto, si hasta los habéis puesto colorados. Os voy a dar un consejo.

Es lo que os conviene.

NELI.- Usted dirá.

CARMELO.- Mariano ya sabe que representamos los coches mejores de la península, y quedaría muy a tono con vuestra elegancia y vuestro amor, la comprita de un coche de estos que sólo lleva la gente chic. En el ibas a lucir a tu amada Neli por toda España: Barcelona... Sevi-

lla... Toledo... Granada... Biarritz... Un coche es lo más ideal para la gente joven y el mejor signo de libertad para el hombre.

NELI.- (Ilusionadísima) Es cierto, señor. Lleva usted toda la razón.

CARMELO.- Ninín tiene dinero... ¿Cómo no va a desprenderse de una pequeña cantidad para complacer a su amada? ¿Se figura Neli, lo que es pasar por las zonas rurales mirando a los aldeanos con la boca abierta, y usted, guapa y con un pañuelo recogiendo el pelo, volar como un hada? Eso es precioso, una maravilla del tiempo en que nos desvivimos. ¡Vamos, Ninín, es tu novia, te lo pide ella por mi boca, decídetelo, hombre; ¿No le ves qué cara tan ilusionada tiene?...

MARIANO.- Son muchas miles de pesetas, don Carmelo.

CARMELO.- Pero ¿te gusta, no?

MARIANO.- ¡Hombre... muchísimo;

NELI.- ¿qué guapo eres, Ninín. (Lo besa)

CARMELO.- Por las pesetas no lo haga. Llamaré a Manuel y que le enseñe a Neli, los últimos modelos, mientras tanto Ninín y no iremos formalizando el contrato. ¡Manuel; ¡Manuel;

Neli.- ¡Oh qué hombre tan dinámico es este;

MANUEL.- Señor...

CARMELO.- Acompaña a la señorita al salón y enséñale los últimos modelos recibidos.

MARIANO.- Yo también voy.

CARMELO.- No no. Tú y yo los veremos después. Quédate un momento. Su novio irá en seguida, señorita.

NELI.- ¡Ah, qué sorpresa y qué felicidad; (Mutis)

MARIANO.- Don Carmelo, no crea usted que yo voy a comprar un ...

CARMELO.- Ni yo a vendéértelo. Lo que a tí te interesa es otra cosa.

MARIANO.- Ustea dirá.

CARMELO.- En confianza, como si fuese tu difunto padre. ¿Amas de verdad, de verdad a esta Neli?

MARIANO.- Ahora empleo...

CARMELO.- Pues ahora debes terminar. Tu has amado a otra ¿verdad que sí?...

MARIANO.- Sí señor...

CARMELO.- A la señorita Araceli, ya lo sé.

MARIANO.- Pues, sí...

CARMELO.- ¿Y qué motivos has tenido para que no sigas amándola como antes? Más aún. Hoy es viuda y te puede decir que sí, en cambio antes... viviendo Marciano, era pedirle patatas a un manzano.

MARIANO.- Está muy reciente lo de la desaparición...

CARMELO.- ¿Qué ha de estar? Si tú le hablas..apostarí a que te escucha. A esa edad se olvidan pronto los dolores, Mariano.

MARIANO:- Si eso fuese cierto, con lo que yo la quiero...

CARMELO.- Te lo digo porque te aprecio y desearía, sinceramente, que te casases con ella. En primer lugar es una mujer preciosa.

MARIANO.- Ya lo creo, divina.

CARMELO.- Esta que has traído ¿qué es? ¿Tenista? ¿Eso es todo?... ¿De eso te enamoras tú...?

MARIANO.- Es que comparada con Araceli... pero ¿cómo consigo apartarme ahora de Neli?

CARMELO.- De eso me encargo yo. Déjame a mí.

MARIANO.- ¿Cree usted que ella...?

CARMELO.- Una cosa, si acepta ARACELI, que aceptará...no

estaría de más que cambiases de nombre, bueno si se le puede llamar cambiar a colocarte una letra intercalada: la C. Sólo con esa letra ya está todo arreglado.

MARIANO.- Y eso ¿por qué?...

CARMELO.- Yo sé que a ella pues...le gustaría en principio, sólo en principio, llamarte como al otro marido: Marciano ¿Entiendes? Es cosa psíquica nada más... Es que no sabes cómo son las mujeres.

MARIANO.- Lleva razón. En vez de Ninín, pues Marciano, y como dice usted sólo la c. Me parece bien.

CARMELO.- Oye, que también puedes llamarte Ninín.

MARIANO.- Bueno.

CARMELO.- Sabido esto, en cuanto la veas a conquistarla como un verdadero madrileño.

MARIANO.- ¿Me hará caso?

CARMELO.- Te lo digo porque lo sé. Animo, Ninín...

ESCENA VII

DICHOS NELI Y MANUEL

NELI.- Este hombre es algo inservible. No ha sabido abrir ninguna puerta; no conoce los cambios, los caballos ni nada de nada.

CARMELO.- Parece mentira, Manuel.

MANUEL.- Pero, señor, es que hay cosas que vamos...¿qué se yo donde está la nodriza de los coches?...

NELI.- Usted es un inútil, caballero.

CARMELO.- Es igual, señorita Neli. Ninín y yo nos hemos puesto de acuerdo. Tiene usted al novio del siglo XX en cuanto a darle gusto a su amada.

NELI.- ¿Es cierto, Ninín?

MARIANO.- De veras...

Neli.- Vamos a jugar la partida de tenis, rorró...

CARMELO.-Déjele un poco más, señorita Neli, que también aquí se la juega. Aún tiene que firmar, poner una póliza, etc etc, después, ya elegirán el color. Si le fuese igual jugar con Manuel.

MANUEL.- Señor... yo.

NELI.- ¿Usted tennista?... ¡Vaya tío!

CARMELO.- No se ría usted, que quizá le asombre cuando lo vea sobre la pista. Anda, vete con ella!

NELI.- Vamos.

MANUEL.- Pero si yo...

CARMELO.- Déjate de cumplidos. Tiene reparo por ser el criado. Vamos, vamos, acompáñela hasta el club.

NELI.- Allí veremos quien gana. No tardes Ninín.

MARIANO.- Iré en seguida, cariño.

NELI.- Adiós. (Le suelta un beso)

CARMELO.- (A el) Vamos, Manuel, y si no sabes al tenis, juegas a la brisca a la gallina ciega, pero vete con ella.

MANUEL.- Le acompaño, que, por jugar con ella...bien vale la pena. (Mutis)

CARMELO.- ¿Has visto? Pues, desde este momento eres don Marciano.

MARIANO.- (Sonriendo) Qué gran diplomático es usted.

ESCENA VIII

DICHOS Y SINDULFO

SINDULFO.- (Aparece vestido de etiqueta) ¡Arrea! Visita tenemos. Doy principio al Domingo. ¡Carmelo!

CARMELO.- Señor...

SINDULFO.- Nada nada.... No se me ocurre nada. Siéntate.

CARMELO.- (A Mariano) ¿Quieres que le diga que eres Marciano?

MARIANO.- Bueno, dígaselo usted.

CARMELO.- El señor es don Marciano, esposo de...

SINDULFO.- Pero ¿cómo?... ¿Pero es usted...? ¡Pobre don Marciano; (Me colé) ¡Pobre hijo mío... (Lo abraza) Pero...pero, oye Carmelo ¿y el bigote?... Nada nada. (A él) Ya ves tú, hijo, ni te conocía apenas... Te extrañaba un poquito... un poquitin...

CARMELO.- El señor, es el padre de Araceli: Don Domingo.

MARIANO.- Tanto gusto, papuchi...

SINDULFO.- ¿Cómo, papuchi?...

MARIANO.- Así que, usted es...

SINDULFO.- El mismo que viste y calza. He sido un mal padre, hijo, un mal padre. Los padres, a veces, dejamos de ser padres, pero, llega un día que el hogar nos llama y a él volvemos para ser padres. ¡Viva mi padre; ¡

CARMELO.- Muy bien, don Domingo, muy bien.

MARIANO.- Se parece bastante a un criado que tenían ustedes en Madagascar.

SINDULFO.- ¡Mi madre; Oiga, también usted -tú- has cambiado bastante... Se parece se parece...

CARMELO.- Lo dice don Domingo, por Sindulfo. Ya ha oído usted algo de él ¿verdad?...

SINDULFO.- Sí sí, algo sé.

CARMELO.- Pobrecillo, era un idiota... Así murió por no saber reprimirse y conservar su puesto. Los criados, don Domingo, tienen que obedecer y, aquel pobre Cristo, no sabía hacerlo, era un pequeño imbécil.

SINDULFO.- Lo sé, lo sé... ¿Dónde está mi hija?

MARIANO.- Me parece que ahí viene.

SINDULFO.- Y ahora ¿qué hago yo con ellas aquí? ¡Trágame

tempestad!

CARMELO.- (A Mariano) El amor debe imponerse por encima de todo. Procuraremos dejarles solos.

SINDULFO.- En buena me han metido. Empezaré con Domingo, y terminaré en Viernes Santo cuando venga el tío...

ESCENA IX

ARACELI- JENARA- CARMELO.-MARIANO- SINDULFO

ARACELI.- Está aquí, mamá, mírale.

JENARA.- Ya ves tú, y nos acaba de decir su mamá que estaba en el club.

CARMELO.- Al club iba, señora, pero, lo he detenido unos minutos para que las salude.

MARIANO.- Este don Carmelo cada día es más gentil.

CARMELO.- (A Jenara) Cállese y déjelos solos, que él ya está al corriente de todo.

SINDULFO.- (Aparte) ¡Ja;Ja;Ja! ¡Arrea cómo están todos éstos del coco...! ¡Mi madre qué cabeza tienen, y luego hablarán de mí!

MARIANO.- Araceli...

ARACELI.- Mariano. (Hablan los dos y Carmelo y doña Jenara)
Sindulfo.- Pero ¿cómo? ¿Estos no se habían visto?

CARMELO.- (A Sindulfo) Conviene dejarles solos...

JENARA.- Vamos, Sindulfo...

SINDULFO.- Que se confunde usted, señora...

CARMELO.- ¡Y tú también; Ese "señora" fuera, y ese "usted" también.

SINDULFO.- Entonces los tres fuera. Aquí, tú por tú y viva la vida. (Mutis los tres)

ARACELI.- ¿En qué quedamos, tienes novia o no tienes?

MARIANO.- Tengo y no tengo. Vaya, no tengo. Tú ya sabes a quién quiero, Araceli.

ARACELI.- ¿A quién quieres? Pues no lo sé, dímelo anda,

no seas corto, Mariano.

MARIANO.- Siempre me dice mamá eso: "No seas corto, Ninín"
Pero, es que, hay veces... Yo siempre te he mirado
con buenos ojos, y...

ARACELI.- Me alegro. No lo sabía, mira.

MARIANO.- Si, Araceli. Pero, mi cortedad... mi...

ARACELI.- Mentira, mentira... Me mientes... Mira, no sé cómo
me río, es la primera vez desde que desapareció mi pobre
Marciano.

MARIANO.- Lo creo, Araceli. Crees que miento, que falseo
las cosas, quizá porque el amor desfigura a las perso-
nas dándoles, aparentemente, cierta idiotez que parece
realismo.

ARACELI.- ¡Muy bueno eso; ¡Muy bien dicho; No te creía
tan inteligente, Mariano.

MARIANO.- Lo dice mamá y yo lo he aprendido.

ARACELI.- ¡Ah; Eso es otra cosa. Vayamos cortando por lo
sano. ¿Tú dices que me has amado a mí desde siempre?

MARIANO.- Te amé y te sigo amando. Hoy más que nunca, por-
que eres viuda -y lo siento-, en cambio antes...preten-
derte era absurdo.

ARACELI.- ¿Y eso, de quién ha salido?

MARIANO.- Me lo acabó de decir don Carmelo, pero, es la pu-
ra verdad.

ARACELI.- ¿Es posible?

MARIANO.- Posibilísimo, Araceli. Te adoro.

ARACELI.- Pues no me lo creo; si nos ha dicho tu mamá que es-
tabas con una tal Neli.

MARIANO.- Era una disculpa. Don Carmelo ha dicho
que caso de que acepte, tendré que llamarme Marciano,
y le he dicho que estoy decidido a todo con tal de ser

ARACELI.- Pero ¿quién es don Carmelo para meterse en mis cosas, en mi vida íntima?

MARIANO.- Pues no lo sé, pero, lo que si le digo -te digo- es que acepto todo, todo... porque estoy...

ARACELI.- ¿Cómo?

MARIANO.- Nada, nada señorita. Pues sí: que sólo sería dichoso con usted -contigo- al lado.

ARACELI.- Vamos a tutearnos y déjate de reparos. Lo que sí quisiera en caso de...

MARIANO.- Acepto todo.

ARACELI.- Pues no me parece tan tonto como antes.

MARIANO.- Yo también pediría una cosa.

ARACELI.- ¿Cual?. Vamos, atrévete.

MARIANO.- Quisiera que nos casáramos cuanto antes.

ARACELI.- ¿Y para eso te vuelves de espaldas? Tú me quieres de corazón y sin trampa?

MARIANO.- De todo corazón.

ARACELI.- Como te ha dicho Carmelo, debes cambiarte el nombre, esto es imprescindible. Y también, debes figurar como abogado

MARIANO.- Acepto todo y sin reparos. Nada sé de abogado, pero, lo acepto, Araceli.

ARACELI.- Es que, hoy o mañana, ¿sabes?, viene un tío mío que vive en Haití y que es millonario. No debe encontrar diferencia alguna entre tú y Marciano, y dentro de ello va la abogacía, sólo con esa condición acepto corresponderte.

MARIANO.- No hay problema por mi parte. Me casaré y con el tiempo seré feliz, te haré feliz.

ESCENA X

Dichos y Manuel. Después Sindulfo, Carmelo y Jenara.

MANUEL.- (Entra con un periódico en la mano) ;Hija mía;

ARACELI.- ¿Qué le ocurre a usted, Manuel?

MANUEL.- Ya ve usted, la llamaba como si fuese mi hija por la emoción que traigo. Perdone usted...

ARACELI.- ¿Qué pasa, por qué viene tan agitado?-.
ARACELI.

MANUEL.- Verá usted, he comprado éste diario, y mire lo que dice ahí.

ARACELI.- (Lee) ;Dios mío; "Lamentable accidente aéreo.

Al aterrizar en el Aeropuerto de Tablada un cuatrimotor de los que hacen el servicio América-España, capotó con tal desgracia, que varios de los viajeros se encuentran gravemente heridos" ¿Será uno de ellos el tío?

MANUEL.- Siga, siga...

ARACELI.- "Entre los heridos leves hay dos de Madrid, nuestro embajador en Cuba, y el millonario de Haití, Don Severo Retortillo. Los cuales son esperados a las doce de hoy en esta capital" ;Toma; Toma y que lo lean mamá y Carmelo . y...y Sin... ;y mi papá;

MANUEL.- ¿Quién?...

ARACELI.- ;Mi papá; ¿Ahora sale usted con esas?... ¿Es que no le conoce?

MANUEL.- Ya lo creo... como a mí mismo...

MARIANO.- ;Don Domingo, hombre, don Domingo.

MANUEL.- ¿Don Domingo?... Este es Sindulfo, que me ha falsificado la personalidad. (Mutis)

MARIANO.- Araceli...

ARACELI.- Mariano. Mira, no te formes ilusiones color rosa y luego se vuelvan negras, hay que vivir la vida para evitar butrones y cosas extrañas que nos salen al camino.

MARIANO.- Todo lo venceremos. (Entran Carmelo, Jenara y Sindulfo)

CARMELO.- Hay que ordenar esto, el tiempo urge.

JENARA.- ¡El tío está en Madrid; ¡Son las doce y media;

ARACELI.- Mariano, te presento a papá.

SINDULFO.- Ya nos conocemos, hija...

ARACELI.- ¿Le conocías, Mariano?

MARIANO.- Si

SINDULFO.- Pero ¿cómo no me va a conocer, si la última vez que nos vimos fue en alta mar y, al día siguiente en el puerto de...

MARIANO.- ¿Iba usted en el barco también?

SINDULFO.- ¿Yo? Pues claro que sí... Creo que sí... ¿Qué le digo yo a este? Mira, pues no... es no, pero sí ¿entiendes?... (Silba con indiferencia)

CARMELO.- Mire usted, don Domingo, el señor es don Marciano y no es ¿sabe usted? Es y no es... ¿Entiende?...

SINDULFO.- Tengamos otro lío como el de Nicanor. Yo no sé por qué no traen ustedes un papel del otro mundo en el que todo esté aclarado.

MARIANO.- ¡Es que yo soy...

JENARA.- Déjense de aclaraciones inútiles. Tú eres Domingo y él es Marciano, y san se acabó.

CARMELO.- O Ninín, que es lo mismo. ¿Estais de acérdo?

ARACELI.- Ya lo creo que sí, y quiere casarse lo antes posible.

SINDULFO.- Oiga, -oye Carmelo- pero cómo está mi hijo político de la urna... Vamos a tener que llevarlo a reparar, Jenara. No hay derecho a que nos salga con estas patas de gallo.

JENARA.- ¡Domingo... por favor... Ya me entiendes.

ARACELI.- (A Jenara) No te quejarás, mamá.

JENARA.- Así esperaba yo de tí.

CARMELO.- Como el tío está para llegar y no están casados, conviene que, solamente por hoy, se muevan todos como cónyuges... Y usted, Marciano, como abogado. ¿De acuerdo Ninín?

MARIANO.- Lo intentaré.

SINDULFO.- (Ríe) O estoy yo loco o están todos ellos como para llevarlos a Ciempozuelos...

CARMELO.- Mañana, sin que el tío se entere, os casáis en una iglesia cualquiera, y todo solucionado.

MARIANO.- Muy bien. ¡Ah qué felicidad!

ARACELI.- La farsa completa se ha iniciado...

MANUEL.- (Precipitado) ¡Señores! ¡Un coche se ha detenido en la puerta! (Mutis)

TODOS.- ¡¡EL TIO!!

CARMELO.- Tú ya sabes la lección: Marciano a todas horas, abogado, y casado con Araceli.

SINDULFO.- Y los demás... con pies de plomo.

JENARA.- Tantos años sin verle. Vendrá cambiadísimo

SINDULFO.- ¿No estaríamos mejor sentados? -digo yo...

CARMELO.- En efecto. Sentémonos. Tú, Marciano con Araceli.

Don Domingo con doña Jenara, y yo en mi mesa.

SINDULFO.- ¡AY! ¡AY, si esto fuese verdad, doña Jenara...!

JENARA.- ¡Sea usted correcto, Sindulfo! Digo: ¡Domingo!

ESCENA XI

Dichos con MANUEL y SEVERO

MANUEL.- ¡¡Llegó! (Entra maletas)

SEVERO.- (Aparece en el centro con bastón y sombrero. Es un hombre de fuerte voz y toscos ademanes. Americano)

¿Dónde está esa familia? (Se ponen de pie)

(Trae varios parches por la cara y manos)

JENARA.- ¡Hermano; (Va a besarle)

SEVERO.- No no no. Besos no. Los prohíbe la Junta Americana de Salud Pública.

SINDULFO.- ¡Cuñado de mi alma... (Le da la mano); Cuñadito de mi corazón... "Mata ríle, ríle ron..."

SEVERO.- ¿Qué cuñado tan flemático es este, Jenara?

JENARA.- El es así, ya le vas a conocer...

SINDULFO.- Ya me ha junao la enfermedad...

ARACELI.- ¡Vaya tío;...

SINDULFO.- Mirá, Severo... Aquí te presento a nuestros hijos, Araceli y... y Marciano...

JENARA.- Los sobrinos, Severo...

ARACELI.- ¡Tío; (Se abrazan)

SEVERO.- Sobrinita (La besa) Mi linda sobrinita...

SINDULFO.- Parece que ahora no está prohibido...

MARIANO.- ¡Tío; (Lo abraza)

SEVERO.- Sobrino. (Lo mira bien) Sobrino... Buen abogado, presencia, entereza y, oye Jenara ¿no tenía bigote en la última fotografía?

ARACELI.- Se lo ha quitado tío... A mí no me hacía gracia con el.

SINDULFO.- Se le quedaban ahí los macarrones y el arroz a cada momento.

SEVERO.- ¡Bien hecho; Un hombre con bigote es un lobo marino, una foca, un gato... A ese criado que ha entrado las maletas hay que quítárselo! Y usted (Por Carmelo) ¿quién es?...

JENARA.- El es... el mayordomo, Severo. El administrador... el alma de la casa.

SINDULFO.- (Canta) "Alma de tango es la mía"...

SEVERO.- Cómo ¿quién canta por ahí?

JENARA.- Es el... Es que...

SEVERO.- ¿Quién es el que se atreve a cantar delante de mí y en este momento? (Silencio)

SINDULFO.- ¡Ay Dios mío, si sabe que soy yo...! Me descuartiza...! ¡Ja, qué humor ha traído el tío...

ARACELI.- ¿Y el accidente tío? ¿Qué tal? Debió ser asombroso ¿no? el capotazo...

SINDULFO.- Mirale cómo viene hija. Ni el Andalúz lo agarra mejor.

SEVERO.- Aquello no fue nada, sobrina. Total, cuatro huesos rotos. Fue una suerte. Ha sido la vez que menos daño he sentido en las roturas.

MARIANO.- ¿Se le han roto muchos huesos, tío?

SEVERO.- ¡Muchos; Este de la ceja derecha cinco veces. La izquierda tres. La mandíbula, siete en cinco años, y costillas a un promedio de dos anuales.

SINDULFO.- No sigas... No sigas Severo, que me desmayo...
¿A qué te has dedicado tú, cuñado...?

SEVERO.- He sido luchador de la greco-romana, boxeador y cascanchasteista.

SINDULFO.- ¡Casi nada, gachó...!

SEVERO.- ¿Eh? ¿Qué dices?

CARMELO.- (Cortando) Así se explican las roturas, don Severo.

SINDULFO.- Yo creí que trataban mejor a los españoles por América.

SEVERO.- No te entiendo, cuñado.

SINDULFO.- Quiero decir...que, que fuesen más benevolentes porque, a tí, te han tratado como a los corderos en la cannicería; machetazo contra el hueso y fuera...

SEVERO.- Eso me hacían ellos, pero yo he mandado al cemen-

terio a dos, y, a cinco, los he dejado como para tirar al tacho de la basura.

Y ARACELI.- Pero ¿qué dice usted, tío?

JENARA.- ¿Es posible?...

CARMELO.- ¿No decía usted que trabajaba en lo del cacao..?

SEVERO.- Eso fue después. Lo del verdadero cacao vino después, y qué cacao... Ahí es donde gané la plata, pero no a mano limpia, sino a fuerza de tiros y sangre.

SINDULFO.- Es un ave de rapiña...

SEVERO.- ¿Y por Africa, qué tal sobrino, adelantaste mucho?

MARIANO.- Bastante, tío, bastante...

SEVERO.- De todo hablaremos, de todo... ¡Domingo!

SINDULFO.- Señor... (Se agacha)

SEVERO.- ¿Qué es eso de "señor"?

JENARA.- Oh, es muy distraído, ya le conocerás. A veces le gusta hacerlo como de broma, criado, y guasón...

SEVERO.- Yo no le permitiré bromas de esas.

ARACELI.- ¿Vas a estar mucho tiempo entre nosotros, tío?

¿A que sí?

SEVERO.- Hasta el último día de mi vida, sobrina.

CARMELO.- Hace usted bien, así conocerá a la familia tal y como es.

SEVERO.- ¿Buenas personas, verdad?

CARMELO.- Buenísimas...

SEVERO.- ¡Ay de ellas si no fuesen ejemplares con tanto orgullo, que presumo yo de mi España; Si yo les viese una traición, un engaño, una picardía, un embuste...

MANUEL.- Señor, unos señores desean hablar con usted.

SEVERO.- ¿Qué quieren, quiénes son?

MANUEL.- Dicen que son reporteros gráficos y periodistas.

SEVERO.- Cierra la puerta y que no pase nadie. Diles que, don Severo, no se ha fotografiado más que en el ring, Y pobre del que sin mi permiso saque una foto.

SINDULFO.- Mi santa abuela, que tío más tío es este tío..!

JENARA.- No es ni conocido... Vaya carácter.

SEVERO.- No sabéis vosotros, no os lo podéis figurar quién ha venido. ¡Don Severo; ¡Don Severo, es muy bueno pero es severísimo; ¡Severísimo;

JENARA.- Viene cambiadísimo

SINDULFO.- Es draculísimo. Es un demonio...

SEVERO.- ¿Qué dices cuñado?...

SINDULFO.- ¿Yo...? Nada, nada Severito... nada. No he dicho nada... Te habrá parecido, pero no... Sigue, sigue tú.

SEVERO.- Soy intransigente como nadie, por algo me llaman en Haití: "Tragahumanos". No tolero bromas. Con todo me meto porque me divierte, y, acostumbrado a mis años de púgil, lo que más me atrae es romper algún hueso al semejante. Es mi debilidad.

JENARA.- (Se santigua. Sindulfo quiere escóderse) ¡¡Jesús, Maria y José¡¡

SEVERO.- Lo advierto para que no os sorprenda. El que avisa no es traidor.

ARACELI.- Lo vemos, tío, lo vemos.

SINDULFO.- Este hombre, el día que se entere de todo el embrollo de ésta casa nos descuartiza, y nos come como un antropófago, -siempre que no lo sea, que hummm...

SEVERO.- ¿Qué hablas tú en voz baja? ¿Qué rumoreas, Domingo?

SINDULFO.- ¿Yo?... ¿Yo?... Nada nada, Severito, nada... que eres un verdadero deportista... grecoromanista... cachanchutista y boxista, pero... junto a usted... junto a tí

que Dios nos asista, Severito...

SEVERO.- ¿Qué dices?... ¡Dejadmelo que le doy un escarmiento;

JENARA Y MARIANO.- ¡Hermano; ¡Tío; (Le agarran)

SINDULFO.- (que quiere tirarse al patio de butacas)

¡Agarradle;; ¡Agarradle;; ¡Quitarlo de mi vista;
¡Quitarlo de mi vista;;

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

La misma habitación que la anterior. En el suelo una piel de tigre.

ESCENA PRIMERA

SEVERO - MANUEL

SEVERO.- (Paseando nervioso por el escenario, con un bastón en la mano, en ocasiones amenazando) Quiero

que me diga usted a qué se debe ese altercado de anoche con mi cuñado. ¡Con su amo; ¿Ha oído usted?: ¡Su amo;

MANUEL.- Pues... pues, verá usted, verá usted...

SEVERO.- ¡No veo nada y usted se calla; ¡Habla don Severo,

y nadie le reprocha ni se inmiscuye en su conversación! No estoy dispuesto a oírles más gresecas

de esas ¿ha entendido?... La de anoche fue la tercera

¡La tercera; y si oigo la cuarta ¿me oye usted?, abandona

esta casa inmediatamente o le mando al Hospital

Clínico, con un lustro de convalecencia! ¡Mi cuñado

es el amo, el patrón; ¿Se entera usted? ¡El amo; Y

usted un servidor...un criado.

MANUEL.- Pero es que, si usted viera...

SEVERO.- ¡Usted se calla, mi amigo, se calla; No me han

dejado dormir ni un momento. ¡Ay, de usted, si mi hermana,

no me cierra la puerta por fuera; ¡Ay, de usted y, ay

de los dos; Los agarro por el cuello así...¡así; y

les cuelgo en la cúpula de...

MANUEL.- Oiga, pero si yo...

SEVERO.- ¡Cállese usted, carajo, que hablo yo; ¡por qué

han discutido, vamos a ver, dígame usted por qué han

discutido?

MANUEL.- Porque él no es...

SEVERO.- ¡Usted se calla y se acabó; Hablo yo, y, cuando yo hablo, no hay quien sople a mi lado, porque lo mismo le hago callar a una locomotora que a un soplillo! ¡Usted no tiene educación! ¡Es un criado a quien le miro por encima...por encima del bigote! A propósito: ¿Usted se burla de mí, de don Severo?

MANUEL.- No señor... Dios me libre de ello...

SEVERO.- ¡Basta y no interrumpa; ¡Cállese, por favor;

MANUEL.- Usted habla...

SEVERO.- ¿Hasta cuándo va a durar ese bigote bajo su nariz? Está pasando el tiempo y cada día lo tiene usted más largo y más tieso.

MANUEL.- (Aparte) Será el primero siendo postizo.

SEVERO.- ¡De hoy no pasa; Aquí es donde se mostrará don Severo, severísimo! ¿Me oye usted? ¡Severísimo; Esta noche, se presenta usted ante mí con el cepillo ése en la mano, como si fuese una rata que dejó de existir.

MANUEL.- Perfectamente. Así sabrán quién soy yo, porque...

SEVERO.- ¡¡Le digo que se calle y se calló!!

MANUEL.- Me callo, sí señor...

SEVERO.- Se calla y, ahora, coge al niño y lo lleva de paseo; quiero hacerle fuerte como yo, con cuerpo de roca y, ante todo, mucho cuidado, mucho cuidado con besarlo. La Junta Americana de...

MANUEL.- Pero si está lloviendo, señor...

SEVERO.- Oiga, ¿se va usted a callar y a dejar de interrumpir o le rompo siete vértebras, cinco falanges y un peroné a estacazos!...

MANUEL.- ¡Vamos, y vamos... que tenga yo que...

SEVERO.- (Varios golpes en el suelo con el bastón)

SEVERO.- ¡Hale! A pasearlo y a educarlo... Lo manda don Severo que es punto redondo, se acabó aquello de Blas.

MANUEL.- Muy bien... muy bien...

SEVERO.- ¡Usted se...! Que no venga yo, y esté el niño en la cuna, porque, entonces... el niño será usted y yo le meceré con ésta batuta... *(Por el bastón)*

MANUEL.- Pero, vamos... Me callo, me callo...

SEVERO.- A este criado le voy a tener que explicar en mi lenguaje, cómo se callan las personas cuando don Severo dice ;Se acabó; *(Golpe de bastón)*

ESCENA II.

SEVERO Y MARIANO.

MARIANO.- Buenos días, tío.

SEVERO.- ¿Buenos has dicho, sobrino? Medianejos... medianejos...

MARIANO.- ¿Está usted enfadado?

SEVERO.- ¿Te extraña? ¿Acaso me has visto alguna vez contento? El que vive contento es un imbécil. La vida no es un juguete, hay que enseñarle los dientes todos los días y dominarla. Es mi carácter. Siéntate, y hablemos tete a tete sobre tu viaje al Africa.

MARIANO.- ¡Ah! Poco le puedo yo decir...

SEVERO.- ¿Cómo que poco? Quiero unas explicaciones aunque sean breves, tú ya sabes que me interesa saber de todo. ¿Qué tal es aquel país?

MARIANO.- Malo tío, aquello es malísimo. ¡Buaff!

SEVERO.- ¿Cómo malísimo? En una carta me decías que era encantador, y que conseguías lo que querías...

MARIANO.- Si, si... bueno, sí... Hay partes, claro, pero en conjunto... malo, tío, muy malo.

SEVERO.- ¿Había muchos animales en estado salvaje? Tigres, leones, panteras... ¿Mataste muchos, sobrino?

MARIANO.- No no... Que yo sepa pues no, ninguno.

SEVERO.- ¿Qué es eso de "que tú sepas"?; Debes saberlo;

MARIANO.- Sí, sí... claro que sí, pero... las cosas, tío..

SEVERO.- ¡No hay pero que valga; ¿Dónde cazaste éste tigre tan enorme, Marciano?

MARIANO.- ¿Éste? ¿Éste? (Qué le digo yo...) Este lo maté

SEVERO.- ¿Es que no te acuerdas? (Golpe de bastón)

MARIANO.- Sí tío, sí. A este lo maté una mañana por la tarde, al ponerse el sol... Eso es, en Majunga..

SEVERO.- ¿En Majunga?... ¿Una mañana por la tarde? (Se levanta furioso) Pero, Marciano ¿te ríes de mí o es que me quieres ver enfadado al límite? ¿Tú crees que no sé yo qué es mañana, y qué es tarde?

MARIANO.- Claro, claro... Lo maté en una montaña salvaje... En plena selva, tío.

SEVERO.- Eso está mejor ¿Con qué le tiraste para matarlo?

MARIANO.- Con bala, tío, con bala.

SEVERO.- Ya. ¿De mauser o Remington?

MARIANO.- Con las dos, tío.

SEVERO.- ¿Cómo con las dos? ¿Pero es que...

MARIANO.- Le digo que...

SEVERO.- ¡Cállate, sobrino, que ya la estamos liando y en serio; ¡Ah, defecto español, el de interrumpir sin detenerse a escuchar y responder al tun tun...

MARIANO.- Hable, hable usted, tío. Aquí somos así...

SEVERO.- Eres un hombre, todo un hombre, de eso no cabe duda. ¿Y sobre las escrituras primitivas qué...?

¿Qué sacaste de práctico después de gastar tanto?

MARIANO.- Nada tío. Terminé por deducir que era una idio-

tez el perseverar y abandoné la empresa.

SEVERO.- ¿Cómo, cómo cómo...? ¿A tu tío Severo te atreves ahora a decirle que todo era una idiotez? ¿Acabarás por decir que yo también fui idiota por mandarte dinero para ello?

MARIANO.- No no, eso jamás, tío.

SEVERO.- ¿Tú sabes los miles de pesos que me has gastado en esas investigaciones, tú lo sabes bien?

MARIANO.- No lo sé, tío.

SEVERO.- ¿Con-que no lo sabes?

MARIANO.- Lo ignoro...

SEVERO.- ¡Que te calles, sobrino; ¿Tú eres abogado?

MARIANO.- ... ya lo ve usted: la mesa... los papeles... el título puesto en la puerta...

SEVERO.- ¿Y la cabeza?

MARIANO.- Ya sabe usted que me ayuda Carmelo.

SEVERO.- Me voy de esta atmósfera tan extraña, porque si sigo aquí, sobrino, me como hasta esa mesa y tu título!...

MARIANO.- Es que usted ¡jolin!...

SEVERO.- ¡No me digas nada, nada; No quiero saber nada Esta casa es un laberinto en el que me pierdo. ¡No quiero saber nada; (Mutis)

MARIANO.- En qué apuros me ha metido este hombre... Yo tenía que estar más enterado de todo, para que no me halle en "orsay" y saber qué contestarle.

ESCENA I I I

MARIANO Y CARMELO

CARMELO.- Señor...

MARIANO.- Carmelo ¿hasta cuándo vamos a seguir con esto?

Yo no puedo continuar así. He estado a punto de fracasar ante el tío.

CARMELO.- ¿Qué le ha pasado a usted?

MARIANO.- El es curioso al extremo; me ha preguntado por las cacerías en Africa... por mis investigaciones...

CARMELO.- (Riendo) Entiendo, entiendo. ¿Y qué desea...?

MARIANO.- Que cuando esté conmigo don Severo, estés a mi lado para darle un capotazo y quitármelo de encima.

VOZ DE NELI.- ¡¡Yo le digo a usted que paso y pasaré¡¡

VOZ DE SEVERO.- ¡¡Y yo le digo que no y se acabó¡¡

MARIANO.- ¿Le has oído, Carmelo? ¿Es Neli...! ¿Qué hago yo ahora, con ella aquí?

CARMELO.- Cállese y ya veremos qué pasa.

MARIANO.- Sudando estoy. Esto no es para mí, no es para mí.

ESCENA IV

DICHOS Y DON SEVERO, NELI Y DOÑA JENARA

NELI.- (Agarrada por don Severo) ¿Le ve usted cómo he pasado? Tenía que pasar por encima de lo que fuese.

SEVERO.- ¡¡Menos por encima de don Severo¡¡

NELI.- Esos dos hombres tienen que oírme todo, todo lo que les diga.

SEVERO.- Usted está loca, loca!

NELI.- Loca está la que se ha casado con ese hombre. No sabe ella que es un pobre idiota. No lo sabe Ninín, y soy yo la que viene a decírselo.

CARMELO.- Oiga usted, que...

NELI.- ¡Y usted un embustero; ¡Barba de chivo; Esto que han hecho conmigo no tiene perdón. ¡Me lo han robado, señor, me pertenecía a mí...Ha sido vergonzoso lo que con él han hecho.

SEVERO.- ¿Pero qué es esto, Carmelo? ¿Quién es esta mujer?

CARMELO.- No lo sé, señor, hay muchas pícaras por la calle en estos tiempos. No la conocemos para nada; no

es cierto, Marciano?

MARIANO.- Nunca la he visto, tío.

NELI.- ¿Que no me conocen? Déjeme, señor, déjeme usted

que vana a saber quiénes Neli; Chantagistas; Embusteros; Hipócritas; Farsantes;

JENARA.- ¿Qué pasa, hermano?

SEVERO.- No me explico nada de lo que pasa en esta casa, hermana, nada de nada...

NELI.- Mariano, eres un pobre idiota, te lo dice tu novia.

Eres un pobrecito imbécil; Te han engañado estos tramposos. Lo sabrá todo Madrid.

JENARA.-; Severo, por favor, hazle callar a esa mujer, que es una difamadora y una calumniadora; Ella no sabe que está insultando a un abogado.

NELI.- ¿Abogado? ¡Ja Ja Ja; Imbécil;

JENARA.- Severo, por favor... que se calle y sácala de esta casa.

MARIANO.-; Hágale callar, tío;

NELI.- A mí no me hace callar nadie. ¡Nadie;

SEVERO.-; Ojo con eso, niña; Usted se calla porque lo mando yo;

NELI.- No callaré, no callaré...

SEVERO.-; Usted se calla;

NELI.-; Esto es una injusticia;

SEVERO.- Usted se calla y viene conmigo para meterla en la perrera...

NELI.-; Socorro; ¡Esto es una injusticia;¡

SEVERO.- (Se la lleva del brazo) ¡¡A callar; ¡A callar;¡
(Mutis)

MARIANO.- Carmelo, si me sangran encuentran gaseosa o cerveza en mis venas...

CARMELO.- Lo creo, señor, que no es para menos.

JENARA.- ¿Se habrá dado cuenta mi hermano de lo que decía esa mujer?

CARMELO.- No creo. Es que no daba lugar ni a pensar.

JENARA.- Esto no puede seguir así, Mariano. Todo el día estamos con miedo y con dudas. ¿Por qué no se irá a Haití, Honolulu, y a Chinangua, de una vez por todas, y que deje tranquila a ésta familia? Hay que animarle para que se vaya cuanto antes.

MARIANO.- O marcharnos nosotros.

CARMELO.- Don Severo no se irá si no es por una fuerza mayor, precisamente quiere hacer testamento estos días.

JENARA.- ¿Se ha decidido?

CARMELO.- Acabo de llamar a un notario por orden suya.

MARIANO.- Ya era hora.

JENARA.- Al fin lo hemos conseguido. (Mutis)

MARIANO.- ¿No podíamos hacer nosotros una copia para que el notario redacte a nuestro capricho ese testamento?

CARMELO.- Eso estoy haciendo, señor. Si quiere usted pasar para ver si es de su gusto...

MARIANO.- Si. Vamos a ver cómo está, eso. (Mutis ambos)

ESCENA V

SINDULFO- MANUEL Después SEVERO.

SINDULFO.- (Le dice a Manuel) Te digo que yo no quiero saber nada... Lo que pasa es que me tienes envidia, Manuel.

MANUEL.- Pero ¿qué envidia ni qué narices? De envidia nada, Sindulfo.

SINDULFO.- Entonces ¿por qué te sabe malo que yo esté tanto

tiempo con doña Jenara?

MANUEL.- Me sabe mal porque, eso, no está bien en un criado. Es demasiada confianza, Sindulfo.

SINDULFO.- Esas son envidias tuyas, Manuel. ¿Qué te voy a hacer yo si eres feo, y por eso no se ocuparon de tí? ¿No ves que yo, hasta me parezco a él? (Se levantan a un tiempo los pantalones)

MANUEL.- Bueno, pues, desde hoy, te prohíbo que te acerques a ella, y, menos, tocarle ni una uña.

SINDULFO.- Te empeñas y te saldrás con ello. Así empezaste con el dormir, pues, hasta que no has conseguido que me acueste contigo no has cesado. Eres un envidioso, Manuel. Lo menos te creías tú, que, ella, se iba a acostar conmigo. ¡Ni en su habitación siquiera!

MANUEL.- Todo lo que quieras, pero... por si acaso... por si acaso... mejor estás a mi lado.

SINDULFO.- Si continuamos así, te voy a ceder mi puesto. Te quitas el bigote y le dices a doña Jenara que eres el nuevo don Domingo; no te parecerás mucho al ¡Viva la Virgen! de su marido, pero... sin bigote, hasta puedes pasar.

MANUEL.- Por desgracia tuya, esta noche voy a descubrir todo.

SINDULFO.- ¿Qué piensas hacer?...

MANUEL.- Don Severo me ha obligado a llevarle el bigote afeitado en la mano... y se lo llevaré pase lo que pase...

SINDULFO.- ¿Y qué pasará, Manuel?

MANUEL.- Pues, que yo sin bigote soy otro, me daré a conocer y, tú verás... ¡Pobre Sindulfo y pobres de los otros con don Severo!

SINDULFO.- (Aparte) ¿Quién será éste gachó sin bigote?

MANUEL.- Este suplemento ha sido mi tapadilla en la casa, pero, mañana, todo se sabrá y cómo me voy a reír de todos...

SINDULFO.- ¿Tú crees que don Severo hará algo de lo suyo?

MANUEL.- Lo que sé es que tú no vas a ser de los que mejor lo pasen.

SINDULFO.- ¿Yo...? ¿Yo...? ¡Ay, Sindulfo de mi vida, por qué te meterás en dibujos sin saber hacer un trazo...?

MANUEL.- Este se muere de miedo con sólo pensarlo (Mutis)

SINDULFO.- ¡Oye; ¡Oye; Vaya, ya se ha marchado y me ha dejado solo... (Aparece don Severo en la puerta) ¿Qué será lo que aquí ha de pasar?... ¡Ay, mama mía... Y todo por quitarle el bigote, con la gracia que le hace, ¿Qué le importa a él si tiene bigote o no, Manuel? Es que, éste hombre es la leche... Se tiene que meter en todo; es algo de miedo.. Yo, pobre de mí, en viéndole a mi lado me dan calambres... (Bastonazo) ¡¡Ay!! Ya me ha parecido uno de sus golpes...

SEVERO.- ¡Domingo!!

SINDULFO.- Señor... señor... señor...!

SEVERO.- Cuñado. ¿Tú eres hombre...? ¿Tú eres hombre?

SINDULFO.- Hombre... qué cosas tienes, Severín... (Lo acaricia)

SEVERO.- ¡¡Pues eso es lo que yo quiero saber!!

SINDULFO.- Ya me está buscando un desaffío... Ayúdame, san Valor...

SEVERO.- Como hombre que eres -si no me trampeas-, me vas a contar, con franqueza ¿quién es esa Neli que hace un momento he sacado de aquí;

SINDULFO.- Neli, Neli, Neli...? Pues ya ves tú, no me sue-

suena... No me suena, Severo... Yo tenía una perra de caza que la llamaba así, pero...

SEVERO.- ¿La conoces o no?

SINDULFO.- No caigo, ya ves tú...no caigo, Severín...

SEVERO.- Pues no sabes cómo os ha puesto a todos.

SINDULFO.- Algún mal querer, Severo, hay tantos en estos tiempos que vivimos...

SEVERO.- ¿Tú eres hombre, Domingo? ¿De verdad de verdad?

SINDULFO.- Ya me ha cogido en trampa... ¡Hombre...

SEVERO.- ¡Si eres hombre y estás casado con mi hermana, por qué no duermes en su habitación? Creo yo, que es lo que procede a un marido que es hombre y honrado... Sin embargo, sin embargo... te voy vigilando unas noches, y te veo acostarte con Manuel ¡Meterte en la habitación de Manuel! Eso sí que no lo consientes don Severo, entiendes? ¿Me puedes explicar, Domingo, a qué se debe esa actitud si eres hombre...?

SINDULFO.- Llevas razón cuñado, mira, en eso llevas toda la razón, sí señor... sí por cierto.

SEVERO.- Sabes, cuñado, que, don Severo es hombre intachable, y que quiere, -por encima de todo, que la familia sea como lo es él. Por tanto "eso" se acabó. ¡Se acabó o nos vamos a ver en un trance muy trágico; ¿Has oído bien?...

SINDULFO.- Sí sí. He oído bien, cuñado. Pero ¿y si tu hermana no... Si ella se opone a...

SEVERO.- ¡Es tu esposa; ¡Ella debe decir sí;

SINDULFO.- ¡Ay Severo qué lío... qué lío... Es que tú, cuñado, no comprendes las cosas, mejor dicho, es que no las sabes.

SEVERO.- Los que no comprendéis sois vosotros, -pero yo os

haré entrar en razón a todos. ;Este no es el país que yo dejé de niño, Domingo; Esto está puñeriéndose y yo, en mi familia, no lo voy a parmitir. Esta casa es un manicomio y un libertinaje, pero, te juro que yo lo arreglo o no soy más don Severo. (Mutis)

ESCENA VI

SINDULFO Y JENARA, después ARACELI

JENARA.- Sindulfo.

SINDULFO.- Señora...

JENARA.- ¿No estaba aquí mi hermano?

SINDULFO.- Acaba de de salir. Oiga, doña Jenara...do-

ña Jenara...

JENARA.- ¿Qué le ocurre a usted?...

SINDULFO.- Nada nada, pero es que verá usted... Su hermano,

ha vigilado por la noche y...

JENARA.- ¿Y qué?...

SINDULFO.- Ha visto que.. que usted duerme aparte,y...

JENARA.- Bien ¿y qué...?

SINDULFO:- Pues que quiere él... él, eh?, el... Es que no sé

cómo decírselo.

JENARA.- ¿Ha dado usted en loco, o qué le pasa?

SINDULFO.- Si yo no lo quiero, doña Jenara... Es él, su her-

mano

JENARA.-;Si lo vuelve a repetir queda despedido;

SINDULFO.- ;Hala, hala... Pero, doña Jenara, comprenda us-

ted mi situación. Don Severo me amenaza con una trage-

dia y usted con despedirme. (De rodillas) Doña Jena-

ra, le pido por Dios y por su Hijo, que piense usted en

mi situación, que yo no la he pèda pedido...

Jenara.- Levántese, que todo se arreglará. Si se pone ter-

co, pondré un biombo y tras de el, con luz apagada, se

acostará usted.

SINDULFO.- Doña Jenara, déjese de biombos, me ha dicho que quiere verme en su cama, si es que soy hombre...

JENARA.- ¡Eso es una majadería, Sindulfo; ¿Por qué no le ha dicho usted toda la verdad...?...

SINDULFO.- ¿Yo...? ¿yo...? Porque no quiero anticiparle mi drama. Si él se entera que no soy Domingo, me mastica como si fuese un chicle.

JENARA.- Pues ya puede masticarle, que, doña Jenara, antes se suicida que dormir con usted.

SINDULFO.- Pero, señora, reconozca que...

JENARA.- ¡No tengo nada que reconocer;

SINDULFO.- Un poco de piedad...

JENARA.- Le obligo a que cambie de conversación, porque, es que esto no lo tolero.

ARACELI.- ¿Qué pasa, mamá?

JENARA.- ¿Qué me pasa? ¡Casi nada; Ahí le tienes, empeñado en acostarse conmigo esta noche ¿qué te parece?

SINDULFO.- Pero, si yo no quiero, es él, él, quien me obliga!

JENARA.- Tu tío, hija, tu tío. ¿Ves tú si es rarísimo? Ya os lo decía yo. Ahí le tienes, empeñado en que éste estafermo desquiciado, duerma conmigo.

ARACELI.- (Que ha estado riendo) Eso sí que tiene gracia. Oye, mamá, y lleva el tío toda la razón del mundo.

No es justo que, siendo esposos, estéis uno en cada habitación. El tío lleva razón.

JENARA.- No me desesperes, Araceli, no me desesperes. La culpa es de éste imbécil. ¿Qué falta tenía el de saber cómo se duerme en esta casa si no fuese por el escándalo que metes con Manuel? Anoche fue del campeonato. No pegué ojo.

ARACELI.- ¿Qué os pasaba?

SINDULFO.- Esta es otra... que, el tío, sospecha de mí si soy de la acera de enfrente... ¡Ay, madre mía qué lío; Y luego, Manuel, que me tiene una envidia loca, ciega...! Para eso, dice que le dejo sin ropa... pero, acababa enfadándose y, Sindulfo, pasa la noche encima de un periódico contando los cuartos del reloj de la Gobernación.

JENARA.- Ésto es demasiado. Es preferible descubrirle todo de una vez, y nos quedamos tranquilos.

SINDULFO.- Por favor, señora, eso sí que no, al menos estando yo presente. ¡Don Severo me mata, me mata!

ARACELI.- Hay que aguantar un poco más, mamá. De nada sirve cuanto hemos hecho, si, ahora, lo tiramos todo por la borda.

JENARA.- Lo sé, lo sé, pero es que estoy aburrida con estos hombres.

SINDULFO.- Yo, lo que deseo, señorita Araceli, es que me busque usted una solución para esta noche. ¡Ay qué noche me espera si él está con el ojo avizor...!

ARACELI.- ¿Por qué no te casas con él, mamá?

JENARA.- ¿Casarme con él...? Estaría loca, me volvería tan despistada e inútil como él.

SINDULFO.- Oiga, ni yo con usted. Cometería la mayor estupididad de mi vida, doña Jenara, y lo digo con todos los respetos.

JENARA.- Mírale con qué cinismo lo dice ¿Qué te parece su tipo?...!

ARACELI.- A mí me divierte mucho, es graciosísimo, mamá.

SINDULFO.- No son ilusiones mías, para por si acaso... Es que si yo me caso con usted, es un suponer, se entera Manuel y para qué la que se arma. ¡ay doña Jenara,

qué situación;

ARACELI.- No será para tanto, Sindulfo.

SINDULFO.- Lo es, lo es...

JENARA.- Es el hombre más infeliz que vi en mi vida. Siempre metido en miedos y enredos, y todos creados por el.

SINDULFO.- Mi estrella, señora... mi mala estrella. Además, hay otra para esta noche.

JENARA.- ¿Otra más?

ARACELI.-

ARACELI.- ¿Qué puede pasar?

SINDULFO.- El bigote de Manuel...

JENARA.- ¿Qué tiene el bigote de Manuel?

SINDULFO.- Un destino, el que tienen todas las cosas, co-

mo lo tuvo "El sombrero de Gaspar"; (Canta con música de El sombrero de Gaspar) "El bigote de Manuel...el bigote de Manuel, todo nos lo descubrió"

ARACELI.- ¿Le ves mamá? Yo me muero de risa con este hombre. Es un gran cómico.

JENARA.- Pues, a mí maldita la gracia que me hace.

SINDULFO.- Ni a mí tampoco, señora, ni a mí tampoco, pero es él, el que tengo metido aquí y se me impone... Ya le tengo dicho que somos dos.

JENARA.- Lo sé. Dígame, a qué viene eso del bigote de Ma-

SINDULFO.- Don Severo le ha dicho que se lo lleve en la mano, y claro, dice Manuel que, cuando se lo quite, además de no tenerlo, es otro y, cuando sepan quién es...

se arma... ¡Ay, madre mía qué casa esta... qué líos;

JENARA.- Bueno, pero eso, ¿a nosotros qué, qué...?

SINDULFO.- Así lo creía yo, pero no es así. Yo, por si acaso, haré los del tango: "Esta noche me emborracho bien, me mamo bien mamo... y que pase lo que quiera (Mutis)

ARACELI.- Tiene un miedo atroz, y eso le llena de gracia.

JENARA.- Como para casarse con el, hija. Estaría loca.

ARACELI.- Déjate de locuras, mamá. Yo creo que podía ser

meis .abun acierto. sup xifreix als nombres de JENARA.-

JENARA.- Un acierto muy desafortunado. (Mutis)

CARMELO.- (Saliendo) Bueno, ya lo tenemos todo en condiciones.

MARIANO.- (Sale tras de Carmelo) ¿Qué nombre le digo al notario, Carmelo, el de pila o este nuevo?

CARMELO.- Eso corre de mi cuenta, ahora vamos allí que el ha de estar esperándonos. Yo hablaré.

MARIANO.- Vamos.

CARMELO.- Lo peor ya lo hemos pasado.

MARIANO.- ¡Ojalá! ; Esperemos que así sea... (Mutis los dos)

ESCENA VII

SINDULFO- LORENZA- después REMEDIOS

Sindulfo.- (Saliendo) Vaya un escondrijo que me he buscado. Ahí me oculto en cuanto se meta el sol y me paso la noche igual que lirón.

LORENZA.- ; Sindulfo;

SINDULFO.- ¿Qué quieres, Lorenza? ; Te voy diciendo mil veces que no me llames Sindulfo, y tú como si no... Un día, te oye el ajustacuentas éste que nos ha venido... y ya verás lo que pasa.

LORENZA.- ¿Dónde está ahora?

SINDULFO.- ¿Qué se yo... Lo mismo puede estar haciéndole callar a los vendedores de periódicos, que a los diputados en el Congreso. El se mete donde sea y hable el que hable; le dá igual.

LORENZA.- ¿Cuándo le vamos a decir lo nuestro, Sindulfo?

SINDULFO.- ¿Lo nuestro...? Déjame en paz, Lorenza. ¿No sabes a quién estoy representando? ¿Cómo crees tú que les vamos a pedir permiso para casarnos siendo yo el marido de doña Jenara? Un poco de seriedad...mujer.

LORENZA.- Yo no te digo hoy, pero, dentro de unos días.

SINDULFO.- Me estáis poniendo los sesos, entre todos, como un bote de mermelada. Váis a dar conmigo, sí sí, conmigo, no me mires tan extrañada.

LORENZA.- No te enfades, Sindulfo, no te enfades.

SINDULFO.- ¿Tampoco por lo de esta noche? ¿No te has enterado con quién voy a dormir?

LORENZA.- No. ¿Con quién?

SINDULFO.- Con doña Jenara.

LORENZA.- ¿Qué me dices, Sindulfo, qué me dices...? ¡Eso nunca, nunca; (Le amenaza) ¡Te desgarró entero...

SINDULFO.- ¿Tú también? Lo que me faltaba.

LORENZA.- Esta noche no sales de casa, como me llamo Lorenza.

SINDULFO.- De salir nada, monada, quiere que duerma en su cuarto, con ella.

LORENZA.- ¿Tú con la señora...? ¿Tú con doña Jenara?...Pero ¿qué me dices, chalao, que no estás en tí ahora...?

SINDULFO.- Es don Severo, don Severo el que me obliga.

LORENZA.- ¡A eso no te puede obligar; Claro que, bien mirando... es tu mujer... Pero en qué lios te meten, cariño.

SINDULFO.- Ya lo ves. Oye y, contigo, no se mete ese tragalas?

LORENZA.- En todo. Me hace barrer varias veces; las manos se las enseño cuando entra a la cocina. Dice que son portadoras de partículas volátiles, ¿qué se yo... (Rie) Está loco, Sindulfo, loco. No deja pintarme las uñas porque "eso" es muy peligroso siendo cocinera...

96 Cosas de loco, y nada más que de loco.

SINDULFO.- Mira, eso no está mal. Este hombre es el mismísimo Satanás venido de Haití. (Mutis Lorenza)

REMEDIOS.- Buenos días, señor...

SINDULFO.- ¡Atiza; ¡La Remdios en casa; ¿Qué desea usted?

REMEDIOS.- Ver a mi hombre.

SINDULFO.- ¿Cómo se llama su hombre?

REMEDIOS.- Manuel. Está aquí de criado.

SINDULFO.- ¿Manuel? No está aquí. Yo soy el amo y puede decirme usted lo que desea.

REMEDIOS.- ¿El amo?... Oiga, déjeme usted hablar con Sindulfo, él me conoce bien.

SINDULFO.- Sindulfo murió hace diez días. Falleció. Pobrecito... con lo bueno que era y la espichó...

REMEDIOS.- Era de esperar. No me extraña nada, señor. Tenía la cabeza destrozada. ¡Pobre Sindulfo;

SINDULFO.- ¡AY; ¡AY; Me están dando unos escalofríos.. que me suben por la espalda... Bueno, bueno, ¿qué desea usted saber?

REMEDIOS.- Venía a descubrir todo lo que se tapa hasta hoy en esta casa. Usted no lo sabe porque...

SINDULFO.- ¿Descubrir? Esta nos arma el lío padre... Oiga, usted no descubre nada, nada de nada ¿sabe?... Yo lo sé todo, todito todito todo.

REMEDIOS.- ¡Es un farsante.; Un canalla; Me llevó siempre engañada, señor.

SINDULFO.- Oiga, pero...

REMEDIOS.- Está engañando a todos. Ese bigote que lleva no es suyo. ¡El es otro; ¡El no es el que aparenta;

SINDULFO.- ¡Y dale; Todos con lo mismo. Imitaré a don Severo y saco a esta mujer de aquí volando.

- REMEDIOS.- Como le he dicho, quiero que usted sepa todo.
- SINDULFO.- ;Yo no quiero saber nada; ;Nada; ;Usted se calla y se marcha ahora mismo;
- REMEDIOS.- El no es Manuel. (Le da la tos)
- SINDULFO.- ;Usted se calla;
- REMEDIOS.- Se llama...
- SINDULFO.- ;Le repito que se calla y se callo; Soy el tío que ha venido de Haití y soy Severísimo;
- REMEDIOS.- Yo quiero que sepa... (Tos)
- SINDULFO.- No quiero saber nada ;Fuera; ;Fuera; Haga el favor de abandonar esta casa porque no conoce mi carácter y si me enfado (Grandes gestos)
- REMEDIOS.- Me voy, señor, me voy, pero no se ponga usted así. Me despacha usted y debo irme. Dígale a ese hombre que estoy enferma, muy enferma, que yo pagaré mi mala vida en un sanatorio (Tos) olvidada del mundo, pero el la pagará en la cárcel, siendo la vergüenza de todos. Dígale usted, que lo ha delatado a las autoridades la María... él ya sabe qué María es, y que muy prontito estará maldiciendo su conducta infame.
- SINDULFO.- ;Denunciar? ;Eso no se hace nunca; ;Nunca; El que denuncia es un cobarde. ;Fuera de aquí;
- REMEDIOS.- Cuando una está desesperada del vivir, se hace eso y mucho más creyendo encontrar un alivio. Me voy señor, no me eche usted que ya me voy. El me traiciono pero dígame que ya estoy vengada. Adiós. (Mutis tosiendo)
- SINDULFO.- Adiós... Adiós... Lo que son las cosas, esto me huele a tango, a tango... Ojalá que fuese músico... Es lo mío, lo mío...tristeza y me la comía...

ESCENA VIII

SEVERO

Y. SINDULFO

SEVERO.- ¡¡Domingo!!

SINDULFO.- (distraído) Ni Domingo, ni martes ni nada... Es la vida, la vidorreta... la vidorra... ¡la puta vida! La cosa es así y nada más: tango. Tango y paz Cristi.

SEVERO.- ¡Cuñado!

SINDULFO.- ¡Hombre... Severo...? Severito...?

SEVERO.- ¿Divagabas...?

SINDULFO.- No, discernía cosas del vivir y el no vivir, el tango y las cosas...

SEVERO.- Hablame claro y déjate de subterfugios...

SINDULFO.- Lo que tú quieras, Severo.

SEVERO.- ¿Ha venido el notario?

SINDULFO.- No creo...

SEVERO.- Dile a tu esposa y a mi sobrina que salgan, y tú

vas a llamarle inmediatamente.

SINDULFO.- Pasa algo ¿o qué?...

SEVERO.- Llámale y no me hagas preguntas ociosas.

SINDULFO.- Voy voy... (Mutis) Drácula... Malvado...

SEVERO.- ¿Dónde estará mi sobrino? Siempre abandonado su despacho. Si ahora viniese alguien ¿quién le atendía? Voy a tener que imponerme con todos de una vez por todas. No saben ellos quién soy yo.

SINDULFO.- (Asomando la cara sin ser visto) Drácula... Frankenstein... El hombre lobo... (Mutis)

ESCENA IX

ARACELI- SEVERO, después JENARA

ARACELI.- (Saliendo) ¿Llamabas, tío?...?

SEVERO.- Llamaba. Quiero decirte algo muy importante.

ARACELI.- ¿Sobre nosotros?

SEVERO.- No, es cuestión mía.

ARACELI.- ¿Tuya?

SEVERO.- Mía, sí. (Pausa) El día que yo muera, sobrina, --si antes no se descubre-- todo el capital que vais a heredar tenéis que entregarlo, si alguien, con justa razón lo reclama.

ARACELI.- ¿Por qué...?

SEVERO.- Ese capital ha sido robado.

ARACELI.- ¿Robado...? Pero tío...

SEVERO.- HOY, la conciencia me obliga a decirlo a alguien, y nadie mejor que tú, sobrina, para saberlo. -- Ese dinero está manchado de sangre.

ARACELI.- ¿Algún crimen?

SEVERO.- Te lo contaré, pero, guárdame el secreto como si fuese algo sagrado. Yo sabía que, mi amo, tenía una gran fortuna. Una noche oscura, cuando nadie vigilaba, importándome todo un pito, cogí mi pistola y un cuchillo, entre en su habitación --junto con un compañero y poniéndole el cañón en su frente le obligué a extenderme un cheque por doscientos mil pesos, pagaderos al día siguiente. Lo firmó y, después, sonaron dos disparos, uno para el y el otro para mi compañero. Como pude, con una azada hice una fosa en la habitación --que era de tierra-- y lo escondí. El crimen, hasta hoy ha quedado impune.

ARACELI.- ¡Dios mío!

SEVERO.- Cogí un avión que me trajo a España y, aquí me presenté sin que nadie, hasta hoy, sospeche nada.

ARACELI.- Pero ¿cómo tuvo usted valor...?

SEVERO.- Eso nunca me falta. Para mí la vida de una persona es tanto como la de una gallina. Si tu padre no fuese quien es... (dónde) estaría ya, sobrina.

En la vida hay que ser duro ;duro; o, el semejante, se apodera de tí riéndose de tu debilidad.

ARACELI.- ¿Qué cosas dice usted, y, sobre mi padre, tío..?

SEVERO.- Está poniendo en muy mal lugar a la familia, pero, no es toda la culpa suya, tu madre, Araceli, le obliga. Y es que le gusta mucho dormir solita a la pata ancha. ;Eso no puede seguir así, sobrina;

ARACELI.- Pero tío,.. Mamá, ¿oyes lo que dice tu hermano?

JENARA.- Alguna estupidez.

SEVERO.- ;Tu hermano nunca dice estupideces, Jenara; ¿Dónde está Marciano?

JENARA.- No te preocupes tanto de todos, Severo. Déjale que viva tranquilo y tú también. No pienses en nosotros y vete todos los días a pasear al Retiro.

ARACELI.- Eso es verdad, siempre está usted como un policía vigilándonos para ver qué hacemos mal.

SEVERO.- Acabo de poner su nombre como abogado en todos los periódicos. Quiero que tenga una gran clientela. Veo que aquí no viene nadie.

ARACELI.- ¿Pero, sabe usted lo que ha hecho?

JENARA.- ¿Tú sabes el paso que has dado? ;Hay que avisarles inmediatamente para que lo quiten el anuncio; Tienen que borrarlo.

SEVERO.- ¿Borrarlo? ;Lo que yo hago no se borra jamás;

ARACELI.- Usted no sabe en el lío que nos ha metido.

JENARA.- Y nos meterá en mil. Ve, Severo, que si aparece nos vienen a denunciar por tramposos. ¿No ves que el no es abogado? No paga los derechos...

SEVERO.- ;Se pagan;

ARACELI.- Pero, que no es abogado, tío.

SEVERO.- ¿Que no es abogado? (Pasea). ¿Es eso cierto? ;Así que he sido engañado...?

JENARA.- Vete, hermano, que nos conviene a todos.

SEVERO.- Voy, voy...pero, que no os encuentre otro embuste o aquí arde Troya. Aún no sabéis quién soy yo...

ARACELI.- Yo sí... tío, yo sí...

SEVERO.- Pues, a callarlo. ;Y que tenga yo que volver a silenciar mis palabras... (Mutis)

JENARA.- Este hombre nos va a meter en un laberinto, que, allí te quiero ver, escopeta...

ESCENA X

ARACELI- JENARA y MANUEL

Manuel.- (Entra con un niño en brazos) ;Pequeñín?...mira mira mira....? Buenos días, señora.

ARACELI.- Trae al niño, Manuel.

JENARA.- ;Pero, quién te ha mandado sacarlo a estas horas al parque?

MANUEL.- Don Severo... Don Severísimo...

JENARA.- Siempre y en todo, don Severo. Es como el ajo... metido en todo guiso.

ARACELI.- Mirale mamá, cómo se ríe.

JENARA.- Qué rico, cada día se parece más a Marciano.

MANUEL.- Eso lo dirá quien lo diga, ya ve usted, acaban de decirme que es mi vivo retrato.

JENARA.- ;No sea usted majadero; ;Incorrecto; ;Vaya a ver qué tiene por hacer ahí dentro. (Mutis Manuel)

ARACELI.- Fíjate qué pestañas tiene, igual que alitas de golondrinas.

JENARA.- Muy bonitas. Pobre angelito.

ESCENA XI

DICHAS CON MARIANO Y CARMELO, despues SINDULFO

CARMELO.- Bueno, ya lo tenemos todo ultimado, señora.

- JENARA.- ¿Ya...?
- MARIANO.- A falta de que venga el notario y firme el tío.
- ARACELI.- ¿No ves al niño, Mariano?
- MARIANO.- Oye, pero que está hecho un mozo. Se parece todo a mi papá.
- ARACELI.- ¿Sí... verdad?
- MARIANO.- Es encantador, Araceli.
- JENARA.- Como su papá...
- MARIANO.- No tanto, mamá.
- CARMELO.- (Aparte) Pero qué imbécil es este hombre.
- SINDULFO.- (Entra corriendo) „Seño... Señori...“ Jenara... Araceli... ¡Ay; si no sé ni lo que digo ni donde estoy...
- TODOS.- ¿Qué pasa?
- JENARA.- ¿Qué pasa, Domingo?
- CARMELO.- Alguna tontería de las tuyas... Fantasmas.
- MARIANO.- Respete usted a papá, Carmelo.
- CARMELO.- Lleva usted razón.
- SINDULFO.- (Por Mariano) Mire... si no fuese porque le veo aquí...y hasta le toco...don Marciano...¿pero véis qué manía tengo con el tratar de usted?...
- MARIANO.- No tiene importancia, siga.
- JENARA.- ¿Qué has visto, Domingo?
- SINDULFO.- Acaso sean visiones mías, o, alucinaciones, como dice don Carmelo, pero es que venía un hombre siguiéndome igualito igualito que don Marciano. Hasta tenía el bigote que llevabas antes del naufragio. No sabéis el miedo que he pasado... ¡Ay qué trance!
- ARACELI.- ¿Y te seguía?
- SINDULFO.- ¡Toma que sí... Y me llamaba por...por mi...Por el otro... ¡Ay, qué cirol tengo metido en el cuerpo y todo por mis devaneos y mis enfermedades, Jenara.

JENARA.- Si lo sabré yo...

CARMELO.- Esas son suposiciones; no debemos tomar en serio al señor...

JENARA.- Llevas razón, Carmelo.

SINDULFO.- Déjame al niño hija, anda, déjamelos... (Lo tiene en brazos y le baila) Por si acaso... yo cuidaré de tí y tú de mí granujilla...

JENARA.- Cuánto le quieres ¿eh?

SINDULFO.- Mucho, mucho. Hoy es un día, señora, de esos que yo pronostico de graves, ya me lo dirá usted si no llevo razón.

ESCENA XII

DICHOS, SEVERO. Después Marciano.

SEVERO.- ¿Qué pasa aquí, Jenara?...

JENARA.- Nada, nada... Severo. Ya lo ves: reunión de familia... Que nos queremos mucho y nada más.

MARIANO.- ¡Hola, tío;

SEVERO.- ¡Hola, abogado... ¿Con que abogado eh?... No ha sido malo el engaño...

SINDULFO.- ¡Arrea; (Cantando) "Ay, ay, ay, ay... cómo nos vas a poner, mata rile rile ron"

SEVERO.- ¿Quién canta por ahí, Domingo?

SINDULFO.- El niño, Severo, es el niño que es muy listo...

SEVERO.- Por ésta vez me hago el sordo. Marciano, me habéis engañado como a un chino, pero, si me repetís otra acción como esta, se levantarán aquí cruces como si fuesen geraneos.

MARIANO.- Lleva usted toda la razón, tío.

MARCIANO.- (¡) (Aparece con una carpeta, sin afeitar, demacrado) ; Araceli; ; Mariano; ; Carmelo; ; Sindulfo;

SINDULFO.- ;El espíritu que me perseguía; (Quiere escon-
- derse) ;Animo, pequeñín, ánimo!...

SEVERO.- Pero ¿quién es usted para entrar llamando así en
esta casa?

MARCIANO.- Yo soy Marciano; ;Marciano;

TODOS.- ;Es Marciano;... (Agachan la cabeza)

ARACELI.- Es él. „Dios mío...“

MARCIANO.- Soy el esposo de Araceli (Va hacia ella)

SEVERO.- ;Quieto ahí; (Se detiene) ;Usted no sabe lo
que dice; ¿Quién es este hombre, Domingo?

SINDULFO.- Pues.. pues... yo, yo no creo -ya ves tú- que
sea persona, cuñado. ;Tócale, tócale, Severo, es un es-
píritu!

MARCIANO.- ;Sindulfo;

SEVERO.- ¿Qué es eso de Sindulfo? ¿Quién es aquí Sindulfo?
Usted viene equivocado, amigo mío. ;Haga el favor de sa-
lir de esta casa inmediatamente; ;No estamos para bro-
mas, ni es carnaval;

MARCIANO.- ¿Pero es que no me conocéis ninguno? ;Soy vues-
tro amo; ;Vengo con mi mayor tesoro, Araceli; ;Encon-
tré la isla donde estaba el eslabón perdido; ;Traigo
mi fama aquí, aquí;

SEVERO.- Pero ¿quién es este hombre, sobrina?

ARACELI.- Marciano, ya lo ve usted. Es Marciano...

SEVERO.- Entonces éste ¿quién es?

MARIANO.- Yo soy el esposo de Araceli. Yo soy su esposo.

MARCIANO.- ¿Cómo? ¿Te has casado? ¿Pero es que no sabías
que yo tenía que volver? ¿No lo dijo Sindulfo?...

SINDULFO:- ¿Yo? ¿Yo? Yo no sé dónde tengo la cabeza...
Pequeñín... mira, mira el pajarito...

SEVERO.- (Paseando furioso) El esposo ¿eh? Muy curioso.

Es decir, sobrina, ¿que tienes dos maridos? Bonito, ¿verdad? Muy graciosa esta familia...

JENARA.- Es algo novelesco, propio de una comedia teatral, hermano. Es para no creer lo que aquí nos está pasando.

ARACELI.- Usted, tío, tiene la culpa de todo, usted.

SEVERO.- ¡Maldita sea mi cólera, pero, es que voy a ser yo ahora la tormenta?

MARCIANO.- Yo le digo a usted...

SEVERO.- ¡Usted se calla; ¡Lo manda don Severo; ¡

MARCIANO.- ¿Don Severo? ¿Es usted mi tío, el de Haití?...

MARIANO.- ¡Y el mío también;

SEVERO.- ¡¡A callar todo el mundo; ¡¡ Usted, Carmelo, haga el favor de salir... comprenda que son cosas de mi familia.

CARMELO.- Perfectamente, señor. (Mutis)

SINDULFO.- Severito, ¿no podía yo irme también con el niño?

No está bien que se entere de estas cosas... Son todos malos ejemplos para él...

SEVERO.- ¡Callate, Domingo, porque, si se acaba mi paciencia es que ardo; Vamos a ver cómo se arregla esto.

¿Cuál de los dos es el verdadero sobrino? ¡Vamos a ver y sin trampas;

JENARA.- (Por Marciano) Este es el primero.

SEVERO.- Me lo figuraba. Este es el que yo tenía en las fotos. Y tú ¿quién eres tú? Un vivillo, un sinvergüenza que le has dicho a mi sobrina que eras Marciano. Que le has dicho que eras abogado y que... (Le amenaza)

ARACELI.- ¡Tío; ¡No tío, no;

SEVERO.- ¡A callar; ¡Está hablando don Severo; ¡

ARACELI.- Tío, no trate así a Mariano, que para usted, debe ser igual que Marciano: sobrinos los dos.

SEVERO.- No me vuelvas loco... no me confundas más, Araceli.

ESCENA XLIII

DICHOS Y MANUEL

Manuel.- Señores...

SEVERO.- ¿Qué pasa, ahora...?

MANUEL.- Dos agentes desean pasar para detener a don Domingo.

SEVERO.- (A Sindulfo) ¿A don Domingo?... ¿Qué has hecho tú cuñado, qué has hecho?

SINDULFO.- ¿Yo...? Nada, nada de nada... ¡Ay, madre mía;...

SEVERO.- ¿Otra vergüenza más en la familia? Te van a detener y se enterará todo Madrid. ¡Esto es vergonzoso.!

MANUEL.- ¿Qué les digo, señor?

SINDULFO.- Pues... la verdad. Que yo no soy (Le pone al niño delante protegiéndose) Respete usted al niño, Don Severo... Que yo no soy, Severín, Domingo... No te enfades Severito, no te enfades... Yo soy, Sindulfo... Un criado... ¡Bah; Nada. Nada de nada, Severito...

SEVERO.- ¿Un criado? ¿Con que tú eres un criado?... ¡Si no fuese por el niño;

SINDULFO.- Por él, sí... hazlo por el Severito, no te enfades, haitianito... no te enfades conmigo. (Se arrodilla)

SEVERO.- ¡¡A callar!! ¡Levántate; ¡Levántate y anda;!

SINDULFO.- ¡Arrea; Me está tomando por Lázaro... (Se levanta)

JENARA.- Hermano, hermano... qué lío... ¿ves qué lío?

Dame al niño, Sindulfo.

SINDULFO.- No no no. Déjemele conmigo, señora.

MARCIANO.- ¿Es el nuestro, Araceli? ¿Es nuestro hijo?

MARIANO.- Es el mío, yo le ví nacer. ¡Es el mío;

- MARCIANO.- Eso lo vamos a ver.
- SEVERO.- ¡A callar todos he dicho ya mil veces; Este niño ya veremos de quién es.
- SINDULFO.- (Aparte) Herodes... Ahora es Herodes...
- MANUEL.- Este niño, dámelo, Sindulfo, se queda a mi cuidado porque me pertenece.
- JENARA.- ¿Qué dice usted, pero qué está diciendo usted?
- SEVERO.- ¿Quién es este majadero, Jenara?
- MANUEL.- Lo diré yo. (Se quita el bigote) Yo soy su abuelo Domingo. ¡Su abuelo!
- JENARA.- ¡¡Domingo!!
- ARACELI.- ¡¡Papá!!
- MARCIANO.- ¡El!
- MARIANO.- ¡Toma ya...!
- SEVERO.- Pero ¿es que os estáis riendo todos a mi costa? (Amenazador) ¡Me váis a decir, de una vez, qué laberinto se esconde en esta casa? ¿Qué clase de trama es esta que me está volviendo loco?
- SINDULFO.- (Mirando al cielo) Señor... estas no son cosas de este mundo ¿verdad que no?... Esto es un milagro.
- SEVERO.- ¡Sindulfo; ¡Callate, por favor!
- ARACELI.- Cuéntanos, papá, ¿cómo ha sido eso para estar entre nosotros y no conocerte? (Se junta a el)
- JENARA.- Explicáte, Domingo.
- MANUEL.- No tengo nada que contar. Fui un mal padre pero, estoy totalmente arrepentido, Jenara. Debes perdonar todo. Ahora soy otro.
- JENARA.- Me alegro.
- MARIANO.- Y yo aquí ¿qué hago?
- MANUEL.- Todo lo he purgado estando a vuestro lado y haciendo de criado, Jenara.
- SEVERO.- De eso ya hablaremos más despacio.

SINDULFO.- Con razón... con razón... Ahora comprendo todo.

¿Cómo iba a dejarme dormir con su mujer?... - SEVERO

SEVERO.- ¡Cállese usted por favor;

SINDULFO.- Pero si yo no hablaba nada.

SEVERO.- ME da igual. ¡Cállese;

SINDULFO.- No esperaba yo esta terminación (Mutis con temor)

SEVERO.- Vamos a ver, sobrina, a tí te toca decidir. ¿Cual

de los dos esposos te pertenece? Esto es hacer justi-

cia. Esto es lo mío.

JENARA.- Claro... es que tienes que decidir.

ARACELI.- Pero, mamá... Si es que...

MARCIANO.- Yo fui el primero. No he muerto. Estoy aquí...

MARIANO.- Tú la abandonaste por tus caprichos.

SEVERO.- ¡Ustedes se callan y se acabó;

ARACELI.- Mariano, estás en un error si crees que Marciano

me abandonó. Aquí la culpa es nuestra por egoístas, por

el viaje del tío Severo, que hubo que precipitar todo

por darle sensación de que la familia funcionaba per-

fectamente, y era mentira.

SEVERO.- ¿Sí eh...? ¿Si eh...? (Bastonazo) ¡Basta;

MARIANO.- ¿Y yo, qué hago? ¿Qué hago yo aquí? A mí siempre

me toca perder...

MARCIANO.- Araceli (Se abrazan)

DOMINGO-MANUEL.- ¡Jenara; Esposa mía.

JENARA.- Si vienes arrepentido, bienvenido seas.

SEVERO.- ¡A callar todos;

ESCENA XIV

DICHOS y CARMELO. SINDULFO.- LORENZA -

CARMELO.- La señorita Neli, desea pasar.

MARIANO.- Que no pase, Carmelo, que no pase. Yo voy con

ella. Tengo pendiente una partida.

CARMELO.- Ya le decía yo que, aquí también se la jugaba.

- MARIANO.- ¡Vamos Carmelo, acompáñeme... (mutis ambos)
- SEVERO.- Pobre muchacho... ha llegado a conmovirme.
- TODOS.- Pobre Mariano.
- MARCIANO.- No llores, Araceli.
- ARACELI.- He sido una loca.
- LORENZA.- Vamos, príncipe... (Lo saca de la mano) atré-
vete de una vez por todas.
- SINDULFO.- Que no... que le temo a ese hombre... que no...
- SEVERO.- ¿Qué quieren ustedes?
- SINDULFO.- Nada nada... son cosas de ésta, cosas suyas...
- LORENZA.- Venimos a decirles que nos... anda, díselo tú
que eres el hombre.
- SINDULFO.- Pues... que nos caça... que nos cacacaca... ¡Yo
no se lo digo, mira qué ojos tiene, Lorenza;
- SEVERO.- ¿Que os casáis?
- LORENZA Y SINDULFO.- ¡Sí señor;
- ARACELI.- Qué calladito lo teníais ¿eh?...
- LORENZA.- Este, que es un cobardón, señorita.
- MANUEL.- Sindulfo es una bella persona.
- JENARA.- Un bendito, sí por cierto.
- SEVERO.- Bueno, ya estáis todos arreglados, emparejados
como pajarillos en primavera. Todo esto se lo debéis
a vuestro tío, a vuestro hermano. Soy un estadista...
Un verdadero estadista.
- SINDULFO.- Y un campeón cachancasteísta, grecochutista...
- SEVERO.- ¡Ah, no, no, no. Aquello era una mentira mía, Sin-
dulfo. Yo también sé mentir y lo hice para que os
acobardarais todos.
- JENARA.- Ya me extrañaba a mí, hermano, que fueses tan...
tan cruel... tan duro de corazón.
- SEVERO.- Hay que mentir en ocasiones y yo también se ha-
cerlo, hermana ¿verdad sobrina que sí...?

ANTONIO CILLERO ULECIA

T E A T R O

USTED MANDA... MÍSTER

Juguete cómico en
DOS ACTOS BREVES

Buenos Aires 1959

ANTONIO CILIBERTO ULRICIA

T E A T R O

U S T E D M A N D A ... M I S T E R

Juguete cómico en
 DOS ACTOS BREVES

Buenos Aires 1959

San Mateo en Buenos Aires

Recibimos por correo aéreo la simpática crónica que a continuación publicamos:

Como ya es habitual en esta bella ciudad del Plata, se ha celebrado una vez más nuestra fiesta matea, en el Centro Riojano-Español.

Este año ha tenido una valiosa aportación con la intervención de nuestro escritor y poeta riojano Antonio Cillero, quien ha puesto en escena un preciosísimo juguete titulado "Usted manda, mister", en el cual, con sabrosa picardía y sátira norteamericana, se han vivido unas escenas de actualidad riojana, con una interpretación ajustadísima por el cuadro artístico del Centro.

Abrió el espectáculo la palatrina de nuestro presidente, señor Angel Medrano, siguiendo un variado repertorio y culminando con la jota llena de brío riojano. Se destacó y fué aplaudidísima la señorita Aurita Cillero, ataviada de riojanica, la que recitó una poesía titulada "Yo soy riojana".

Al acto acudieron representaciones de todos los centros regionales españoles con sus reinas y séquitos, culminando con un final de baile popular, en el que por doquier abundaban jotas cantadas por mozos de Anguiano, Arnedo, Logroño, Viniegras, etc., etc., columpiándose por los aires las botas llenas de zurracapote y los chorizos al estilo de nuestra tierra. En fin, que fué una fiesta memorable.

Merece elogio aparte la formación del teatro vocacional, que ha debutado con esta pieza y que está bajo la dirección de nuestro escritor Antonio Cillero, el cual muy acertadamente

lo ha denominado "Gonzalo de Berceo", y que constituirá un valioso aporte para fomentar el teatro español, tan desdiosamente olvidado en estas tierras.

Nos agradó infinito cuando el mencionado autor dijo al presentar su obra que el próximo día 25 acude invitado a Radio Splendid y su Cadena Gigante de Emisoras para hablar en la hora de Meridiano Español de nuestro querido Logroño, de la Rioja, de cuantos hombres tiene y tuvo descoltantes en todos los aspectos y para hacer saber su vocación y las innumerables obras que tiene escritas en todos los géneros, con todo lo cual quiere decirse que para no ser menos que nuestra tierra riojana, tenemos San Mateo en esta ciudad cosmopolita hasta el día 25 del actual, con cuya transmisión finalizamos por este año las fiestas habituales, hasta que tengamos la dicha de estar de nuevo viviendo junto a los nuestros bajo ese immaculado cielo riojano, que desde estas playas americanas tanto añoramos.

Septiembre de 1959

AMADOR DE CASTILLA

UN VIAJE FELIZ

MALETAS BIENVENIDO
CALVO SOTELO, 22.

ARNEDILLO

FONDA Vda. de JUIS MORAL

REPRESENTANTE

tejidos bien introducido Interesa, inútil sin buenas referencias.

Escribir al número 9.660.

Vergara, 11. Barcelona

PERSONAJES

HOMBRES

MUEJES

NOTA.

CANFAR

SINON

KISTEN

ALCALDE.

El escribir y estrenar este Jugue-
te, en el Centro Riojano Español de
Buenos Aires, no tuvo otra finalidad
que divertir a tantos riojanos que
allí añoran su patria chica.

Fue un éxito total. Se estrenó
el 21 de septiembre de 1959

.....

Este libro ha sido copiado, directamente, del
texto que se empleó para el ensayo de la obra. (1959)

NOTA

El escribir y estrenar este juego-
te, en el Centro Riojano Español de
Buenos Aires, no tuvo otra finalidad
que divertir a tantos riojanos que
allí ahora en patria chica.
Fue un éxito total. Se estrenó
el 21 de septiembre de 1959

.....
—

Este libro ha sido copiado, directamente, del
texto que se empleó para el ensayo de la obra (1959)

PERSONAJES

HOMBRES	MUJERES
GASPAR	TECLA
SIMON	LOLA
MISTER SMIT	VECINA
ALCALDE.	

Lugar de acción: Un pueblecito de
La Rioja.

EPOCA: Actual. 1959

Personajes: Imaginados por el autor.

PERSONAJES

MUJERES

HOMBRES

TECLA

CASPAR

LOLA

ALMON

VECINA

MISTER SMIT

ALCALDE

lugar de acción: Un pueblo de

la Rioja.

EPOCA: Actual. 1939

personajes: Imaginados por el autor.

ACTO PRIMERO

Cocina en una casa de pueblo riojano. Muebles etc a gusto del director.

ESCENA PRIMERA

Tecla y Lola.

Tecla.- (Mujer de mediana edad, con los pelos todos en desorden. Sucia, airosa y de mal carácter)

¡Te digo que no vas a ir más con el Simón y se acabó; ¡Se acabó; ¿Me oyes? ¡Se acabó;

Lola.- ¡Jolines, madre... y¿por qué?

Tecla.- Porque lo mando yo y ná más. ¡Ná más; ¿Qué has de sacar tú con ese pelaire que vas, qué, qué?...

¡Dime qué?... (Pasea nerviosa) No lo digas, que ya lo sé: Los pies fríos y la cabeza caliente...

Sacarás hambre ¡Hambre y miseria; Te cargarás de hijos, que te van a seguir por detrás llenos de mocos, tirándote de las sayas, pa que les des pan, y eso no. ¡Eso en mi hija no; ¡Eso sí que no;

Tú has nacido pa algo más ¿Entiendes?

Lola.- (Suplicante) Pero, madre... ¿Usté no piensa en el amor?

Tecla.- ¿Amor? ¿Amor...? Amos a dejalo, y vamos a dejalo, no me hagas reir; chapucera; Bien que chapucera... ¿Amor, eh? ... (Pasea) El amor es cosa de ricos, y nosotros no podemos tener esos lujos cuando se pasa tanta hambre en estas tierras. Anda, anda y cállate, no me vengas con tontás de esas. Si ya sé yo lo que pasa... Es lo que

dice tu tía la de Logroño: "que os ha destropiao la sistencia el cine." ;El cine y su zuloide; ;Sí sí, que ya sé lo que digo: El zuloide.' Pero, ven aquí. ¿Me quieres decir qué tiene el zuloide, Lola? Anda y díselo a tu madre. Algo tiene que os ha mareao a todas.

LOLA.- ¿Yo qué sé qué es eso ,madre; será la cinta;

Tecla.- No no no, la cinta no, que ella lo recalca mucho

eso del zuloide... ¡Ja; Debe ser, algún bribón, que va allá y os ha trastornao la mollera a todas, sí sí,

a todas. ¿Y la arradio?... ¡Ay, la arradio, madre

mía; (Se santigua) Ya lo dice don Basilio desde

el púlpito: "La arradio es la fuente del deseo. La arradio es la provocación, el desenfreno... la holgazanería y, el sueño de colorines de la joventú" ¿Me

vas entendiendo? Y eso, eso, talmente, te pasa a tí.

Lola.- A mí no. Yo quiero a un mozo del pueblo, como lo quiso usted.

TECLA.- ¡Ah; ¡Ah; Vaya diferencia... Pero, era tu padre... ;Tu padre; Después del, con to los vicios que

tenga--que sí por cierto, que los tiene--; nada.' Tú

has nacido pa' que te llesves un hombre como el. Y, ése es...

Lola.-; No me lo repita, madre, y no me lo repita...;

Tecla.- Pues ese es el que te digo, y tú lo sabes. Un hombre de categoría... de billetes... de muchísimo saber y con educación.

Lola.- Ese es un hombre de cine, pa que ^{usted} lo sepa.

TECLA.- ¿De zuloide...? ;Que no te lo oiga decir más,

chiguita;

Lola.-, Ese es de cine, madre!

Tecla.- ;Mentira y bien que mentira; Ese hombre ha venido a hacer muchísimo bien al pueblo. Ese hombre será

nuestro salvador. Por el hemos de vivir todos bien y, si no... el tiempo lo dirá.

Lola.- Todos no dicen eso, madre. ¡Si viera usted cómo se ríen a sus espaldas;

Tecla.- Claro, a sus espaldas... Porque no entiende nuestra lengua, que, si no... ¿Quién se ríe del?...

¿Quién se ríe del, chapucera...?

Lola.- Muchos, madre, muchos.

Tecla.- Pues puede que se lo diga al míster y se arme la de San Quintín, que, en este pueblo semos mucho malos todos. Ese es hombre pa tí, y, además, es, hasta religioso.

Lola.- ¡No lo quiero;

Tecla.- ¡Y qué tipazo...!

Lola.- ¡No lo quiero, madre;

Tecla.- Y con una cartera así, así ; como un mercancías;

Lola.- No lo quiero, no lo quiero y no lo quiero.

Tecla.- Pero ven aquí, ven aquí, so necia. ¿Pero es que me vas a volver loca? ¿Es que no te das cuenta que desde que está en casa hemos hasta pelechao? ¿No te das cuenta que nos ha cambiao de arriba abajo en vestir y hasta en el puchero? ¿No te das cuenta, que, ése vestido que llevas y esos zapatos se le deben a...

Lola.- (Queriendo quitárselos) ; No los quiero y no los quiero, madre;

Tecla.- ¡Cuidadito con quitártelos no se te adelante la batalla; Ya ves a las chicas del pueblo cómo andan tras del, como si fuese poco menos que un Mesías.

Se les hace la boca agua... se les cae la baba cuando les habla, y el corazón se les salta de su seno en cuanto las llama por su nombre, o les dice; Adiós;

Lola.- Muchas se ríen del, madre.

Tecla.- ¿Qué cojona se van a reir del?... Yo te digo, y lo sé de buena tinta, que están dejando a la Patro sin velas, pa alumbrar al santo día y noche, y, sin en cambio, tú, tú, que lo tienes en casa y no deja de adorarte ¡hala; haciéndole como ascos y todo. May que verle con qué mimo te dice DOLOGUES... ¿Y aún lo sigues criticando a sus espaldas? ¡Es que no sé lo que te hacía, chiguita...?

Lola.- ¡Mi padre no quiere ni verlo, ni verlo;

Tecla.- Lo de tu padre es por la política.

Lola.- Por lo que sea, madre, pero dice que es de éstos...
Que es, fascista...

Tecla.- Tu padre lo dice porque está envenenao con las ideas Toda su vida fue igual... Si le hubiá gustao romper azadones y tronzar hayas, como leer perioduchos que le mandaban de Madri, o de onde sean-que no me meto en ello y no han hecho más que calentarle la cabeza- otro pelo nos hubiá corrido! Total, ya lo ves pa qué ¿eh? ¿Pa qué?... Pa ser cada día más borracho y más vago, porque, no quiere tener pa' no pagarle a este gobierno. ¡Ay, ay, ay... qué maderita de hombre;

Lola.- Lo hace por olvidar. Así haré yo, madre. (Mutis)

Tecla.- ¡Si te cojo no sé lo que te hago; (Pausa)

Esta va con él como tres y dos son cinco. Así estaba yo de caliente con el Sebastián de las vascongadas, y, por fin... se hizo lo que mandó mi madre. Bueno, Dios quiera que ella tenga más suerte que yo... ¡Ay nortiamérica del alma... ¡Mi hija casada con un nortiamericano... ¡Y de los del petrlio; ¡Un mangante -como dice el médico- o magate, o magnate...¿qué se yo cómo le llama?... Menuda brava si se arregla con el.

ESCENA II
Tecla y Gaspar.

Gaspar.- (Entra silbando. Hombre rudo y colorado como pimiento morrón en ristra. Es autoritario y de una teitura netamente castellano-riojana-serrana.)

¿Qué haces, mujer?... Me parece que ya salía la moza con los ojos coloraos, y volviendo la cara pa que no se los viera... ¿Qué ha pasao, Tecla?

Tecla.- Y tú, me parece a mí que los traes bien alegres... pregonando el tintorro de la Duviges...

GASPAR.- ¡Huele; ¡Huele, espartana; Tiberia... huele...
¡Lucrecia, huele... ¡Ja; ¡Ja; ¡Ja;

Tecla.- ¡Quita de encima de mí, que apestas; No empieces a insultar, Gaspar, que no está el horno pa bollor...

Gaspar.- Tecla he tocado... ¡Mi Tecla; Tecla que no dá bien la nota... Que estás sin tono... Anda y huele, pa' que veas que es agua pura; del alto de Cameros, dónde ha nacido. Sin contaminación, Tecla. Eso hoy es un lujo, y no Madrí ni Bilbao, que están todos ne- gros de humos y mala leche...

Tecla.- ¿De verdá de verdá que no has bebido?

Gaspar.- Por estas... (Besa los dedos) No ha pasao ni un chatito así por el garguero... ¿Qué tendrá el vino, digo yo, pa ser tan mal tratao? Ojalá me gustase como a vosotras el café con leche, o el chocolatito... y parece que no pecáis, en cambio nosotros, bebemos dos vasos y ¡al infierno; Parece que semos hasta delincuentes. Las mujeres, te lo digo yo Tecla, gastais en bobás, que no hacen más que moveros el vientre... y todo está bien hecho, aquí no pasa ná.

Tecla.- Ya está bien de sermón, Gaspar. ¿Qué más hay, qué más tienes que contar?

Gaspar.- No hay ná de ná. Oye ¿ha venido ya míster Dulles?

Tecla.- ¡Jesús! ¿Ya le habís puesto otro apodo? ¡Válgame el Señor, y luego dice que no viene de la taberna...

Gaspar.- Este, se lo ha puesto el herrador que tiene mucha gracia.

Tecla.- Mucha... Os tiene a todos el seso sorbido...

Gaspar.- Es que dice el Damaso que, como ha venido a traer el porvenir, y, hay otro buen señor de su tierra que también dicen que lo lleva y viene en los periódicos, pues ¡velay! que lo ha bautizado así, y tiene muchísima gracia.

Tecla.- ¿Este Dulles, o como cojona le llames tú?...

Gaspar.- Dulles, el otro, mujer, el otro. ¡Ay, si vieses lo que se dice... ¡Qué cosas se dicen por ahí!...

Tecla.- Oye, pero ¿dónde te has metido la corbata que te traje el míster de Logroño, ayer?

Gaspar.- Aquí, mujer, aquí. (La saca como un pañuelo) ¿Te crees que este hombre me va a hacer a mí burgúés, a estas alturas, y con lo que yo sé de cuestiones sociales? ¡Toma! Me quiere comprar la voluntá con una corbata, como los italianos en la guerra hacían con algunas infelices, que les regalaban medias y tabaco...

Y me la ha comprado color azul... ¡Si fuese rojo!...

Tecla.- ¡Calla, calla calla, que estás mas envenenao que la cicuta! Cada día me pareces más animal,

Gaspar. Tú no evolucionas, como dice el médico. Si-gues erre que erre en lo de ayer... Un animal eres, y cada año más y más.

Gaspar. ¿Y semos más que animales? Mira esta... Soy animal como tú, aunque no llevo collerón ni zumba al cuello, pero, además Tecla, soy animal proletario. Y por ser proletario voy con la camisa desabroché ;Así; ;Así; Esto es lo mío, Tecla.

Tecla.- Mira, si no te callas, te meto en el cuarto y te cierro. ;Hola; Ya te has bebido dos vasos y vienes con la Internacional en la mocha... que te conozco, Gaspar... que te conozco. Ya vienes dándotelas de...

Gaspar.- De avanzao... De social... de izquierdista... que es lo mío, como mi primo, y como todos los míos.

Tecla.- Pues mira lo que te digo: que no te oiga él ¿eh? que no te oiga... ;Mucho ojito con lo que dices delante del nortiamerinao;

GASPAR.- Tenía que oír lo que dicen por ahí. Resulta que, el otro día, vino aquí la mujer de Tián, para que la adivine dónde puso su abuela las onzas de oro, que aún no le han aparecido, y...

Tecla.- ¿Y qué?

Gaspar.- Dicen que le cobró doscientas pesetas. ;Doscientas; Y le dijo que, las onzas, ya no están al alcance de ella porque se las llevaron los franchutes cuando lo de la invasión. ¿Hay derecho, Tecla? Y que te conste que, nosotros, nos estamos haciendo los responsables por tenerlo a pupilo... Ya se dice mucho por ahí.

Tecla.- ¿Nosotros?

Gaspar.- Está en casa y le damos plato y cama. Ya dicen que, si tú eres o no eres...

Tecla.- ¿Qué?... ¿Qué soy yo...?

Gaspar.- La médium... La médium...

Tecla.- ¿Y qué cojona es eso de la médium o la entera?...

¿En medio de qué, de qué está tu mjer?... Y tú

lo has oído y te has quedado tan fresco. ¡Ay qué sangre tienes, pero qué sangre, madre mía!

Gaspar.- Si ya sé, en principio, que es mentira. Que tú no vales pa eso, Tecla. Hay que tener -digo yo- lo que tú no tienes. ¡Ja; ¡Ja; ¡Ja;

Tecla.- ¿Qué no tengo yo, qué, que tenganotras...? ¡No me insultes, Gaspar, no me insultes y háblame claro diciéndome qué es la médium. Yo tengo, dignidá... tengo vergüenza... honor... Yo soy mucho decente, Gaspar. Yo soy católica, como mi madre y mi agüela, como to

los míos, y no como los tuyos; quemasantos todos...
Gaspar.- Pero no sirves pa' el trance...

Tecla.- ¡Ni me dá la gana; ¿Has oído? ¡Ni me dá la real gana; ¿Lo ibas a permitir tú?

Gaspar.- Asegún... Asegún como se haga.

Tecla.- ¿Cómo, que "como se haga"...

Gaspar.- Si lo hacías bien, cosa fina y elegante...

Tecla.- ¿Con él? ¿Con el míster el "trance" que le llamáis ahora? ¿No te se cae la cara de vergüenza? ¿Qué marido eres tú, Gaspar, dónde tienes el honor?

Gaspar.- Mira, por mí ¡ojalá; Oye, que si le servía la chica, igual ¿eh?

Tecla.- ¡Cállate, mal hombre, cállate y^{no} digas burradas;

Gaspar.- Hay que reconocer que, pa' esos menesteres, la chica tiene mejor ver que tú, más planta y, con esos ojos que tiene la Lola... Oye, te digo que sería una pena que se los tapen. Y, a ganar dinero, Tecla!... Mira, lo que piense la gente, hay que pasárselo por aquí...

Tecla.- ¿Y por tí, por su padre...? De modo que así estamos ahora, después de veinte años de casaos?...

La honra mía y la de tu hija como si nada. ¿Ves lo que sacas de tus ideas bolcheviques, te das cuenta?

Gaspar.- ¿Pero qué honra ni qué narices, Tecla? Para ser médium, "médium", no hay que tocar na más que lo psíquico, lo psí-qui-co, Tecla. ¿Entiendes?... El análisis, que se le dice ahora. Y dónde tenemos "el síquico" ahora nosotras? Resulta que, ahora, se le llama de otra cosa, pa'tocalo..

Pues, qué bien... pero, siempre será lo mismo ¿o no?... Precisamente, si lo quiero yo pa mi Lola, no es pa el análisis que has dicho ni mucho menos, sino pa casarse con ella.

Gaspar.- ¿Con ella? ¿Casarse con ella? Antes lo mato. Antes los mato a los tres. Aquí no lleva, bajo éste techo y éste cielo, descendiente alguno mío el apellido Smit, sino Rodríguez Cuevas, como yo y como su madre. ¡Smit...; Smit...; Smit... ¿No te parece el llamar a un gato: ¡Smit...; Smit; Smit...

Tecla.- ¡Ay, qué cosas se te ocurren, Dios mío!

Gaspar.- Si aún fuese uno con terminación "tov", que son los de mi órbita... pero, ¿del cuarto continente, lado Norte? ¡Mada de nada! Si no me entiendes vas al maestro, y que te lo descifre, o, don José el veterinario, que sabe lo suyo de los "tov". Toma los zapatos y sácame las apargatas, o las abarcas, -me se dá igual, que traigo los pies llenos de mataduras, y le dices que, éstos zapatos que te regaló no son pa' mí. Le das las gracias por el osequio y, paz Cristi.

¡Cristi, oye, o lo que sea!... Nos ha fastidiado con el huésped... Mira, en cuanto me lo eche a la ca-

ra, le voy a decir más de cuatro cosas, porque, se podrá reir de los de Cantalejo de Arriba, pero, de mí ni con catalejos. ¡Ni con catalejos! Me está pa-

reciendo un "embabucador", que, no te vayas a pensar tú que allí es todo oro molido, compañera. Allí hay asaltantes, pistoleros, criminales, vagos, borrachos y degeneraos como en parte alguna del mundo. Lo tengo leído de buena tinta. Y, que ya me dá a mí mucho en la nariz el pensar que todos los que llegan del otro lado se vienen con un descubrimiento bajo el brazo, y a dar de comer y beber a todo bicho viviente de país atrasao. Ojo, con este que tenemos en casa. Claro que, nosotros, somos buenos, y, ni el alcalde ni nadie se ha parao a sospechar lo más mínimo así, pero, él no sabe que éste pobre hombre no se chupa el dedo y sabe mucho del vivir y de sus políticas ¿entiendes?. Quiero verle la cara frente a frente, sin prisas, y que me haga a mí lo del palito pa decir dónde tenemos agua en el pueblo.

Vamos a ver si es capaz de meterme el palito a mi por los ojos, como ha hecho con cuatro idiotas que van con él.

Tecla.- ¡Calla; ¡Calla, que ahí me parece que viene; Gaspar, mira que, gracias a él comemos mejor. Ten mucho cuidado cómo lo tratas, que él es bien educao.

Gaspar.- Déjame que yo toree este becerro con la muleta o con mi saber puebleril, que el dice. (Se va Tecla)

Al fin, nos vamos a ver frente a frente. Se van a juntar el Este y el Oeste, sin comentaristas ni prensa, ya ves tú si es bonita la cosa: Estados Unidos y Cantalejo de Arriba mano a mano.

ESCENA III

GASPAR y SMIT (El Mister)

Mister Smit.- (Gordo, pedante y vivales. Habla madianamente

el castellano) ¡Oh; ¡Oh; Buenos días, señor Mel-

chor...

GASPAR.- (Enfadado) ¡Gaspar; ¡Gaspar; Como el rey primero! También, me encasquetaron un hombre como pa' tomarme el pelo...

Mister.- ¡Oh; Perdón... perdón... Usted perdona ¿verdad? Yo lo confundo con rey magro, señor...

Gaspar.- ¡Mago;

Mister.- Si señor... magó ,Yes... Gas par, ma gó.'

Gaspar.- Si hombre sí, ya estás perdonao. Oiga, que, aquí, el único mago es usté... Mago, usté... con su varita mágica.

Mister.- (Orgulloso) ¡Ah; Eso sí... lleva razón... ¿Razón se dice? Sí sí, yo magó... Yo tiene, señor, cien ciencia... cien.

Gaspar.- ¿Cien qué? ¿Qué?...

Mister.- ¡Cien ciá...! Yo tiene mucho coño... coño... coño cimientó del (por el suelo) del fondo de la corteza...

Gaspar.- ¿De qué corteza, mister?

Mister.- De la tierra.

Gaspar.- Ya. Todos vosotros sois muy listos, mucho listos...

Mister.- ¡Oh; No no. Yo no comprende lo que dice...

Gaspar.- ¡Del suelo te digo;

Mister.- ¡Hondó...! No comprende... Pro pro fundó... Ciencia oculta... Sabi du ría, señor Melchor...

Gaspar.- ¡Bah; Como todos ustedes... ¡Fanfarrones; Todos son inteligentados... mucho sabios... Ya, ya lo veremos algún día con la otra parte...

Mister.- ¿Cómo? No comprende nada... ¿Qué me dice, señor, de otra parte?

Gaspar.- Que tenemos buen día. Pero, si éstos son todos medio gilipollas... Mirale qué cara tiene...

Mister.- ¡Ah; Eso sí... Dice bien: gil y pollas, sí sí ha venido con mi a ver varita magica, ha venido señor Gil... A... a propósito, yo... yo buscaba... Yo quería ... tenía ganas de descargar...

Gaspar.- Venga hombre venga... Ya le voy a decir dónde está la cuadra...

Mister.- No no. Des car gar espíritu. Es pí ri tu ¿me comprende? Me alegra... Usted es mucho amable, mucho caballero...

Gaspar.- Hombre... gracias, muchas gracias. Y además, me tiene usted platao pa decirle cuatro frescas como cuatro luceros del alba.

Mister.- (Ríe) ¿Frescas...? ¿Frias...? ¿Alba, luce...? Eso muy bueno señor Bal ta sar... (Ríe)

Gaspar.- ¡Hala, hala; Ya me has llamao los tres... Le quiero decir, que quiero soltar con usted cuatro parrafadas.

Mister.- ¿Parra asadas? Muy bueno eso...

Gaspar.- ¡Parrafadas; ¡Bla bla bla... bla bla bla...

Mister.- ¿Bla bla bla? ¿Juego? ¡Oh, qué curioso; Me gusta el bla bla bla... Simpaticó... Mucho simpático el papá de Lola... Usted es honestó... tratablé... muy caballó... caballero...; Mucho, mucho.

Gaspar.- ¡Tu madre, cerdo! Me estás dando vaselina por las mujeres ¿eh? ¿Caballero, eh?...

Mister.- Caballó, jinete... Caballero, encima caballo...

Gaspar: caballero español.

Gaspar.- Si ya sé por donde viene el agua al molino... Tú, lo que buscas es conquistarme a mí, pa pedirme despues a mi hija. (A el) Bueno, bueno, bueno...

Mister.- Bueno, bueno ¿qué?

Gaspar.- Oiga, mister. ¿Se puede saber cuándo nos va a decir, de una vez por todas, dónde hay agua? Es que lleva, según se ve... un mes de aquí pa'allá, de pueblo en pueblo, y ná de ná. ¡Ni pum!

Mister.- ¿Pum qué? ¿Tiros?...

Gaspar.- ¡¡Que no saca agua!!

Mister.- Sí señor. Hoy estar contento, mucho contento... Vibraciones... Subconsciente... y ¡Oh! ¡Al fin señor mago, se me levantó la cañita... Se me levantó la varita... ¡Así! ¡Así se me levantó, señor!

Gaspar.- ¿Se te levantó, eh? ¿Qué trampa les habrás tú hecho, granuja? Oiga, pero ¿es verdá eso del junco que mueve el agua?

Mister.- Junco ¿qué es?...

Gaspar.- La varita mágica!

Mister.- ¿Usted también es in... incre dulo? ¡Oh, que lamentable, señor... España atras... atrasada. No entiendo po poderes ocultos... Todos torpes. ¡Buaff!

Gaspar.- ¡Chisst! De eso, poquito a poco ¿eh? poquito a poco, salao. Eso de torpes y de atrasaos más despacio... Aquí, tenemos mandando lo que tenemos, que no

ha sido a gusto del pueblo, pero, de atrasaos... mucho ojito. Aquí se sabe todo, todo y de todo. ¡De todo!

Si nos hacemos los gilipollas, es por voluntá ¿me va comprendiendo? Otros, los tuyos, se hacen los avispaos por fanfarrones, pero, de eso, nada. Nosotros, los de España, nos hacemos los tontos pa' saber cómo piensa el prójimo ¿estamos? ¿Estamos mister?... Aquí de "Marx"... a tope... desde el año 34, se lo digo yo.

¡A tope! Torpes nada, y, si no, al tiempo, mister...

Míster.- No entiende nada. Bla bla bla bla... yo no entiende nada.

Gaspar.- ¡Coñó, porque eres un torpe, míster... Bien claro lo tienes.

Míster.- Pro jí mó... gilés... Max... avispás... Yo no entiende nada. Por favor, me lo dice despacito... espaciado, Melchor...

Gaspar.- Yo no repito, míster. Como eso del junquito, que se levanta cuando hay agua. ¡Truco; ¡Trampa; Pero ¿qué se han pensao los del Plan "Marchal",? Nos estais tomando como a indios. Lo que no sea plan quinquenal como el de vuestros enemigos del Este ¡riááá!

Míster.- Tomando indios... ¿Beber? ¿Trucó? ¿Riá...! No entiende nada, nada de nada. Yo dice que, lo de la varita, es cosa seria.

Gaspar.- ¿Sería? Como las que dice el del púlpito... A mí deme, oiga, y lo digo clarito: A mí, deme una explicación y una prueba y está todo acabado... pero como no me la dará, sigo diciendo que usted es un tío chalao.

Míster.- ¿Salao?... ¿Yo salao?? Eso sí me gusta. Madri leño! ¡Olé; ¡Olé torero; ¡Olé, salao;... (Baila)

Gaspar.- ¡Vamos vamos...! ¿No es pa echarlo de ésta casa? Y hay muchos, casi todos, que van detrás del con la boca abierta... y lo están tomando como a un dios.

(A el), Pruebas, pruebas quiero yo!

Míster.- (Saca su varita flexible, la toma por las puntas a la altura del vientre, y se pone muy serio) ¡Agua; ¡Agua; ¡Quiero saber si hay agua;

Gaspar.- (No cesa de reirse) Ahora la verá usted. (Va a un rincón, coge el botijo y lo pone debajo de la varita) ¡Ya la tiene usted;

Mister.-; Chisst; ; Chisst; Agua.. agua... sube, sube varita... sube... Aquí, señor, hay agua a treinta y tres metros. No falla.

Gaspar.- Pero habrase visto engaño más grande que esto..?

Mister.- Abajo... abajo hay agua... mucha agua...

GASPAR.- Y fuego. Oiga, usted se pone mucho serio con esa mimbre levantada, pero, la verdá la verdá es que, algunos, ya le han sacao un mote y un cantar... que no sabe usted la gracia que hay en Cantalejo. Y viéndole ésto... no me extraña. Digo yo, mister, ¿en su tierra todos los ingenieros tienen este mecanismo pa hacer los rascacielos y los pozos de petróleo?...

Mister.- ¿Usted ríe de mi patria? ; Cuidado; ; Cuidado;

Gaspar.- Es que, con esta pijada que ha traído usted a mi pueblo, está atontando a la mitá de los vecinos.

Es que semos así de idiotas, ya ve usted. Antes de venir, ya decían los del Ayuntamiento: "Nos sacará petróleo de los campos." "Trairá un haiga como la iglesia de grande..." "Hará llover o nevar cuando quiera."

"Parará el sol en metá el cielo si quiere, o se montará ancho de piernas sobre la luna en cuarto menguante." Eso se decía, pero, ya ve usted con qué nos ha venido. Si no es pa reirse... Además, se ha metido, con su varita mágica, en el bolsillo, al cura, al secretario y a toda la corporación en pleno ¿sabe por qué? Yo se lo digo: porque simpatizan con los nortiamericanos. Oiga, pero a mí no ¿eh? A mí no.

Pa' su país hay otros más adelantaos ¿se entera, mister?...

Mister.- Ninguno... Nadie, señor Melchor, nadie. Dueños universidades... motores... bomba atómica... cohetes...

- Gaspar.- Bombas, cohetes, aviones y tó lo que quiera tienen los otros, los del puñito prieto, mister
- Mister.- ¿Cuál? ¿Cuál?...
- Gaspar.- ¡La Urrus, señor; ¡La Urrus; ¡ Ese es país y, lo demás, fanfarronería de millonarios.
- Mister.- Sí señor. Yo lo felicita... (Le da la mano)¿ Usted amigo de la soviet...? ¿Si? ¡Bravo; ¡Bravo; Nos repartiremos la tierra... entre los dos... Rusia potente... Estados Unidos potente... ¡Perfeto; Yo lo felicita. Amarillos y Oeste amigos.
- Gaspar.- ¿Y los negros, eh? ¿Y los negros? ¿Y los otros? ¿Es que no son hijos de madre, o qué?... ¡Pero, vamos, con estos racistas... Bueno, y no sigo más porque me estoy saliendo de la tangente.
- Mister.- Eso sí... Mucha gente... mucha gente... ¡Oh; Usted inteligente... simpá ticó... mucho simpá-ticó... (Le hace cosquillas en la barriga) Padre de Dologues mucho sim pa ti có... Y ella mucho avispa... avispadá...
- Gaspar.- Señor, si estás oyendo todo esto ¿por qué no bajas y te lo llevas de una vez de Cantalejo? Usted es un pelmazo.
- Mister.- ¿Quién es pe pelazo?...
- Gaspar.- ¡Su madre;
- Mister.- ¡Mía mamma...? ¡Ja; ¡Ja; ¡Ja; Ría usted con Smit... ¡Ja; ¡Ja; ¡Ja;
- Voz.- ¡¡Gaspar; ¡ Gaspar; ¡
- Gaspar.- ¡Hombre... El Alcalde.
- Mister.- ¿Alcalde? ¡Oh; Viene a darme feli...felicitaciones. Yo celebra mucho que venga.

ESCENA IV

Nichos y Alcalde de Cantalejo.

Alcalde .- (Sordo como tapia) A la paz de Dios... (Al ver a Mister) ¡Hola! ¿Usted por aquí?...

Mister.- Mis pla, place... placeme... placemenes...

Alcalde.- ¿Qué ha dicho tú...?

Gaspar.- De los exámenes debe ser. No le haga caso.

Alcalde.- Ya. Ya. Ya oigo, no me grites tanto Gaspar, que me pué tomar por infeliz. (Al Mister) Pues, aquí venía porque va y me dicen, me han dicho que si estaba usted aquí en lo de la Tecla, y va y me he dicho dice, hombre, pues voy a velo, a darle mi mano y la del vecindario.

Mister.- Tanta gracia... tanta gracia. (Se dan la mano)

Alcalde.- ¿Qué le pasa, tú? ¿Algo del estomago o qué...

Gaspar.- No hombre, es que estos son mucho delicaos. Son burgueses, ricos... finos.

Alcalde.- Ya. Ya... ¿Así que nos encontró usted la veta, eh?

Mister.- (A Gaspar) No le entiende nada.

Alcalde.- ¿Dice que nada, Gaspar?...

Gaspar.- ¡Que no sabe, que no entiende lo que le dices.;

Alcalde.- (Gritando) ¡Le decía que, según el secre, ya ha dao usted con la vena;

Mister.- Vena sí. Yo, fuerte... pulso fuerte... Mucha vena, sí señor.

Alcalde.- Yo digo la del palito... la del junco ¡porra! Esa que hace así, así párriba...

Mister.- ¡Oh! Sí sí. Ya está. Tendrán mucha y potable...

Gaspar.- No le haga caso, Rufino... Es todo mentira, un cuento. ¡Estos son los amos del cuento;

Mister.- Mucha y po... potable.

Alcalde.- Ya... ya hablo ya. No hace falta que se lo diga usted al Gaspar... Con razón, con razón ustedes se han llevao el mundo por delante, como dice éste en el Casi-

(A) no. Ustés saben más que Lepe.

Mister.- ¿Físico, Lepe...? ¿Lepe?... ¿Quién es Lepe?

Alcalde.- De físico nada. No señor. Yo bien, a Dios gra-
cias. Eso lo suele estar el que dobla el codo tó'

los días... (Hace como que bebe al alto) Yo bien, sal-

vo lo del oído éste, que me lo destroza el gusano.

Gaspar.- No le des coba, Rufino... ¡Menos coba y más autori-
tad dá, coño!

Alcalde.- ¿A la alcoba pa qué, Gaspar?

Gaspar.- ¡Que si te achicas te avasalla, y eres nuestro al-
calde!

Alcalde.- ¡Canalla será el, .. el que critique a un sabio
como este, y eso no cabe en mí, Gaspar; Oiga, usted
me perdone... es que los de estas tierras altas semos
así ¿sábe? De pocas palabras, pero, decentes. Bueno,
pues, de acuerdo a lo tratado, vengo con el dinero que
me ha dao el secre.

Gaspar.- ¡No lo sueltes, Rufino, no lo sueltes; ¡Que no te
lo vea; ¿Tienes buenas pruebas? ¿Esta claro-eso...?

Alcalde.- A las claras está todo y, como la corporación
que yo presido y represento, tiene compromiso con es-
te hombre, vengo a darle la metá porque ya ha barruntao
agua; parece que ya hay barruntos, Gaspar.

Mister.- Yo no les entiendo. ¿Qué dice de difuntos?... ¿Di-
funtos de qué, señor Alcalde?

Gaspar.- Le quieren dar, mister, la mitá de lo que estaba
acordao. Lo del trato hecho.

Mister.- ¿Trato de pecho?

Gaspar.- Trato hecho, al saber que hay agua debajo.

Mister.- ¡Yes; ¡Yes; Oh, divina raza... cumplidores al

extremo... Todos, caballeros.

Alcalde.- Ya nos va conociendo ¿Usted quiere cobrar, ver-
dá? Pues, si quiere cobrar... Uste manda, mister...

Mister, O.- Mucho apuro...yo no tenía...No tenía a puro...

ALCALDE.- Pues yo sí, y como sé que fuma, le he traído es-
te faria que es de aquí, de Logroño. Así que, acete
este regalo del señor alcalde de Cantalejo de Arriba,
Rufino Morral y Costadillo, Oiga, que, aquí no es por
na ¿eh? pero, el único Morral soy yo, por eso me se apre-
cia, y si no que lo diga el presente.

Gaspar.- ¡Que te avasallas...que eres el alcalde, Rufino,
seas fascista o no -me se dá igual- ante ellos eres
el alcalde, y te avasallas;

Alcalde.- Ya me callo, hombre, ya me callo. Todos me te-
nís envidia en cuanto trato con gentes de fuera. Bueno,
Mister, quedamos en que pase usted por la casa de la Vi-
lla y allá cobra y se arregla todo.

Mister.- ¿Cobrá?... ¿Cule-brá?... ¿Cascabel?...

Alcalde.- Hombre, yo no sé si allá le llamarán así o es
que no ma'entendido el aljetivo... Oiga, me ha di-
cho el señor cura, que si no tiene usted inconveniente
en acompañarnos el domingo en la procesión... Es que,
sabe, vamos a estrenar un paso nuevo.

Mister,- No entiende... ¿Paso nuevo? No entiende.

Alcalde.- ¿Qué dice Gaspar?

Gaspar.- ¡Que no te entiende, Rufino;

Alcalde.- Díselo tú, anda. Yo creo que debe suponer que
es de medir tierras por los pasos que ha dao...

Gaspar.- Han traído, sabe usted, un Santo Cristo. Oye
Rufino ¿cuál es el que habís traído?

Alcalde.- El de las Olivas... El Cristo de las Olivas.

Gaspar.- Es verdá. Me tira tan poco todo eso...

Mister,- ¿Olivas, dice? ¿Ha dicho Olivas?...

Gaspar.- Le decimos así, a ese Cristo, al hijo del carpintero, - que pa que lo sepa era un trabajador, un obrero.

Bueno, pues, le decimos así porque el pobre, está como atao a una columna, y esa columna parece al simen como una tinaja. Alguno le puso el de las Olivas, porque talmente está con las manos atadas como queriendo sacarlas ¿sabe?

Mister.- ¿Olivas? ¿Cristo de Olivas...? ¡Ja;Ja;Ja; Eso está muy bueno. (Se rien los tres)

Alcalde.- Oye, ¿se ríe del Cristo o de nosotros?

Gaspar.- La culpa es tuya.

Alcalde.- ¿Qué dices, Gaspar?

Gaspar.- Que tienes la culpa tú. ¿A quién se le ocurre invitalo a una procesión si, a lo mejor, es él protestante. ¡Que no son como nosotros, Rufino!

Alcalde.- Dile que, al estante no lo subirá el al Cristo, que, de eso se ocupan los mozos. ¿Viene usted o no, el domingo?

Mister.- Soy mucho honroso... Vendré... vendré el domingo con la pro...pro sección...

Alcalde.- ¿Qué dice, Gaspar? ¿Qué coño dice el mister?

Gaspar.- Que es honrao. Anda, contéstale tú.

Alcalde.- Y yo y los de mi pueblo mucho decentes. Oiga, y de derechas desde siempre, ya lo sabe Gaspar, aunque él sea de esta otra mano...

Gaspar.- Calla, calla y no digas sandeces. Eso es cosa privada y no pa echar bando.

Mister.- A sus plantas... (Genuflexión)

Alcalde.- A sus besalasmaños y sus seguros servidores.

(A Gaspar) Este no me gana a mí a ser fino. (Genuflexión) A sus besalasmaños y besalospíés, Mister.

Mister,- (Idem) Gusto es mío...

Alcalde,- Mío es el gusto... Vamos, Gaspar.

Gaspar.- ¡Agur!

Mister,- ¡Tanquiu!

Alcalde.- ¿Qué ha dicho?

Gaspar.- Nada, hombre, nada, *algo de Taquío...*

Alcalde.- Le entendí algo del baul, o Mambrú...

Mister,- Tanquiú... tanquiú... (Mutis los dos)

ESCENA V

Mister, Tecla, después Vecina.

Tecla.- Lo he oído todo, todo todo. Usted es un sabio y como sabe todo, he llamao a una vecina pa' que le diga usté qué tiene que hacer pa' que vuelva su marido a casa.

Mister.- ¿Cómo? Yo no sé...

Tecla.- Está aquí. Pasa, pasa, mujer!

Mister.- Debe ser... sor... sor...

Tecla.- No señor, de monja nada.

Mister.- Sorprendida...

Vecina.- Buenos días, señor.

Mister.- Aló... Aló...

Vecina.- ¿Qué dice del calor?

Tecla.- No mujer... Es que siempre dicen eso cuando tienen calor... Esta gente no es como nosotros. Los sabios

(atieno son como tú y como yo, que lo decimos todo de pe a

pa. Buéno, mister, la... la señora es una vecina más que... ¿ya sabe usté algo verdá?

Mister.-, Oh sí... Maridó... Es po só... ¡Yes...

Tecla.- ¿Ves? Ya te lo acertó. ¿Lo ves? Es un lince.

Vecina.- Como que no se le vé en los ojos...

Mister.- Marido infiel... ¡Oh! Eso delicado... mucho.

Vecina.- Que lo diga usted. Hace un mes que no viene a casa, señor.

Mister.- Hogar frío... nieve... soledá

Vecina.- Si señor, pa servir a usted...; Sabe hasta mi nombre

Mister.- No no, a mí no. Gracias.

Vecina.- Yo quisiera que me diga usted qué tengo que hacer pa conquistármelo a este cara-dura que se ha liao con una de Pedregales, según parece. (De rodillas) Dígame, señor, ¿qué tengo yo que hacer...?

Mister.- ¿yo? Usted me con... me conmueve... Usted mueve mi varita... y saldrá del bolsillo... ;Humedad... Mucha y humedad... Yo buscaré arreglar en... entuerto ¿Es entuerto, verdad?

-Vecina.- No señor. Una miaja tuerce el ojo, le llaman Trocalojo, pero no es pa llamarle tuerto. Tuerto era su hermano Blas, el Colita... -ya lo sabes tú, Tecla.

Tecla.- ¿No tiene usted algún unguento, o algunos polvos pa que le dé a esa de Pedregales?

Mister.- No no. Polvitos no, polvitos no. Un cuento... tampoco... Yo tiene ciencia, yo no soy charla tán. Yo, ciencias exactas.

Tecla.- Mira, Sole, déjalo que a éste lo convenzo yo, y, si no, cuando esté dormido le saco la varita y san se acaba. Lo que vale del es la varita, el junco.

Vecina.- Bueno, de to los modos, gracias. Confío en usted.

Mister.- Adiós... adiós, señora. (Mutis) hasta la puerta)

-Tecla.- Vuelve mañana a eso de las diez. Con esa varita se consiguió todo. Yo se la saco sin que se dé cuenta cuando esté dormido.

ESCENA VI

Tecla y Simón.

SIMÓN.- (Joven del pueblo, muy parado pero gracioso)

¡Hola...! (Lleva una cesta tapada).

Tecla.- Con ella en la mano a ver quién me tose a mí...

Simón.- ¡Hola! Parece que se hace la sorda. Señal Tecla;

Tecla.- ¿Dónde vas tú, Simón?

Simón.- A traele ésta cesta de higos, a ustés y al mister.

Tecla.- ¿Higos? Le dices a tu madre que no hacen falta

higos en esta casa, que aquí hay de todo. De todo;

Simón.- Entonces... Yo tenía ganas de que se los comie-

sen ustés... Además, como sé que le gustan mucho a...

Tecla.- ¿A quién?...

Simón.- ¿A quién hay ser...? Ella siempre me lo dice:

"Simón ¿cuándo van a estar buenos los higos de la la-

dera el Peñascal...? Simón, si vieras cuánto me gustan?

El domingo pensaba dír con ella a comerlos en la mis-

ma higuera, pero....

Tecla.- Oye, pero ¿tú qué te has pensao? Ven aquí. ¿Sabes

tú si a mí me gusta que vayas con mi Lola a la higue-

ra? ¿Tú sabes si su padre la deja ir con tí a comer

higos?...

Simón.- Sí, señora. Pues claro que lo sé. El si.

Tecla.- ¡Pues yo no! ¿A comer higos con tí eh?... ¡Ja! A

subirse ella a la higuera, y tú debajo cayéndosete la

baba...

Simón.- ¡Que no señora, jolín! Que el que se iba a subir

era yo. Pues me está poniendo colorao y todo...

Tecla.- Pero, vayamos por partes. Tú, Simón ¿con qué cuen-

tas pa dir con la Lola?

Simón.- ¡Hombre... Yo no es que sea mucho, pero, ya qui-

sieran tos los del pueblo, tener lo que voy a arrejun-

tar si nos unimos, seña Tecla. Tengo dos vacas, que

ya sabe usted son de una raza de lo bueno que pasta en la Dehesa. (Tengo, pa cuando se muera mi madre, - que la... pobre anda con esa postema encima - tres majuelos que van a dar sus buenas cántaras de vino. Tengo, la huerta el cura. El burro, la era, los pajares...)

Tecla.- ¡Y ¿qué más, qué más tienes tú, Simón?

Simón.- ¡Y yo. ¿No valgo yo ná, seña Tecla, o qué?... Bien ¡ob sabe usted cómo me han rondao las del Colmenar, y sin en- cambio, no les he dicho: buenos ojos tenís. Y por la Lo... la, me cago en la leche puta... por ella, doy tó lo que me se pida, seña Tecla.

Tecla.- ¡Yo no quiero nada tuyo, ya ves, ni los higos. Ni mi hija tampoco. ¿Entiendes?

Simón.- Eso dice ella...

Tecla.- ¿Ella te lo dice también? ¿Ves cómo ella no quiere?

Simón.- ¡Mentira; Ella me quiere...

Tecla.- ¡No digas mentiras, chiguito, no mientas;

Simón.- ¡Diga la verdad. Y si no ¿por que me se abraza cuando vamos por la carretera y me dice: ¡Ay Simón, Simón...

Nosotros semos igualitos que aquella Julieta y Tadeo

que vimos un día en el cine de la capital. Nosotros,

¡si nos rompen el querer, vamos a ser como los amantes de Teruel".

Tecla.- ¡Mentira; ¡Eso te lo inventas tú; Marcha con los

higos que, si los tienes aquí, te los vuelco encima la ca-

beza, a ver si espabilas... ¡Hola; Y, entuavía, venir

a contármelo a mis oídos como el que no dice nada...

¡Os voy a matar a los dos, a los dos;

Simón.- ¡Seña Tecla... Seña Tecla. Y...

ESCENA VII

Dichos y Lola, despues Gaspar.

Lola.- ¡Madre! ¿Qué hace, madre?...¿Qué hace usted?...

Tecla.- Y a tí también... ¡Ven aquí! ¡Los dos! ¡Los dos he dicho!

Ambos.- ¡Ay!... ¡Ay!...

Gaspar.- Pero, ¿qué co... coño pasa aquí? ¿Qué pasa en mi casa, Tecla?

Tecla.- Aquí no pasa nada. Nada, ya lo ves... nada.

Lola.- Padre... (Sale el mister)

Simón.- Señor Gaspar...

Mister.- ¡Oh, la la... ¡Oh, la la, qué intesante...

GASPAR.- ¡Me hace usted el favor de meterse dentro? ¿No ve usted que estas son cosas nuestras... de nuestro país y no queremos intervenciones extranjeras?...¿Eh?

Mister,- ¡Oh! Cómo no... cómo no... ¡Tanquiu...

Gaspar.- Pues eso. ¿Qué te has pensao tú, gachó? A eso podíamos llegar: bases e intervención hasta en mi domicilio... ¡Nos ha jorobao con el tío este...?

Como Fin del Primer Acto.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

Lola y Mister.

Lola.- Le digo a usted que no quiero oírle nada de eso ¿se entera, nada de nada? ¿No ve usted que se puede enterar mi novio y entonces la arma parda...?

Mister.- ¿Parda...? ¿Parda qué? ¿El arma?... Mire, Dologues... Usted. mea...mea... me hace sufrir mucho. Yo la rogaría señoguita Dologues...que me me merase... con más ilusión...

Lola.- ¿Yo...?

Mister.- ¡Yes! ¡Yes! Tiene que merarme con un poco de gon ...de gompasión... Yo tiene ganas de... de...

¡Ah! ¿Conoce usted poema de Bécquer? ¡Bécquer!

Lola.- Pues no señor... apenas si bajo a Logroño por las fiestas.

Mister.- ¡ Oh! ¡ Oh! No conoce rimas de Bécquer? Lamentable...lamentable...

Lola.- ¿Conoce usted Valgaraoz? ¿A que no conoce Valdeporquera, eh? ¿Éh?...?

Mister.- No. No. No conoce nada...

Lola.- Lamentable... ¡Yes! ¡Lamentable, mister!... (Aparte) ¡Nos ha fastidiado con el!...

Mister.- Pero, Bécquer, Bécquer...

Lola.- Si es extranjero, como usted ¿por qué lo tengo yo que conocer?

Mister.- Yo sí. Yo siento deseos de recitarle una estro-

fa de las golondrinas.

Lola.- ¿Estufa de golondrinas? ¡Qué hombre este...!

Mister.- Escucha, Dologues: (Con gran mímica)

Volvegán los ocuras golondrinas

en tu balcón sus ni...nigos a colgar.

¿Conoces Dologues? Es una maravilla... Es de Bécquer.

Lola.- ¡Y dale; Que no lo conozco a ese tío y ná más! Lo de los higos sí, todos los años los colgamos en el balcón y ellas siempre los picotean, porque hacen sus nidos en el alero.

Mister.- ¿Las golongrinas? ¡Oh; Pero ellas, siempre, siempre volverán.

Lola.- Claro. Dice mi padre que se van a terreno más cálido a pasar el invierno. Vuelven pa' primavera.

Mister,- Inteligente. Mucho inteligente, Dologues...Yo, yo tiene que hacer una con...confusión amogosa...¿Se dice así?

Lola.- No le entiendo bien, pero, tenga cuidado o llamo a mi padre.

Mister,- Usté con yo, venir a luna de miel a Mayami...

Lola.- (Ríe a carcajadas) ¿A mayarle en la luna de miel?

¿Qué tío... ¡Ay, qué tío este mister...! ¡A mayarle que vaya su ag#ela;

Mister,- Mayami, mucho, mucho lindo... ¿Usted conoce?

Lola.- ¡Y dale ahora con otro? ¡Le digo que no, que no!

Mister,- Washington... Nevada... San Franciscó... Chicagó...

Honolulú...

Lola.- (Ríe) ¿Qué hizo el lulú? ¿Hizo caca el lulú...?

Mister,- ¡Chicagó!... ¡Chicagó!

Lola.- (Ríe a carcajadas) Es pa desternillarse con el...

Mister,- Dologues... Dologues... Yo no sé... no sé qué tiene aquí. (Le indica el pecho) No sé qué tiene aquí... cada día infla más... más... más... ¿Qué tiene?

Lola.- Tengo ahí, lo que me dá la gana,- eso pa que lo sepa; lo que me dá la gana.'

Mister.- ¡Oh, si... Tiene algo grande, impresionante... algo que no quiere echar fuera... soltarlo... Usted me hace caso y yo... Dologues... yo, lo suelta... Tiene un grande corazón..

Lola.- ¡Ah, vamos... eso es otra cosa...

Mister.- (La agarra de las manos) Dologues...

ESCENA II

Dichos y Gaspar.

Gaspar.- (Desde la puerta) Más vale llegar a tiempo que estar en la plaza un año...

Lola.- Padre...'

Mister.- ¿Usted vió... vio...?

Gaspar.- Todo. He visto y oído todo, así que no me tartamudee. ¡Invasor; ¡Napoleón; ¡Usurpador; ¡Todos sois iguales; ¡Fuera; Ahora se coge la maleta y se va a dormir debajo el Puente Mocho. ¡Intruso; ¡Capitalista destructor del obrero;

Mister,- Puente mucho no sabe dónde está, señor..

Gaspar.- Vete tú, hija, que tenemos que hablar los dos.

Lola.- Padre...

Gaspar.- ¡He dicho que te vayas; (Mutis de ella)

Mister.- Yo no quiere hablar con usted...

Gaspar.- Yo sí. (Lo agarra de la solapa)

Mister,- Yo quería que Dologues me... me mease a solas.

Gaspar.- ¿Cómo?...

Mister,- Que me me...mease a solas... Nunca me hecha una

merada de calor.

Gaspar.- Si no habla usted bien, me parece que aquí la vamos a liar, que me se va a subir la sangre a la cabeza y puedo hacer hasta un crimen. ¡Un crimen! Con esa manera de decir las cosas, es que no se cuando es en serio o es de cachondeo.

Mister.- Ella es buena... ella tiene compasión de mi fatiga. Ella puede calmar mi... no sé cómo se dice, Gaspar.

Gaspar.- Pues, por si acaso, mucho cuidado con decirlo.

Mister.- ... palabra de aliento. Yo estoy solo en la vida, solito en la vida... Yo no tiene a nadie. Yo necesita consuelo. Señoga Tecla comprende bien... Señoga Tecla dame calor... cagifño... aliento... Dame todo y no pide nada, nada, Melchor...

Gaspar.- ¡La madre que te... ¿Qué hago yo con éste tío, si no sé ni lo que me dice sobre mi mujer...? Oiga, me quiere repetir eso de mi Tecla? Así que, mi mujer, se lleva como Dios con usted... ¿A ver si va a salir cierta la coplita que ya escucho por ahí...

Mister.- ¡Oh! Si, ella es buena, merece todo mi corazón. Su calor mea... mea... me ha calmado en muchas ocasiones. Calor puro, buena consejera...

Gaspar.- ¡Yo soy el marido; ¡Está hablando, mister, con el marido de la Tecla; ¡La Tecla es mi mujer;

Mister.- (Genuflexión) A sus órdenes, señor...

Gaspar.- ¿Qué a sus órdenes ni qué coño...? Así que, ambos, el mister y la Tecla... han tenido alguna conversación íntima...

Mister.- Muchas... muchas... Completamente, ¿cómo se dice?... Escon... escondidos...

Gaspar.- ¿Escondidos? ¡La madre que me...

Míster.- Ella sabe de mi soledad... de mi necesidad...

Mi pasión... Ella lo entiende todo y me da su... su
no sé cómo se dice, señor.

Gaspar.- ¡No siga; ¡No siga más;

Míster.- Me dijo que... sin que usted lo sepa... ella me
mea... me mea, me ayudará ¿entiende?

Gaspar.- ¡Jamás; ¡Eso, jamás;

Míster.- Ella quiere que, su hija Dologues, Lola, me es-
cuche... ella quiere ser mi yerno... y yo su... -no
sé cómo se dice...

Gaspar.- ¡Bendito sea Dios y todos los santos del univer-
so en pleno; Vaya susto que me has dao con decir lo
de mi mujer a medias tintas. Así que con la Lola ¿eh?

Míster.- Pero... usted se oponía, dice Tecla.

Gaspar.- ¡Y me opongo; Además no entiendo nada ¡Nada;

Míster.- ¿Nada? ¿No entiendo nada?... Yo tampoco.

Gaspar.- No entiendo, pero, como primer medida, vas a ve-
nir ahora al Ayuntamiento, y, allí, le voy a decir al
secre, que levante un acta de lo que he visto. ¡Por
si no estaba ya lleno hasta el cogote de éstos ele-
mentos, ahora lo he visto con mi hija. ¡Con mi hija;

Míster.- ¿Usted se enfada? Yo no, señor.

Gaspar.- Yo me enfada y usted me acompaña.

Míster.- No tiene ganas señor de me... de me...

Gaspar.- ¿De mear o de menearme, hablemos claro de una
vez? ¡Tira pa adelante, Usa;

Míster.- ¿Me amenaza? ¡Oh; ¡Oh; Los españoles sangre
caliente. Lo haré saber a mi em...embajada.
Esto es atropello a hospitalidad... (Mutis)

ESCENA II

Tecla, después Simón.

Tecla.- Vaya, ya está. Ya está. (Con la varita) Ya la tengo en mi poder. Con ella en la mano soy como las hadas de los cuentos. Y, quién sabe si en vez de pedir agua pido oro y me lo trae... O una hacienda de quinientas ovejas churras... o quitarnos un mal dolor.

O sacarle a Gaspar el vicio del vino y meterle la afición al trabajo. ¡Vete tú a saber las cosas que yo puedo conseguir con la varita del mister? Si hasta parece que me está quemando la mano...

VOZ.- ¡Seña Tecla;¡

Tecla.- El Simón otra vez.

Voz.- ¡Seña Teclaaaa...¡ ¡Vaya, vaya, hasta dentro;

Buenos días.

Tecla.- ¿Qué tripa te se ha roto pa chillar tanto?

Simón.- Na. Es que venía a ver si me pue dejar usté la choricera...

Tecla.- ¿La choricera? ¿A estas alturas del año...? ¿Ha pasao algo, o qué?

Tecla.- SIMÓN.- Una desgracia, seña Tecla. El pobre no valía pa ná. Había que esperarlo un día o otro... Estaba medio trascornao

Tecla.- ¿Y lo habís matao?

Simón.- Antianoche; de contrabando, seña Tecla.

Tecla.- ¿Sin verlo el veterinario? Miraide que pue estar enfermo y la trinicosis ya sabís cómo es... que, el pobre Revientamozas, cayó por ello, díselo a tu madre.

Simón.- Vaya si estaba enfermo... Por eso lo hemos despachao sin perder más tiempo. Mi madre, no quiso llamar al vete, porque ya sabe usté cómo son esos hombres, que, en un principio encomienzan haciendo ascos...y después se llevan medio costillar, un par de patas, la tira de lomo y un cachito de chofle. Dicen que son pa

saminalos, pero, lo que saminan es su estomago, que to se sabe. Después, vienen y te dicen que está bueno y que lo podemos comer ¿El qué...?

Tecla.- Pero mira qué habladorcillo estás hoy. ¿Qué más?

Simón.- Mi madre dice que, entre lo que le das al vete, al alguacil y a las amistades, nos quedamos con las pezuñas y la vegiba...y que ya vamos espabilando...

Tecla.- ¿Lo habís matao vosotros?

Simón.- Yo, sí señora, yo. Mi madre se armó con un cuchillo y se fue tras del, pa clavárselo en el cuello.

Vino pa mí, cogí una tranca y me dije: "Como te acerques la espichas, mira que te espeno..." Y lo maté, así como sin querer, de rabia, seña Tecla.

Tecla.- ¿Y qué traes ahí?

Simón.- Na. Unos pernils y un peazo de lomo. Lo mejor que tenía el pobre. Esto es atención de mi madre pa usté, seña Tecla.

Tecla.- Gracias, hombre...

Simón.- Dice mi madre y tié razón: mejor que se lo coman en casa la Tecla, que en lo del vete, así que Simón vete, vete y se lo entregas.

Tecla.- ¿Al vete?

Simón.- No señora a la veta, digo, a la Tecla. Además... que ya sabe usté los deseos que tengo yo de que coma la Lola este lomo. ¿Sabe usté que ella lo vió cuando nació y me dijo: "Simón... cuándo tendremos nosotros un rostrizo así de chiquitín, pero en niño..."

Tecla.- ¿Te quieres callar ya, moscardón? ¡Vaya una forma de quererla trayéndole lomo que pué tener trinocosis...?

Simón.- Pues, tanto mejor. Ese es el aquél mío. Si algo le pasa que nos pase a los dos, seña Tecla, y así se-

mos, como el amante y la manta de Tèrue!, que a ella...

¡Jolín, lo que le gustan;

Tecla.- Pues, ni ella ni su madre aprueban esto. (Lo tira)

Simón.- Pero, si no tié ná malo, seña Tecla. No tenga ustedé escrupulos, que yo sé lo que tenía el cochino. Resulta que, como en las cuadras de mi casa hay más de mirar que de comer, el pobre se aburría mirando por la cerradura pa ver si venía el pienso, y, como no venía pues aurremetió contra la puerta y se comió media tabla y dos clavos. Yo, que me gusta mirar como el vete, analicé los mondongos y le encontré un clavo atravesao en un intestino.

Tecla.- Pero pué tener el tetáno. Tú sabes si tenía tetáno

Simón.- ¿Teta no...? ¿Teta no?... Pero, seña Tecla, si era el gorrino, macho... si era puerco...

Tecla.- Anda, anda y marcha de aquí, pedazo de zanagoria...!

Simón.- Bueno, si ustedé no lo aceta... Yo lo ^{he} traído con todo mi amor.

Tecla.- Ya. Ya te veo venir...

Simón.- Por el amorcillo que les tengo a ustedés desde siempre, y un poco más pues... por la Lola...

Tecla.- ¿Pero, cuántas veces, cuántas, te voy a decir, que... no vengas más a esta casa, que no te acerques aquí?

Simón.- Señá Tecla... que no es pa tanto, digo yo.

Tecla.- Un día me vas a coger de mal aire, agarro el instrumento -la varita que entiendas- del señor Smit y ya verás lo que pasa aquí.

Simón.- ¿Listrumento, de qué, de qué?

Tecla.- El que el tiene, ¡porra! El que lleva siempre encima.

Simón.- ...el que lleva encima...? Oiga ¿y se lo deja manejar a ustedé...? Mire, seña Tecla, que si lo sabe el ve-

...cindario... la que se lía es de padre y señor mío...

Tecla.- ¡Pues lo tengo en mi poder; ¿Lo quieres ver?...

Simón.- ¿El instrumento del que lleva siempre encima?...

Tecla.- Sí. Ese. Se lo ^{he} arrancao de onde lo tenía;

Simón.- Ahí va... No señora, no quiero verlo. Es que

se dice cada cosa de ese hombre... ¿Cómo es el instru-

mento? ...

Tecla.- Aquí está. La varita mágica. ¡Mírala Simón;

Simón?-- ¿Eso es? Yo me creía que era otra cosa...

Guárdela, guárdela usted, señora Tecla... que si se

rompe o se pierde, nos quedamos sin agua.

Tecla.- Pues ya ves. Yo le digo dos palabras de las

suyas en su idioma o lo que sea, y hasta te hago

desaparecer de aquí.

Simón.- Que no señora, que me voy, que ya me voy. Si

viera usted la faena que tengo... Voy a ver si le

arreglo a la tía Minica las persianas, porque, el

primo Martín, le ha hecho una como pa morirnos de

risa. Si viera usted la que le hizo Martín con sus

cuarenta añazos.

Tecla.- Pues no me enterao... Cuéntamelo.

Simón.- Es que no se pué ni contar de risas. (Ríe)

Resulta que, la tía y Martín, bajaban a Logroño, en

el auto, y se acordó ella que había dejao levanta-

das las persianas, y ya sabe usted como caliente.

(Ríe sin cesar) Va y le dice la tía a Martín:

Anda, anda ahora mismo -que me he olvidao- y baja

las persianas, hijo, que te dá tiempo antes de que

marche el coche. Y el: "¡Que se nos marcha el auto,

madre"; -"¡Que vayas a bajarlas, te he dicho"; Y Mar-

tín se fue corriendo y maldiciendo. El coche esta-

ba pa marchar y no arrancaba porque la tía Minica

lo detenía, que había pagado dos billetes. Y va y al poco rato (Ríe) aparece Martín con ocho persianas al hombro, sudando la gota gorda. ¡Ay! Cuando lo vio la tía Minica... ¡Idiota! ¡Idiota, más que idiota; ¿Pero qué me bajas ahí, qué me bajas ahí...? Y el le dice: "Usted me ha dicho que las baje todas. Aquí están." Y ella: "Que las bajes... por el sol, por el sol, calamidad"; ¡Bueno, pues voy a ver si se las pongo como estaban. Tecla.- ¡Ay ay ay; cómo me has hecho reír, Simón. Mira pues no lo sabía eso. Simón.- ¿A que se creía usted que yo no era gracioso? ¿Eh? ¿A que sí? ¿Cómo no lo habrá contado la Lola, con lo bien que se sabe todo...? Tecla.- ¿Otra vez me la sacas en danza? ¡Vete; ¡Vete Simón! Simón.- Bueno ¿le dejo el presente, o me lo llevo? Tecla.- Déjalo y le das las gracias a tu madre. Simón.- Con Dios, seña Tecla. ¿Ha estado buena la de la seña Minica y las persianas eh?... Tecla.- Si, muy buena... No te vayas a fiar tú mucho tampoco... Que tampoco tienes todas las luces del mediodía, pa por si acaso. (Mutis de Simón y de ella)

ESCENA III

GASPAR Y EL ALCALDE

Gaspar.- Pasa, pasa paquí y vamos a leerlo con paciencia.

Alcalde.- Si, que yo creo que ésto nesecita paciencia. Hay que leerlo detenidamente, que nadie lo entiende. Por eso hemos dicho en la fragua: Quizá el Gaspar, que es mucho leído...

Gaspar.- Hombre... algo sé.

Alcalde.- ¿Qué dices, Gaspar?

Gaspar.- Que sé leer.

Alcalde.- Por eso lo traigo. Yo no sé por qué me mandan éste telegrama tan enrevesao... (Lee) "Señor Alcalde de..."

Gaspar.- Pasa, pasa al interior...

Alcalde.- ¿Es que estamos mal aquí o qué...?

Gaspar.- ¡¡Que pases dentro del papel;¡¡

Alcalde.- Ya. Oye, no chilles tanto que estoy mejor del gusano. (Lee) "Señor Alcalde de Cantalejo..."

Gaspar.- ¡Eso ya lo sabemos, sigue;

Alcalde.- Déjate y déjate tú, que las cosas hay que leer las como es debido. Los que no habís estao en un cargo no lo sabís.

Gaspar.- ¡Jodó; Tú si que lo sabes... que estás desde el 36.'

Alcalde.- ¿Qué dices de las seis?...'

Gaspar.- ¡Nada, nada; ¡¡Que sigas, Rufino;¡¡

Alcalde.- "Conteste urgentemente hay extranjero en jurisdicción".

GASPAR.- ¡Ahí; ¡Ahí le duele;

Alcalde.- ¿Qué te duele a tí?...'

Gaspar.- Ahí le duele la cosa. ¡Sigue, sigue!...

Alcalde.- Aquí viene lo gordo, chico. Hay unas palabras que no las entiendo ni a la de tres.

Gaspar.- ¡Déjame a mi el papel;

Alcalde.- No por cierto. ¡Este es papel del Gobierno Civil y no sale de mi mano; Que no sabís lo que's la cosa oficial.'

Gaspar.- Anda, sigue y deja a los de la capital en paz.

Alcalde.- Aquí dice: "Gaste" "Delicado" "Altura recomendada" "Detenede al sujeto"... Esto, Gaspar no es pa' mí. Ha venido errado, ya me entiendes.

Gaspar.- Pues yo lo estoy pescando todo, todo...

Alcalde.- ¿Qué pescas tú?...

Gaspar.- ¡El quid, el quid!

Alcalde.- Hablame más alto que no te entiendo nada, Gaspar.

Gaspar.- Te digo que es el quid!

Alcalde.- Cómo se ve que no olvidas lo de Africa ¿eh?... Ya

se ve que estuviste con "Ab el Crin..." ¡Aquello del Rif hay que olvidarlo y pensar en esto!

Gaspar.- Pero, si ése que citan ahí es el mister, Rufino.

Alcalde.- ¿Será su segundo apellido o qué?

Gaspar.- En esas palabras, está la inconíta... la inconíta...

que es que no leís más que el pasquín de la provincia y no os enteráis. ¡Ahí está la inconíta!

Alcalde.- ¿Pero, qué me dices de la Juanita? ¿Quién es esa?

Gaspar.- Déjame leerlo a mi.

Alcalde.- Te he dicho que no, que esto es oficial.

Gaspar.- Pues pásatelo por donde yo pienso...

Alcalde.- Dejarte esto y mi mando es lo mismo. Puedes verlo, leerlo... por aquí, por detrás.. pero, en tus manos no, porque te doy el poder. ¿Dices que es sobre el mister?

Gaspar.- Jamao.

Alcalde.- Pues pa'mí ese señor Smiti o como se llame, ya ves, es una bella persona.

Gaspar.- Pues no señor. ¿Ves lo que hace el no tener criterio propio por estar incultos?.

Alcalde.- Oye, mucho cuidadito lo que sueltas, que ya veo me estás casi casi insultando. ¡Mucho ojito, Gaspar! Yo no sabré, pero, a tí, cuantismo daño te hacen los periódicos que lees y no hacen más que envenenarte!

Gaspar.- Oye, que leo los vuestros, pa' por si acaso...

Alcalde.- Pero lees más que lo debido, como dice el cura.

Gaspar.- ¡La madre que lo... Mejor me callo.

Alcalde.- Bueno, allá tú y tus leturas, cada cual es como es. Que ya eres bien grande pa' darte consejos, y pa' que no pienses tanto en lo del 36, en la pelótica y en las socilizaciones, o como coño se les llame.

Gaspar.- ¿Pero qué tiene que ver todo eso con esto? ¿Y si sabís tanto y tan buenos sois, por qué has venido a mí pa que te lo lea, por qué no has ido al cura?

Alcalde.- Porque ha ido a La Villa a por hostias.

Gaspar.- Mucho comulgáis todos, falta os hará.

Alcalde.- ¿Seguimos con esto o me voy, Gaspar?

Gaspar.- Seguimos, y déjame en paz lo que haga yo o lo que piense, que nunca acabáis de torturarnos a los que habís dejado pisar la tierra.

Alcalde.- ¡Ay, pero qué malignos sois; ¿Qué dice aquí?

Gaspar.- Dice: "Captura." "Sujeto."

Alcalde.- ¿Me vas a hablar como el?

Gaspar.- No seas cenizo, que eso es el habla nuestra.

Pero si está más claro que el agua, Rufino. Yo te digo que esto no es una broma, y que, al fin, ha salido mi vaticinio.

Alcalde.- ¡Cuidado con insultar; Mucho ojito, que eso de "vete al cinio o al cirio" no lo aguanto.

Gaspar.- ¡Pues vete a ver al secre;

Alcalde.- El secre ha ido a por una carga de roble al monte.

Gaspar.- Y ¿por qué no está en su puesto? Cobra pa estar en su puesto, y se ríe de vosotros.

Alcalde.- Es que el hombre no quiere morirse de frío en las nieves. Oye, mucho cuidado con lo que inventas que esta responsabilidad es mía, muy mía. Que tú

puedes equivocarte, pero yo no.

Gaspar.- Sois como los papas... infalibles...

Alcalde.- ¿Qué quiere decir gaster?

Gaspar.- ¿Gaster? ¿Gaster? Un mal tipo, un ladrón. Un hombre al que hay que detener.

Alcalde.- ¡Uy... uy lo que me estás inventando...

Gaspar.- Si se le veía venir. Tenemos que detenerlo. Hay que detenerlo, Rufino, o no sabes tener en tus dedos la vara de alcalde que te dieron sin [] votarte los vecinos, pero, que está en tu poder.

Alcalde.- ¿Detenerlo? ¿Apresarlo me dices? ¡Pobre Cantalejo si detenemos a un americano; ¡Adiós ayuda del Gobernador, de Madrid, y de todos... Mira, no quiero ni que me lo mientes, Gaspar.

Gaspar.- Pues no digo más. Allá tú.

Alcalde.- ¿Respondes de lo que dices? Mira que la cosa es mucho, mucho seria... pa por si acaso.

Gaspar.- Respondo con este. Y, además, ese gachó me las paga.

Alcalde.- ¿Qué dices de pagar, Gaspar?

Gaspar.- ¡Que me las paga, el mister?

Alcalde.- Mira que si erras... si te equivocas, soy yo el que paga las herraduras.

Gaspar.- ¡Ese hombre es un cínico; Lo que dice ahí está bien claro.

Alcalde.- Clavo... Un clavo, claro que sí.

Alcalde.- (Fuerte) ¡Me figuro que no le habéis dao el dinero anoche; ¡

Alcalde.- Se le dio... ¿Cuándo se ha puesto en este pueblo en sospecha a un extranjero? Y, además, la educación que tiene ese hombre, y lo religioso que es...

- Gaspar.- ¡Con eso os embohan desde siempre: las buenas personas... las que van a rezar... ¡Si no fuera por lo que es... ¡Le habís dao todo, todo todo?

Alcalde.- Cincuenta mil pesetas, Gaspar. Lo acordao. Lo endemás lo cobrará al salir el agua en regajo como se estipuló. Esas las cobra después.

Gaspar.- ¡Ay, pero qué melones somos todos aquí; Desde el día que nacimos, somos todos idiotas perdidos, y yo lo sé bien, cosa que tú no sabes, porque no has leído más que la doctrina del padre Astete. Somos unos hombres que no conocemos nuestra historia. ¡La historia, Rufino, la historia;

Alcalde.- Si te paice que tengo yo pocas todos los días...

¿Pa' qué será uno alcalde ni hostias benditas...!

Gaspar.- Pero, si^o matáis pa ello... Si sois los buenos...

Los del brazo en alto... los salvadores de...

Alcalde.- ¡Calla o te deajo con la palabra en la boca; Cada uno es como es, y lo que hay que hacer es respetar las ideas.

Gaspar.- ¿Y, por qué las arrancasteis a tiros? ¿Éh?

Alcalde.- ¡Que te calles he dicho;

Gaspar.- Está bien. Les creemos a todos los que vienen de fuera como a dioses, y los dioses son todos falsos,

Rufino; Trampa; Aquí, en viniendo uno de pueblo ajeno, lo primero es hacelo alcalde. Si viene del extranjero lo hacemos rey, o lo traemos pa' que sea nuestro rey. ¡Que lo sé yo bien; Que lo he leído en los papeles. Mira, la verdad: ojalá que no veáis más ese dinero.

Alcalde.- Me caso en Reus... lo que te voy aguantando esta tarde, Gaspar!... Te vale, pa decir verdá, que no

te pesco muchas cosas de las que sueltas... oye, y a lo mejor las dices por eso: porque no te oigo bien. Pero no creas que me has soltado metralla hoy.

Gaspar.- Que la necesitas, Rufino. Las necesitáis todos.

Estáis acostumbrados a decir: Ora pro nobis...y que los demás digan "Amen". Yo no soy de esos.

Alcalde.- Ya ya. Y además eres primo tercero, y sabes lo que te aprecio.

Gaspar.- Oye y te ha leído el telegrama este, como acostumbraba a hacerte con las cartas que viene por el Ayuntamiento? Me figuro que no se lo has dejado al mister...

Alcalde.- Pues sí... Se lo enseñé, ya ves tú. Es decir -y que esto no pase de aquí-: me lo arrancó de las manos, y, pa que veas cómo lo tomó...

Gaspar.- ¿Cómo? ¡Ay, infeliez! ¿Cómo?

Alcalde.- Se echó a reír a carcajadas.

Gaspar.- ¡La madre que lo echó al mundo! Mira, si me quieres hacer caso, y, si no, allá tú. Lo mejor es detenerlo, sí sí, detenerlo y ná más. Averiguar no cuesta nada, pero él en chirona, pa por si acaso... Si nos hemos equivocado ya nos perdonará, y asunto acabado.

Alcalde.- ¿Y si no es culpable?

Gaspar.- Pero, puede ser "presunto"... "presunto"

Alcalde.- ¿Qué hunto? ¿Qué hunto yo, vamos a ver...?

Gaspar.- Que no oyes bien y así no se puede.

Alcalde.- Yo no hago chapucerías y ná más.

ESCENA IV

DICHOS Y LOLA.

Lola.- ¡¡Padre!! ¡¡Madre!!

Gaspar.- ¿Qué pasa, Lola?

Lola.- (Entra corriendo) ¡Ay; ¡Ay; Si vieran lo que
pasa... ¡Se ha matao; ¡Se ha matao;

Los dos.- ¿Quién?... ¿Quién?...

Lola.- Se ha matao el nortiamericano, padre!

Gaspar.- ¡Joderse; ¡

Tecla.- ¿Qué dices hija?

Lola.- Que se ha matao el míster...

Alcalde.- ¡Vaya; ¡

Tecla.- Pero ¿es verdá eso?... ¿Cómo ha sido, virgen san-
tisma?

Lola.- Dicen, dicen ¿eh?, que cuando vio que venían los
guardias civiles de Medanos, apretó a correr, mon-
tó en un caballo que estaba en la calle del Horno,
y corriendo como una salación, llegó al Rabal... y
se estrelló contra la paré de Morrotopo...

Gaspar.- Eso es lo del Oeste... Vosotros no sabís ná,
pero, eso, es lo del oeste y ná más... ¡Qué lastima no
atraparlo vivo;

Alcalde.- Oye, chiguita ¿no se ha dicho nada del dinero
que llevaba encima?

Lola.- No he oído nada, señor Alcalde.

Tecla.- ¡Ay, ay, ay... ¡Pobre hombre...

Gaspar.- ¿A ver si ahora tú me lo vas a llorar? ¿A ver
si va a salir cierto lo de... Mira que ya me está
borboteando la sangre, Tecla...

Alcalde.- ¿Por qué no vamos a velo, Gaspar?

Gaspar.- Ya vamos a ir, espera.

Tecla.- ¡Ay, pero qué desgraciaos somos... qué desgra-
ciaos...

Gaspar.- Yo no. Tú sabrás...

Lola.- ¡Madre...

Tecla.- Es que vosotros no sabís nada...

Gaspar.- ¿Oyes algo de esto, Rufino...?

Alcalde.- No sé de qué chillais tanto...

Gaspar.- Mejor. ¿Me quieres decir, Tecla, qué te pasa?

Tecla.- Que son cosas mucho gordas, que son cosas mucho graves, Gaspar.

Lola.- Madre ¿pero qué es eso?

Gaspar.- Déjala que me cargue bien, y verá lo que pasa. ¡Habla pronto o arde Troya y Cantalejo, Tecla!

Alcalde.- Vaya, dejade en paz eso y vamos a ver el cadáver.

ESCENA FINAL

Dichos y Simón.

Simón.- ¡Seña Tecla! ¡Seña Tecla!...

Todos.- El Simón.

Simón.- A los buenos días a todos. Vengo que me ahugo...

Lo que yo he corrido pa dir y venir...

Gaspar.- ¿Qué ha pasado, Simón?

Simón.- Si es que traigo los fuelles ahogaus... y, total, pa ná...

Todos.- ¿No?

Simón.- Pues no. Porque como no es de Cantalejo... otros se lo bailen

Gaspar.- ¿Qué dice la gente?

Alcalde.- ¿Qué se dice por ahí?

Simón.- ¡Ufff! Cada cosa... Dicen que si es un mal pastor...

Gaspar.- Será impostor... Impostor!

Simón.- Eso será. Resulta que llevaba en este país más de vainte años, y que no era de estos que vinieron hace poco con sus aviones... Que tenía en la espalda tiros... Dicen, que, si era o no era, de aquellos que vinieron en la guerra civil a luchar con los de la República... o, ¿qué se yo?

Gaspar.- ¡No pue ser; Aquellos eran decentes. ¡Eso es un infundio del cura y el juez; ¿Quién ha dicho eso, chiguito?

Simón.- No me diga, lo dicen...

Alcalde.- Ya vas acertando en algo Gaspar. Ya ves lo que trai el leer, que tú hasta te lo figurabas. Yo le voy a decir al secre, que te dé los periódicos todos los días, y que te mande uno bien grande con muchas hojas y hasta santos.

Tecla.- De los de la guerra ¿eh?... ¡Ay; ¡Ay, hija... que no sabís bien lo que pasa...

Gaspar.- ¿Pero es que no vas a gomitar tú todo, o qué? ¿Qué te pasa a tí, mujer?

Tecla.- Cómo me voy a callar si se ha matao por mí... ¡Se ha matao por mí, Gaspar;

Gaspar.- ¡La madre que me echó a este perro mundo, y qué cosas tengo yo que oír; ¿Habís oído, chiguitos, con qué me sale la mujer?

Simón.- Señá Tecla...

Gaspar.- Tú, a callar, majo, que a tí no te dan vela en este intierro.

Simón.- Eso es verdá.

Gaspar.- ¿así que se ha matao por tí? ¿Por tí...?

Tecla.- Si. (De rodillas) Perdóname, Gaspar... Perdóname...

Alcalde.- ¿Qué líos se traen estos dos?... ¿?

Gaspar.- Así que tengo que perdonarte y todo... Echa fuera lo que tengas que decir de secreto aunque suene por tó el contorno como un trueno de indignidad.

¿Qué me ocultas Tecla? ¿Qué le ocultas a tu hija?

Lola.- Pero, madre...

Tecla.- Lo tengo aquí, aquí metido, Gaspar.

Gaspar.- ¡Pues sácalo, que lo ahogo ahora mismo! ¡Suéltalo;
¡Échalo ahora mismo fuera de tí!

Tecla.- ¡Ahí está! (Tira la varita que saca del pecho)

Gaspar.- ¿Qué es esto?

Tecla.- Su varita... Su varita mágica. Se la quité esta mañana y, por mí se ha matao, que si la lleva no le pasa nada, Gaspar. Mía es la culpa.

Gaspar.- Qué sosiego me has dao. No te asustes, mujer, que has hecho algo grande sin querer...

Alcalde.- (La coge). La varita... la mimbre mágica!...

Lola.- Madre, qué cosas tiene usted.

Tecla.- Yo quería tener poderes como el, igual que el...

Gaspar.- Has hecho algo que nos salva a todos los cantalejeños. Mi mujer, Rufino, es la que merece todos los elogios. ¡¡Esta mujer es una héroe, Rufino! ¡¡

Alcalde.- No sé lo que tratis. ¿Vamos o no vamos?...

Tecla.- Vamos todos. Ahora ya me he quedao tranquila si decís que no importa, pero, no me quita nadie de la cabeza que por mí se ha matao.

Gaspar.- Tengo ganas de verlo. Oye, y tú, a ver si no vas contando eso de que era de los de la guerra civil ¿me entiendes?

Simón.- Por mí, descuide usted, si quiere digo que es de los últimos que han llegao a Madrid.

Gaspar.- Pues dílo, mientras no se saben las cosas, hay que callar la singüeso ¿entiendes?

Simón.- Lo que usted diga. ¿Vamos Lola?

Lola.- Que se vayan ellos y tú y yo nos quedamos aquí un ratito más.

Simón.- Oye, que te voy a contar lo de las persianas del Martín ¿Lo sabes?

Lola.- No. Anda y cuéntamelo.

Gaspar.- (Saliendo los tres) No sabís el alegrón que tengo, al ver que llevaba yo ~~una~~ razón, y que estos de Nortiamérica... son todos de avería. Allí no hay dignidá ni honor.

Tecla.- ¿Y en los tuyos sí, verdá que sí?

Gaspar.- ¿A ver? Allá, todos iguales, como quiso Cristo que fuesen en su tiempo. (Mutis)

Lola.- ¿Me cuentas eso del Martín?

Simón.- Si, pero, antes, vamos a correr ésta cortina pa que no puedan vernos todos estos que tienen los ojos así, como cuencos...

(Se adelantan y corren la cortina del telón de boca uno de cada lado y

FIN DEL JUGUETE.

Marissa, hija de Miguel tiene 14 años

Marissa, hija de Miguel, tiene 14 años. Es una niña inteligente y curiosa que vive en un mundo de libros y aventuras. Su vida está llena de descubrimientos y aprendizajes.

En su mundo de libros, Marissa encuentra historias que la inspiran y la ayudan a crecer. Cada página que lee es una ventana a nuevos mundos y posibilidades.

Marissa disfruta mucho de leer y de compartir sus lecturas con sus amigos. Ella cree firmemente en el poder de la palabra escrita para transformar vidas.

Gracias a sus libros, Marissa ha desarrollado una gran capacidad de empatía y comprensión. Ella sabe que cada historia tiene un mensaje importante que enseñar.

En su vida diaria, Marissa trata de aplicar lo que aprende de sus libros. Ella quiere ser una persona que ayude a otros y que contribuya al mundo.

Marissa es una niña que sueña con ser escritora y que quiere compartir sus historias con el mundo. Ella sabe que con esfuerzo y dedicación, todo es posible.

Marissa es una niña que ama aprender y que siempre tiene preguntas. Ella sabe que la educación es la clave para el futuro y que siempre debe estar buscando nuevos conocimientos.

Marissa es una niña que cree en la magia de los libros y que quiere vivir una vida plena y significativa. Ella sabe que los libros son su mejor amigo y que siempre le darán apoyo y consuelo.

"Mi vida ha estado maravillosa,
como dice Miguel, por el poder
de la tragedia y por el poder
de la esperanza."

Marissa es una niña que ama leer y que siempre tiene un libro en su mano. Ella sabe que los libros son su mundo y que siempre le darán compañía y consuelo.

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world. The author discusses the various theories of the origin of life and the development of the human race. He also touches upon the different stages of civilization and the progress of science and art.

In the second part of the book, the author deals with the history of the world from the beginning of the Christian era to the present time. He covers the rise and fall of the Roman Empire, the Middle Ages, the Renaissance, and the modern world. He also discusses the various wars and revolutions that have shaped the course of human history.

The third part of the book is devoted to a study of the human mind and its powers. The author discusses the different faculties of the mind, such as memory, imagination, and reason. He also touches upon the various theories of the mind and the different schools of thought that have developed over the centuries.

In the fourth part of the book, the author discusses the various sciences and arts that have been developed by the human race. He touches upon the history of astronomy, physics, chemistry, and biology, as well as the history of literature, music, and painting.

The fifth part of the book is devoted to a study of the human condition and the various problems that confront the human race. The author discusses the nature of happiness, the meaning of life, and the different ways in which the human race has tried to solve these problems.

In the sixth part of the book, the author discusses the future of the human race and the various theories of the end of the world. He touches upon the different views of the future and the different ways in which the human race has tried to prepare for the future.

The seventh part of the book is devoted to a study of the human race and its various characteristics. The author discusses the different races of the human race and the various theories of their origin. He also touches upon the different customs and traditions of the various peoples of the world.

The eighth part of the book is devoted to a study of the human mind and its powers. The author discusses the different faculties of the mind, such as memory, imagination, and reason. He also touches upon the various theories of the mind and the different schools of thought that have developed over the centuries.

NOTA CURIOSA

En este libro, para curiosidad del lector, van dos obras que distan de una a la otra 40 años.

DON SEVERISIMO, fue estrenada el año 1944 HOMENAJE, la he escrito en 1985. ¡Cuarenta años en la vida de un escritor que nunca dejó de escribir;

La diferencia, búscala tu lector. Cada cual de ellas, como US-
TED MANDA, MISTER, marca una época y un tiempo del autor.



Josefina y Miguel, en Jaén a los pocos días de casados.

Josefina Manresa, viuda de Miguel Hernández, muere a los 71 años

JOAQUIM GENÍS, Alicante
Josefina Manresa Marhuenda, viuda del poeta Miguel Hernández, falleció a las 17.15 de ayer en Elche (Alicante), a los 71 años de edad. En el momento de su muerte se encontraba rodeada de su nuera, Lucía Izquierdo García, y de sus tres hermanos, Manuel, Carmen y Gertrudis. Sus restos mortales recibirán hoy sepultura en el cementerio de Alicante, en el panteón de hijos ilustres de la ciudad, junto a los de su marido y su hijo Miguel, fallecido hace tres años. De esta manera se cumplirá el expreso deseo manifestado por Josefina a sus familiares más directos.

Según Lucía Izquierdo, la viuda del poeta Miguel Hernández se encontraba inconsciente desde hacía 11 días como consecuencia del avanzado proceso de cáncer de mama que sufría desde mediados de 1985. "Su muerte ha sido dulce", comentó su nuera.

Josefina Manresa nació el 2 de enero de 1916 en Quesada (Jaén). Con su padre, guardia civil, se trasladó a Orihuela, donde, en 1933, conoce a Miguel Hernández, con el que contraería matrimonio civil el 9 de marzo de 1937, en plena guerra civil, trasladándose un tiempo al frente de Jaén, donde Miguel fue destinado como comisario de cultura.

Josefina inspiró a Miguel Hernández el libro de poemas *El rayo que no cesa*, uno de los libros más bellos de la lírica española. Asimismo, inspiró la mayor parte de sus poemas amorosos.

El 19 de diciembre de 1937 nace su primer hijo, Manuel Ramón, que murió el 19 de octubre de 1938. El 4 de enero de 1939 nace su segundo hijo, Manuel Miguel, fallecido en 1984.

Tras la muerte de Miguel Hernández, en 1942, Josefina, dedicó toda su vida a velar por el recuerdo y la difusión de la obra de su marido. Recientemente había sido condecorada con la Banda de Isabel la Católica.

Josefina Manresa apenas sa-

lía de su casa en los últimos años, y no pudo acudir meses atrás al acto de presentación del último libro editado de su marido, *27 sonetos inéditos de Miguel Hernández*, propiciado por la Diputación de Alicante.

El Ayuntamiento de Elche acordó recientemente con la viuda del poeta la cesión de los manuscritos de Miguel Hernández que ésta guardaba celosamente en un baúl, y que han pasado al archivo municipal para su clasificación y catalogación. Los manuscritos volverán a propiedad de su nieto mayor, Miguel Hernández, cuando éste cumpla 25 años. El Ayuntamiento de Elche asignó el pasado verano una pensión vitalicia a Josefina Manresa de 50.000 pesetas mensuales, informa Gaspar Maciá.

En diciembre del año pasado fueron trasladados de forma discreta los restos de Miguel Hernández a una tumba en un terreno cedido por el Ayuntamiento de Alicante. Éste fue el último acto público en que participó la viuda.

"Mi vida ha estado marcada, como decía Miguel, por el sino de la tragedia y las desdichas"

FRANCISCO ESTEVE RAMÍREZ
Josefina Manresa, que falleció ayer a los 71 años de edad, ha dedicado su vida a la difusión de la vida del poeta. Ésta es la última entrevista que concedió, ya en su lecho de muerte, hace unas semanas en su domicilio de Elche (Alicante). La viuda de Miguel Hernández estaba aquejada de un cáncer y no se levantaba de la cama desde diciembre del año pasado, cuando acudió en la intimidad al traslado de los restos de su marido. Estaba deprimida pero conservaba la ilusión por recordar la obra y la vida del poeta.

Pregunta. ¿Se considera la musa de Miguel Hernández?

Respuesta. Bueno, en realidad, toda la poesía amorosa la escribió Miguel después de conocerme, y sé que la escribió pensando en mí. Ya en el *Rayo que no cesa*, Miguel me hizo esta dedicatoria: "Todo lo que va en el libro lo hice pensando en ti, excepto unos versos que le he hecho a mi amigo Pepito (refiriéndose a la elegía a R. Sijé)".

P. ¿Cómo valora usted estos 44 años de ausencia de Miguel Hernández?

R. Hace ya mucho tiempo que he perdido la ilusión de la vida, y ahora la acabo de perder del todo al morir mi hijo. Mi vida ha estado marcada, como decía Miguel, por el sino de la tragedia y las desdichas. Primero murió mi padre, asesinado en la guerra. Seis meses después, murió mi madre, seguramente a consecuencia de lo de mi padre. Después murió mi primer hijo, luego mi hermana, a continuación Miguel y, últimamente, ha muerto también mi segundo hijo.

P. Sin embargo, ¿no le sirven de compensación los continuos homenajes que se hacen a Miguel?

R. Algo me compensan, pero no ha sido sorpresa para mí, ya que yo siempre esperaba que se le reconociera como merecía. Sin

embargo, todavía falta mucho por hacer. En el mundo entero no se le conoce aún como se merece. Y, en España, tampoco. Los homenajes suelen olvidarse. El mejor homenaje sería que los niños estudiaran la obra de Miguel en la escuela. Y eso no se olvida. Otra cosa que me gustaría es que se hiciera un Centro de Estudios Hermandianos. Eso estaría muy bien.

P. ¿No le ilusiona que sus nietos continúen la obra de Miguel?

R. Los nietos me han traído algo de recompensa, pero lo que se ha perdido ya no se recupera. Veo a los nietos que se están criando sin padre, lo mismo que le pasó a su padre. La mejor herencia para mis nietos es que fueran responsables el día de mañana. Que sepan quién fue su abuelo y su padre.

P. Aparte de hablar sobre el amor, ¿hablaron también sobre la muerte alguna vez?

R. La muerte sí que la nombrábamos a veces. Cuando yo le comentaba sobre la posibilidad de que muriesemos alguno antes que el otro, él cerraba muy fuerte los ojos y decía: "No hables de eso, no hables de eso". Cuando muera me gustaría que me enterrasen con Miguel. No es que se trate de una promesa, pero me gustaría descansar con mi hijo y mi marido.

P. ¿Cuál es su recuerdo más emotivo?

R. Entre mis recuerdos más emotivos de Miguel se encuentran el día de la boda, que fue de gran alegría, y también el nacimiento de mis dos hijos.

P. ¿Piensa publicar las cartas de amor que le enviaba Miguel?

R. Las cartas no las escribió Miguel para publicarlas, sino para darme noticias de él y de su querer. Me interesaba publicar la obra de Miguel antes que sus cartas. Sin embargo, estoy pensando publicarlas, aunque preferiría que salieran después de mi muerte.



IVE
MADRID
CENTRO DE PROMOCIÓN DE DISEÑO Y MODA
MINISTERIO DE INDUSTRIA Y ENERGIA

CIBELES

SAZÓN Y PASARELA

SEMANA DE LA MODA EN MADRID
25, 26, 27 y 28 de Febrero de 1987

CASA DE CAMPO PABELLON DE CONVENCIONES
PABELLON 12

PASARELA CIBELES

COLECCIONES INVIERNO 87

Miércoles 25

13 horas A MI MODO, de Purificación García
17 horas MARIA MOREIRA
19 horas MARGARITA NUÉZ
21 horas ROBERTO VERINNO
23 horas LOEWE

Jueves 26

17 horas VICTORIO & LUCCHINO
19 horas ESTRELLA G
21 horas TERESA RAMALLAL
23 horas PEDRO DEL HIERRO

Viernes 27

13 horas DESFILE COLECTIVO:
PACA CORDELLAT
ANGELA ARREGUI
ANGELES BOADA
JOAN ESTRADA
VICENTE MATEU
CONTXU UZKUDUN
JOSE AGUILERA

17 horas

DESFILE COLECTIVO:
BEGOÑA IBARRONDO
TOMAS GARCIA
BARUK CORAZON
JUAN ANDRES MOMPO
FERNANDO GUTIERREZ
GASPAR ESTEVA
ENRIQUE ZACCAGNINI

19 horas

ALFREDO CARAL
21 horas TRAFICO DE MODAS
23 horas ANTONIO ALVARADO

COMITE DE MODA

IMADE Instituto Madrileño de Desarrollo

rael, Italia, República Democrática Alemana, República Federal de Alemania, Suecia, Suiza, Unión Soviética y Estados Unidos.

La exposición ha dado lugar a una profunda recuperación de la figura y la obra de un italiano no muy conocido pero innovador e interesante. La inauguración, realizada el sábado pasado, se celebró con un fastuoso banquete en el hotel veneciano Danieli. Políticos e industriales —la muestra la organiza la Fiat, propietaria del Palazzo Grassi— ofrecían así un alegre homenaje a Arcimboldo, un milanés que además de curioso retratista se destacó como organizador de torneos y fiestas de corte, para los que inventaba claves y juegos de agua.

Tremendamente popular en su tiempo, según comenta Yasha David, Arcimboldo fue retratista-copista en la corte de Viena cuando gobernaban Fernando I, Maximiliano II y Rodolfo II. Coincide que esta exposición se realiza cuando se cumple el 400º aniversario de la vuelta definitiva de Arcimboldo de Praga, donde estaba en 1587 la corte, a Milán; aniversario que tiene especiales connotaciones para el checo David.

La recuperación de Arcimboldo ha pasado también por la realización de un espléndido catálogo con análisis sobre el pintor milanés realizado por diversos estudiosos. Entre ellos, Pontus Hultén, director artístico del Palazzo Grassi y *alma mater* de la exposición futurista; Alfonso E. Pérez Sánchez, director del Museo del Prado, o el mismo Salvador Dalí.

Ausencia española

FIETTA JARQUE, Madrid

La primavera, única obra de Arcimboldo en España, es la gran ausente en la exposición del Palazzo Grassi. Entre las treinta obras catalogadas del autor, esta pintura sobre tabla es la única pieza que falta en la muestra. La obra pertenece a la colección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y se halla expuesta actualmente en la única sala que tiene abierta al público. Luis Blanco Soler, director de la Academia, decidió no enviar el cuadro a causa del riesgo que podría implicar enviarlo a Venecia. "Teniendo en cuenta que en Venecia se alcanza hasta un 100% de humedad, sería un riesgo disparatado enviar esta obra; se abriría como una granada. No se puede regular la humedad durante el viaje, y esto sería muy peligroso para la obra", dijo.

Lauro Bergamo, jefe de prensa del Palazzo Grassi, manifestó su decepción por la ausencia de *La primavera*. "Es el único cuadro que ha faltado en esta muestra", dice. "Los problemas que alega tener el director de la Academia de San Fernando los han tenido también los otros museos y finalmente han aceptado las condiciones de transporte y seguridad que les ofrecimos". Museos como el Kunsthistorisches de Viena, así como algunos coleccionistas privados, han prestado para la exposición varias pinturas sobre tabla.

La disculpa que han presen-



La primavera (1563), obra sobre tabla perteneciente a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

tado los administradores del Palazzo Grassi por esta ausencia es la de "problemas burocráticos". Se trata de la segunda gran decepción que da la Administración española al Palazzo Grassi. Durante este primer año de su nueva gestión, el Palazzo ha organizado

la gran exposición sobre el futurismo, en la que se notó también la ausencia de España. Entonces se dio la misma disculpa, que ya parece un epitafio: problemas burocráticos. En aquella ocasión, las obras de Picasso se presentaron en la sección francesa.

Eduardo Punset publica un libro "optimista y crítico" sobre España

EL PAÍS, Madrid

La "obsesión por España" es la causa de un nuevo libro del economista y político Eduardo Punset, de 50 años, ex ministro para las Relaciones con las Comunidades Europeas, autor de *La salida de la crisis y España, sociedad cerrada, sociedad abierta*. En *La España impertinente* (España Calpe), presentado ayer por Juan Luis Cebrián, director de EL PAÍS, el autor reflexiona sobre el comportamiento de los españoles y sugiere los grandes proyectos colectivos pendientes.

"Es un libro de transición donde aflora una pérdida de confianza en las grandes soluciones globalizadoras a los problemas del país", declaró ayer Eduardo Punset, para quien *La España impertinente* es "optimista y muy crítico".

En su presentación, Juan Luis Cebrián se refirió a los diversos contenidos, desde la economía de mercado, la innovación tecnológica o cuestiones de actualidad, como la reforma de la ley electoral, el reglamento de las Cortes o la falta de carreteras. "Es un libro bastante raro, ya que no es de memorias ni ensayo político. Es una mezcla de todo, muy entretenido, que va a causar bastante expectación. No es un libro impertinente, se podía haber llamado *La España pertinente*, que si se lee y discute entre la clase política española puede tener efectos muy positivos".

RAFAEL ALTAMIRA • 1866-1951

EXPOSICION

- I. 1866-1886. Años de formación
- II. 1887-1897. Madrid. La Institución Libre de Enseñanza
- III. 1897-1908. Oviedo. La Extensión Universitaria
- IV. 1909-1910. Viaje a América
- V. 1911-1913. Director General de Primera Enseñanza
- VI. 1914-1918. La I Guerra Mundial
- VII. 1919-1930. El Tribunal Internacional de Justicia
- VIII. 1931-1936. Pacifismo
- IX. 1936-1944. Tiempo de guerra
- X. 1945-1951. Exilio en México

Audiovisual: «Las ciudades y la obra de un humanista»

Inauguración: 23 de febrero de 1987 - 20 horas

Local: SALA DE EXPOSICIONES
Caja de Ahorros de Alicante y Murcia
Avda. Ramón y Cajal, 5. Alicante

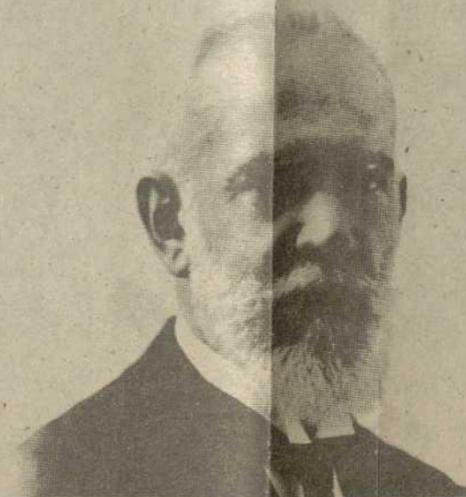
Itinerancia: Oviedo, Zaragoza, Madrid, Barcelona, Valencia, México, Buenos Aires, Bogotá, Washington y otras ciudades americanas.

HOMENAJE

Intervienen:

Presidente de la Diputación Provincial
Presidente de la Generalitat Valenciana
Presidente del Tribunal Constitucional

Día 28 de febrero de 1987 - 12 horas
Local: Salón de Plenos de la Excm. Diputación Provincial de Alicante



SIMPOSIO

PONENTES:

- D. Manuel Tuñón de Lara (Universidad del País Vasco)
- D. José M. Pérez Prendes (Universidad Complutense)
- D. Roberto Mesa (Universidad Complutense)
- D.ª M.ª del Refugio González (Universidad de México)
- D. Juan Gil Cremades (Universidad de Zaragoza)
- D. Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza)
- D. Laureano Robles (Universidad de Salamanca)
- D. George J. Cheyne (Universidad de Newcastle)
- D. José Carlos Mainer (Universidad de Zaragoza)
- D. David Ruiz (Universidad de Oviedo)
- D. Justo Formentín (C. S. I. C.)
- D. Javier Malagón (Universidad de Maryland. USA)
- D.ª Irene Palacio (Universidad de Valencia)
- D. Mariano Peset (Universidad de Valencia)
- D. Alfonso Orti (Universidad Autónoma. Madrid)
- D. Miquel Izard (Universidad de Barcelona)
- D. Sisinio Pérez-Garzón (C. S. I. C.)
- D. Rafael Asín (Investigador)
- D. José M.ª Jover (Academia de la Historia)
- D. Juan José Carreras (Universidad de Zaragoza)
- D. Josep Fontana (Universidad Autónoma. Barcelona)
- D. Pierre Vilar (E. P. H. E. U. Paris)

Días 24-27 de febrero de 1987

Local: Salón de Plenos de la Excm. Diputación Provincial de Alicante

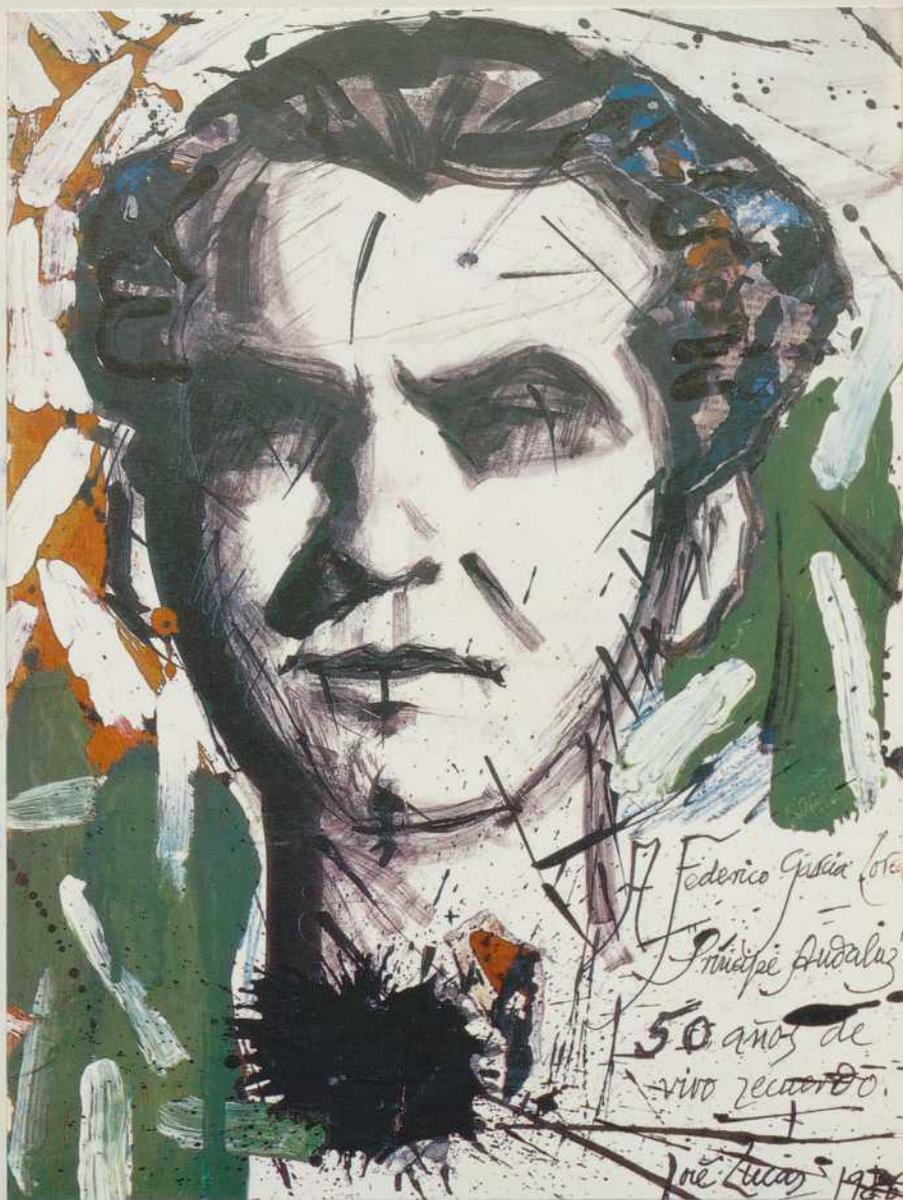
NOTA: Inscripción para la asistencia al Simposio en:
Secretaría del Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert»,
Diputación Provincial de Alicante,
Avda. General Mola, 6. 03005 Alicante. Tel. (965) 12 12 16



INSTITUTO DE ESTUDIOS
«JUAN GIL-ALBERT»



DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE ALICANTE



6.ª Muestra de Teatro Cieza 1986
HOMENAJE A FEDERICO GARCIA LORCA
En el 50 aniversario de su muerte

TEATRO

....

DEDICATORIA

H O M E N A J E

(A. Machado.- F.G. Lorca- M. Hernández)

50 años después

Revisión Histórica
dividida en Tres Actos
Prólogo y Epílogo.

TEATRO

....

HOMENAJE

(A. Machado - F.G. Lorca - R. Hernández)

50 años después

Revisión Histórica
dividida en tres Actos
Prólogo y Epílogo.

*Federico García Lorca
50 años de su muerte
1936*

6.ª Muestra de Teatro Ciego 1986
HOMENAJE A FEDERICO GARCÍA LORCA
En el 50 aniversario de su muerte

PRÓLOGO

PRÓLOGO.....

Antonio Machado

DEDICATORIA

Leonor.....

A mi admirado y querido amigo

el prestigioso profesor y Alcalde de Madrid, Don Enrique Tierno Galván.

Miguel Hernández.....

Madrid 1936 - El autor.

El Botija.....

Franco.....

Josafina.....

José.....

La acción en España. primera mitad del siglo XX.

Septiembre 1936

Tobía (La Roja)

RESUMEN

A mi admirado y querido amigo
el prestigioso profesor y Alcalde de
Madrid, Don Enrique Tierno Galván.

El autor.

R E P A R T O

RAFAEL.....

Antonio Machado.....

Leonor.....

Ana

Federico García Lorca.

Ana María Dalí

Miguel Hernández.....

Ramón Sijé

EL Botija

Preso

Josefina

José.....

La acción en España.

Primera mitad del siglo XX.

Septiembre 1985

Tobía (La Rioja)

R E P A R T O

- RAFAEL.....
- Antonio Machado.....
- Leonor.....
- Ana
- Federico García Lorca.....
- Ana María Dalí.....
- Miguel Hernández.....
- Ramón Sijó.....
- El Botija.....
- Praso.....
- Joselina.....
- José.....

La acción en España.
 primera mitad del siglo XX.

Septiembre 1985

(La Botija)

PROLOGO

RAFAEL.- (Delante de la cortina de boca)

Señoras. Señores. Público amigo:

Soy Rafael, como podía ser Dámaso o Gerardo, testigos que aún damos fe -al cabo de medio siglo de haber tenido convivencia en las letras- para advertir a éste público amigo, que tuvo España una época floreciente, áurea, excepcional, dentro de la poesía. Que nunca ;nunca; como en ese tiempo, que fue ayer, hubo un movimiento tan compacto, tan genial y tan variado, de grandes poetas a quien los críticos han dado en llamar "Generación del 27".

Pero, también tuvo España -esta madre creadora y destructora de sus mejores hijos- una época dura, sangrienta, cruel, para nuestros grandes poetas, que es de lo que aquí y ahora se ha de tratar. Es lo de siempre, porque aquí...; Siempre igual; ;Siempre igual;...

No podían tomarse a todos los grandes que padecieron la tragedia de una guerra civil que costó a España un millón de muertos, el autor ha querido hacer -de entre tantos que bien merecían preferencia- una visión, lo más acertada posible a la realidad, de tres de ellos, que fueron víctimas directas de una violencia que no provocaron ni deseaban.

Ha tenido el autor el atrevimiento 16-

sentación de sus vidas, pero, yo, que los he conocido y que puedo dar fe de sus hechos y de sus creaciones, os aseguro que, todo cuanto aquí vais a ver se ajusta -dentro de sus distorsiones tan necesarias para el juego teatral- al pleno ser y sentir de aquellos amigos que se llamaban Antonio, Federico y Miguel, quienes por amor a España, por el designio de ser poetas, padecieron el calvario y muerte que, España, desde siempre guardó para sus hijos más predilectos.

Muchas gracias, amigos.

(Mutis)

ACTO PRIMERO

El escenario aparece totalmente sin luz. Un coro de voces juveniles canta;

Ya se van los pastores
a la Extremadura;
ya se queda la sierra
triste y oscura.

(Esto puede hacerse alargar oyéndose el carillón antes o después de la canción. A gusto del director)

(Pausa)

DON ANTONIO.- (Voz) En Santo Domingo
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo
¡cuánta devoción!

L U Z

(Aparece don Antonio Machado, llevando en una silla con ruedas a Leonor. Fondo de escenario árboles y una loma
Leonor es jovencita, pelo largo bastante rubio, muy tapada y con bajo color. Don Antonio, mayor que ella - conocida es la edad que tenía ambos- aparece fumando, con sombrero y una bufandilla al cuello. Empuja suavemente a la silla, tras aparecer lateral derecha del espectador.

Un banco de piedra en el centro del escenario.)

Antonio.- ¿Ves Leonor qué día tan hermoso nos hace?.

¿No notas lo bien que te sienta esta frescura del Due-
ro y esta sombra de los álamos?

Leonor.- Pero es otoño, Antonio, y, al otoño con su caí-
da de la hoja mucho le temo...

Antonio.- Estando conmigo ¿qué puedes temer?

Leonor.- Le temo al frío... a los días tristes...

Antonio.- El frío está en la sierra. Allí a lo lejos;
por los picos de Urbión; por los faldones del Moncayo;
por las umbrías de La Demanda. Si vas con tu Anto-
nio, nada temas, Leonor, que estás bien arropada.

Leonor.- (Tose) Antonio se impacienta) ¿Ves...? ¿Ves, Anto-
nio...? ¡Otra vez la maldita tos;

Antonio.- Toma una pastilla. (Se la da) Eso no es nada
mujer, no es nada. Te lo han -nos lo han dicho- los
médicos de Madrid y estos de Soria: "Llévela usted de
paseo. Que tome sol y le dé el viento, que ello es la
mejor medicina". (Vuelve a toser) Toma mi pañuelo.

Leonor.- No no, el tuyo no. Te han dicho que no debes ha-
cerlo.

Antonio.- ¿Y qué más dará? Ven que te limpie los ojos
y los labios. (Lo hace con todo cariño)

Leonor.- ¡Ay, Dios mío, qué mala estrella hemos tenido, An-
tonio...

Antonio.- No llores. Por favor, no llores, Leonor. Esto
son pequeñas espinas que nos salen al camino de nues-
tro vivir. Todo pasará, ya lo verás.

Leonor.- Estar en París, donde íbamos a ser tan felices y..
de repente... todo derrumbado.

Antonio.- (Se acerca con la silla hasta el banco y se sien-
teniendo muy próxima a Leonor)

Aquello no fue nada, Leonor. Todo ya está su-
perado. Para la primavera estarás como nueva, ya
lo has de ver.

Leonor.- ¿Superado? ¿Dices que para la primavera...?

¡Ay, Dios mío; Fuimos con dinero para gastarlo y
volvimos entrapados. Los médicos, Antonio, nos
han desbancado.

Antonio.- Veo que acabarás, Leonor, sabiendo rimar; ha-
ciendo pareados como yo, igual que yo. (La besa)

Leonor.- Dios no lo quiera, que, cada cual nace con un
destino, y el mío no es sino ocuparme de tí que todo
lo mereces, para que tengas paz y alegría.

Antonio.- Estando tú a mi lado lo tengo todo. Mira que
es árida, violenta y desabrida tu tierra soriana, y,
cuando estás a mi lado, Leonor, el invierno es verano
y la noche oscura se me antoja alborada. Pero de-
jemos esto y contempla, Leonor, los álamos... el sua-
ve deslizar del agua que lleva el Duero. Allí, san
Saturio, y, nosotros ¿ves qué bien junto a estos po-
derosos árboles que tienen en sus cortezas grabadas
las iniciales de los enamorados; la fecha de aquel día
que estuvieron por éste paseo y, hasta corazones
atravesados por flechas, flechas de un Cupido ibero.

Tú, Leonor, hasta sabes, o lo intuyes, quiénes fue-
ron esos que tales letras tatuaron. Pero ¿te vas
a dormir?...

Leonor.- Tengo pesadez de cabeza... y creo que tengo al-
go de fiebre, Antonio.

Antonio.- Dame la mano. (Le toma el puelso) No. Creo
que no.

Leonor.- ¡Ojalá; Cuánto diera yo a Dios porque me la
quitara para siempre.

Antonio.- (Mira a un lado y a otro, ve que no hay nadie y, decididamente, la besa con pasión) Yo te la quitaré, Leonor... yo te la quitaré. (Le besa las manos)

Leonor.- ¡Antonio; ¡Antonio; ¡Que te vas a conta...

Antonio.- Nada temas, mujercita, que ya no tienes nada de nada. Ya no tienes fiebre ni nada, pues... porque a mí me has traspasado las dos décimas que tenías y que tanto te molestaban, sólo dos decimitas, Leonor. ¿Te aburres?

Leonor.- No. Contigo nunca.

Antonio.- Mira que te digo aquello de "Las moscas" y te he de hacer reír.

Leonor.- ¡Oh; No no, que van a venir muchas más. ¿Quieres que yo lo diga?

Antonio.- ¿Te animas?

Leonor.- Un poco...

Antonio.- Pues ¡venga con ello; (La acaricia)

Leonor.- "¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas, pertinaces
sobre mi calva infantil"

(Ríe Leonor y Antonio le acompaña)

Antonio.- Así, así, que, la palabra es esencial en el tiempo y para el cuerpo. Inquietud, angustia, desazón, todo se aleja Leonor, poniendo la bella palabra en marcha, remarcando bien la voz. Mira lo que te digo: cuando estés bien, hemos de ir los dos sobre una bestia que nos presten hasta la Laguna Negra. Verás qué día extraordinario pasamos.

Leonor.- ¡Ay, no... Allí no, que se me han de representar con más fuerza que nunca, aquellos dos hermanos caínes

Antonio.- Está bien. Pues, entonces...iremos ;A Zaragoza; ;A Sevilla;

Leonor.- A Zaragoza sí, Antonio. Quiero visitar a la Virgen del Pilar y darle las gracias por haberme curado... ;ay; qué tontería digo...

Antonio.- Te llevaré. Y, después a mi Sevilla, para que veas la casa en que me nacieron, que es preciosa. Está al fondo de un jardín, envuelta en un mini-parque cuajado de flores y de azahar.

Leonor.- Lo sé, lo sé... me lo has contado tantas veces: El palacio de Las Dueñas. Los paseos entre limoneros para salir a la calle. La conozco como si en ella hubiese vivido, Antonio.

Antonio.- Te llevaré, te llevaré después ;por toda mi tierra andaluza;

Leonor.- Si, pero, ahora... tengo frío, Antonio. Vamos para casa ¿quieres?

Antonio.- Vamos. Deja que yo te abrigaré, Leonor.

(Le tapa con cariño. Mira al cielo y como en estado de inconsciencia dice, mientras va empujando la silla saliendo de escena)

Y viendo cómo lucían
miles de blancas estrellas,
pensaba que todas ellas
en su corazón ardían.

O S C U R O

Silencio unos segundos. Coro de frailes benedicti-

Voz.- ¿Dónde está don Antonio?

Otro.- Nadie lo sabe. Después del entierro, hay quien dice que ha salido de Soria como huyendo.

Voz de don ANTONIO.- (Cántico muy lejano)

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

oye otra vez Dios mío mi corazón clamar.

Tu voluntad se gizo Señor sobre la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

O S C U R O

Fin del Primer Cuadro.

Le tapa con cariño. Mira al cielo y como en esta
de la incoherencia dice. mientras va escuchando la sil
la saliendo de escena)

Y viendo cómo luchan

miles de blancas estrellas,

pensaba que todas ellas

en su corazón ardían.



O S C U R O

Coro de frailes benedicti- nos cantando una misa de Requiem.

ANTONIO CILLERO ULECIA

CUADRO SEGUNDO

Escena Primera

El escenario representa una amplia extensión de campiña alicantina. En alguna parcela, en lejanía, olivares.

Miguel, vestido de pastor, está sentado sobre una roca. Tiene un cuadernillo en la mano y escribe. En el suelo dos libros. Entre las piernas el palo y, al hombro, el zurrón con piel de oveja. Se escucha una canción muy conocida cuya letra es de Miguel Hernández.

Miguel, escribe y hasta sonríe viendo lo perfecto que le está saliendo aquello que improvisa.

CANCION

Andaluces de Jaen

aceituneros altivos,

decidme, si lo sabéis,

de quién son estos olivos"

Etc etc.

MIGUEL, DESPUES, SIJÉ

Miguel.- ¡Poeta; ¡Por encima de todo quiero ser poeta; Poeta, como éste y como éste. (Por los libros) Y ¿por qué no voy a ser yo poeta, como lo fue Góngora o como Quevedo? ¿Es que se rompió el molde para traer al mundo hijos como aquellos? Lo veo

fácil, lo veo todo redondo, perfecto. (Escribe)
 Ya está mi libro en la calle. Ya está por Madrid
 mi "Perito en lunas". (Se escucha el balar de ca-
bras)

Y les voy a demostrar que, un cabrero
 de Orihuela, vale más -uno a uno- que todos los pre-
 suntuosos fantasmales de las ciudades. Me lo tie-
 ne dicho don Luis Almarcha, y lo haré realidad, aun-
 que a vosotras os ralle las tripas y, como siempre,
 me estáis haciendo un coro fantasmal para mis sone-
 tos. (Las imita) ¡¡Bah... ¡¡Bah... ¡Bah....

Yo tengo más redaños que todos ellos, y se lo
 he dicho a Federico, y lo sabéis todas vosotras. (Re-
cordando) Qué lejos ha quedado aquello de hace po-
 cos años, cuando escribía, y bien hecho está:

Por el cinco de enero
 cada enero ponía
 mi calzado cabrero
 a la ventana fría.

Nunca tuve zapatos,
 ni traje ni palabras,
 siempre tuve regatos...
 siempre penas y cabras.

¡Y los sigo teniendo, que cabrero soy; Un desgracia-
 do español más, que no logra volar sobrándole alas y
 espacio para recorrer todo el universo. (Pausa)

Allí ...y allí y, por allí, en todas las ciudades
 están aquellos mediocres poetas, creyéndose dioses. ¿Dio-
 ses, eh?... ¡Y yo, con mis cabras, por estepa, rega-
 tos y jaramugos... recitándole a mi ganao y al lucero
 del alba, lo que hago y valgo.

(Se levanta, agarra una piedra y la tira hacia la

parte lateral izquierda del escenario)

¡La madre que te parió...! ¡Sal de ahí, mocha; ¡Que salgas de ahí, ahora mismo; (Le vuelve a tirar) ¡Ahí va; Casi casi te pego una pedrada a tí, Ramón.

Ramón.- (Joven bien vestido. Lleva un pañuelo blanco al cuello y un bastoncito de bambú) Pues claro que sí.

Es que, cuando estás en las nubes, Miguel, y flotando te veo... olvidas que llevas cabras y que estás de pastor. (Ríen) Si sí, un cabrero, hijo mío, y para rato... Me temo que para rato, para muy largo, tanto como mi carrera de Derecho.

Miguel.- ¡Un cabrero cabrao, encabronao y encabrecido; Y, eso de para rato, ya lo vamos a ver Ramón, ya lo vamos a ver.

Ramón.- Siete cabras tienes metidas en la finca de los Guadalimar. Luego, le van a tu padre las multas y con ellas, sabiendo lo que te ocupas del ganao...ya sabes mejor que yo la que te arma...

Miguel.- ¡El follón padre, sí señor; Siete cabritas en Guadalimar. Mis siete cabritas tengo metidas...

Ramón.- ¡Alto ahí; Quieto, Miguel, que te veo inspirado y me endilgas un soneto por todo lo alto. Las cabras, no creo que sean un buen elemento para rimar, aunque, para tí no existen imposibles. Déjalo para otro rato.

Miguel.- No no. Te quería decir que, esas son, Ramón sí-jé, las listas, las revolucionarias, y te puedo decir -si quieres- hasta cómo se llaman. ¡Ojalá que todas estuviesen allí devorando las hierbas que les pertenecen;

Ramón.- Pero, tu padre es tu padre, y, la estaca la estaca. (Ríen) ¡Ojo con ella, cabrero;

Miguel.- Y la vida es la vida, Ramón. Tienen que ramonear mis cabras, las miserias resacas; briznas entre espliego, matujo y tomillar. Subirse, como acróbatas a los espinos y arces, mientras que los de Guadalajara tienen cientos y cientos de hectáreas para recreo de caballos de monta, becerros y yeguas de postín.

Ramón.- El mundo, hasta hoy, lo vemos así. Este y no otro -como te lo he dicho muchas veces- es el tinglado social que nos hemos encontrado al nacer.

Miguel.- ¡Pues habrá que darle un cambio; (Se levanta) Ramón ¿por qué nos nacen sabiendo que vamos a vivir empobrecidos y malditos, cuando otros, que están a nuestro lado, no saben qué es pasar necesidades? ¿Quién les ha hecho ser dueños a mil o dos mil terratenientes de toda la riqueza del país, y los demás tenemos que andar con el estómago dando gritos; los dientes alargados y el culo al aire, desde la cuna hasta el zanjón? Ya ves tú que, mis cabras, quizá saben todo esto que voy gritando día tras día, y hacen su rebelión, ya que, nosotros -y menos los de Madrid- no saben o no quieren hacerla, porque ninguno de ellos es cabrero. Aquí hace falta una Reforma Agraria auténtica y no engañarnos con un bla bla bla bla, que me suena como esa serenata de esquilas.

Ramón.- Mira, Miguel. Esto del tener es como el saber, que crea sus propias clases y estamentos sociales. Los Académicos y otros grandes valores de la cultura, los podemos titular millonarios; oligarcas del saber, llámalos si quieres: duques... marqueses... condes. Otros, tienen una cultura pasable, que son, en lo económico la clase media: los de tiendas, pequeñas industrias; los profesionales y los de buenos oficios. Y, los demás

pues, pobres en talento y otros en dinero: la masa y, de ahí los analfabetos ¿entiendes? Y . . .

Miguel.- No me lo pongas en clave, Ramón, que esto lo arreglaba yo muy fácil desde lo alto, dándole un vuelco. El gobierno puede hacerlo y no lo hace, ninguno lo hace. Lo que buscan es engañarnos y seguir siempre todo igual.

Ramón.- Todo es cosa de saber y poder. Si tú quieres -y . . . lo vas a conseguir porque eres ambicioso- llegarás arriba, como lo consigue el que no se conforma con ser pobre y tiene condiciones para ser millonario. El tener millones no es nada difícil. Ahí tienes a Onassis... a Juan March... Niarchos... Achille Mauro... Paul Getty. Tú, en las letras, llegarás a tan alto como ellos con sus millones.

Miguel.- Claro que llegaré, Ramón. También me lo han pronosticado Oliver y Federico, y otros más, aunque algunos... .

Ramón.- No me lo digas. No lo digas, Miguel, que tienes un resentimiento que debes desterrar, y pensar que vales como cualquiera de los encumbrados, pero... ¡ojo! que tampoco debes marearte.

Miguel.- Pero, Ramón, tú sabes cómo soy de apasionado para todo, para todo, y que carezco de paciencia. Sabes que estoy loco por Josefina, y que si esto sigue así ¿con qué coño vamos a comer, con qué...? ¡Leo..leo, leo, leo... leo todo lo que cae en mis manos. Leo y escribo ¿Y qué...? ¡¡e aquí no salgo, Ramón!

Dices que soy como ellos, pero ¿quién me saca de este monte y me aleja de mi cabrada?... Esto que has dicho, también me lo dijo don Vicente, y don Jose Ma-

ría, en Madrid, pero... he tenido que volver otra vez aquí. Y he tenido que volver -ya lo sabes- entre otras cosas, porque allí me ahogaba, Ramón. La ciudad no es para vivir de pobre; aquello es un gran enjambre de pobres Cristos que no hacen sino malvivir, y aún se creen los infelices que son los duques de Alba o Medinaceli, porque ven desde la calle y los palacios de aquellos aristócratas. ¡Pobres gentes! Madrid: Ruidos... ascensores... empujones... envidias... zancadillas... y escupitajos. En la ciudad, Ramón, hay que ser alguien o, mejor, quien cree que vale y no triunfa, que regrese a su pueblo y se esconda con el ganado entre los suyos.

Ramón.- Todo eso lo sé como tú, pues lo he vivido, Miguel, y sé también que lo tuyo tiene transmutación, mi lagro y virtud, pero... llegar arriba debes entender que es casi casi imposible de conseguir, máxime, sin tener padrinos con grandes palancas...y, menos, desde esta loma donde, lamentablemente sigues con las cabras. y esto es así, querido amigo. Oye, no te amohines, no te pongas mohino y te tenga que recordar aquello tan bonito que has escrito:

"Umbrío por la pena, casi bruno,
 porque la pena tizna cuando estalla
 donde yo no me hallo no se halla
 hombre más apenado que ninguno"

Miguel.- (Ríen los dos y Miguel lo abraza) Gracias, Ramón, gracias. Tú me entiendes, me conoces, me sabes todo y me alientas. No sabes bien cuánto te debo. Bueno ¿cómo va esa salud?...

Ramón.- Mal. Mal, Miguel, muy mal. Esto es peor que lo

tuyo. Apenas he podido llegar a éste ribazo, pero sólo por verte de cabrero y oírte decir lógicos disparates, vale la pena subir.

Miguel.- Todo pasará, ya lo verás. El día que yo triunfe con mi verso y mi teatro, todo te lo pagaré con creces, o no soy quien me precio ser.

Ramón.- ¡Para, para; Para, nieto de Góngora, para esa jaca que lleva la boca caliente y vive lo real sin soñar, Miguel. Mira, o, mejor sueña; Sueña, lucha rebélate contra todo que todo lo mereces, y tuya es la razón.

Miguel.- Qué gran hombre eres. ¿Te vas?

Ramón.- Si. Ten cuidado con las cabras, que tu padre no se anda en contemplaciones cuando le llevan las denuncias...y como no quiere verte andando entre poesías tú verás con qué cartas juegas.

(Ríen y comienzan a descender)

O S C U R O

Toque lento de campana. Es el entierro de Ramón

Sijé.

L U Z

Plaza de Orihuela. Miguel viste un traje oscuro. Lleva un jersey blanco cuello de cisne. Está ^{encima de} sobre una mesa donde se dispone a leer. Tras de él una lápida en la pared donde se puede leer:

PLAZA DE RAMÓN SIJÉ

Miguel lee al público que acudió al acto de inau-

guración de tal denominación, público este que es el de la sala. La posición esta es bien conocida porque de ella hay fotografía.

E L E G I A

Miguel.- Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas

y órganos mi dolor sin instrumento

a las desalentadas amapolas.

daré tu corazón por alimento.

Tanto dolor se agrupa en mi costado
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,

(un hachazo invisible y homicida,

un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,

lloro mi desventura y sus conjuntos

y siento más tu muerte que mi vida.

Año sobre rastros de difuntos,

y sin calor de nadie y sin consuelo

voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,

temprano madrugó la madrugada,

temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,

no perdono a la vida desatenta,

no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera,

de angelicales ceras y labores.
volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alégrarás la sombra de mis cejas
y tu sangre se irá a cada lado
disputando la novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi acariciada voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(Aplausos del público asistente)

CUADRO TERCERO

Una cortina cubre el decorado del fondo. Se oye la voz de una cantante (Voz como todas las que no están presentes, grabada) Una bailarina llena de juventud y de gracia, sale bailando el ZORONGO, que significa la vitalidad alegre y con alto sentido musical de Federico.

ZORONGO

Puede hacerse todo o una parte de él, esto se verá por el Director en los ensayos.

VOZ.- Las manos de mi cariño
te están bordando una capa
con agremán de alhelies
y con esclavina de agua.

Quando fuiste novio mío,
por la primavera blanca
los cascos de tu caballo
cuatro sollozos de plata.

X = La luna es un pozo chico
las flores no valen nada,
lo que valen son tus brazos
cuando de noche me abrazan,
lo que valen son tus brazos
cuando de noche me abrazan.

(Mutis de la bailarina)

Se levanta la cortina. El escenario es un amplio sa-

lón todo en blanco. Tiene un mirador con amplia cristallera al fondo. Caprichosos detalles de buen gusto adornan el conjunto. Un poncho ha de estar colgado en cualquier perchero o saliente. Federico lleva traje y zapato blanco. Camisa de manga corta. Ana María, lleva vestido muy alegre con flores y amplia falda, muy juvenil. Los dos derrochan alegría y felicidad dentro de risas, agarramientos de manos y juegos igual que niños. Debe darse la máxima alegría a este cuadro. Se oyen carcajadas tras de la canción.

FEDERICO-ANA MARIA

Federico.- ¡Muy bien; ¡Muy bien; Pero, que muy bien

Ana. No podía yo esperar que cantases así mis cosas. Mira, me has dado la gran sorpresa con esa interpretación tan estupenda.

Ana María.- ¿Quieres que te cante "Los cuatro muleros"?

"¿Quieres que te cante, Federico, "Anda jaleo...?"

Federico.- Después de merendar. ¿Qué, te gusta mi apartamento?

Ana María.- ¡Precioso; Digno de tu buen gusto para todo, ya te lo he dicho al llegar (Lo mira con detenimiento) Encantador... Una verdadera delicia... Como dicen en mi tierra: Que lo disfrutes muchos años.

Federico.- Eso quisiera. (Sonriendo se coloca el poncho y, con picardía, trata de imitar lo porteño) ¿Y...?

¿Qué me desís, che, que te gusta no más? -¿Me has echado mucho en falta, piba? (Rien los dos) Se agarran de las manos como buenos amigos, giran felices jugando) ¡Pero, mirá, che... cómo sos...

Ana María.- ¡Andá cómo vienes Federico... ¿Te gusta lo porteño? ¿Te gusta?...

Una cortina c
voz de una cantan
sentes, grabada)
de gracia, sale b
vitalidad alegre

Puede hacers
por el Director y

VOZ.-

X =

Se levanta la c

- **Música.** *El viento en la música francesa*, por Enrique Pérez Piquer, clarinete, y Anibal Bañados, piano. Fundación Juan March. Castelló, 77.
- **Conferencia.** *Pena de muerte en la jurisprudencia militar*, por José Jiménez Villarejo, con motivo de la campaña *Pena de muerte*, de Amnistía Internacional. Organización Nacional de Ciegos. Prim, 3, 4ª planta.

20.00

- **Charla-coloquio** sobre la historia del jazz y concierto de Larri Martín Band, y a las diez de la noche, concierto de Carlos Noe con motivo del ciclo *Moratajazz 89*. Centro Cultural El Torito. Avenida de Moratalaz, 150.
- **Conferencia.** *El desarrollo en Argelia*, por Djelouil Khatib, embajador de Argelia. Sociedad de Estudios Internacionales. Serrano, 117.
- **Conferencia.** *Así son los sistemas expertos*, por Manuel Ruiz Virumbrales, con motivo del III seminario sobre *Inteligencia artificial y sus aplicaciones*. Paseo del Prado, 30, 1ª. Aula de Conferencias.
- **Flamenco.** Entrevista al bailar *Ciro* y actuación del bailar *Javier Barón* con su grupo, Centro Cultural Chamartin Nicolás Salmerón. Mantuano, 51.
- **Conferencia.** *Aspectos desconocidos del universo*, por Eloisa Escudero. Sociedad Teosófica en España Rama Hesperia. Mayor, 1, 2ª, despacho 16.
- **Conferencia.** *Proceso de socialización y dificultades psicosociales*, por Juan Carlos Mato Gómez, y *Situación social del menor*, por Silvia Perdomo Molina; presenta Concha Pérez Salmón. Ateneo de Madrid. Prado, 21.
- **Conferencia-coloquio.** *Isidro Merlo, un madrileño universal*, por Francisco Azorín. Fundación Villa y Corte. Torre de los Lujanes. Plaza de la Villa.
- **Recital poético** a cargo de Ana María Culebras. Casa de Guadálajara. Plaza de Santa Ana, 15, 1ª.
- **Cine.** *El maestro Hoger*, de Peter Lilienthal. Club de Amigos de la Unesco. Plaza de Tirso de Molina, 8.
- **Exposición.** *Cinco ceramistas de la escuela de cerámica madrileña*. Centro Cultural Julio Cortázar. Antonio Machado, s/n.
- **Poemas** a cargo de Guillermo Garcimartín; coordina Carlos Murciano. Asociación de Escritores y Artistas Españoles. Legantitos, 10, 1ª derecha.

20.30

- **Conferencia.** *Aproximación al tema: la cesión de los hijos*, por Leon Grinberg. Ateneo de Madrid. Prado, 21.

22.30

- **Acto público** del fallo de la X edición del concurso de cuento y poesía, organizado

por los colegios mayores Isabel de España y Fundación Empresa Pública. Colegio mayor Isabel de España. Ciudad Universitaria.

23.00

- **Verbena popular** con motivo de las fiestas de Getafe. Solar Juan de la Cierva.
- **Música.** Actuación de Blue Some. Centro No Se lo Digas a Nadie. Ventura de la Vega, 7.

Donación de sangre. Centros permanentes

De 8.30 a 14.00 y de 16.00 a 20.00
— Hospital universitario de San Carlos.

De 8.30 a 20.00
— Hospital Doce de Octubre.
— Centro Ramón y Cajal.

De 8.30 a 14.00 y de 16.00 a 20.30
— Hospital de la Princesa.

De 8.30 a 17.00
— Puerta de Hierro.

De 8.30 a 21.00
— Hospital Severo Ochoa de Leganés.

De 9.00 a 14.00 y de 16.00 a 19.00
— Clínica de la Concepción.

De 9.00 a 14.00 y de 16.00 a 20.00
— Hospital Gregorio Marañón.
— Hospital de Alcalá de Henares.

De 9.00 a 14.00 y de 17.00 a 20.00
— Cruz Roja. Francisco Silvela, 91.

De 9.00 a 21.00
— Hospital La Paz.

De 9.30 a 13.00 y de 16.00 a 20.00
— Hospital General de Móstoles.

De 9.30 a 13.30 y de 16.00 a 20.00
— Centro de Transfusiones de la Comunidad de Madrid. General Orta, 15.

De 10.00 a 14.00 y de 17.00 a 21.00
— Calle de Preciados (caravana).

De 17.00 a 20.30
— Hermandad de Donantes de Sangre. Mercades, 2. Teléfonos 279 98 88, 270 43 63 270 43 64.

lón todo en blanco. Tiene un mirador con amplia cristala-

Ha muerto 4 años después de
escribir este libro

EL PAÍS, miércoles 17 de mayo de 1989

NECROLÓGICAS

Anna María Dalí, hermana de Salvador Dalí

ANTONINA RODRÍGUEZ

Anna María Dalí, hermana de Salvador Dalí, falleció ayer en Figueres (Gerona), su ciudad natal. Nacida el 6 de enero de 1908, era el tercer hijo y la primera niña del matrimonio Felipa Domenech y Salvador Dalí, notario de Figueres. Para su hermano Salvador, cuatro años mayor, fue el mejor regalo de Reyes. Y sería la inseparable compañera de infancia y juventud. Su escolaridad consistió en unos cursos en el colegio de las monjas de la Presentación, llamadas en Figueres *las francesas*. Su cultura general la completaron profesores particulares.

En Barcelona pasó una temporada en la Residencia de Señoritas, con sede en el palacio de Pedralbes, y estudió inglés en Cambridge. Pero en su formación intelectual contribuyó decisivamente la relación de sus padres con la familia Pitxot, gente creativa que buceaba en todas las partes. Anna María compartió desde la infancia el universo de su hermano. Entendía sus gestos y excentricidades, e interpretaba su fantasía y tomaba parte en las bromas y juegos, a veces impenetrables, de Salvador. Fue compañero ideal, por su inteligencia aguda y penetrante, y su carácter alegre y divertido. Cuando la conoció Federico García Lorca, en la primavera de 1925, aquella camaradería fue una realidad insólita. En tiempos en que la mujer permanecía, social y culturalmente, marginada del mundo de los hombres, Anna María formaba parte del grupo de amigos y compañeros de su



Anna María Dalí, de joven.

hermano. Fue atentísima testigo de la obra de Salvador y su más asidua modelo de la etapa plástica esencial del pintor de los años diez.

Cuando se acabaron las primeras vacaciones de Lorca en Cadaqués se inició entre Anna María y el poeta una correspondencia intimista: "Querida Ana María: llevo varios días en Granada y a cada momento tengo necesidad de hacer un retrato tuyo a mis hermanas". Son cartas de singular belleza literaria, de sorprendentes imágenes, donde campea el fino lirismo del poeta y su delicadísimo humor: "(...) Dichosa tú, Ana María, sirena y pastora al mismo tiempo, morena de aceitunas y blanca de espuma fría. ¡Hijita de los olivos y sobrina del mar!". Anna María cultivó la mística del recuerdo lorquiano retenido en su casa de Es Llané. Ella aseguraba que oía la fulgurante risa de Federico; el eco de sus bromas, de "increíble y sorprendente ingenuidad", y su voz "bellas y totalmente involuables".

de buen gusto adorar colgado en erico, lleva tra-corta. Ana María ores y amplia fal-an alegría y feli-manos y juegos alegría a este da canción.

es que muy bien er pases así mis co-er el rpresa con esa tra cr au víuato muleros"? pi ata jaleo...?"

gusta mi apar-La n gusto para to-mira con deteni-delicia... Como uchos años.

oloca el poncho teño) ¿Y...? ás? ¿Me has

os dos) Se agagiran felices ju-

¿Te gusta lo

porteño? ¿Te gusta?... 7188

Federico.- ¡Oh, si... aquello es tan lindo... Y mirá vos, que no te he dicho aquello que desimos por ayá tan gracioso y tan barriobajero: "Y... ¿cuánto ha-se, che, que resien te levantás...?"

(Nuevas risas y juegos sin malicia)

-Aña María.- Ya veo, ya veo que todo te ha ido muy bien.

-Federico.- (Cuelga el poncho) Es otro mundo Ana. Igual ¿sabes? Igual, pero, tan distinto, tan... pues... más parisino, más europeo... ¿Y tú, me has echado mucho en falta? ¿Sí...? ¿Todo bien Ana...? ¿Y Salvador?

Ana María.- Todos bien, muy bien.

Federico.- Ya os veo. Te lo adivino en los ojos y no sabes cuánto me alegro.

Ana María.- Has estado más de medio año en América, sin ver tu tierra y yo... sin verte, con tanto, tanto como te quiero... te queremos todos.

Federico.- ¡Ah, si vieras cómo me llegaba el recuerdo y, hasta el aroma de mi tierra cuando menos lo esperaba...

-¡España; ¡España; ¿Por qué te querré yo tanto...?

Ana María.- No puedes quejarte. ¿Vas...? ¿Vienes?...

-Nueva York... Buenos Aires...

-Federico.- La verdad que no. Creo que, la suerte la tengo por aliada hasta hoy -y toco madera- pero, es que este amor por mi tierra se me antoja que puede ser como el de las rosas.

Ana María.- A ver a ver, explicame eso mejor.

Federico.- Rompen el capullo llenas de belleza para buscar el sol, y, después, desparramar perfume como salido de un sahumero, hasta que, aquel, acaba secándolas como premio a tanto amor y sumisión.

Ana María.- ¿Temes a tu tierra? ¿Temes que te pueda que-

Federico.- De España cualquier cosa es de temer. Que nos lo cuente Cervantes... Fray Luis de León... Quedo... Santa Teresa... Góngora... pero, dejemos estas cosas tristes, Ana.

Ana María.- Cuéntame, anda, cuéntame cómo fue todo aquello.

Federico.- Ha sido fabuloso, Ana, fabuloso. Cuántas veces, cuántas, me he dicho, acordándome de tí: ¡Ah si estuviera aquí mi...

Ana María.- ¡¡Chisst; "Mi amiguita Marianita Pineda"...
(Nuevamente rien y giran agarrados) Te transparentas con tanta facilidad que leo tus pensamientos.

Federico.- Influencias retrospectivas, Ana.

Ana María.- Cuenta, Federico, cuenta.

Federico.- El estreno en el Teatro Avenida de Buenos Aires, no mejor aún: El fabuloso estreno de BODAS DE SANGRE, por la grandiosa compañía de Lola Membrives.

Y, también, por ella misma, la puesta en escena de Marianita Pineda, esa obra que, ahora, al cabo de siete años que me la estrenó la Xirgu -bien lo sabes tú- hoy, con la flamante República en pie, tiene otra visión, otra realidad y, allí, en América, hasta otra vitalidad para los miles y miles de emigrantes españoles que sueñan con una España de libertades, una España que ellos nunca conocieron.

Ana María.- ¿Qué más, cuéntame más, Federico...

Federico.- He retocado "La zapatera prodigiosa", y me creo que ha quedado como un juguete rococó, muy alegre y juvenil.

Ana María.- ¿Qué más, genio, qué más?

Federico.- He dirigido "La dama boba", de Lope, y, en el

tiempo libre, conferencia a porrillo... Todas las sociedades españolas y argentinas me pedían que hablase y, como ya sabes que eso... hasta me gusta y me divierte, pues no he dejado de hablar hasta por los condados. Todo, todo, Ana Mari, una verdadera maravilla, una hermosa gozada, te lo aseguro.

Ana María.- ¿Quieres que te diga la verdad?

Federico.- Claro que sí, pero, espera, espera que yo sé bien lo que estás pensando tú.

Ana María.- Que se vea, que se vea ese ingenio.

Federico.- "Que te dá miedo, amiga mía, tanta felicidad como estoy viviendo".

Ana María.- ¡Exacto! ¡Eres un brujo! (Ríen)

Federico.- A mí también. ¡¡Ojo!! Toco madera. otra vez...
 (Lo hace poniendo los dedos en forma de V -índice y corazón,- tocando un mueble) ¡Lagarto... lagarto...

Ana María.- Federico. Eres el dramaturgo más grande de nuestro tiempo; el niño mimado de la intelectualidad.

Federico.- No no no no... Cuidado con los errores. Ahí están nuestros grandes maestros Valle Inclán y don Jacinto.

Ana María.- Pero tú eres otra cosa. Tú traes a escena cuando te apetece- la frescura y el aroma de los patios andaluces, o la crudeza, resentimiento y maldiciones de esas gentes que viven por el secano entre miserias.

¡El genio de la actual escena española, y no me retracto; Federico García Lorca.

Federico.- Yo soy poeta. Por sobre todo, señorita Dalí, soy poeta. No sé si bueno, mediano o malo, pero... poetilla. Escucha, escucha algo más. Tuve la gran suerte de hacer una charla original -al alimón-

con Neruda. Cada cual hacía una frase, y, el otro, la seguía sin perder un segundo y, poniendo más y más ingenio en cada corte, tratando de superarla. La gente se divertía de lo lindo. Una delicia. América es sensacional, gigantesca, generosa. Allí, Ana María, todo es grande, como una mesa continental llena de alimentos y sin mendigos, que ellos les llaman linyeras- ya lo sabes. El que pide lo hace porque se le antoja o por bohemia. Grande La Pampa, sin montañas y sin piedras. Grandes, Los Andes. Grande, la ciudad de Buenos Aires. Grandes, las vacas y hasta los árboles. Grande, el Río de La Plata. Grandes, los gauchos ¡enormes; y con unos bigotazos, así de grandes. Hasta su libertad es grande, sin límites.

He venido aquí, querida amiga, y ya estoy temiéndome todo ¡Todo!

Ana María.- No seas miedoso, Federico. Esa es tu peor condición.

Federico.- ¿El miedo...? Claro que sí. Pero ¿es que no hay motivos? ¿Es que no tenemos a diario huelgas, atentados, incendios y hasta muertes?

Ana María.- Bueno, bueno... son cosas de esta política, y eso ya sé yo que no es bueno. El pueblo no piensa sino en política.

Federico.- No estamos maduros para ejercer la democracia. La verdad que no veo a esta República de mis ilusiones asentada como las europeas, e, incluso, las latino-americanas. Parece que no sabemos vivir en libertad:

Los de arriba porque no la desean, y, los trabajadores, porque lo quieren conseguir todo en meses, en semanas y, si no se lo dan... lo queman.

Ana María.- Eso es verdad. Hay que darle tiempo a la Niña Bonita. Sólo lleva tres añitos y, la pobre, no acierta a caminar sin tropezones y sin sangre. Buenos, dejemos esto y dime qué proyectos tienes.

Federico.- He terminado una obra que le va a la medida -como traje de sastre- para Margarita Xirgu, y la piensa estrenar en diciembre.

Ana María.- ¿Tiene título?

Federico.- Lo tiene. ¡Yerma!

Ana María.- ¿Tan simple?...

Federico.- Así de sencillo: Yerma. Si no hay cambio de ideas, iré al teatro Español. ¡Vas a ver, vas a ver qué tema... qué crudeza... que intriga... qué morbosidad y qué división de opiniones presiento que vamos a ver en el público.

Ana María.- ¿Plena confianza en todo?

Federico.- Total. No me equivoco si te digo que puede ser lo más logrado que ha escrito para el teatro este pobre hombre.

Ana María.- ¿Qué es Yerma, Federico? Anda, hombre anticipame algo...

Federico.- Una hermosa mujer rural. Una sufrida hembra, que lleva como calvario su esterilidad.

Ana María.- ¡Ufff; Amigo mío, apuesto a que has dominado el tema, como nadie podía hacerlo. ¡Oh qué tema para tí, Federico, con tanto y tan bien como nos conoces!

Federico.- Te gustará, y hasta te llamaré a reflexión.

Ana María.- ¿Y en poesía, qué llevas o traes entre manos?

Federico.- Trabajo... Sigo trabajando. Si no trabajo, me muero, Ana Mari, es que me muero, vida mía.

Ana Mari.- Pues yo no quiero que te mueras. (Ríen)

Federico.- He traído, publicada en Méjico, la ODA A
WAL. WHITMAN.

(Recitando con gran teatralidad)

Nueva York de cieno.

Nueva York de alambre y muerte.

¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?

¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?

¿Quién el sueño terrible de tus anécdotas mancha-
das?

Ana María.- ¡Muy bueno, muy bueno eso, Federico, y ade-
más cómo sabes decirlo; Nadie como tú para el recita-
do.

Federico.- ¿Nadie? ¡Ay, si oyes a Berta Síngerman, có-
mo me recita "Antoñito el Camborio" y el "Romance de
la Guardia Civil". Una delicia. Bueno y tú

¿qué tienes que contarme?

Ana María.- Te guardo dos cartas que han llegado de Ori-
huela.

Federico.- Sé quién me las envía: Miguel Hernández

Ana María.- Eso dice en el remitente. No las he abier-
to. Toma. Ya me figuro que será algún aficio-
nadillo a poeta. En éste país no hay pueblo donde
no salga un poeta.

Federico.- Con la gran diferencia que, éste (Por las car-
tas) es un talento enorme, de lo poquito que se da
en varios siglos. Es una pena que esté en su pueblo
cuidando cabras quien ha nacido para tener grandes tri-
unfos. Seguramente, me vuelve a insistir para que
le ayude. Antes de marchar para América, le dije
que su libro se vendía poco, que, la poesía es para
minorías; que la venta camina despacio, muy despacio

y que no se haga excesivas ilusiones, por más que Juan Ramón haya dicho de él: "Que no se pierda esta voz, este acento, este joven aliento de España", y que Aleixandre, le anime como merece. (Rompe el sobre). Vamos a ver... vamos a ver qué me dice, y te advierto que es tan sincero, tan noble y tan violento, que le temo... de verdad que le temo.

Ana María.- Si es cabrero y tiene facultades, la razón es suya.

Federico.- Lo es. Cuando vino a Madrid y le conocí, venía el pobre con los zapatos todos rotos, llenos de agujeros... y no tenía un real, pero, la poesía le fluía por toda su piel. (Lee) ¿No te digo? Mira, mira cómo empieza... "Me dices que hoy, en España, se escribe la mejor poesía de Europa, y yo me lo creo, y lo sé, pero yo te digo -os digo a todos- que yo soy el mejor... el que más cojones tiene para decir poéticamente lo que ha de decirse claro, sonoro, como fluye el agua de la fuente impoluta" ¿Ves?... ¿Ves, Ana?... ¿Qué le voy a poder contestar yo...? Y es totalmente un Góngora, con la sátira de Quevedo y la gracia purísima de Juan de La Cruz, pero... pero... es tan violento.

Ana María.- Lo más opuesto a tí.

FEDERICO.- Creo que sí. Luego las leeré. (Las guarda)

Te voy a enseñar mis últimos dibujos. Vamos a ver si te gustan, que, a Isabel no le agradan. (Saca de un cajón una carpeta y folios)

Ana María.- Tu hermana va en arte por otros caminos, pero, tú eres un buen dibujante, siempre te lo ha dicho Salvador.

Federico.- Mira éste que lo titulo: "La muerte".

Ana María.- ¡Ah qué obsesión con la muerte;

Federico.- Cuando yo muera
enterradme con mi guitarra
bajo la arena" (Ríe feliz) ¿Te gusta el
dibujo?

Ana María.- Sí, es muy bonito, pero el título...

Federico.- ¿Es que hay algo más trascendente que el nacer
y el morir? Mira éste que lo titulo: "Sólo el mis-
terio nos hace vivir. Sólo el misterio". Son gra-
ciosillos, ¿verdad que sí?

Ana María.- Como todo lo que tú haces; como todo lo que tú
tocas.

Federico.- ¿Qué hace Salvador?

Ana María.- Esperándote le tienes.

Federico.- Vamos a verle y a conocer lo que ha hecho du-
rante mi ausencia.

Ana María.- Ha seguido, con ilusión tus triunfos por tie-
rras de gauchos.

Federico.- No te creo... No te creo... El quiere ser el que
más fama tiene entre sus amigos. Yo sé que quiere a
Buñuel, a Maruja... a Alberti y, y a mí, pero, él pri-
mero de todos. ¡Salvador! El Emperador de los genios:
Salvador Dalí.

Ana María.- También el es genial, Federico. Creo que lo es.

Federico.- Lo es. El niño mimado. ¡El nieto de Velázquez;
¡El dios de los plásticos españoles; ¡Vamos a verle y
a divertirnos con el;

FIN DEL PRIMER ACTO

Ana María.- ¡Ah qué obsesión con la muerte;
 Federico.- Cuando yo muera
 enterrarme con mi guitarra
 bajo la arena" (Rita feliz) "Te gustas el

dibujos?

Ana María.- Sí, es muy bonito, pero el título...
 Federico.- ¿Es que hay algo más trascendente que el nacer
 y el morir? Mira éste que lo título: "Sólo el mis-
 terio nos hace vivir. Sólo el misterio". Son tra-
 scendentes, ¿verdad que sí?

Ana María.- Como todo lo que tú haces; como todo lo que tú
 haces.
 Federico.- ¿Qué hace Salvador?

Ana María.- ¿Apertúndote la tinaes.
 Federico.- Vamos a verla y a conocer lo que ha hecho du-
 rante su ausencia.

Ana María.- Ha seguido, con líneas sus tringulos por tie-
 rras de ganchoas.

Federico.- No te creo... No te creo... El quiere ser el que
 más fama tiene entre sus amigos. Yo sé que quiere a
 Buñuel, a Kaelja... a Alberti y a mí, pero, él pri-
 mero de todos; Salvador; El Emperador de los Genios;
 Salvador Dalí.

Ana María.- También él es genial, Federico. Creo que lo es.
 Federico.- Lo es. El niño mimado. El niño de Veigues;
 El Dios de los plásticos españoles; Vamos a verla y
 a divertirnos con él;

FIN DEL PRIMER ACTO

ANTONIO CILLERO ULECIA

A C T O SEGUNDO

Despacho en casa de don Antonio Machado. Mesa de escritorio con libros encima y papeles. También sobre ella un teléfono. En la pared del fondo ventanal que da a una calle madrileña. Cuadros. Estanterías con libros, adornos, etc. todo dentro de una marcada sencillez.

Puerta izquierda del público comunica con la calle. Puerta del lateral derecho al interior de la vivienda.

Una mesita baja de cristal en plano adelantado del escenario. Sobre ella un jarrón con flores, claveles rojos. Cenicero. Sillones. Etc.

ESCENA PRIMERA

Antonio- Ana.

Ana.- (Mujer de ochenta años, madre del poeta. Pelo blanco. Ordena el jarrón con claveles)

Antonio, hijo mío... ¿por qué no sales un poco a pasear?... Está un día precioso de verano. Te metes aquí y no hay quien te mueva. ¡A escribir; ¡A escribir y a leer; ¡A fumar, y a escribir; Yo no sé cómo no te has quedado ciego, ni cómo no has ardido, porque, hay que ver la ropa que me condenas con el dichoso cigarrillo... y cómo pones todo, todo de ceniza...

Antonio.- (Deja de escribir) ¿Ciego dices, madre...? ¿Y

Ana.- ¡Eso, eso; loco también, pero, Dios te ha llevado de su mano y ha cuidado mucho de esa bendita cabeza.

Antonio.- No siempre, madre, no siempre. Tu sabes que no siempre me ha llevado de su mano por buenos caminos.

A veces, me he visto en precipicios, ahogos y soledades. Días y días lleno de amargura y, como a su Hijo en el Calvario, más de una vez me dio vinagre para calmar mi sed, y no un refresco que yo le hubiese agradecido. Y, eso, no me parece nada de bien ¿Verdad que no, madre?

Ana.- El nos pone a prueba para ver la fortaleza que tenemos, y tú le has demostrado que eres, hijo, como un roble. ¿Te gustan éstos claveles que han traído?

Antonio.- Sí. Muy bonitos.

Ana.- Los ha mandado tu amigo, Ricardo Calvo. Ni te preocupas, ni sabes lo que te mandan. No ves sino lo que llevas en tus pensamientos.

Antonio ¿Te parece poco...? Sé bien quién los ha mandado, madre. (Escribe)

Ana.- Pero, no huelen como los de antes. Cuando yo era chica ¡ay! todo Triana, en primavera olía a claveles que era una bendición. Todo balcón y ventana, con sus geranios y claveles. Las mujeres, iban todas como en competición. Eso, a tu padre le encantaba. Me decía que era la identidad del barrio. Hoy, todo es distinto, todo huele igual; todas las ciudades huelen a lo mismo ¿sabes a qué?...

Antonio.- Dímelo, madre.

Ana.- A calamares fritos... a cueros y, a tejidos... Entonces eran distintas, y hasta presumían de limpieza.

Hoy, te lo digo yo: todo es una guarrería.

Antonio.- ¿No le echarás también la culpa de ello, a la República?

Ana.- No. En eso, precisamente, no. Ahí, ya ves tú, se salva. También sé que son cosas del progreso, como el ruido y la desconfianza; la poca educación y la envidia por conseguir y hacer lo que hace el vecino. Y, peor ha de ser cuanto más avancen los tiempos. Antes, cuando yo era chica, aquel era otro mundo. No se enviaba a nadie. Cada cual se conformaba, pues, hasta con el hambre que tenía, pero, ahora... Dios mío, qué ansias por tener y por presumir...

Antonio.- ¿Y las guerras carlistas que has conocido?...

Ana.- Bueno, esas cosas... sí, es verdad, Antonio, pero... eran cosas del Norte de España y de Cataluña, que si no pegan tiros no se divierten. El Sur es otra cosa, y tú lo sabes bien.

Antonio.- Madre ¿Llamó alguien por teléfono mientras bajé a por cigarrillos?

Ana.- ¡Oh; Y no te lo he dicho. ¡Ah esta memoria mía...

Llamó tu hermano José. Le he dicho que llamase dentro de un rato.

Antonio.- Preguntará por mi obra de teatro, que quiere ilustrarla.

Ana.- ¿Teatro escribes ahora, hijo? ¿Cómo ha de ser esa obra, alegre, de amores... de intriga...?

Antonio.- No es obra nueva, madre. Estoy reconstruyendo o, mejor dicho: actualizando una que ya estaba hecha.

Ana.- ¿Tiene nombre? Anda, dímelo, hijo.

Antonio.- Lo tiene. El título - y tú madre, lo sabes como yo - a veces es lo último que se le pone al libro, y, otras, es lo primero y de él se parte. Esta se titula: "El hombre que murió en la guerra"

Ana.- ¡Jesús; No me gusta, no me gusta... Ya estoy viendo que será tristonra y desagradable. ¡Porra; Yo no sé por qué no escribes como Paso, como los hermanos Quintero, temas divertidos, que es lo que le gusta al pueblo.

Antonio.- Madre, no me quieras tan mal. La vida es cruda, mucho más cruda que como esos que me has dicho nos la ponen sobre el escenario. Ellos hacen divertir al público y yo quiero hacerle pensar.

Ana.- Todo lo que quieras, pero, ellos, hacen llenar los teatros y los empresarios les piden esos libros.

Antonio. Manuel y yo, hemos hecho teatro de ese, ya lo sabes. ¿Es que no te acuerdas de "La Lola se va a los puertos"? Esa, entre otras, que también eran divertidas.

Ana.- Si, pero, eso del hombre que murió en la guerra...

¡Calla, ya sé de qué se trata: lo de Asturias del año pasado.

Antonio.- ¿Y por qué Asturias? Este libro está escrito hace años, madre. ¡Hay tantas guerras todos los años, todos los días; Cualquiera de ellas tiene buen tema para desarrollarlo sobre el escenario y que sirva de vergüenza para los criminales que las provocan; para el que las financia y para que no obedezcan los que siempre mueren desangrados por el campo.

Ana.- Es verdad. Y no escarmientan. No hacen sino llenar los pueblos de viudas y de lutos.

Antonio.-... y de madres que se quedan sin hijos.

Ana.- A propósito de eso, Antonio.

Antonio.- ¿Es que vas a volver a insistir otra vez?...

Ana.- Y te lo diré mil veces, hijo. Te crees que yo voy a vivir mil años, y no es así. ¿Qué vas a hacer el día que yo muera, que no voy a tardar, Antonio?

Antonio.- No lo sé. Ni lo pienso. No quiero pensarlo madre.

Ana.- Ahí está el error, que no quieres ver tu realidad. Un hombre debe tener en toda edad, a la mujer que le atienda la casa, que le haga compañía y que le dé un poco de alegría.

Antonio.- Madre, que ya no soy un hombre joven... Que no tengo apetencias por casi nada... y que poco a poco, me estoy cansando de todo.

Ana.- Anda, anda, que eso, me lo vienes diciendo qué se yo los años. ¡Porra qué hijos tan distintos he traído al mundo;

Antonio.- Y así seguiré hasta el final. Mira, mientras te tenga a tí, pues... vamos tirando millas tan ricamente.

Ana.- No sabes cómo me gustaría que te acomodaras -decen^{te} temente, claro- con una mujer buena, inteligente y, a poder ser, más joven que tú. Y sé... sé, además, que no te faltan... y que, hasta recibes cartas de una mujer... mira que yo lo sé.

Antonio.- Te lo supones, te lo supones, madre.

Ana.- Conozco la letra de la mujer que te escribe y, hasta por el perfume que trae el sobre, sé que es siempre la misma.

Antonio.- Eres una fisgona, madre.

Ana.- Cuántas veces, al recibir el correo me digo: "Vaya otra vez... Ya le escribe a mi hijo ésta mujer desde Segovia. ¡Ojalá que Dios le ponga en el camino -a éste hijo que todo lo merece- una mujer que sea para mí como una hija. Pero, pasan días y más días, y siempre en soledad, leyendo... leyendo... escribiendo... estudiando..."

Antonio.- Y quemándote ropa y ensuciando todo de ceniza.

Ana.- Así, así... Eso eso. (Suena el timbre de la calle)

Antonio.- Lllaman, madre.

Ana.- Ya. Ya he oído.

Antonio.- (Sonriendo) Viene una mujer... Viene una mujer a pedirme relaciones, madre...

Ana.- Mujer no, pero, ojalá que lo fuera. O que sean algunos amigos que te lleven por ahí: a Toledo... A Salamanca... a Avila, sacándote de esta celda.

Antonio.- O a Segovia, madre.

Ana.- Pues sí, también a Segovia, que es buena tierra y mucho te quieren en ella.

(Mutis izquierda. Suena el teléfono y atiende)

Antonio.- ¿Dígame?... Si... Si... Yo soy. ¿Quién?...

¿Miguel Hernández?... Sí. ¡Hombre; Ya.. ya...

Claro que sí. Bueno... Me alegraré mucho... Eso es, hasta luego.

(Cuelga. En la puerta Federico, esperando a que termine de hablar. Viste de oscuro)

ESCENA II

Antonio - Federico.

Federico.- (Sonriente) ¿Dá usted su permiso, maestro?

Antonio.- Adelante... Adelante, Federico. (Se levanta de la silla y se acerca a saludar a Federico, dándose un gran abrazo) ¿Qué tal, hijo mío, qué tal va esa vida?

Federico.- Muy bien. Usted ¿trabajando siempre, don Antonio? Siempre, siempre sobre la brecha.

Antonio.- Y ¿qué puedo hacer con mis sesenta encima? Esto me dá sosiego, ilusión, esperanza y hasta libertad.

Federico.- Gran verdad. Nadie más libre que el escritor cuando lo es de verdad, que no lo son todos.

Antonio.- Pues, aún lo has de comprender mejor, cuando lles seis decenas de San Silvestres sobre los hombros.

Cuando se tiene tu edad todo es más soportable.

La vida es como un trino inacabado. (Le pone la mano sobre el hombro con cariño) Esta edad tuya, tenía yo en Soria, con mi cátedra y mi Leonor. ¡Cuánta

agua ha pasado por debajo de éste puente nacido a orillas del Guadalquivir, Federico.

Federico.- Y la que aún tiene que seguir pasando, don Antonio, que le veo muy bien a usted: erguido y animado.

Antonio.- Poco y nada espero, hijo mío. Como todo humano, creo que he llegado en todo mi ser mutable y perecedero, a tocar techo, ese techo que se me dio al nacer. Y, si he tocado techo ¿qué puede esperar

ya a estas alturas, que no sean reiteraciones? Es decir, un poco sí: que me respeten las enfermedades; que siga viviendo mi madre como ahora, a mi lado, y que éstas libertades que hoy gozamos, no se malogren y volvamos al túnel del aire viciado de donde nunca pudieron salir nuestros antepasados.

Federico.- Totalmente de acuerdo.

Antonio.- Tocante a mis inquietudes literarias...ya te he dicho que estoy tocando techo, y esa es mala señal porque va indicando el tope, la vejez. Yo no quiero engañarme, Federico. Bueno, pero, hablemos de

Federico García Lorca, que es nuestra genuina realidad y, hasta nuestra elevada bandera, dentro del teatro español.

Federico.- Don Antonio... me voy a ruborizar.

Antonio.- Es la pura verdad y de ello me alegro. ¿Qué proyectos tienes, Federico? Anda, siéntate aquí y cuéntame. (Lo hacen los dos)

Federico.- Pero, si es que me da hasta cierta vergüenza el decirlo... pero, vaya, conociendo su gran corazón y su nobleza, los he de decir. Nuestra amistad y sinceridad -que vienen de muy atrás- avalan esta actitud.

Antonio.- Claro que sí, anda, cuéntame.

Federico.- Acaban de entregarme las separatas del "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías " Aquí las llevo, precisamente, don Antonio.

Antonio.- Que, lamentablemente no conozco, porque cuando se celebraron las cien representaciones de Yerma, en que diste a conocer el poema, yo no estaba en Madrid, así que le conozco a medias.

Federico.- Bueno... es... es uno más, don Antonio. Le prometo que le traeré, personalmente, el primer ejemplar en cuanto me lo entregue Bergamín.

Antonio.- Gracias. Oye, ¿por qué no me lees un poco, sólo un poco de lo que te apetezca.?

Federico.- Qué grave aprieto me sugiere, maestro.

Antonio.- Anda, que tú sabes hacerlo muy bien.

Federico.- Regularcillo, regularcillo. Ya sabe don Antonio, el cariño que yo le tenía a Ignacio.

Antonio.- Yo también le admiraba. Era torero, pero, también escritor con talento.

Federico.- Ese cariño me obligó a dedicarle éste largo poema. Vamos a ver, vamos a ver qué puedo yo

leerle breve y que dé una idea de lo que me propuse.

Por ejemplo aquí. ((Lee))

No hubo príncipe en Sevilla
 que comparársele pueda,
 ni espada como su espada
 ni corazón tan de veras.

Como un río de leones
 su maravillosa fuerza,
 y como un toro de mármol
 su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza
 le doraba la cabeza,
 donde su risa era nardo
 de sal y de inteligencia.

- ¡Qué gran torero en la plaza;
- ¡Qué gran serrano en la sierra;
- ¡Qué blando con las espigas;
- ¡Qué duro con las espuelas;
- ¡Qué tierno con el rocío;
- ¡Qué deslumbrante en la feria;
- ¡Qué tremendo con las últimas
 banderillas de tinieblas;

¿Qué le parece?...

Antonio.- ¡Estupendo; ¡Muy hermoso; Digno de tu gran
 estilo y de esa belleza que sabes imprimir a toda
 tu creación.

Federico.- Gracias, don Antonio, muchas gracias. Después
 sigo y sigo, iniciando otra parte con este cuarteto.

Pero ya duerme sin fin.

Ya los mosgos y la hierba
 abren con dedos seguros
 la flor de su calavera.

Antonio.- Muy bueno. Te felicito y no dejes de traerme un ejemplar.

Federico.- Prometido está.

Antonio.- Lleva todo lo tuyo, la gracia sin par y limpia de nuestra querida Andalucía. Manejas con precisión, esas bellas metáforas, que la naturaleza no me concedió a mí.

Federico.- Don Antonio... usted es mi maestro.

Antonio.- Tienes vitalidad, frescura y gran imaginación.

Federico.- La imaginación poética tiene una lógica humana, y, quizá, yo la capto a mi manera. Así como... pero ¿qué voy a decir yo a usted, si esto en mí es un atrevimiento?

Antonio.- ¿Por qué no? Dímelo, Federico. Somos dos poetas y ello nos iguala y hermana.

Federico.- Quería decir que, así como la inspiración poética tiene una lógica poética, yo creo, don Antonio, que la inspiración es un estado de fe, en medio de la humildad más absoluta.

Antonio.- ¡Exacto; ¡Perfecto; La poesía, Federico, es la palabra esencial del tiempo. Al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque fuera del tiempo el poeta no es absolutamente nada, y, de ahí que, mi querido amigo, ha calado perfectamente en la tragedia de Ignacio, drama que tanto le ha dolido a la fiesta taurina de este tiempo que vivimos.

Federico.- Así es, don Antonio.

Antonio.- Dicho está, pero, lo voy a repetir ya que el momento lo propicia. Con respecto a la poesía que se tiende a hacer ahora, me siento en desacuerdo con los poetas del día. Ellos propenden a una destemporización

de la lírica, no solo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de imágenes en función más conceptual que emotiva. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia, que el poeta canta, son signos del tiempo, y, al par revelación del ser en la conciencia humana.

Federico.- Qué gran lección, maestro, y qué gran poeta tiene España en don Antonio Machado.

Antonio.- Lo de grande es una fantasía que te agradezco. Dudo lo que pueda valer y qué ha de quedar de todo lo mío, y, poeta que no queda fue trabajo perdido.

Escrito está, Federico:

¿Soy clásico, soy romántico?

No sé. Dejar quisiera

mi verso, como deja el capitán

la espada,

famosa por la mano viril que la blandiera

no por el docto oficio del forjador preciada.

ESCENA I I I

Dichos y Ana. Después Miguel.

Ana.- Perdón...

Antonio.- ¿Qué quieres, madre?

Ana.- Un joven quiere pasar a saludarte.

Antonio.- ¿Te ha dicho cómo se llama?

Ana.- Dice que viene de Orihuela, y que se llama Miguel.

Antonio.- Hazle pasar. (Mutis de Ana)

Federico.- No sabía yo que estaba Miguel en Madrid.

Antonio.- Antes de venir tú me llamó por teléfono, a ver si podía recibirle. ¡Gran poeta este muchacho;

Federico.- Y qué personalidad, don Antonio.

Antonio.- Veremos, veremos qué nos cuenta el pobre chico.

Miguel.- (Aparece en la puerta. Viste medianamente, advirtiéndose que viene de provincia. La ropa y su falta de actualidad y cuidado, denuncian su pobreza. Se ha quitado la boina que mete en el bolsillo del pantalón. En la mano izquierda lleva un sobre grande)

¿Se puede pasar?...

Antonio.- Adelante, hombre, adelante... (Se levantan los dos)

Miguel.- ¡Don Antonio. (Le da la mano lleno de admiración)

¡Don Federico... (Idem) Perdonen...yo no sabía que tenía usted visita, don Antonio. De haberlo sabido no molestaba.

Federico.- He llegado hace unos minutos. Por mí no tiene importancia.

Miguel.- ¿Molesto, don Antonio...? Si molesta mi persona les dejo...

Antonio.- Pero qué vas a molestar, Miguel. Te he dicho que vengas y es de agradecer que estemos aquí tres poetas.

Miguel.- Gracias. Muchas gracias. (Hay unos segundos en que están los tres indecisos. Miguel cree, que debe romper el ese silencio y dice en tono violento)

¿Se han enterado ustedes de lo que ha pasado esta noche?...

Los dos.- No.

Miguel.- Dicen... dices... que han matado a Calvo Sotelo.

Federico.- ¿Al jefe de la oposición...?

Miguel.- Eso he oído.

Antonio.- Pero, eso, si lo han hecho, es un gran disparate.

Federico.- (Nervioso) Y ¿cómo no lo hemos sabido antes?...

"Que han matado a Calvo Sotelo" Don Antonio, esto yo creo que es muy grave... ;Maldición;

Miguel.- ¿Tanto...? Hemos tenido otros muertos...

Federico.- (Cada vez más nervioso) ;No pueden igualarse con este, siempre que ello sea verdad; (Pausa) Es el jefe de la oposición...y el brazo fuerte de las derechas... El ejército estará inquieto... Hay que saber calcular la transcendencia de esta muerte.

Antonio.- Si si, es lamentable. Una barbaridad. ;Qué mal ejemplo estamos dando al mundo; Claro que, el ejército, aunque se sienta inquieto... donde debe estar es en sus puestos, en sus cuarteles. Por más valiosa que sea la muerte de un político, no debe producirse un terremoto en los cuarteles, que, de eso...ya está más que harto este país.

Federico.- Nos vamos a cargar la República. (Nerviosísimo)
Nos la cargamos don Antonio...nos la cargamos.

Antonio.- Bueno, tengamos sosiego.

Federico.- Desde hoy, si eso se confirma, temo todo, todo todo... Acabaré marchando a Granada cuanto antes...

No me gusta Madrid. En casos de convulsión, temo la ciudad y, esta, es muy peligrosa...

Antonio.- Anda, siéntate, Federico. Sentémonos y hablemos de nuestras inquietudes. Todo ha podido ser un bulo, de tantos y tantos como se dicen estos días por unos y por otros. (No se sientan, cada cual tiene moliendo sus pensamientos)

Miguel.- Puede ser. Lo han dicho en el bar y yo...pues yo no debí haberle dado tanto crédito. Es que no estoy hecho a estos rumores... Allí todo es distinto.

Federico.- Pues, hijo mío... me has metido la noticia

hasta lo más hondo del alma. ;Cómo le has soltado, Miguel, igual que un bombazo...

Miguel.- Perdón... He sido violento... Sé que soy poco diplomático.

Antonio.- (Defendiéndole) No tiene importancia, Miguel.

Eso también se llama virtud. El problema nuestro es que tenemos una amante llamada España, y que nos llena de pasión y de dolor. Una amada que nos destruye como las termitas a la más poderosa fortaleza, y que, para colmo, no somos capaces de liberarnos de ella.

Miguel.- Así es, don Antonio. Para que vean ustedes, no hace mucho, amargado de la vida como estoy en mi pueblo, quise ir voluntario, en defensa de los abisinios, que para mí sufrían una injusticia. Pero, también me decía: ¿Vas a poder soportar la ausencia de tu tierra? ¿No te das cuenta que, cuanto más te hiere el cilicio que te coloca esta sociedad a diario, más y más estás sumiso a ella como un esclavo? Y no tuve valor para salir, prefiriendo seguir con mi hato, maldiciendo día tras día la tierra en que me nacieron.

Federico.- Yo también la he padecido y hasta llorado por tierras americanas. No me faltaba nada y podía haberla olvidado, pero, no me fue posible. España para nosotros es un dolor.

Antonio.- Un apasionado calvario. Bueno ¿qué tal todos, Miguel?

Miguel.- Muy bien, don Antonio, muy bien.

Federico.- ¿Y tu novia? ¿Y Josefina, tu gran pasión...?

Miguel.- Bien. A veces, es tan buena que, hasta me cuida el ganado si yo tengo que salir del pueblo. También cose para quienes pueden pagar una costurera. Es muy maja y estamos enamorados a tope... (Ríen los tres)

Antonio.- Todo se arreglará. ¿Cuándo has venido?

Miguel.- Ayer. (Pausa) He venido esta vez pues...

porque quiero... quisiera hablar con alguna compañía de teatro. Me alegro que esté usted también,- que tantas relaciones tiene, para ver si puede entregarles alguna de mis obras de teatro. Tengo dos libros -aquí están- que título: "Quién te ha visto y quién te ve" y "El labrador de más aire". (Silencio) Veo que, con la poesía, poco o nada puedo hacer. Con los libros editados no sacaré ni para un paquete de cigarrillos... en cambio, con el teatro, me parece que es otra cosa... que rinde a la larga más beneficios.

(Silencio, pero el no se desanima) Ustedes, que tienen amistad con las grandes compañías (Silencio).

Federico.- (Nervioso) Te lo tengo dicho, Miguel, por carta. No es nada fácil lo que pretendes. Crees que todo se resuelve así, como por arte de magia. "Llevo mis libros a Madrid, y que Lola Membrives, la Xirgu, Josefina Díaz, Ricardo Calvo o Santiago Arias, me estrenen ésta pieza que he escrito en Orihuela".

Miguel.- (Que mucho le ha dolido todo esto) ¡¡No he dicho eso;¡¡

Federico.- Te lo digo yo. Como con el libro de poemas, "El rayo que no cesa": "Lo mando a Madrid y en poco tiempo ¡hale! todo vendido... Me conocen y hago otra edición de mil ejemplares, que se venderán como chubos y rros. Conseguiré nombre como Vicente, como Juan Ramón, como Rafael, don Manuel y Don Antonio Machado" Os creéis desde provincias que todo aquí es tan fácil como soplar y hacer botellas; como poner una pedacillo de barro en el torno y sacar en segundos una maceta

Miguel.- (Mientras ha estado oyendo ha ido demudando varias veces el gesto. Ha querido rasgar los libros, pero no ha podido. Los tira al suelo y, decididamente, se va hacia la puerta) Perdonen...

Antonio.- ¡Miguel; ¡Quieto ahí, no te vayas; ¡Espera; (Levanta el sobre del suelo y se lo entrega) Ven aquí, hijo mío, y no hagas tanto caso a lo que no tiene importancia. Toma esto y respétalo como merece tu trabajo. (Se lo da) Nadie te echa de mi casa - que es también tuya y de Federico. Sigue, sigue aquí y tu, atempera la expresión, comprende que le haces daño.

FEDERICO.- Te pido disculpas, Miguel. Perdóname. Te quiero decir, pues lo he sufrido como todos, que, Madrid, es muy duro; que, triunfar aquí sea en el cante, con la franela en el ruedo, con la pluma o con el baile -entre otras muchas cosas- no es una broma.

Miguel.- Eso lo sé perfectamente. Lo he padecido y de ello puede dar fe don Jose María Cossío, pero ¿es que quieren que me quede de cabrero toda la vida, porque le existencia en Madrid la tengo vedada por ser pobre, porque no haya podido pagarme mi padre el internado en la Residencia de Estudiantes?

Antonio.- Llevas toda la razón, hijo mío, toda la razón. Aquí, como en tantas cosas de este país, hay una injusticia social, Federico.

Federico.- Lo sé de sobra, don Antonio.

Antonio.- Lo sabe mejor Miguel. El que tú y yo, y todos los que como nosotros, hemos tenido padres con posibilidades económicas, para que nos paguen desplazamientos y carrera, no debe compararse con el chico de dieciocho años que estudia por su cuenta en la pequeña bibliote-

ca del Círculo local, teniendo por maestro a un sacerdote del pueblo, y que hoy escribe mientras ejerce de pastor.

Los poemas de Miguel, lo sabemos todos, llaman la atención y, por qué no decirlo, Federico, hasta nos avergonzamos los que mucho hemos estudiado y ejercido, por venir de donde vienen y tener tanta genialidad.

Miguel.- Gracias, don Antonio. (Le besa las manos)

Antonio.- ¡Quieto; ¡Quieto, Miguel, quieto... Eres un hombre agradecido, ya lo sé.

Miguel.- Usted se merece todo.

Antonio.- Hago justicia. La culpa la tienen estos deplorables gobiernos que ha soportado España, una España destrozadora de inteligencias; madrastra de mentes privilegiadas; Sanedrin para los poetas de todos los tiempos.

Federico.- ¡Exacto; ¡Exacto, don Antonio;

Antonio.- Esperemos, confiemos que, de ahora en adelante, pueda enmendarse todo esto tan lamentable para el hombre que, como Miguel, nace con el dominio del idioma que le tuvo Góngora, Cervantes, Quevedo, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, y que, como ellos -como todos ellos- tiene que aguantar su calvario, el calvario de todo poeta. No le pongamos más piedras simbólicas en el camino, que ya tiene suficientes con las que esta sociedad -ruin torpe y miserable, despreciadora de lo que no entiende- nos coloca a cada cual en la vereda para que nos destrocemos.

Federico.- Perdón, Miguel, perdón, si es que en parte, me salí de mis casillas. (Le dá la mano)

Miguel.- No ha sido nada...

Federico.- La noticia que has traído me ha puesto fuera de sí... (Suena el teléfono y atiende don Antonio)

Antonio.- Perdón. (Habla) Si... si... ¿Quién? José.
 Dime, José. ¿Quién?... (A ellos) Es mi hermano.
 No no. Bueno sí, hace unos minutos lo hemos sabido.
 (Pausa) Pues, haberme llamado, hombre... Ya.
 ¿Así que es verdad...? Si Si. Vaya barbaridad. No
 te preocupes. (Pausa) Ya. Así que estás
 en lo de Manuel. Hasta luego, José. Oye ¿no
 íbais a venir a comer con las niñas? Bien, bien,
 como queráis... Bueno, pues, hasta el sábado.

Adiós, José. (Cuelga) Es verdad la noticia.
 Le han encontrado asesinado en el cementerio... ¿Quién
 ha sido...? ¿Quién quiere destrozr la Repúbli-
 ca?... No se sabe. Estaba en el depósito con
 unos tiros... Lo sacaron de su domicilio por la no-
 che para matarle... Eso es todo, señores. (Silencio)

Federico.- ¿Qué país;... ¿Qué país...; (Pasea nervioso)
 ¿Qué porquería de país, don Antonio; En América
 no ocurren estas cosas. ¿Por qué nosotros tenemos
 que ser así? ¡Ay, España, España... (Silencio) Yo
 estoy muy preocupado... Todos los que escribimos, te-
 nemos que estar inquietos con éste crimen... y lo
 que puede desencadenar.

Antonio.- No tanto, no tanto, Federico.

Federico.- Se me vienen a la cabeza los textos... las fra-
 ses... los temas... Uno, es valiente con la pluma
 en la mano; decimos lo que sentimos que es la verdad,
 y luego... en frío... hasta tiemblas frente a las son-
 bras de los vampiros... Venimos al mundo con el mie-
 do en las entrañas. ¡Ah qué país este ...;

Miguel.- Nos nacen, con el miedo de las madres a las fuer-
 zas que son defensoras de la patria, ^{dicen} que son de todos,
 y nos acobardan desde la cuna. Un día esto tiene que

cambiar.

Antonio.- ¿Cambiar?... Repasemos la historia y no dejaré llenos de dudas en todo. Un año tuvo de vida la primera República. En un año desfilaron por ella cuatro presidentes. ¿Qué seriedad fue aquella? ¿Y las guerras carlistas? ¿Y los pronunciamientos militares? ¿Y Pavía...? ¿Y los cuartelazos?... ¿Y los incumplimientos constitucionales? ¿Qué buscaba Sanjurjo, recién proclamada esta República que tenemos?... ¿No hemos tenido hace un año una cruel guerra civil con su triste represión militar? Pero, no hay que desesperar, Federico. Esto será -digo yo- pues, una muerte más de un político, como ocurrió con Dato, con Cánovas y con otros.

Miguel.- (Aparte) ¡Pues sí que he venido yo a Madrid en buen momento?

Federico.- No van a faltar manifestaciones, insultos y, hasta tiros de unos y de otros por las calles.

Antonio.- ¿Y le vamos a temer a eso? ;Si hay que dar la cara se dará;

Miguel.- Si fuese para traer más justicia social, yo me alistó en lo que sea don Antonio. Estoy harto de todo y advierto, que no pertenezco a partido alguno, ni a sindicatos, pero, por darle un cambio a esta podrida sociedad, donde sólo parece que es la patria de unas cuantas familias, mañana mismo salgo a luchar contra eso. (Le escuchan con atención. Miguel, sin quererlo, se ha hecho el dueño de la situación) El campo grita pidiendo soluciones; clamando mejor bienestar; reparto de tierras y que no falte en ningún hogar el pan sobre la mesa. ;No les dan nada, nada de nada; Como ayer, como aquí es norma, al que se queja, al que se

organiza y sale a la calle para protestar; tiros a la barriga; ¿Quiénes siguen llenando las facultades?: Los hijos de papá y de mamá. ¿Quiénes manejan la banca, las industrias y el alto comercio?: Los de siempre. ¿Los mismos de siempre; ¿Quiénes mueven la política?: Parecen otros, pero son los mismos, y, la prueba está en que todo sigue igual, todo igual. ¿Nos siguen gobernando los que no saben de sufrimientos; ¿Los señoritos; ¿Hasta en literatura tenemos nuestras clases sociales; Yo, mucho admiro a don Federico.

Federico.- Por favor, Miguel, quita ese don.

Miguel.- Gracias. Quería decir que, ha venido no hace mucho de América, donde se le ha tenido como a un dios - y yo de ello me alegro-: obsequiado, agasajado, aplaudido y estrenando cuanto tenga a mano inédito. Y yo, cabrero de Orihuela ¿cómo consigo que se me conozca, que se me lea, o que estrenen mis libros? Esto es así señores.

Antonio.- Debes tener en cuenta, Miguel, que eres joven, que te quedan muchos años -los decisivos- para que llegues donde mereces.

Miguel.- Tengo veinticinco, don Antonio.

Antonio.- Eres un niño.

Miguel.- Y una novia, con la que me quiero casar.

Antonio.- También es verdad.

Federico.- Yo, señores, amigos, les voy a dejar. Quiero cuanto antes arreglar mis cosillas que tengo pendientes y marchar cuanto antes a mi Granada. Allí creo que estoy más defendido... cosas mías son, pero, lo veo así. Miguel (le tiende la mano) ya sabes cuánto te aprecio y valoro lo tuyo. Haré lo que pueda por tí y olvidemos este encuentro de un día trece. ¿Tenía

que ser el trece;

Miguel.- Gracias a tí, Federico. (Se abrazan)

Federico.- Vete con calma, sin prisas que, quien tiene genialidad, un día u otro se destapa y llega donde merece. Don Antonio (Se abrazan) Espero que nos veamos después de verano. Le enviaré el "Llanto" o lo traeré personalmente, junto con mi últimos sonetos que titulo "Del amor oscuro", y que me gustaría tener su juicio.

Antonio.- Te lo agradeceré, Federico.

Federico.- Ni le he preguntado qué lleva entre manos. Con semejante noticia todo se ha desquiciado hoy.

Antonio.- Te lo digo. Aquí está. Es una obra que tenemos escrita Manuel y yo hace años y que la estoy actualizando un poco. Se titula: El hombre que murió en la guerra.

Federico.- Poetas... toquemos madera... ¡Señor, señor, qué título don Antonio; (Rien todos) Adiós, amigos.

Suerte para todo y para todos. ¡Chao;; como dicen en tierra de José Hernández, con el más puro acento italiano.

Antonio.- ¡¡Madre; ¡Madre, acompaña a Federico;

Federico.- (Iniciando el mutis) Conozco bien el camino.

¡Adiós;

Los dos.- ¡Adiós, Federico;

Antonio.- ¿Un cigarrillo?...

Miguel.- No no, gracias, don Antonio.

Antonio.- Me ocuparé de esos libros que tienes. Déjamelos.

(Se los dá y el los coloca encima de la mesa) No te hagas excesivas iluciones. Esto del teatro es muy extraño, rarísimo, hijo mío. Llevar algo a escena es

como un milagro y, mucho más para un autor desconocido. De todos modos le voy a poner interés.

- Miguel.- Se lo agradeceré de todo corazón.

- Antonio.- Y, por favor, no tomes en cuenta lo que ha dicho Federico. Yo le conozco bien. Se ha puesto muy nervioso con la noticia. El es excesivamente sensible y, esa muerte, lo ha puesto un poco fuera de sí. Federico es un ángel, un niño delicado, excesivamente frágil.

Miguel.- Lo sé, don Antonio, lo sé.

Antonio.- ¿Qué estás haciendo en poesía?

Miguel.- Hago algo. Tengo que hacer algo porque ello forma parte de mi vida, pero ¿para qué?... Para leerse-lo a mis cuatro amigos en la panadería... Para que me lo escuchen las cabras por umbrías y ribazos... Para que los conozca Josefina, y me dé un beso diciéndome que soy el mejor poeta del mundo. Y ¿después?...
;Después, los guardo archivándoles unos encima de los otros;

Antonio.- Triste país este nuestro. ¿No publicas algo nuevo?

Miguel.- A veces, en pequeñas revistas, que las leen treinta persona o cincuenta amigos. Este soneto, acaba de salir hace poco en RUMBOS, de Talavera. Aquí tengo un ejemplar de la revista. (Lo saca del bolsillo)

Antonio.- Léelo, anda, léelo, Miguel. Bien sabes cómo te admiro en esos sonetos tan redondos que sabes hacer.

Para mí eres el mejor sonetista que ha nacido en España. Lo digo con todo conocimiento de causa, y porque conozco bien esa parcela. Te escucho.

Miguel.- Lo titulo: PASTORA DE MIS SUEÑOS. Dice así:

Te me mueres de casta y de sencilla

Estoy convicto amor, estoy confeso,
de que, raptor intrépido de un beso
no te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y, desde aquel tristísimo suceso
tu mejilla, de escrúpulo y de peso
se me cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.

Y, sin dormir, amor, celosamente
me vigilas la boca /; con qué cuidado;
para que no se me vicie y se desmande.

Antonio.- Perfecto. Muy bueno. Qué lástima, hijo mío
que valiendo tanto, estés allí en tu pueblo de pas-
tor. Qué injusticia, Miguel, pero, todo se remedia-
rá.

Miguel.- Por eso, don Antonio, me rebelo. Por eso, a ve-
ces, soy violento.

Antonio.- Te comprendo, te comprendo.

Miguel.- Cuántas veces; cuántas; he pensado en ir al anar-

Antonio.- Miguel, pero es que hace falta que saquemos car-
net del anarquismo los escritores españoles, cuando
somos -casi todos- la esencia pura del anarquismo ibé-
rico? Que se metan otros. Yo te entiendo, te admi-
ro, y... hasta te compadezco, aunque espero que esto
ha de serte pasajero. ¿Has venido solo?

Miguel.- No. Me acompaña mi novia, para ver si consigui-

mos algo, que, algo puede haber para nosotros: una portería para ella, una fábrica, una taller de planchado... Algo habrá. Y yo, trataré de hallar un puesto de barrendero, de sepulturero, de limpiabotas: de lo que sea, para salvar este puente que tengo desde Orihuela hasta Madrid. Nos casaremos y, viviendo aquí, tengo la oportunidad de luchar en esta batalla cuerpo a cuerpo, que es lo que necesito, don Antonio.

Antonio.- Quizá tengas razón. A tus años y con tus méritos, es lo que todo hombre de condiciones tiene que intentar. ¿Tenéis dinero?

Miguel.- ¡Bah!... Ya puede suponer... pero, eso, no nos quita el sueño.

Antonio.- (Va a la mesa y saca un sobre del cajón) Ayer he cobrado en la Sociedad General de Autores unas pesetas sobre derechos de teatro. ¡Toma! Para vosotros. Para que os remedie en algo.

Miguel.- No no... No no... Imposible, don Antonio. Yo no puedo recibir esto de usted. No no no.

Antonio.- Tómalo y no lo desprecies.

Miguel.- Le digo que no. (Lo deja encima de la mesa)

Antonio.- ¡Y yo te digo que sí! Para mi madre y para mí nos sobra mucho de lo que tenemos. Así que toma esto.

(Se lo mete en el bolsillo) Que compre tu novia un vestido, unos zapatos... lo que sea,; O tú, lo que más te convenga. ¡Ya está, Miguel!

Miguel.- Don Antonio... ¡Somos la esencia!

Antonio.- Te lo doy porque puedo y nada más.

Miguel.- Pero si es que... ¿Ve usted hasta dónde llega uno?

(Se quita una lágrima) Tener que recibir dinero del hombre que más admiro y respeto.

Antonio.- No es llegar a nada. Estás donde estabas. A escribir y a publicar que llegarás, llegarás porque has nacido con el extraño privilegio de los elegidos.

Miguel.- ¿Llegaré...? ¡Ay, don Antonio; Acaso después de muerto...

Antonio.- Eso, en nuestra España es lo normal, pero, así y todo, llega el que vale y tú llegarás.

ESCENA I I I

Dichos y Ana.

Ana.- En la puerta Antonio. Se oye mucho jaleo por las calles... Parece que hay hasta tiros.

Antonio.- ¿Tiros también?...

Ana.- Dicen las vecinas que se va a armar la gorda... La radio está diciendo que han matado no sé a quién...

Antonio.- Lo sabemos, madre, ya lo sabemos. Lo ha dicho José por teléfono. No se te ocurra salir a la calle a por nada.

Ana. Descuida, hijo, descuida. (Mutis)

Antonio.- Puede que lleve razón Federico. Vamos a vivir momentos muy graves. Mejor te vas, Miguel, cuanto antes, que tu novia puede estar preocupada si ha venido contigo.

Miguel.- En la esquina está esperándome.

Antonio.- Ve con ella. Hasta en eso te envidio. Serás muy feliz.

Miguel.- Mucho, mucho don Antonio. Ella es para mí todo. Sabe que, sin ella no soy nadie. La necesito a mi lado o no sé vivir.

Antonio.- Sé lo que es eso. (Pausa) Pues a vivir, hijo mío, a luchar donde sea y como sea, pero siempre

con la palabra y la pluma. La violencia déjasela para otros, para esos que se divierten destrozando nuestra convivencia y nuestra libertad.

Miguel.- (Le agarra las manos y se las besa) Gracias, maestro, gracias. Usted es el padre de todos los jóvenes poetas. Nuestro padre y nuestro maestro.

Antonio.- (Van hacia la puerta) Agradecido... Eres muy agradecido. ¡Madre! (Sale Ana) Madre, acompaña a éste poeta, que vale mucho más que tu hijo en ese difícil arte del rimar.

Ana.- ¿Tanto y tan joven? (En la puerta)

Miguel.- No le haga caso doña Ana. Es una broma. Gracias nuevamente don Antonio, y que tenga mucha salud para que sea siempre nuestro guía y el mejor ejemplo a seguir.

Antonio.- Gracias a tí y a los que como tú siguen mi camino.

(FIN DEL SEGUNDO ACTO.)

ANTONIO CILLERO ULECIA

ACTO TERCERO

Cuadro Primero

El escenario en oscuridad. Ha de tener al fondo una cortina negra a media altura, de forma que se vean luces o resplandores, simulando el camión que avanza. Se escuchan los compases y letra de La Internacional... Después se escuchan los cánticos del "Cara al sol", acompañado uno y otro por gritos, tiros, bombas, etc, etc. Es la guerra civil 1936, primeros días de ella 18-19 de julio de 1936.

SILENCIO

Voz.- ¿Adónde vamos con estos?...

Otra voz.- El Jefe de la patrulla Negra, ha dicho que, donde los de anoche. Junto al puente, en la curva entre Viznar y Alfacar.

Voz.- ¡Venga, cojo; ¡Arriba; ¡Arriba, coño, que bien corrias tú el Primero de Mayo con los comunistas;¡

Otro.- ¿Cómo te llamas tú? Sí sí, tú.

Voz.- Joaquin Arcollas.

Otro.- Este es el banderillero Arcollas ¿No lo conoces? Y éste otro, su compañero de garrapullos: Galadí.

Voz.- ¿Y éste tan calladito, el pata de palo? ¿Quién eres tú, rojo??

Otro.- Este es el maestro Galindo. El doctrinario de la hoz y el martillo...

Voz.- Ya. ¿Y éste tan majo que huele a perfume? ¿A que

no sabéis quién es éste? Yo os lo digo. Este es el marica de la banderita republicana en Mariana Pineda. ¡¡El poeta¡¡

(Hace un ruido grosero y risas de todos)

¿Pero es que no os acordáis alguno de vosotros?...

Voz.- Sí, hombre, sí, el del canto a los gitanos y los insultos a la Guardia Civil. ¿Os acordais de esto?

"Tienen, por eso no lloran

de plomo las calaveras".

¿Qué te parece ahora, poetilla de los rojos, lo que quiere hacer España con sus malos hijos? ¡Vamos a dejar nuestro suelo libre de roña y basura! ¡Vas a saber en el infierno -que es donde mereces estar tú- lo que son estrenos... aplausos... felicitaciones y viajes de placer. Pepe ¿dónde estaba este gaza-po escondido?

Voz.- Han dicho que le sacaron de la casa de los Rosales.

Otro.- ¿Los Rosales, eh?... Ya te vamos a dar a tí ro-sas cuando pises la cuneta...

Voz.- ¿Seguimos ya...?

Varias.- Cuando queráis.

(Luz en el lado derecho tras de la cortina os-cura. Arranca el camión. Canción de los falangistas. La luz va avanzando, cruzando el escenario, entre el ruido del motor, la canción y risas de los milicia-nos)

OSCURO TOTAL

(Silencio)

Voz de don Antonio.- El pelotón de verdugos

no osó mirarle a la cara,

todos cerraron los ojos,

rezaron... ¡Ni Dios te salva!

(Descarga de fusilería)

Voz de mujer.-- Una de las dos Españas

ha de helarte el corazón.

Españolito que vienes

al mundo, te guarde Dios.

Voz.-- Entre Viznar y Alfacar

murió la gracia de España

¡qué terrible soledad!

Fin del cuadro

CUADRO SEGUNDO

La acción en Madrid, durante los días de Resistencia. Es el mismo despacho de don Antonio, pero, todo más triste y desordenado. Don Antonio aparece vestido peor y denota tristeza y agotamiento. Se oyen tiros y algún cañonazo lejos y espaciado.

León Felipe y Don Antonio.

L. Felipe.- Lo escuché anoche y no acabo de creérmelo Antonio. ¿Cómo es posible que, Manuel, estando como estamos -y que aquello caerá en nuestras manos, que tiene que caer- haya aceptado semejante nombramiento?

Antonio.- Dices que ha sido en San Sebastián...

L. Felipe.- Lo dijo bien claro la radio de ellos. Le han nombrado Académico de la Real de la Lengua, siendo su Director, Jose María Pemán. ¡En San Sebastián; El allí con honores de los jefazos fascistas sublevados, y tú, aquí, Antonio, casi casi cercado por las tropas que, a tu hermano -robándole a Madrid el cetro de la Academia- le nombran Académico.

Antonio.- Son cosas de la guerra incivil que todo lo confunde y trastoca, Felipe. Académico lo soy yo desde el 27, que lo sea ahora mi hermano... pues bien está.

L. Felipe.- Si no te importa... menos debe importarme a mí. ¿Con qué académicos ha contado para celebrar esa entrada?... ¿Con qué invitados.? ¿En qué ocasión entra y, quién preside el acto...? Para mí, Antonio, esto es una barbaridad, una acción política -fíjate bien- y creo que, hasta contra su hermano que está con-

tra ellos y defendiendo a los leales, a la Constitución y a la República.

Antonio.- ¿Y qué más dará ya todo, Felipe, qué más dará...

¡Vamos a perder tantas cosas... tantas... Madrid aguanta a la bestia que lo cerca, de puro milagro, gracias al esfuerzo de esos miles de hermanos extranjeros que han venido a colaborar y morir defendiendo nuestra libertad. Me está dando ya todo igual... todo, todo igual... Felipe, me estoy desmoronando día tras día, y sólo me queda la amargura, la decepción y... y la nada. Mientras tanto, contemplo cómo se vacía de sangre la juventud de España -de las dos Españas-, y cómo se destruye todo, por una partida de ambiciosos y de locos que han creado este cataclismo nacional.

(Siguen los tiros y los cañonazos)

L. Felipe.- He venido, Antonio, para decirte que tienes que abandonar Madrid. Hay que dejar esto cuanto antes.

Antonio.- ¡Yo no abandono Madrid;

L. Felipe.- Lo hemos acordado.

Antonio.- ¿Que lo habéis acordado? ¿Lo habéis decidido por mí? ¿Es que me queréis quitar la libertad de sufrir y morir en éste Madrid de mis ilusiones?

L. Felipe.- Hemos pensado varios amigos, que estaréis mejor tú y tu madre en Valencia, hasta que se conquiste otra vez toda la sierra y Madrid quede libre de bombardeos.

Antonio.- ¡Ay!... ¿Libre dices?... ¡Ojalá! Mira qué carta tengo escrita, y me pides que abandone Madrid, traicionándome. Le digo a David Vigodsky: (Lee)

"En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo y a mí me conmueve, pero no me sorprende.

Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera pero la compra con su sangre y la salva.

En España no hay, no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo" (Deja de leer) ¿Y quieres que salga -tras de esto que has oído- huyendo porque aquí, en Carabanchel y la Universitaria, estén los señoritos, obligando al pueblo sufridor de su zona, a que maten a los hermanos de ésta ciudad. ¡¡No!! ¡No salgo de aquí; Seré un numantino más que quiere perecer entre sus muros; ¿No te acuerdas, Felipe? Lo has leído:

¡Madrid; ¡Madrid; ¡Qué bien tu nombre

suena
rompeolas de todas las Españas.)

L. Felipe.- Gran verdad.

Antonio.- Os lo agradezco, pero, no me muevo. Hago realidad, Felipe, hasta lo de tus versos al Niño de Vallecas:

¡De aquí no se va nadie; ¡Nadie;

¡Ni el místico ni el suicida;

L. Felipe.- Llevas razón... Veremos qué se decide. Llevas toda la razón, Antonio.

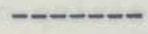
(puede poner el director, cuando se hace el OSCURO,
la canción de "esistencia: "Puente de los franceses")

O S C U R O

Dedicatoria:

Dedico éste Cuadro de mi obra HOMENAJE, a la mujer de Miguel, Josefina, que el año 1966 acudió a un acto clandestino que se le ofrecía a su marido Miguel, en el que estábamos muchos escritores. Allí la conocí y tuve el honor de darle un abrazo, ya que Miguel Hernández no estaba, y seguía siendo prohibido en España, tras de 24 años de haber muerto.

Por fin se le ha hecho la justicia que merece pero...¡a buenas horas...?



Josefina.- (Grita, Miguel, grita) ¡Te está hecho el daño.
(llora) Ya está hecho...

Miguel.- Tu padre era guardia civil así que lo era...
¿qué?... Se mató en sus cargos no podía vivir de
otro, porque tenía que pagar una suma de dinero
... Tu sé bien como pagaba tu padre y qué...
... pero ¡cuánto llorar

Siempre he sido lo mismo. En los tiempos duros, los
escritos, incluso el diario y la prensa, me han
servido siempre para expresar lo que siento y lo que
pienso.

En España no hay, no hay nada de lo que yo he
escrito. (Luz de la Cruz) El primer
capítulo de esta obra - como son los otros - es un
dedicatoria:

Dedicatoria:

Dedico este Cuaderno de mi
obra "HOMENAJE", a la mujer de mi
vida, Josefina, que el año 1966
acudió a un acto clandestino que
se le ofreció a su marido Miguel,
en el que estábamos muchos escri-
tores. Allí la conocí y tuve
el honor de darle un abrazo, ya
que Miguel Hernández no estaba,
y según siempre prohibido en
España, tras de 24 años de haber
muerto.
Por fin se le ha hecho la
justicia que merece pero... ¿a que
nos horas...?



Resumen de la obra "Homenaje" de Miguel Hernández

La obra "Homenaje" de Miguel Hernández es un
libro que recoge los poemas que el poeta escribió
durante su estancia en el exilio. El libro está
dividido en dos partes: la primera parte
contiene los poemas que el poeta escribió
durante su estancia en el exilio y la segunda
parte contiene los poemas que el poeta escribió
durante su estancia en España.

CUADRO TERCERO

Habitación comedor muy sencilla en casa de Miguel Hernández. Ha llegado Miguel del frente vestido de militar.

Josefina de luto riguroso.

ESCENA I

Josefina - Miguel.

Josefina.- ¡Quieto; ¡Miguel, estate quieto... Mira que te voy a sacar a tu hijo para que esté contigo... que has venido del frente muy loco...

Miguel.- (Que la tiene agarrada a Josefina y la besa con pasión) No no no... No le despiertes... Le he dado un beso y he visto lo remajo que está. Vamos a tener un jabato como un sol, Josefina.

Josefina.- Y un poeta como su padre.

Miguel.- ¿Poeta yo...? Mira qué birria de poeta estoy hecho... vestido de militar, lo más opuesto a mi sentir de hombre libre que desprecia la violencia. Yo, con armas, Josefina, y, mientras tanto, los míos, los que queremos vencer al capitalismo y a la corrupción, en la retaguardia... mira cómo te han vestido. (La besa y abraza con gran pena) ¡Yo quisiera saber quiénes fueron esos hijos de mala perra, que fusilaron a tu...

Josefina.- ¡Calla, Miguel, calla; Ya está hecho el daño.

(Llora) Ya está hecho...

Miguel.- Tu padre era guardia civil ¡sí que lo era; ¿Y qué?... Se metió en ello porque no podía vivir de obrero; porque tenía trabajo una semana sí y diez no. Yo sé bien cómo pensaba tu padre y qué deseaba para nuestro país, pero ¿quién puede evitar

que en la retaguardia haya criminales? Como les hay en la otra parte y van cargados de medallas y escapularios.

Josefina.- Ya está hecho, Miguel.

Miguel.- Y todo por envidia y por instinto perverso. Denuncian y matan al que les apetece en cada pueblo sólo por resentimientos, pero, con eso tenemos que acabar.

Josefina.- Déjalo ya. Mi padre era bueno y ya está. ¿Qué puesto tienes en el frente, Miguel? Oye, ten cuidado de las balas, cariño, no te hagas el valiente. Ten mucho cuidado, Miguel.

Miguel.- Estoy destinado a Cultura. Doy conferencias. Enseño a leer y escribir a tanto analfabeto que tenemos en las filas. Hablo desde las trincheras, para convencer a los soldados del otro lado y que se pasen con nosotros. Algo consigo. ¡Si vieras cómo se vienen muchos; Hace días he tenido que decirles: "¡Fascistas... ¿me oís fascistas?... Cerrad bien las jaulas, que se os escapan los canarios" (Rien los dos)

Josefina.- Pero no tiras tiros ¿verdad?

Miguel.- No. Además, es que no podría hacerlo. En las trincheras de enfrente hay obreros como en las nuestras. ¿Cómo voy a matar a uno que puede ser como yo y, por tocarle allí le obligan a llevar un fusil para que los defienda?

Josefina.- Ten cuidado no te vayan a herir...

Miguel.- Tres heridas llevo a diario que sin cesar me desangran, Josefina.

Josefina.- ¿Me vas a recitar algo?

Miguel.- No, esto es serio. Llevo, la del amor lejano.

(La besa) Este que ahora tengo y palpo... Llevo, la de la muerte de los pobres soldados españoles, y llevo, la de la injusticia social en que está sumida Es-

pañá y tenemos que salvarla como sea. Aquí nos jugamos todo y, si perdemos esta oportunidad, sabe Dios cuándo tendremos otra. Nos va el porvenir nuestro y el de nuestros hijos.

Josefina.- Dios te oiga, Miguel.

Miguel.- Y si no me oye, o no quiere oírme... peor para El.
¿Te has acordado mucho de mí?

Josefina.- Todos los días, todas las noches. (Lo abraza)

Miguel.- Fíjate yo, con tanto como te quiero, meses y meses sin verte. Pero, ahora, nos vamos a desquitar de tanta vigilia...

Josefina.- ¡¡Quieto!! ¡Quieto, Miguel... estate quieto...
(Llaman) ¿Quién será a estas horas?...

Miguel.- Algún inoportuno que viene a fastidiarme. ¡Ay qué noche me espera, Josefina... qué noche...

(Llaman otra vez)

Josefina.- Voy a ver quién es. (Se arregla pelo y ropa)

ESCENA III

Dichos y El Botija.

Josefina.- Aquí tienes, Miguel a El Botija. ¡Pasa, hombre, pasa, que está ahí; (Mutis de Josefina)

El Botija.- (Hombre de unos sesenta años largos. Gordo, muy tranquilo. Viste de campo y lleva un palo en la mano)

A los buenos días, Miguel. (Se abrazan)

Miguel.- Lo mismo digo, Boti...

Botija.- Te he visto venir por el camino Las Torcas, cuando yo estaba en la finca y, velay, que me he dicho digo: ¡Hombre... aquel que va por allá es el Miguel, el hijo la Conce y Miguel... el de las poesías (Ríe) El de Orihuela...

Miguel.- Pues sí señor... yo era.

Botija.- Bien hombre bien... (Pausa) Bueno bueno bueno... ¿Qué tal, qué tal va aquello: se recula o se avanza? ¿Qué me cuentas, majo, qué me cuentas?

Miguel.- Se avanza y no se avanza... Se resiste y se castiga... Hacemos de todo, Boti, de todo.

Botija.- (Pausa) Bueno, bueno bueno... Ya habrás visto a tu Josefina, que se conserva más maja que toa las cosas. ¡Ay qué mujer tienes; Los chorros del agua de limpia y más decente que las de los altares, bueno... las que tú... ya me entiendes...:las de antes.

Miguel.- Eso me gusta, Boti. Así la quiero yo.

Botija.- Oye, que no se pue decir eso de muchas ¿eh?...pa por si acaso... pero, ¿la tuya?: oro de ley, te lo digo yo, que sé cómo está el patio por aquí.

Miguel.- Gracias, Boti. (Pausa)

Botija.- Bueno, bueno bueno... Oye ¿es que no me cuentas nada o qué...? ¿Qué hay de lo de Teruel, es nuestro o no es? Que no me aclaro, y tú, que vienes de por allá lo has de saber.

Miguel.- Fue nuestro, pero, lo dejamos porque no valia la pena perder todos los días hombres dentro de una ciudad tan pequeña.

Botija.- Bien hecho, sí señor, bien hecho. (Pausa) Bueno, bueno bueno... Oye, en confianza, y tú que eres uno de los jefes: ¿Ganaremos o será la tajada pa'Mosulili y p'al Franquito ese de los cojones?...

Miguel.- ¡Eso ni se duda.. ¡No seas derrotista; ¿Quién compone todo el pueblo trabajador, Boti?

Botija.- Nosotros...

Miguel.- ¿Quiénes llevan siglos y siglos pidiendo en este país más justicia social?

Botija.- Nosostros...

Miguel.- ¿De quién es la razón en esta guerra que ellos han provocado?

Botija.- De nosotros...

Miguel.- ¿Quién busca dejarnos sin partidos y sin libertades?

Botija.- Nosotros.

Miguel.- ¡Boti; ¿Qué has dicho?...

Botija.- ¡Ellos, coño... ellos;

Miguel.- Todo el mundo libre nos apoya, para que conquistemos lo que el pueblo reclama desde la llegada de Jesucristo.

Botija.- Miguel... has nombrao al del clero...

Miguel.- No Boti, no. El clero, la alta curia, se lo llevó a su ascua, pero Cristo nos pertenece. Es el hijo de un carpintero, de un obrero, que, por decir y reclamar lo que reclamamos nosotros ahora, fue torturado y crucificado.

Botija.- ¡Jodó qué bueno eso, Miguel, qué bueno; Cómo se ve que escribes poesías... ¡Bien hablaos, sí señor;

(Pausa) Bueno bueno bueno... Oye, Miguel, tú que puedes, mira a ver si se hace callar a algunos que aún huelen a incienso ¿sabes?... Que se juntan por la noche en casa de Morroseta, y, allí, qué se yo lo que confabularán... Son todos de ésta ¿sabes? (Por la derecha) De esta... ¡Ojo con ellos, Miguel;

Miguel.- Boti, no me vengas incordiando y haciéndome denuncias clandestinas. ¡Ya está bien; ¡Ya basta; ¿Entiendes? ¡Ya basta; Que, los viejos, no hacéis sino traer malos quererres en la retaguardia...

Botija.- Oye, que sólo ha sido un hablar. Dos hijos tengo en los frentes y si tengo que ir yo, pues voy

y ná más. (Silencio) Bueno bueno bueno... Tú -digo yo- tú no estarás, con tanto como sabes con el chopo o la metralleta ¿verdá que no...?

Miguel.- A veces sí, otras no.

Botija.- Ya. Pero... con el fusil no. Tú, a lo tuyo: a la política.

Miguel.- ¡Yo no soy político, Boti; Odio la política.

Botija.- Es que, con tus saberes... claro, estás más reservao...

Miguel.- Pues sí señor. ¿Qué más Boti, qué más...?

Botija.- Oye, nada más... Me alegro de todo. Le voy a decir a la Tere, que os traiga algo de la huerta, que os ha de venir bien.

Miguel.- Manda lo que quieras, Boti.

Botija.- Pues nada más. A mandar, Miguel. ¿Cuándo marchas?

Miguel.- El lunes.

Botija.- Bueno bueno bueno... Ya nos veremos y ya nos veremos... Oye, andará con ganas de fiestas la Jose, que la tienes bien remaja... que la cosa es así... Sois jóvenes y a deseo... ¿A ver...?

Miguel.- Así es, Boti... ¡Adiós, Boti... (Lo acompaña y se sienta)

Josefina.- Te habrá dado un palizón.

Miguel.- Tanta tanta paliza que no sé si tengo ganas de ir a quitar a nuestro hijo de la cama para... tú ya lo sabes... (Rien los dos y se abrazan) ¿Has cerrado bien la puerta?

Josefina.- Con dos cerrojos. (Le guiña el ojo) ¡Quieto, Miguel, quieto...

Miguel.- Estás en todo... Siempre estás en todo...

ANTONIO CILLERO ULECIA

CUADRO CUARTO

Habitación muy humilde en casa de los Machado en Barcelona.

Escena I

José - Ana. Después Antonio.

José.- Madre, que tiene usted que comer. Que no toma nada y así no se puede seguir. (Tiene una taza en la mano)

Ana.- Pero hijo mío ¿qué quieres que coma?

José.- Tómese esto. ¡Vamos! Tenemos que hacer un esfuerzo y aguantar.

Ana.- Aguantar... Aguantar... Como dice tu hermano: Cuánto favor nos hubiera hecho una bomba fascista, si nos arrasa el piso en Madrid o en Valencia y morir todos allí sepultados. (Llora)

José.- Hay que resistir, madre.

Ana.- ¿Hasta cuándo, hasta cuándo, José, hasta cuando?... ¿Dónde está Antonio?

José.- Ha salido a dar una vuelta a la manzana.

Ana.- No debe hacerlo según tiene los bronquios. ¡Pobres de nosotros; ¡Ay Dios mío; Si nos viera tu padre, que andamos como gitanos, como mendigos, llevando los trastos de un lado para otro... sin casa y sin sosiego... (Llora)

José.- Madre... no se ponga así. Los trastos.. los hijos y nuestra decepción.

Ana.- Qué castigo es este Dios mío, que mandas contra España.

José.- Vamos, madre, no lllore y tómese la taza de te.

Ana.- No quiero, José. No quiero sino morirme y, cuanto antes mejor.

Antonio (Entra cubierto con un abrigo. Lleva bufanda que le tapa hasta la nariz. Camina con dificultad. Lleva bastón) Ya estoy aquí otra vez.

José.- No sé por qué sales de casa, con la nieblécilla que viene desde el puerto, y según tienes los bronquios.

Antonio.- Con tanto mal como arrastro, José ¿crees que le puedo temer a la nieblilla? La niebla va de paso, y la fatiga, ha echado unas raíces que llegan hasta las uñas de mis pies.

Ana.- Si dejases de fumar...

Antonio.- Soy muy terco madre. ¿Aún no se ha tomado el te?

Ana.- No tengo ganas de nada, hijo.

Antonio.- Pareciera que está empeñada en morirse en Barcelona.

Ana.- Te equivocas. En eso te equivocas. Estoy dispuesta a vivir tanto como tú. Donde vayas tú, yo iré.

Antonio.- Poco nos hemos de llevar, madre.

José.- Acaban de decir por radio, que se quiere hacer una evacuación masiva. Así que debemos estar preparados para el último viaje, que será Francia.

Antonio.- ¿Otro más?... ¡Maldita guerra; ¡Maldita raza esta nuestra; ¡Madrid... Valencia... Barcelona... Bombardeos y más bombardeos sin dejarnos dormir;

¡Abejones nocturnos descargando su horrible carga de muerte; ¡Matando, siempre matando; En este país no se ha pensado desde siempre sino en matar. ¡Sangre; ¡Siempre volcando la sangre del hermano; ¡Caínes;

(Tose)

¿Dices que, a Francia...evacuados?

Tengo la certeza de que el extranjero significará para mí la muerte. Francia será mi sepultura. (Silencio)

¿Dónde están tus hijas, José?

José.- Han salido con su madre para ver si consiguen algo de comida. No tenemos nada, nada de nada...

Antonio.- Pobres hijas. Meses y meses sin tener clase... sin ver un colegio... (Toca la sirena) ; Otra vez el bombardeo; ; Otra vez viene la muerte por el cielo;

Ana.- ¿Por qué no bajamos al sótano?

Antonio.- ¿Y qué más te dará, madre? (La escuchan) José, tenemos que tratar de proteger a tus hijas. Que se salven ellas que son jóvenes. ¿Por qué no las envías sin esperar más a Rusia? Tenéis la facilidad del puerto, y de que hay, ahora, así han dicho, un barco ruso en el muelle. Ocuparos de ello, José... Cuando todo esto acabe, ya volverán, porque esto tiene que acabar, ha de tener un final como lo tiene todo en esta vida.

José.- No es mala idea, no.

Ana.- Si se van mis nietas, Antonio, ya no las veremos más. ; Dios santo, a Rusia; ; A Rusia mis nietas; (Llora) Pero, si allí son ateos... ; No; ; No hagais eso, José; ; Pobres hijas... a Rusia, y solitas...

Antonio.- (Ensimismado recita)

Y cuando llegue el día del último viaje y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,

me encontraréis a bordo, ligero de equipaje casi desnudo, como los hijos de la mar.

Ha de ponerse la misma cortina que en el Cuadro Pri-
 (mero, para que el camión cumpla el mismo efecto.

VOZ.- ¡Compañeros; Que nadie lleve equipaje; No se pue-
 den llevar bultos porque en ese espacio puede entrar

Otro.- Tú; ¿qué llevas ahí?...

Antonio.- Libros... Mis libros... Mis cosas...

VOZ.- ¡Todos tenemos nuestras cosas; He dicho que tireis
 (todo; Todo; Trae eso; (Cae una maleta y papeles
 al escenario) Sube tú Campanell... y tú Carlos.

(Ruido de motor)

Antonio.- ¿Va bien, madre?

Ana.- Si, hijo mío, sí. ¿Dónde dicen que nos llevan?

Antonio.- A Francia; Vamos a Francia, madre.

Ana.- ¿A Francia? ¿A qué...? Ay, Dios mío qué calvario
 Qué calvario; ... ¿Llevas el dinero?

Antonio.- Le llevo, madre le llevo, pero, aunque se pier-
 da, no creo que lo hemos de notar mucho...

(Pasa el foco del camión cruzando la escena)

SILENCIO

RAFAEL.- (Adelantándose)

Un matrimonio francés, en Colliure (Fran-
 cia) les dio alojamiento. No tienen dinero. No tienen
 salud. Quiere la embajada de España en París llevar-
 les allí, pero, don Antonio se niega. Ha caído
 enfermo. En una habitación están, enfermos, la madre
 y el hijo. Doña Ana, lleva varios días en coma...

¡Qué cuadro tan trágico; Muere el poeta.

Ha muerto y tienen que pasarle por encima de la cama

de su madre, y, como algo imprevisible, inaudito, aquella mujer que hacía días que no pronunciaba palabra, dice:

¿Dónde está mi hijo Antonio?

¿Qué le ha pasado a mi hijo...?

Su madre, doña Ana, le siguió pocas horas después.

Allí les tenemos. Allí está enterrado como si fuese un hijo maldito.

He ahí la justicia de este HOMENAJE, pero, falta el otro poeta, el nacido en Orihuela, que le dejamos siendo soldado. Sigamos también su calvario.

Permiso.

(Mutis)

CUADRO QUINTO

Miguel y otro preso están tendidos en el suelo sobre colchonetas. Miguel está muy tapado. Desmejorado, pálido y con unos objetos a cada lado de su colchoneta.

Preso.- ¡Miguel... Miguel... Ahí tienes el algodón que te ha traído tu mujer. ¡Cabronazos! ¡Ni algodón hay para los presos y enfermos eh? Toma, Miguel, que le tienes aquí.

Miguel.- No creo que lo utilice...

Preso.- Así que, te cazaron en Portugal, según me contabas.

Miguel.- Buscaba salir de Orihuela, donde veía a gente que me miraban con odio y rencor. Me hubieran querido muerto. Fui a Sevilla y temía ser descubierto. Vendí mi reloj... un traje azul que me hice para ir a Rusia, y marché en busca de la frontera portuguesa.

(Tos, mucha tos. Saca un pañuelo y se limpia) ¡Ay, de mí... ¡Ay de mi pecho...

Preso.- ¿Te entregaron a la policía de España?

Miguel.- Pasábamos tantos... que tenían orden de detener a todos... y yo caí. Después: Callosa del Segura Huelva... Sevilla... Ocaña... Torrijos y, ahora Alicante. ¡¡Ay, ay... madre mía! (Se queja) En Madrid... cárcel de Toreno, año 1940... se me condenó a muerte, a muerte junto a otros compañeros... A mí por ser "escritor y poeta de la revolución". ¡Un gran mérito para mí, ya ves qué imbéciles... eso me engrandecía. A los cuatro meses salí de

allí. ¡Ay!!! Se me perdonó la vida porque... se dijo, se dijo... que Franco, al saber la noticia de mi condena dijo: "¡Basta; ¡Basta; ¡No me mateis a otro poeta, que bastante daño ha hecho a nuestra causa la muerte del granadino". (Se queja y tose)

Preso.- Y ¿cómo no te han dado la libertad siendo tan importante como dice que eres?

Miguel.- Pude salir. Tengo grandes amigos poetas que mediaron para pedir mi indulto si me retractaba, pero... eso, jamás ¡Jamás; Era traicionar a los humildes que no tienen ese privilegio y, porque mi conciencia de luchador en bien del pueblo lo rechaza. No me retracto de nada de cuanto hice y luché, que lo hacía por conseguir una España mejor para nuestros hijos.

Yo no quise que ellos, vivieran las privaciones y angustias que yo he pasado. (Tos)

Preso.- No hables más, Miguel, no hables más. ¿Qué has escrito esta mañana?

Miguel.- (Lo saca del pecho) Esto, bah, una tontería.

¡Ay! ¡Ay de mí; (Lee)

Me da cada mañana
con decisión más firme
la desolada gana
de cantar... de llorar y de morirme.

¡Ay! ¡Ay de mí, madre mía; Escribiendo, a veces, parece que hasta calmo este dolor que me devora...

Preso.- Eso es muy bueno. ¿Has mandado a tu mujer la

"Nana de la cebolla" que me leíste?

Miguel.- Si. Entre las costuras de la ropa sucia ha sa-

lido. ¡Ay! Esto es igual que fuego... me quema las entrañas. ¡Ay de mí Josefina... Ay de mí...

Preso.- Echate... Echate, Miguel. Te voy a tapar más.
 Creo que tienes mucha fiebre. Sí, tienes más que ha-
 ce un rato.

Miguel.- Ten cuidado de que no se me acerquen las ratas
 cuando duerma.

Preso.- Ya te he dicho que, anoche, maté una. Tienen más
 hambre que nosotros y, si nos descuidamos, nos muer-
 den la boca o los ojos.

Miguel.- Por eso te lo digo. (Pausa, como soñando)

En la cuna del hambre
 mi niño estaba.

Con sangre de cebolla
 se amamantaba.

Pero tu sangre,
 escarchada de azúcar
 cebolla y hambre.

(Golpe de tos)

¿Qué día es hoy?

Preso.- Veintiocho de marzo. Mañana es Domingo de Ramos
 Miguel.

Miguel.- No lo veré. Presiante que no lo veré. No le ve-
 ré, Josefina. Ya no voy a ver a mi hijo... (Dolores
y gestos) ;Ya no puedo más, es que no puedo más;
 Tengo aquí una hiena que me devora... ;Ay de mí; ;Por
 qué tanto castigo, por qué...?

Preso.- Duerme... Duerme y sueña con tus poesías, que ya
 sé que eres muy grande, Miguel. Anda, duerme, que to-
 do pasará y, si Dios quiere, hasta un día tendremos li-
 bertad.

O S C U R O

Se oye un débil toque de campanita, indicando que hay un entierro. Ha muerto Miguel Hernández.

EPILOGO

RAFAEL.- (Aparece delante de la cortina, para decirle al público:

Cinco personas acompañaron el cadáver de Miguel Hernández. Toda su fortuna, toda la riqueza que dejó fue esto que he traído aquí, y que le entregó a Josefina, un oficial de prisiones.

(Va tirando al suelo lo que nombra)

- ¡Un mono...
- ¡Dos camisas...
- ¡Un jersey...
- ¡Una camisa planchada...
- ¡Dos fundas de almohada...
- ¡Una correa...
- ¡Una toalla...
- ¡Una servilleta...
- ¡Dos pañuelos...
- ¡Un par de calcetines...
- ¡Una manta...
- ¡Una cazuela y

UN BOTE...

¡He ahí toda la fortuna de uno de nuestros grandes poetas de este siglo XX;

Señoras... Señores... Amigos: ¿No clama esto justicia? ¿No fue todo esto la mayor vergüenza de los

siglos en este país?

Tres grandes poetas. Tres mártires de una España violenta y madrastra -desde siempre- de nuestras mentes más privilegiadas.

Han pasado cincuenta años. De ellos, cuarenta obligados al silencio, porque, el poeta, muere dos veces. Ha pasado medio siglo. Creo que era justicia, rendirles a estos tres poetas, conocidos en todo el mundo, este HOMENAJE.

Conocidas sus vidas, puestas aquí con toda la realidad de sus hechos, que ellas sirvan de ejemplo para que esto que conoció España durante la última guerra civil, nunca más. ¡¡Jamás!! se vuelva a repetir.

Muchas gracias.

FIN.

Septiembre 1985

Tobia (La Rioja)

I N D I C E

Pagina 3 DON SEVERISIMO

" " 111 USTED MANDA, MISTER.

" " 167 H O M E N A J E

Madrid, 9 de Diciembre de 1985

Señor D. Aniceta Gilibert y Caba
TOEVA (La Niña)

Mi querido amigo,

Esto como letrada que es amigo de
que leeré con mucha gusto que me
el momento apropiado.

De verdad me lo pasará a
Cultura que se practica en
España.

Agradecido un cordial saludo,

S. Severino

(F. J. Enrique Torres Galvín)



El Alcalde de Madrid

Madrid, 9 de Diciembre de 1985

Sr. D. Antonio Cillero Ulecia
TOBIA (La Rioja)

Mi querido amigo:

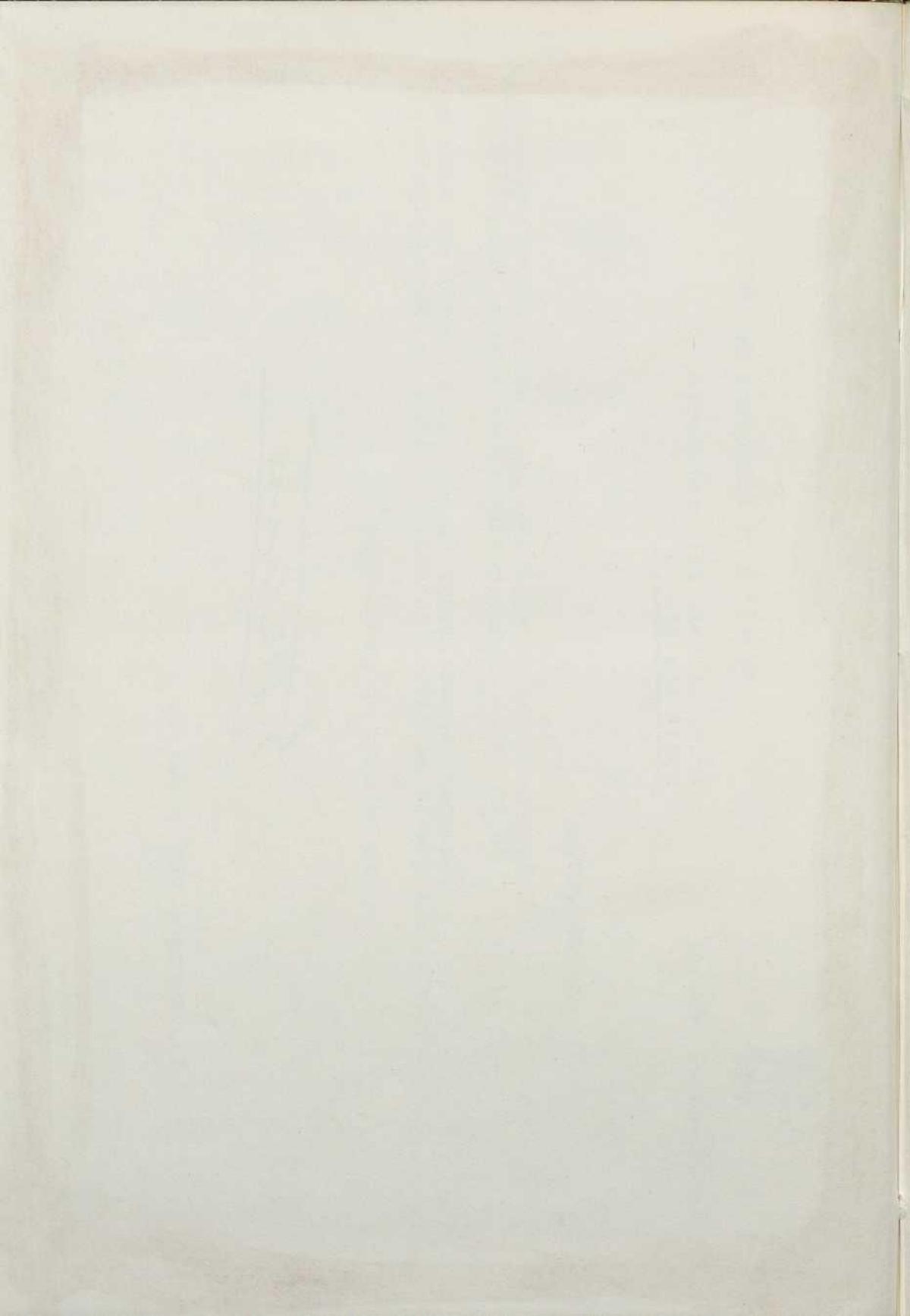
Solo unas letras para acusar recibo de su obra Homenaje,
que leeré con mucho gusto cuando encuentre el momento apropiado.

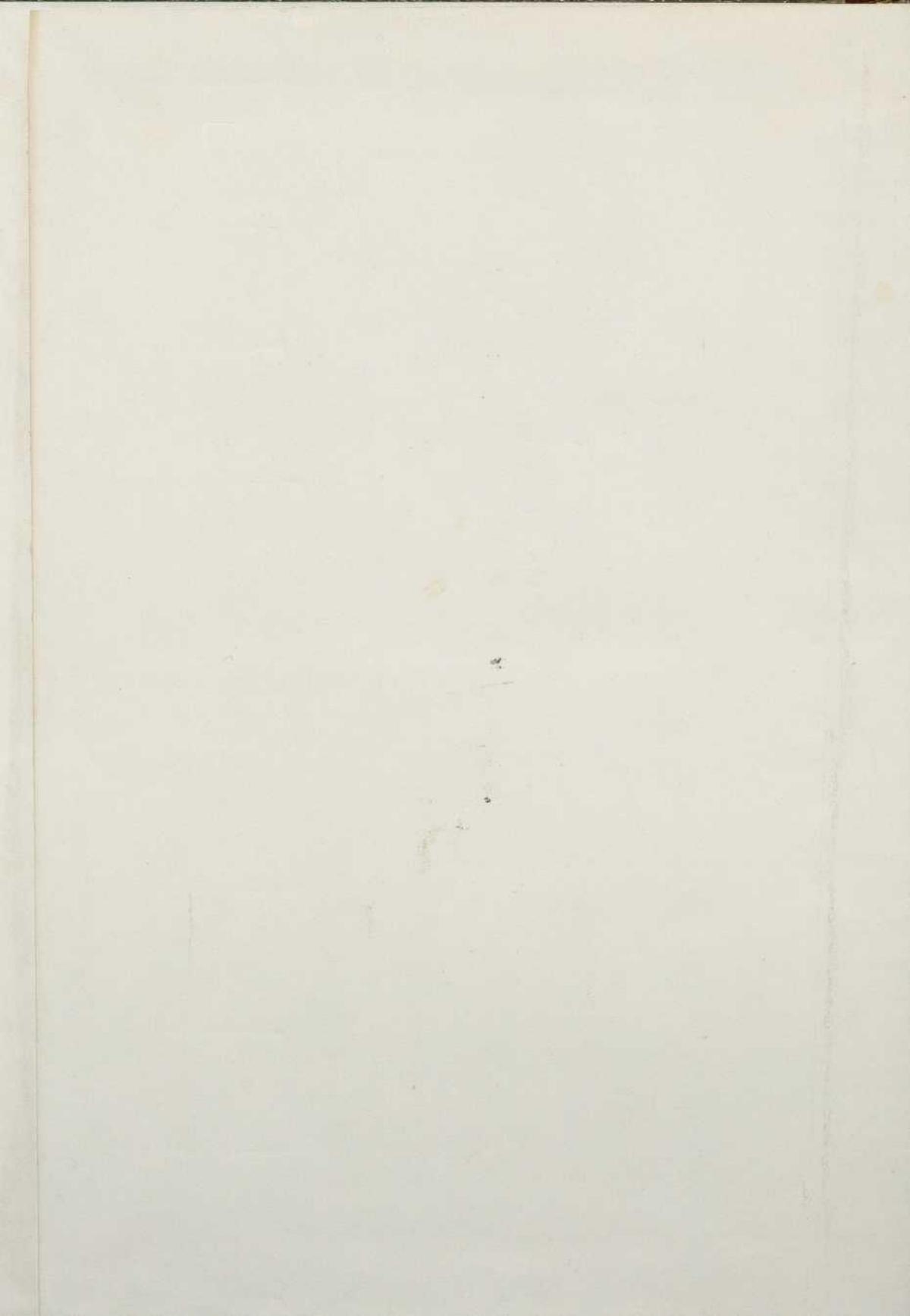
De todos modos pasaré la obra al Concejal del Area de
Cultura para que se estudien las posibilidades de representación.

Agradecido un cordial saludo,

S. Tierno

F./ Enrique Tierno Galván
1.





TEATRO AVENIDA

Avenida de Mayo 1222

Buenos Aires

Día 10 de Octubre de 1960

a las 21.30 hs.

Extraordinaria Función de Gala

El Instituto Argentino Hispánico, en homenaje al
DIA DE LA RAZA y en conmemoración del
150 aniversario de la Revolución de Mayo

PRESENTA

1º El Sensacional Estreno Universal

Rucamará

Tragedia en tres actos (basada en una leyenda argentina)
Original del dramaturgo y poeta Antonio Cillero Ulecia

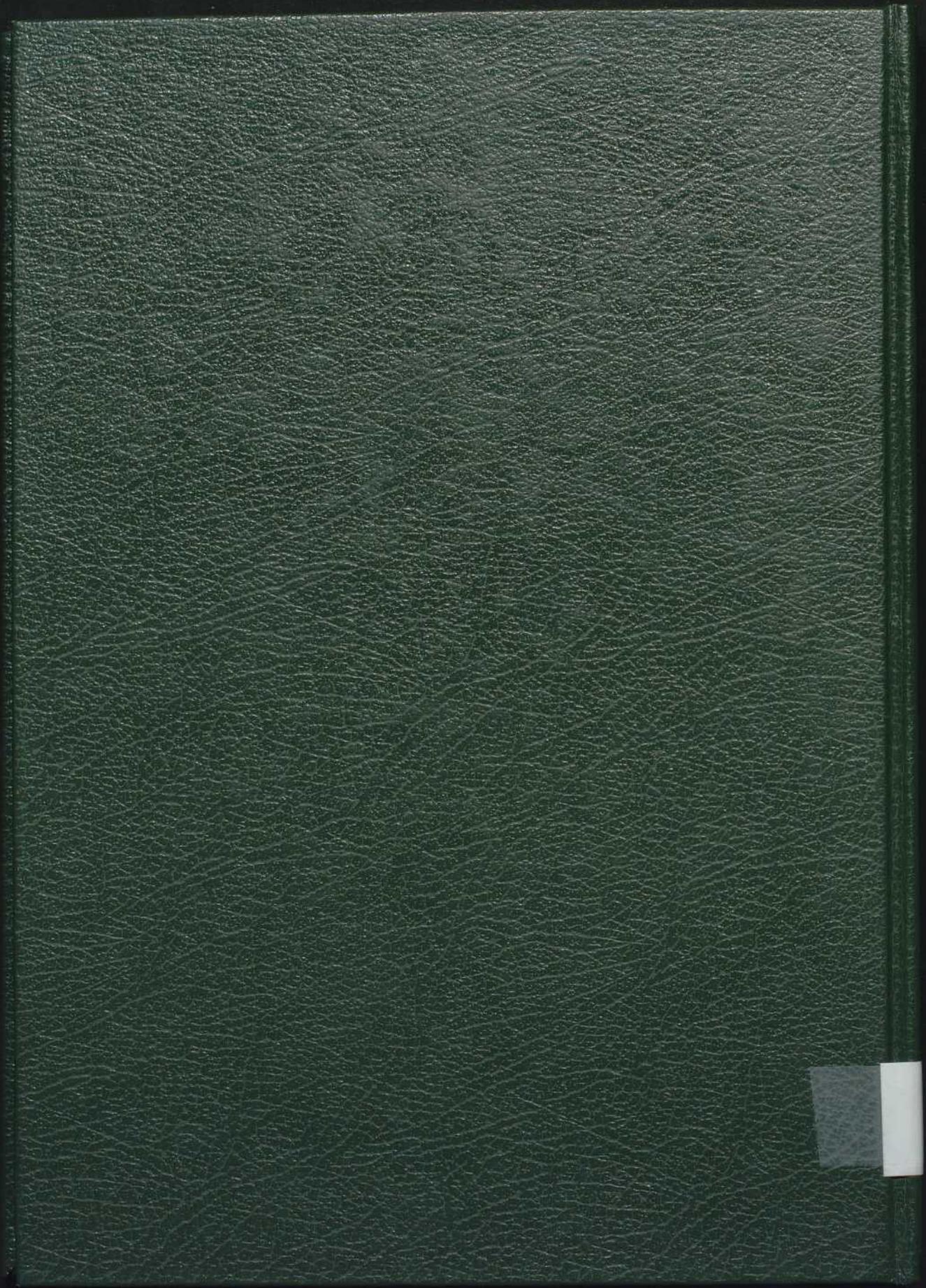
La interpretación estará a cargo del Conjunto Vocacional
GONZALO DE BERCEO

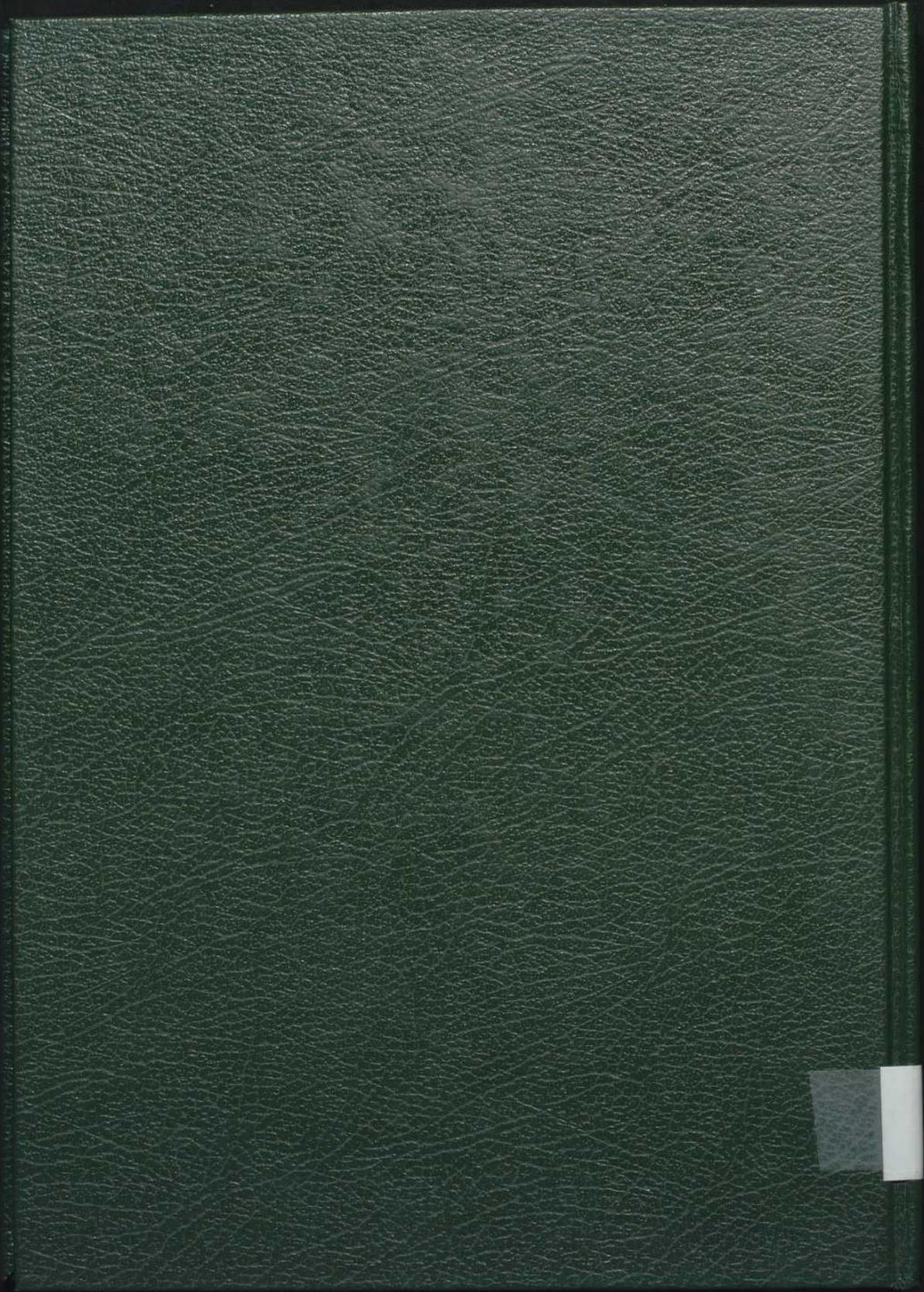
ESPAÑA y ARGENTINA en una época gloriosa
Una página arrancada del 1775

Pasión — Poesía — Historia — Tragedia

2º **Coronación de la Reina de la Colectividad
Española**

3º **Fin de Fiesta con el más representativo
Folklore de España y Argentina.**







A. GALLER
ULECIA
—
DON
SEVERISIMO



CIL-1

